

con sinceros afectos al historial de mi pueblo, Edna

**PRIMER CONGRESO
NACIONAL
DE HISTORIA**

LA HABANA

Octubre 8 - 12, 1942

I

TRABAJOS PREPARATORIOS

ACTOS

MOCIONES Y ACUERDOS

LA HABANA

1943

Con sinceros afectos al historiador
oficial de mi pueblo, Eduardo Gómez
Quaces, nuestro amigo y hermano.

Gonzalo F. Molina.

Fecha; 16 Dic 1954.

¡Gracias, muchas gracias Gonzalito!
Eduaces.

**PRIMER CONGRESO NACIONAL
DE HISTORIA**

PROCEDENCIA *C. Cerrantes*

H54880 *96-02* *\$5.00*

FECHA *91-12-05*

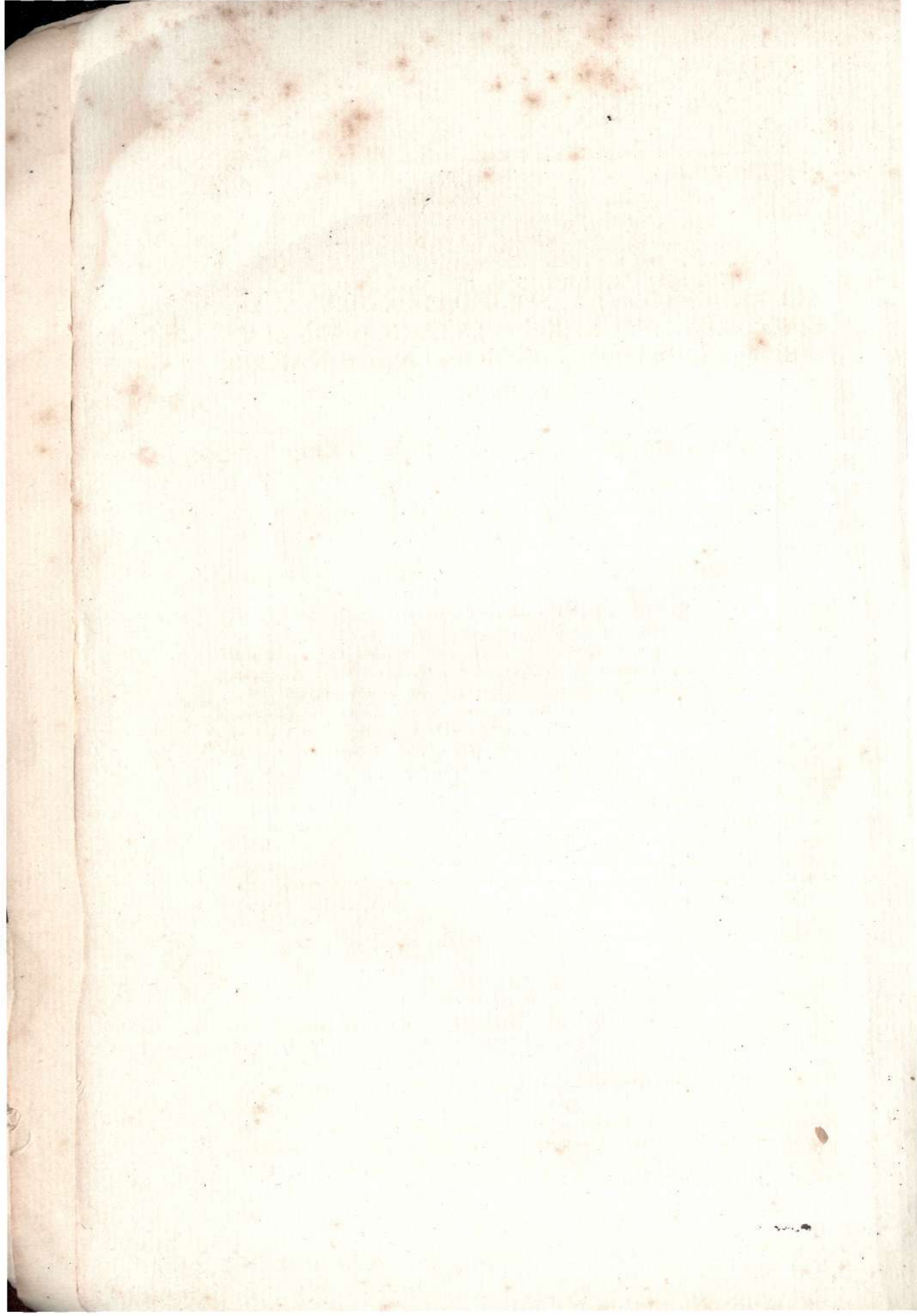
9-
COO
P

TRABAJOS PREPARATORIOS

LA realización tipográfica de este volumen es obra de entusiasmo y de fervorosa devoción ciudadana de la Sección de Artes Gráficas del Centro Superior Tecnológico del Instituto Cívico Militar, donde profesores y alumnos cooperando sincera y eficazmente, con el Comité Organizador del Primer Congreso Nacional de Historia, han salvado todas las dificultades técnicas que supone esta labor.

El Instituto Cívico Militar, fragua y crisol de trabajo y cubanidad, experimenta a plenitud la satisfacción de haber traducido en realidad editorial la impresión del libro del Primer Congreso Nacional de Historia.

Ciudad Escolar, Ceiba del Agua, 10 de Octubre de 1943.



ACUERDOS DE LA SOCIEDAD CUBANA DE ESTUDIOS HISTORICOS E INTERNACIONALES SOBRE EL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA.

Extractos de las Actas de la Sociedad

SESION ORDINARIA DE 27 DE FEBRERO DE 1942

.....

CONGRESO DE HISTORIA. *Pdte.* : Manifiesta que el compañero Portell ha tenido una idea brillantísima que espera habrá de culminar en el mayor de los éxitos hasta ahora logrados por la Sociedad, y le concede la palabra para que exponga su iniciativa.

Portell: Explica extensamente su idea, que consiste en la celebración de Congresos Nacionales de Historia, a semejanza de los que se celebran en diversos países de América, y nunca se han celebrado en Cuba. Tendrán por objeto reunir a los historiadores y estudiantes de Historia para dar a conocer el resultado de sus investigaciones, discutir las y adoptar sobre ellas resoluciones, de modo de popularizar el conocimiento de la Historia. Después de un amplio cambio de impresiones entre los presentes, el *Pdte.*, como vocero de todos sus compañeros, felicita calurosamente al compañero Portell Vilá por su espléndida idea, que será culminación magnífica de la labor hasta ahora realizada por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, y propone que se celebre una sesión extraordinaria donde el compañero Portell Vilá exponga más detalladamente su proyecto, para proceder a su discusión y aprobación.

La Junta acuerda aprobar en principio la celebración del Primer Congreso Nacional de Historia, felicitar por su iniciativa al compañero Portell Vilá y celebrar junta extraordinaria para la discusión del proyecto.

.....

SESION EXTRAORDINARIA DE 6 DE MARZO DE 1942.

.....

CONGRESO DE HISTORIA. Según acuerdo de la sesión anterior, el Presidente solicita del compañero Portell Vilá que exponga detalladamente su proyecto de Congreso Nacional de Historia, y una vez así expuesto, y después de amplio cambio de impresiones entre los concurrentes, *la junta acuerda*, de conformidad, en general, con todo lo propuesto por el compañero Portell Vilá:

1º Que se celebre anualmente, en una ciudad importante de Cuba, en forma rotatoria, un Congreso Nacional de Historia, y que el primero se efectúe en La Habana, en los días 8, 9, 10, 11 y 12 de octubre de 1942.

2º Que dicho Congreso se divida en tres Secciones: I. Historia General. II. Historia de América. III. Historia de Cuba; y que dentro de dichas secciones existan las subdivisiones que oportunamente se acuerden.

3º Que para la preparación del Congreso se nombre un Comité Organizador compuesto por los miembros titulares de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, en la siguiente forma: Presidente: Emilio Roig de Leuchsenring. Vicepresidentes: Francisco González del Valle, Mario Guiral Moreno y Julio Villoldo. Secretario: Raquel Catalá. Vicesecretario: Fermín Peraza. Tesorero: Salvador Masip; Vocales: Herminio Portell Vilá, José Luciano Franco, Fernando Ortiz, Manuel Bisbé, Miguel Jorrín, Julio Le Riverend, José Antonio Portuondo, Elías Entralgo, Enrique Gay-Calbó, José Antonio Ramos, Manuel Piedra, Federico Castañeda, J. M. Bens Arrarte, Gerardo Castellanos e Isidro Méndez, y dentro del Comité Organizador, un Ejecutivo formado por la misma directiva del Comité, salvo los vocales, que sólo serán los compañeros Portell Vilá y Franco.

4º Que se designen, además, un Comité de Admisión de Trabajos, compuesto de los compañeros Herminio Portell Vilá, presidente, y Enrique Gay-Calbó y José A. Portuondo, vocales; y un Comité de Programa, compuesto por los señores Manuel Bisbé, presidente, y René Lufriú, Diego González, Leví Marrero, Antonio Alvarez Pedroso y Joaquín Llaverías, vocales.

5º Que la Presidencia del Congreso se considere como un homenaje que haya de rendirse cada año a un intelectual cubano que se haya distinguido por su valiosa obra histórica y por su elevada ejecutoria moral y cívica, y que para este Primer Congreso se designe para la Presidencia al doctor Fernando Ortiz.

6º Que la Secretaría General del Congreso la desempeñe el Presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, con los compañeros Raquel Catalá, Fermín Peraza y José Luciano Franco como Secretarios adjuntos.

7º Que la Mesa Ejecutiva de las Secciones del Congreso quede compuesta en la siguiente forma:

Sección de Historia General: Presidente, Dr. Gustavo Du Bouchet; Vicepresidente, Dr. José Manuel Pérez Cabrera; Secretario, Dr. Leví Marrero. Sección de Historia de América: Presidente, Dr. Herminio Portell Vilá; Vicepresidente, Dr. Enrique Gay-Calbó; Secretario, Dr. Antonio Alvarez Pedroso. Sección de Historia de Cuba: Presidente, Dr. Emeterio S. Santovenia; Vicepresidente, Dr. Elías Entralgo; Secretario, Cap. Joaquín Llaverías.

8º Que la primera reunión del Comité Organizador se celebre el próximo jueves 12 de marzo, en el local y a la hora en que la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales celebra sus sesiones.

SESION DE 11 DE SEPTIEMBRE DE 1942

.....

Pdte.: Da cuenta de haberse recibido del Dr. Emeterio S. Santovenia, designado Presidente de la Sección de Historia de Cuba del Primer Congreso Nacional de Historia, la siguiente comunicación:

"La Habana. 9 de septiembre de 1942. Sr. Presidente del Comité Organizador del Primer Congreso Nacional de Historia, Palacio Municipal, La Habana. Señor: Imposibilitado de participar en los trabajos del próximo Primer Congreso Nacional de Historia, lo expreso por este medio a usted a los efectos procedentes. De usted muy atentamente, Emeterio S. Santovenia".

Manifiesta que, por lo breve de dicha comunicación, no está seguro de si el doctor Santovenia se refiere o no a la imposibilidad de presidir la Sección de Historia de Cuba.

Portell Vilá: Propone que se envíe comunicación al doctor Santovenia manifestándole que la Sociedad abriga dudas sobre el alcance y finalidad de la renuncia contenida en la citada carta, y desea conocer si la no participación en los trabajos del Primer Congreso Nacional de Historia a que aquélla se refiere incluye la imposibilidad de presidir la Sección de Historia de Cuba de dicho Congreso.

La Junta acuerda lo propuesto por el compañero Portell Vilá.

Pdte.: Considera que para evitar tener que citar a nueva sesión, la Junta debe dejar fijado el procedimiento a seguir en el caso de que el doctor Santovenia renunciara efectivamente a presidir la Sección de Historia de Cuba. Propone que en ese caso se nombre para sustituirlo al Dr. Elías Entralgo, Catedrático de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana, y actual Vicepresidente de dicha Sección.

La Junta lo acuerda.

Pdte.: Manifiesta que en vista de que el Dr. Entralgo no ha asistido desde hace varios meses a las sesiones de esta Junta ni a las del Comité Organizador del Primer Congreso Nacional de Historia, convendría designarle desde ahora un sustituto para que actuara como Presidente de la Sección de Historia de Cuba en caso de que tampoco pudiera el doctor Entralgo presidirla. Propone, a ese objeto, que se nombre Vicepresidente de dicha Sección al compañero Mario Guiral Moreno, que ha demostrado vivo interés en la organización del Congreso.

Guiral Moreno: Protesta, afirmando que existen otros compañeros más capacitados que él para ocupar dicho cargo.

Pdte. y Franco: Insisten en que debe ser nombrado el compañero Guiral, por los méritos que en él concurren.

La Junta acuerda nombrar al compañero Mario Guiral Moreno Vicepresidente de la Sección de Historia de Cuba del Primer Congreso Nacional de Historia.

.....

En cumplimiento del acuerdo tomado en esta sesión, se dirigió al doctor Emeterio S. Santovenia la siguiente comunicación:

"Septiembre 12, 1942. Dr. Emeterio S. Santovenia. La Habana. Señor: LA SOCIEDAD CUBANA DE ESTUDIOS HISTORICOS E INTERNACIONALES que, como organizadora del Primer Congreso Nacional de Historia, designó a las personas que han de componer la Mesa Ejecutiva de dicho Congreso, conoció ayer de la comunicación enviada por Ud. al Presidente del Comité Organizador del mismo en que Ud. expresa su imposibilidad de tomar parte en el mencionado Primer Congreso Nacional de Historia, y como quiera que dicha Sociedad abriga dudas acerca del alcance y finalidad de aquella comunicación, ha acordado, en sesión celebrada ayer día 11, dirigirse a Ud., como lo hace por este medio, para solicitar de Ud. le informe si dicha imposibilidad de tomar parte en las actividades del Congreso se refiere exclusivamente al envío de trabajos, etc., o si le impedirá desempeñar la Presidencia de la Sección de Historia de Cuba del Primer Congreso Nacional de Historia, para la que fué Ud. nombrado por esta SOCIEDAD DE ESTUDIOS HISTORICOS E INTERNACIONALES. De Ud. muy atentamente, Raquel Catalá. Secretaria"

A ella contestó el doctor Santovenia con la siguiente carta:

"La Habana, 15 de septiembre de 1942. Sra. Raquel Catalá, Secretaria de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, Cuba, 205, 3er. piso, La Habana. Señora: En respuesta a su atenta comunicación de 12 de los corrientes, relacionada con la que dirigí al Sr. Presidente del Comité Organizador del Primer Congreso Nacional de Historia en expresión de mi imposibilidad de participar en los trabajos de dicho Congreso, significo a usted que esa imposibilidad comprende todas las actividades del mencionado Congreso y, por consiguiente, el desempeño de la Presidencia de la Sección de Historia de Cuba. De usted muy atentamente, (f) Emeterio S. Santovenia".

Con lo cual quedaron firmes los acuerdos sobre Mesa Ejecutiva del Primer Congreso Nacional de Historia tomados en la sesión de 11 de septiembre por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.



COMITE ORGANIZADOR.

PRESIDENTE:

Emilio Roig de Leuchsenring

VICEPRESIDENTES:

Francisco González del Valle

Mario Guiral Moreno

Julio Villoldo

SECRETARIO:

Raquel Catalá

VICESECRETARIO:

Fermín Peraza

TESORERO:

Joaquín Llaverías

VOCALES:

Herminio Portell Vilá

José Luciano Franco

Fernando Ortiz

Manuel Bisbé

Miguel Jorrín

Julio Le Riverend

Salvador Massip

José Antonio Portuondo

Elías Entralgo

Enrique Gay Calbó

José Antonio Ramos

Manuel Piedra

Federico Castañeda

J. M. Bens Arrarte

Gerardo Castellanos G.

M. Isidro Méndez

Diego González

Gustavo Du Bouchet

José M. Pérez Cabrera

Antonio Alvarez Pedroso

Antonio Hernández Travieso

Leví Marrero

Alicia de Jongh

Este Comité Organizador se constituyó el jueves 12 de marzo de 1942, en cumplimiento del acuerdo de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, en sesión de 6 del mismo mes y año; y continuó reuniéndose con regularidad para redactar el Reglamento del Congreso y efectuar los trabajos preparatorios del mismo.

COMITE DE ADMISION DE TRABAJOS

PRESIDENTE:

Herminio Portell Vilá

VOCALES:

Enrique Gay-Calbó

José Antonio Portuondo

COMITE DE PROGRAMA

PRESIDENTE:

Manuel Bisbé

VOCALES:

Diego González

Leví Marrero

Antonio Alvarez Pedroso

Joaquín Llaverías

Antonio Hernández Travieso

Alicia de Jongh

REGLAMENTO

Artículo I.—EL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA—organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, con la cooperación de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana—tendrá por objeto promover el mayor auge de los estudios históricos y alentar su cultivo, así como difundir el conocimiento de la historia mas allá del círculo de los especialistas, hasta el corazón mismo del pueblo, a fin de que ese conocimiento lleve a la reafirmación permanente de la fe cubana en la evolución histórica de la nacionalidad y estimule el más sano patriotismo.

Artículo II.—La organización del Primer Congreso Nacional de Historia estará a cargo de un comité designado al efecto por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Dicho Comité Organizador estará dirigido por un Comité Ejecutivo compuesto de: un presidente, tres vicepresidentes, un secretario, un vicesecretario, un tesorero y dos vocales. Funcionarán, además, un Comité de Admisión de Trabajos y un Comité de Programa. El primero tendrá a su cargo el estudio de temas, ponencias y trabajos remitidos al Congreso, para rechazarlos o admitirlos, sin ulterior reclamación, así como su distribución entre las Secciones; y el segundo la redacción del programa y temario de trabajos a desarrollar durante la reunión del Congreso.

Artículo III.—Para la dirección del Congreso y sus Secciones, el Comité Organizador designará previamente una Mesa Ejecutiva compuesta de un presidente, que habrá de ser un intelectual caracterizado no sólo por sus valiosos trabajos históricos sino también por su ejecutoria moral y cívica; de tantos vicepresidentes como se estime necesario; de un secretario general y tres secretarios adjuntos. El Congreso dividirá sus trabajos en tres Secciones: I: Historia General; II: Historia de América; III: Historia de Cuba. Cada Sección tendrá su Mesa Ejecutiva compuesta de un presidente, un vicepresidente y un secretario, designados al mismo tiempo que los demás funcionarios del Congreso por el Comité Organizador.

Artículo IV.—Las Secciones del Congreso se subdividirán en la siguiente forma: Primera Sección, Historia General: Prehistoria; Historia Antigua; Historia Medioeval; Historia Moderna; Historia Contemporánea. Segunda Sección, Historia de América: América Precolombina; Descubrimiento y Conquista; América Colonial; La lucha por la Independencia; América Republicana. Tercera Sección, Historia de Cuba: Cuba Precolombina; Descubrimiento y Conquista; Cuba Colonial; La lucha por la Independencia; Cuba Republicana.

Dentro de cada Sección o subdivisión los trabajos se dividirán en dos grupos, dedicado el primero a los de investigaciones y estudios, y el segundo a los medios, métodos y condiciones de la enseñanza y divulgación de la Historia.

Artículo V.—El envío de trabajos para su presentación ante el Primer Congreso Nacional de Historia es absolutamente libre, siempre que se ajusten al temario indicado en el art. IV, pero sólo serán aceptados aquellos que apruebe el Comité de Admisión de Trabajos. Los trabajos deberán ser enviados al Presidente del Comité Organizador antes del día 15 de septiembre de 1942, y ser originales e inéditos, redactados en castellano, escritos a máquina a dos espacios en papel de 8 y medio por 11 pulgadas, con tres copias, y sin límite de extensión, pero acompañados de un resumen y conclusión o conclusiones que en conjunto no excedan de diez de dichas cuartillas.

Artículo VI.—Podrán participar en el Primer Congreso Nacional de Historia:

a) Los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales;

b) Los individuos de número y correspondientes de la Academia de la Historia de Cuba;

c) Los profesores de Historia General, Historia de América o Historia de Cuba de la Universidad de La Habana y de los institutos de segunda enseñanza, escuelas normales, escuelas profesionales de comercio y escuelas especiales oficiales de la República;

d) Los individuos cubanos o extranjeros que, sin pertenecer a ninguna de las categorías anteriores, hayan demostrado, a juicio del Comité Organizador, su dedicación a los estudios históricos, como profesores de centros privados de enseñanza análogos a los señalados en el inciso anterior, o como investigadores o publicistas;

e) Los individuos cubanos o extranjeros que, sin pertenecer a ninguna de las cuatro categorías anteriores, sean autores de trabajos que por su mérito excepcional hayan sido aceptados por el Comité de Admisión de Trabajos.

Artículo VII.—Para ser miembro del Congreso, deberá solicitarse la inscripción, llenar el modelo correspondiente que se entregará por la Secretaría del Comité Organizador, Oficina del Historiador de la Ciudad, en el Palacio Municipal de La Habana, y abonar en efectivo, giro o cheque, la cantidad de UN PESO (\$1.00) m. o. Una vez aprobada la inscripción por el Comité Organizador, el miembro inscripto recibirá la tarjeta y el distintivo que lo acreditarán como congresista.

Artículo VIII.—Los miembros inscriptos tendrán derecho a tomar parte, con voz y voto, en las deliberaciones de las Secciones y del Congreso; a recibir copias de las ponencias que presenten las Secciones para ser tratadas en las sesiones generales; a recibir ejemplares de todas las publicaciones oficiales del Congreso, y a usar el distintivo de congresista que haya acordado el Comité Organizador.

Artículo IX.—Para su eficacia y mejor desenvolvimiento, las sesiones del Congreso se dividirán en dos clases: a) Las de las Secciones, para el estudio y discusión de los temas, comunicaciones o ponencias sometidas a su examen que figuren en el temario del Congreso; b) Las generales o plenarias, destinadas a discutir y aprobar los acuerdos y recomendaciones de las diversas Secciones. De estas sesiones, una será de inauguración y otra de clausura.

Artículo X.—En las sesiones generales sólo podrá utilizar cada congresista un turno de diez minutos sobre un tema, con excepción de los au-

tores de trabajos, los presidentes de Secciones o los relatores que éstas designen, que podrán disponer del tiempo que les señale el Presidente.

Artículo XI.—Cada Sección dará término a su cometido y elevará sus acuerdos y recomendaciones a la Mesa Ejecutiva del Congreso, para su conocimiento y su aprobación definitiva, con doce horas de anticipación a la sesión de clausura.

Artículo XII.—Las actas de las sesiones generales y los trabajos aprobados por las Secciones serán publicados por el Comité Organizador.

Artículo XIII.—El Primer Congreso Nacional de Historia se reunirá en la ciudad de La Habana durante los días 8, 9, 10, 11 y 12 de octubre de 1942, y funcionará en el local que oportunamente designe el Comité Organizador. Los días 7 y 8 se efectuarán reuniones previas de las Secciones y de la Mesa Ejecutiva, conjuntamente con el Comité Organizador, para ultimar los preparativos del Congreso.

Artículo XIV.—Toda cuestión no prevista en este Reglamento será resuelta por el Comité Organizador o por la Mesa Ejecutiva del Congreso.

MESA EJECUTIVA

PRESIDENTE DEL CONGRESO

Fernando Ortiz

VICEPRESIDENTES

George Kubler

J. A. Encinas

Duvon Clough Corbitt

Pablo Abril de Vivero

Pedro García Valdés

J. A. Treserra

Gaspar Jorge García Galló

Alicia de Jongh

Leonardo Griñán Peralta

SECRETARIO GENERAL

Emilio Roig de Leuchsenring

SECRETARIOS ADJUNTOS

Raquel Catalá

Fermin Peraza

José Luciano Franco

I.—Sección de Historia General

PRESIDENTE

Leví Marrero

SECRETARIO

Jenaro Artiles

II.—Sección de Historia de América.

PRESIDENTE

Herminio Portell Vilá

SECRETARIO

Antonio Alvarez Pedroso

VICEPRESIDENTE

Enrique Gay-Calbó

SECRETARIO ADJUNTO

Angel I. Augier

III.—Sección de Historia de Cuba.

PRESIDENTE

Mario Guiral Moreno

SECRETARIOS ADJUNTOS

SECRETARIO

Joaquín Llaverías

José Antonio Portuondo

Alicia de Jongh

La Mesa Ejecutiva fué designada por el Comité Organizador del Congreso, con las excepciones que más adelante se indican; y la designación de los Vicepresidentes, por acuerdo de dicho Comité, quedó a cargo de los congresistas, quienes en la reunión preliminar del 8 de octubre los nombraron, por unanimidad, como representantes de los delegados del Extranjero y de cada una de las provincias de la República, salvo la de La Habana.

El Comité Organizador había nombrado, para presidir, respectivamente, las tres secciones—Historia General, Historia de América e Historia de Cuba—, a los profesores de la Universidad de La Habana, Dr. Gustavo Du-Bouchet (Prof. de Prehistoria, Historia Antigua y Medioeval), Dr. Herminio Portell Vilá (Prof. de Historia de América) y Dr. Elías Entralgo (Prof. de Historia y Sociología cubanas). Pero por no haber asistido el Dr. Du-Bouchet, ni el Vicepresidente designado, el miembro de la Academia de la Historia Dr. J. M. Pérez Cabrera, los integrantes de la sección de Historia General acordaron que actuara como Presidente el Secretario de la misma, Dr. Leví Marrero, Prof. de Historia del Instituto No. 3 de La Habana, y como Secretario el Prof. Jenaro Artiles.

Igualmente, por no haber asistido el Dr. Entralgo, asumió la presidencia de la Sección de Historia de Cuba el Vicepresidente designado, Ing. Mario Guiral Moreno, y por la gran cantidad de trabajos, se acordó nombrar dos secretarios adjuntos. Asimismo se acordó separar del trabajo general de la Sección los temas correspondientes a Cuba Precolombina y a Enseñanza de la Historia, constituyéndose para su estudio dos subsecciones, de las que fueron Presidentes y Secretarios respectivos, de la primera los Dres. J. A. Cosculluela y René Herrera Fritot; y de la segunda, los Dres. Manuel I. Mesa Rodríguez y Juan Torrente.

CIRCULAR DE INVITACION

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA, LA HABANA,
REPUBLICA DE CUBA, OCTUBRE 8-12, 1942.

Distinguido compañero:

Tengo sumo gusto en enviar a Ud. el reglamento y solicitud de inscripción para el PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA que, por iniciativa de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, y con la cooperación de la Oficina del Historiador de la Ciudad de La Habana, se celebrará en esta capital del 8 al 12 de octubre del presente año.

También le remito la relación de las personas que componen el Comité Organizador, el Comité de Admisión de Trabajos y el Comité de Programa, así como de las que integrarán la Mesa Ejecutiva del Congreso.

Oportunamente recibirá Ud. el programa de las sesiones plenarias y reuniones de las diversas secciones del Congreso, de los festejos que se ofrecerán a los congresistas y de otros actos que se efectuarán durante esos días en La Habana—entre los cuales le anticipamos que figuran algunas exposiciones muy interesantes—, así como también una nota sobre las bonificaciones que gestionamos de los hoteles, ferrocarriles, etc., para los que acudan a esta ciudad con objeto de tomar parte en el Congreso.

Mucho complacería a este Comité Organizador contar con la valiosa contribución de Ud., tanto con su asistencia personal al Congreso como con el envío de trabajos históricos que realcen el valor que deseamos represente este PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA para la cultura patria.

En espera de su grata respuesta, queda de Ud. con toda consideración,

EMILIO ROIG DE LEUCHSENRING,
Presidente del Comité Organizador.

TARJETA DE CONGRESISTA

PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA

LA HABANA

El Sr.

de.....

....., ha sido inscripto como miembro del Primer Congreso Nacional de Historia, organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales con la cooperación de la Oficina del Historiador de la Ciudad, que se celebrará en La Habana, del 8 al 12 de Octubre de 1942.

Emilio Roig de Leuchsenring,
Presidente del Comité Organizador.

RELACION DE CONGRESISTAS

- Abril de Vivero, Pablo. Investigador y publicista, Secretario de la Legación del Perú. La Habana.
- Aguirre Carreras, Sergio. Investigador, graduado en Filosofía y Letras. La Habana.
- Albaisa Celaya, Angel A. Prof. de Geografía e Historia de la Escuela Profesional de Comercio. Camagüey.
- Alfaro, Ricardo J., Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Washington, D.C., U.S.A.
- Alvarez Pedroso, Antonio. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1 de La Habana, Prof. Instructor de Historia de la Universidad de La Habana.
- Alvarez Pedroso, Armando. Investigador y publicista. La Habana.
- Argilagos, Rafael G. Investigador y publicista. Santiago de Cuba.
- Armas y Cárdenas, Susini de. Investigador. La Habana.
- Arnáez Rodríguez, Humberto. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza de Remedios, Las Villas.
- Arteaga Meneses, Andrés. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza. Sagua la Grande, Las Villas.
- Artiles, Jenaro. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; Paleógrafo de la Oficina del Historiador de la Ciudad. La Habana.
- Augier, Angel I. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. De la Oficina del Historiador de la Ciudad. La Habana.
- Azcárate Rosell, Rafael. Investigador y publicista; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Azcuy Alón, Fanny. Publicista; Prof. de Estudios Sociales de la Escuela Normal para Maestros, La Habana.
- Azuola, Eduardo, Ph. D., Prof. de Historia y Civilización de Hispano América en la Escuela de Graduados del Boston College, Chestnut Hill, Massachusetts, U.S.A.
- Béguet César, José. Investigador. La Habana.
- Bens Arrarte, José M., Arquitecto. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Bertot Cabrera, Sara. Ex-profesora de Historia y Geografía de Escuelas Intermedias y del Instituto de Segunda Enseñanza. Manzanillo, Oriente.
- Betancourt y de Lamar, Haydée. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1, La Habana.
- Bisbé y Alberni, Manuel. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; Prof. de la Escuela de Filosofía y Letras, Universidad de La Habana.
- Brizuela, Dulce María. Prof. de Historia General e Historia de Cuba del Instituto de Segunda Enseñanza, Sagua la Grande, Las Villas.

- Cabarrouy Fernández, Bertha. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza de Pinar del Río.
- Calderío, Rubén. Investigador y Publicista. La Habana.
- Campoamor, Fernando G. Publicista; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Carreño, Alberto María. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba, México, D. F., México.
- Casasús, Juan J. E., Investigador y publicista; correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Remedios, Las Villas.
- Castañeda Mesa, Concepción. Prof. de Historia Antigua y Media del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1 de La Habana.
- Castellanos G. Gerardo. De la Academia de la Historia de Cuba; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Guana-
hacoa, Habana.
- Castro y Bachiller, Raimundo de. De la Academia de Ciencias. La Habana.
- Castro y de Cárdenas, Martha de. Investigadora y publicista sobre arquitectura cubana. La Habana.
- Catalá y Orbea, Raquel. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; de la Oficina del Historiador de la Ciudad. La Habana.
- Caturla Bru, Victoria de. Investigadora y publicista. La Habana.
- Chaumont Parra, Remberto. Profesor de Geografía e Historia de la Escuela Superior de Artes y Oficios "Fernando Aguado". La Habana.
- Chávez Franco, Modesto. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Guayaquil, Ecuador.
- Condom Cestino, Margarita. Profesora de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza del Vedado. La Habana.
- Corbitt, Duvon Clough. Profesor de Historia del Candler College; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Corominas, María, Directora del Colegio "María Corominas". La Habana.
- Cosculluela, Juan Antonio. De la Comisión Nacional de Arqueología. La Habana.
- Crooks, Esther J. Ph. D., Prof. del Goucher College, Baltimore, Maryland, U. S. A.
- Cruz Bustillo, Ulises. Del Grupo "Humboldt" de la Sociedad de Geografía e Historia de Oriente. Santiago de Cuba, Oriente.
- Delgado de la Cruz, Rafael. Prof. de Historia General e Historia de Cuba del Instituto de Segunda Enseñanza de Holguín, Oriente.
- Delgado Fernández, Gregorio. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Melena del Sur, Habana.
- Díaz Mata, Margarita. Prof. de Historia de Cuba de la Escuela Normal para Maestros. Santa Clara, Las Villas.
- Domenech y Fernández, Esteban. Pintor; investigador. La Habana.
- Domínguez Gómez de García Aguiar, Fidelia. Prof. del Instituto de Segunda Enseñanza de Sancti Spiritus, Las Villas.
- Du-Bouchet y Ramírez, Gustavo. Prof. de Pre-Historia, Historia Antigua y Medioeval de la Universidad de La Habana; de la Sociedad



- Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Dupuy, María Yvonne. Prof. de Historia Universal del Instituto de Segunda Enseñanza No. 2 de La Habana. General Peraza, Habana.
- Edreira de Caballero, Angelina. Prof. de Geografía, Historia y Moral y Cívica de la Escuela Normal para Maestros. La Habana.
- Edreira, Patria. Prof. de Historia de Cuba de la Escuela Normal para Maestros. La Habana.
- Encinas, José A. Ex-Rector de la Universidad de San Marcos, de Lima, Perú; profesor y pedagogo. La Habana.
- Espinosa y Rodríguez, Ciro. Prof. del Instituto de Segunda Enseñanza No. 2 de La Habana. Investigador y publicista. La Habana.
- Fajardo Cepero, Atanasio. Prof. de Geografía Industrial y Comercial y de Historia del Comercio de la Escuela Profesional de Comercio, Santa Clara, Las Villas.
- Fernández Callejas, Roger. Investigador de la historia de la masonería en Cuba; publicista. La Habana.
- Fernández de Castro, José Antonio. Investigador y publicista; Secretario de la Legación de Cuba. México, D. F. México.
- Fernández Real, María Luisa. Prof. de Ciencias Sociales de la Escuela Normal para Maestros. La Habana.
- Ferrer Gutiérrez, Virgilio. Investigador y publicista. La Habana.
- Fina García, Francisco. Historiador, Santiago de las Vegas, Habana.
- Figuereido, Fidelino de. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Sao Paulo, Brasil.
- Figueroa, Esperanza. Prof. del Instituto de Segunda Enseñanza de Marianao; investigadora y publicista. La Habana.
- Forment Rovira, Carlos E. Investigador y publicista; de la Sociedad de Geografía e Historia de Oriente. Santiago de Cuba, Oriente.
- Franco Ferrán, José L. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Fuentes y Díaz, Emilio Alberto. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza de la Víbora. La Habana.
- Galofré, Modesto. Prof. de las Escuelas Pías. Guanabacoa, Habana.
- Gambrell, Herbert P. M. A., Prof. de Historia de la Southern Methodist University, Dallas, Texas, U. S. A.
- García Alvarez, Antolín. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 2 de La Habana.
- García Bohórquez, María del Carmen. Prof. de Historia General del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1, La Habana.
- García Castañeda, José A. De la Comisión Nacional de Arqueología. Holguín, Oriente.
- García y Galló, Gaspar M. Jorge. Prof. de Historia de la Escuela Normal para Maestros. Santa Clara, Las Villas.
- García Mayo, Manuel. Prof. de Historia General e Historia de Cuba del Instituto de Segunda Enseñanza de Santa Clara, Las Villas.
- García Salazar, Eradio. Investigador y publicista. Guanabacoa, Habana.
- García Valdés, Pedro. Prof. de Historia de la Escuela Normal para Maestros de Pinar del Río; de la Academia de la Historia de Cuba. Pinar del Río.
- Gay Calbó, Enrique. De la Academia de la Historia de Cuba; de la

- Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- González, Manuel Pedro. Prof. de la Universidad de California; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Los Angeles, California, U. S. A.
- González del Campo, Loredano. Prof. de la Escuela Normal para Maestros, La Habana.
- González Muñoz, Antonio. De la Comisión Nacional de Arqueología. Cienfuegos, Las Villas.
- González del Valle, Francisco. Historiador y publicista. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- González Veranes, Pedro N. Investigador y publicista. La Habana.
- Govantes y Fuertes, Evelio. De la Comisión Nacional de Arqueología, La Habana.
- Gramatges y Brizuela, Raquel. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza de Marianao. La Habana.
- Granda, Manuel J. de. De la Academia de la Historia de Cuba. Santiago de Cuba, Oriente.
- Griñán Peralta, Leonardo. Historiador; Prof. de Historia de Cuba de la Escuela Normal para Maestros de Oriente. Santiago de Cuba, Oriente.
- Guerra Castañeda, Armando. Investigador y publicista. Artemisa, Pinar del Río.
- Guerra y Seguí, Eulalio. Ex-profesor del Seminario Diplomático y Consular de la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana.
- Guerra y Sánchez, Ramiro. Historiador y publicista. La Habana.
- Guiral Moreno, Mario. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Gutiérrez Texidó, Armando. Prof. de Historia del Comercio de la Escuela Profesional de Comercio de Oriente; de la Sociedad de Geografía e Historia de Oriente. Santiago de Cuba, Oriente.
- Hasbrouck, Ph. D., Alfred. Prof. de Historia del Rollins College, Winter Park, Florida, U. S. A.
- Heres y Hevia, Víctor Manuel. Investigador. La Habana.
- Hernández Sed, Ciradelia. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1 de La Habana.
- Hernández Miyares y Marty, Enrique. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 3, La Habana.
- Hernández Travieso, Antonio. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Herrera Fritot, René. De la Comisión Nacional de Arqueología. La Habana.
- Hidalgo Northey, Emilio. Investigador. La Habana.
- Hill, Ph. D., Lawrence F. Prof. de la Ohio State University, Columbus, Ohio, U. S. A.
- Hill, Roscoe R. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Washington, D. C., U. S. A.
- Hoijer, Harry. Prof. de la Universidad de California, Los Angeles, California, U. S. A.
- Hostos, Adolfo de. Historiador oficial de Puerto Rico; correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Santurce, Pto. Rico

- Howell Rivero, Luis. De la Comisión Nacional de Arqueología. La Habana.
- Huerta y Aguiar, Margarita de la. Investigadora. La Habana.
- Iglesias Blanco, Francisco. Prof. de Historia de la Escuela Normal para Maestros de La Habana.
- Jiménez Pastrana, Juan. Investigador y publicista. La Habana.
- Jongh, Alicia de. Prof. de Historia. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Juárez y Sedeño, Jorge G. Investigador y publicista. Camagüey.
- Kubler, George. Prof. de la Universidad de Yale, New Haven, Connecticut, U. S. A.
- Lamadriz y Simeón, Ambrosio D. Prof. de Geografía, Historia y Cívica de la Escuela Normal para Maestros de Matanzas.
- Landaluce, Miguel Luis de. Investigador y publicista. La Habana.
- Lastre Manduley, Vidal F. Prof. de Historia y Geografía del Instituto de Segunda Enseñanza de Holguín, Oriente.
- Lázaro y Cordero, José Luis de. Investigador; graduado en Pedagogía. La Habana.
- Lens y de Vera, Eduardo F. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1 de La Habana.
- León Sotto, Enrique. Prof. de Historia del Comercio de la Escuela Profesional de Comercio de La Habana.
- Le Riverend Brusone, Eduardo. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Le Riverend Brusone, Julio. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Le-Roy y Gálvez, Mario. Del Instituto Finlay. La Habana.
- López Martínez, Amalia del Carmen. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza de Artemisa. Guanajay, Pinar del Río.
- Lorenzo, Raúl. Investigador y publicista. La Habana.
- Llaverías, Joaquín. Director del Archivo Nacional; de la Academia de la Historia de Cuba. La Habana.
- Maicas y Domínguez, Antonio Ma. Historiador de la Ciudad de Cárdenas. Cárdenas, Matanzas.
- Mallén, Rodolfo de. Publicista. La Habana.
- Marbán Escobar, Edilberto. Prof. de Historia General, Historia de América e Historia de Cuba del Instituto de Segunda Enseñanza de Matanzas. La Habana.
- Marín Villafuerte, Francisco. Investigador y publicista. Trinidad, Las Villas.
- Mármol y Valdés, Leonardo Tulio. Prof. de Ciencias Sociales de la Escuela Especializada de la Casa de Beneficencia y Maternidad, La Habana.
- Marrero y Artiles, Leví. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 3 de La Habana; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Martínez y Acosta, Orlando. Investigador de la historia de la música. La Habana.
- Martínez Bello, Antonio. Prof. Aux. de Geografía e Historia Económicas de la Escuela Técnica Industrial "Enrique José Varona". La Habana.

- Martínez Castells, Julián. De la Sociedad Colombista Panamericana La Habana.
- Martínez y Dalmau, Eduardo. De la Academia de la Historia de Cuba. Cienfuegos, Las Villas.
- Martínez-Fortún y Foyo, Carlos A. De la Academia de la Historia de Cuba. Remedios, Las Villas.
- Martínez Fortún, José A. De la Academia de la Historia de Cuba La Habana.
- Martínez Gereda, Luis. Investigador y publicista. La Habana.
- Martínez Sánchez, Carlos M. Investigador. La Habana.
- Masferrer Grave de Peralta, Manuel Renato. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1 de La Habana.
- Massaguer Díaz, Conrado Walter. Dibujante, investigador. La Habana.
- Massip y Valdés, Salvador. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. Prof. de la Escuela de Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana.
- Matos y Calzadilla, Mamerto Francisco. Prof. de Historia Moderna y Contemporánea y de Historia de Cuba del Instituto de Segunda Enseñanza No. 3 de La Habana.
- Méndez, M. Isidro. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Menéndez, Carlos R. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Mérida, Yucatán, México.
- Mesa Rodríguez, Manuel I. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, Prof. de Historia del Instituto Cívico Militar (Centro Superior Tecnológico) de Ceiba del Agua. La Habana.
- Meso Quesada, Joaquín. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza de Ciego de Avila, Camagüey. La Habana.
- Milanés Antúnez, Jorge Carlos. Prof. de Geografía e Historia de la Escuela de Artes y Oficios de Oriente. Santiago de Cuba, Oriente.
- Monté Marrero, Alberto. Prof. de Historia de la Escuela Superior de Artes y Oficios "Fernando Aguado y Rico". La Habana.
- Morales Coello, Julio. De la Comisión Nacional de Arqueología. La Habana.
- Morales Maceo, Francisco. Del Comité Pro Reconstrucción de Bayamo, Oriente.
- Morales Patiño, Oswaldo. De la Comisión Nacional de Arqueología. La Habana.
- Moreno, Enrique H. Investigador y publicista. La Habana.
- Mouriño Hernández, Olga L. Prof. de Historia del Colegio Ariel. La Habana.
- Noble y Quián, Enrique. Prof. de Historia del Candler College. Marianao, Habana.
- Núñez y Domínguez, José de J. Director del Museo Nacional de Historia; correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. México, D. F., México.
- Ortega Ricaurte, Enrique. Jefe del Archivo Histórico Nacional y Vicepresidente de la Academia Colombiana de Historia. Bogotá, Colombia.
- Peraza Sarausa, Fermín. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.

- Pérez de Acevedo y Suárez, Roberto. Investigador y publicista. La Habana.
- Pérez André, Angel. Prof. de la Universidad de La Habana. La Habana.
- Pérez Cabrera, José Manuel. De la Academia de la Historia de Cuba; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Pérez de la Riva y Pons, Francisco. Investigador y publicista. La Habana.
- Pichardo Moya, Felipe. Prof. de Historia de Cuba de la Escuela Normal para Maestros de Camagüey; de la Comisión Nacional de Arqueología. La Habana.
- Piedra de la Concha, Manuel. Prof. de Geografía e Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1 de La Habana. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Piedra-Bueno, Andrés de. Investigador y publicista. Marianao, La Habana.
- Ponce de León, Pedro. Investigador. La Habana.
- Poncet, Carolina. Investigadora y publicista de la historia de la Literatura cubana; Prof. de la Escuela Normal para Maestros. La Habana.
- Poncet y de Cárdenas, Hortensia. Prof. de Geografía e Historia de la Escuela Primaria Superior de Guanabacoa, Habana.
- Portela y Portela, Gerardo. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Portell Vilá, Heriberto. Dibujante; autor de obras de divulgación gráfica de la historia de Cuba. La Habana.
- Portell Vilá, Herminio. Prof. de Historia de América de la Universidad de La Habana. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Portuondo y Valdor, José Antonio. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Portuondo y del Prado, Fernando. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 3 de La Habana.
- Prieto Suárez, Alberto. Prof. de la Escuela de Ingenieros y Arquitectos de la Universidad de La Habana.
- Primelles y Agramonte, León. Investigador. La Habana.
- Quesada y Miranda, Gonzalo de. De la Academia de la Historia de Cuba; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Raggi Ageo, Carlos Manuel. Investigador y publicista. La Habana.
- Rivero Muñiz, José. Investigador y publicista. La Habana.
- Rivera Reyes, J. De la Academia de la Historia. Panamá.
- Rodríguez Delfín, Benjamín. Investigador y publicista. La Habana.
- Rodríguez Expósito, César. Investigador y publicista. La Habana.
- Rodríguez Iznaga, Ligia. Prof. de Historia del Instituto Ultra. La Habana.
- Roig de Leuchsenring, Emilio. Historiador de la Ciudad de La Habana. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Royo Guardia, Fernando. De la Comisión Nacional de Arqueología. La Habana.

- Rubio, David. Prof. de la Universidad Católica de América. Washington, D. C., U. S. A.
- Russinyol y Carballo, José. Profesor de Historia; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Saladrigas y Zayas, Dr. Enrique. Del Instituto Finlay. La Habana.
- Sánchez Rojas, Rita. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 3 de La Habana.
- Sanguily y Arizti, Manuel. Investigador y publicista. Marianao, Habana.
- Santana Fornaguera, Amelia H. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 1 de La Habana.
- Sedano Palomino, Luisa Concepción. Prof. de Historia de la Escuela Normal para Maestros. Camagüey.
- Silva y Fernández, Felipe. Prof. de Geografía Comercial e Industrial e Historia del Comercio de la Escuela Profesional de Comercio. Cienfuegos, Las Villas.
- Sirés Barroso, Irene. Prof. de Geografía e Historia de la Escuela Normal para Maestros de Oriente. Santiago de Cuba, Oriente.
- Socarrás Acosta, María. Prof. del Colegio Susana Díaz. La Habana.
- Soler Fernández, Hermín. Prof. de Historia del Comercio de la Escuela Profesional de Comercio de Pinar del Río. Pinar del Río.
- Sosa de Quesada, Aristides. Ministro de Defensa; investigador y publicista. La Habana.
- Sotolongo Vilá, Rodolfo. Prof. de la Facultad de Medicina de la Universidad de La Habana; investigador de la historia de la Medicina en Cuba. La Habana.
- Souza y Rodríguez, Benigno. De la Academia de la Historia de Cuba. La Habana.
- Suárez Solar, Gabriel. Investigador. La Habana.
- Tirado Avilés, Modesto A. De la Sociedad de Geografía e Historia de Oriente. Manzanillo, Oriente.
- Toro, Julio del. Prof. de la Universidad de Michigan; correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Ann Harbor, Mich., U.S.A.
- Torrademé Bolado, Angel. Del Negociado de Servicio Internacional y Asuntos Generales de la Admón. de Correos de La Habana, dedicado a la investigación de la Historia del Correo en Cuba. La Habana.
- Torre Arredondo, Jorge de la. Prof. de Historia del Comercio de la Escuela Profesional de Comercio. Camagüey.
- Torre y Huerta, Carlos de la. De la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana; de la Comisión Nacional de Arqueología. La Habana.
- Torrente del Valle, Juan. Prof. de Historia de la Escuela Normal de Maestros. La Habana.
- Trelles y Govín, Carlos M. De la Academia de la Historia de Cuba. La Habana.
- Trelles y Reyes, Armando. Prof. de Historia General e Historia de Cuba de la Academia Baldor. La Habana.
- Treserra y Pujadas, José Angel. Historiador del Gobierno de la Provincia de Matanzas; investigador y publicista. Matanzas.

- Tur Canudas, Angel. Prof. de Historia del Comercio de la Escuela Profesional de Comercio. La Habana.
- Urquiaga Vento, Blanca Rosa. Directora de la Escuela de Perfeccionamiento "José Martí", General Peraza, Habana.
- Vaillant, George Clapp. Prof. de la Universidad de New York. N.Y., U.S.A.
- Verna, Concepción de. Prof. de Historia del Instituto de Segunda Enseñanza No. 2 de La Habana.
- Vidaurreta, José Luis. Investigador y publicista de la historia de la música en Cuba. La Habana.
- Villoldo y Bertrán, Julio. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Vitier, Medardo. De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales. La Habana.
- Ximeno y Torriente, José Manuel de. Investigador y publicista; correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba en Matanzas. La Habana.
- Yeste Cabrera, Adolfo. Prof. de Historia Militar de la Academia Militar de la República, La Habana.

INSTITUCIONES INSCRIPTAS

- Academia Colombiana de Historia, Bogotá, Colombia. Delegado: Gerardo Castellanos G.
- Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. Delegados: Raimundo de Castro, Benigno Souza y Horacio Abascal.
- Archivo Histórico Nacional de Colombia. Bogotá, Colombia. Delegado: Gerardo Castellanos G.
- Asociación "Pro Trinidad". Trinidad, Las Villas. Delegado: Teodoro de Lara.
- Asociación de Repórteres de La Habana (Círculo Nacional de Periodistas). Delegados: Francisco C. Bedriñana, César Rodríguez, Rafael Soto Paz, Leví Marrero Artilles y Francisco Guiral Lamillar.
- Colegio Nacional de Arquitectos. La Habana. Delegado: Alberto Prieto.
- Comité Pro Reconstrucción de Bayamo, Prov. Oriente. Delegado: Francisco Morales.
- Confederación Nacional de Profesionales Universitarios. La Habana. Delegados: Rogelio Pina, Manuel Fernández, Carlos A. Criner, José López Isa y Luis Pastor Quesada.
- Duke University, Durham, North Carolina, U.S.A., Delegado: Duvon C. Corbitt.
- Federación de Doctores en Ciencias y en Filosofía y Letras. La Habana. Delegados: Manuel de Zayas Mestre, José M. Ruiz Miyar, Edilberto Marbán y Leví Marrero Artilles.
- Gran Logia de la Isla de Cuba. La Habana. Delegados: Tomás Jústiz del Valle y Juan Luis Martín.
- Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, D.F., México. Ing. Pedro C. Sánchez, Director.
- Instituto de Segunda Enseñanza, Holguín, Oriente. Delegado: R. Delgado de la Cruz.
- Sociedad Colombista Panamericana. La Habana. Delegados: Miguel Angel Campa, Armando Alvarez Pedroso y Guillermo de Zéndegui.
- Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, Guatemala, C.A. Delegado: Julio Morales Coello.
- Sociedad Geográfica de Cuba. La Habana. Delegados: Salvador Masip, Amelia Santana, Mario Filippi, Oscar Barinaga, Manuel Piedra de la Concha, Isolina Velasco, Raquel Gramatges, José A. Barnet, Julio Morales Coello, Rogelio Fuente, José Isaac Corral, Enrique León Sotto y José Conangla.
- Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. México, D. F. México. Silvano García Guiot, Secretario General.
- The Hispanic American Historical Review, Durham, North Carolina, U. S. A. Delegado: Duvon C. Corbitt.
- Universidad Católica de América, Washington, D.C. Delegado: Rev. P. David Rubio.

HISTORIADORES Y PROFESORES DE AMERICA QUE ENVIARON MENSAJES DE ADHESION Y SIMPATIA

- Aiton, Arthur S. Dept. of History, University of Michigan, Ann Harbor, Mich.
- Alvarado García, Ernesto. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba; de la Sociedad de Geografía e Historia de Honduras. Tegucigalpa, Honduras.
- Bemis, Samuel F. Yale University, New Haven, Connecticut.
- Castillero, E. J., Director Biblioteca Nacional. Panamá, República de Panamá.
- Diffie, Bailey W. The College of the City of New York, New York, N. Y.
- Fitzgibbon, Russell H. University of California, Los Angeles, Cal.
- Fozzer, Alfred W. Dept. Anthropology, Harvard University, Cambridge, Mass.
- Galarza, Ernesto. Of. de Información Obrera y Social, Unión Panamericana, Washington, D. C.
- García Chuecos, Héctor. Director del Archivo Nacional. Caracas, Venezuela.
- Gewehr, W. M. Chairman Dept. of History, University of Maryland.
- Grez P, Carlos E. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Santiago, Chile.
- Griffin, Charles C. Vassar College, Poughkeepsie, New York, N. Y.
- Hardy, Osgood, Public Ut. Section, Dept. of Commerce, Washington, D. C.
- Haring, C. H. Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- Harmon, George D. Dept. of History and Government, Lehigh University, Bethlehem, Pennsylvania.
- Henríquez y Carvajal, Federico. Presidente de la Academia Dominicana de la Historia; correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba. Ciudad Trujillo, Distrito de Santo Domingo, República Dominicana.
- Knappen, M. M. Head of the Dept. of History, Michigan State College, East Lansing.
- Lecuna, Vicente. Conservador de la Casa Natal del Libertador. Caracas, Venezuela.
- Lockey, Joseph B. University of California, Los Angeles, Cal.
- Lozada, Enrique S. de. Executive Office of the President, Coordinator of Inter-American Affairs, Washington, D. C.
- Munro, Dana G. School of Public and International Affairs, Princeton University, Princeton, New Jersey.
- Onís, Federico de. Dept. of Romance Languages, Columbia University, New York.

- Owre, J. Rfis. Decano de la Facultad de Artes y Ciencias, The University of Miami, Coral Gables, Florida.
- Parks, E. T. Dept. of History, Berea College, Berea, Kentucky.
- Patterson, John C. Chief Division of Inter-American Educational Relations, Washington, D. C.
- Powell, Anna. Prof. de Historia. North Texas State Teachers College, Denton, Texas.
- Ramos, Roberto. Jefe Depto. de Adquisiciones y Canje de la Biblioteca Nacional de México, México, D. F.
- Raymer, Robert G. Prof. History and Political Science, University of Redlands, Redlands, California.
- Redfield, Robert. Decano de Ciencias Sociales, The University of Chicago, Ill.
- Renaud, E. B. Dept. of Anthropology, University of Denver, Denver, Colorado.
- Robertson, W. S. University of Illinois, Urbana, Illinois.
- Roumain, Jacques. Director, Bureau d'Ethnologie. Port-au-Prince. Haití.
- Rowe, L. S. Director General de la Unión Panamericana, Washington, D. C.
- Rowland, Donald W. The University of Southern California, University Park, Los Angeles, Cal.
- Seans, Louis Martin. Purdue University, Lafayette, Indiana.
- Smith, Warren D. Dept. of Geology and Geography, University of Oregon, Eugene, Oregon.
- Steck, Francis Borgia. The Catholic University of America, Washington, D. C.
- Stewart, Watt, New York State College for Teachers, Albany, New York.
- Sweet, William W. The University of Chicago, Chicago, Ill.
- Tannenbaum, Frank. Columbia University, New York City, N. Y.
- Tovar y R., Enrique D. Correspondiente de la Academia de la Historia de Cuba, Miraflores, Lima, Perú.
- Vargas-Barón, Aníbal. Dpt. of Romance Languages, University of Oregon, Eugene, Oregon.
- Vázquez Gayoso, Jesús. Prof. Universidad de Panamá, Rep. de Panamá.
- Vivó, Jorge A. Del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. México, D. F.
- Wilgus, A. Curtis, Prof. Hispanic American History, The George Washington University, Washington, D. C.
- Williams, Mary W. Emeritus Prof. History of Goucher College. Palo Alto, Cal.

UNIVERSIDADES E INSTITUCIONES DE AMERICA QUE ENVIARON MENSAJES DE ADHESION Y SIMPATIA

University of Arizona, Tucson, Arizona. Alfred Atkinson, Pres.
Berea College, Berea, Kentucky. Francis S. Hutchins, Pres.
University of California, Berkeley, Cal. Monroe E. Deutsch, Pres.
Centro de Historia de Ocaña. Norte de Santander, Colombia. Justo-
niano J. Páez, Pres.
Colorado State College, Fort Collins, Col. Roy M. Green, Pres.
University of Chattanooga, Chattanooga, Tenn. David A. Lockmiller,
Pres.
The University of Chicago, Chicago, Illinois. R. Hutchins, Pres.
Graduate School, Dept. Agriculture, Washington. A. F. Woods, Director.
Dartmouth College, Hanover, New Hampshire. A. I. Dickerson, Asst.
Pres.
Goucher College, Baltimore, Maryland. David A. Robertson, Pres.
H. Sophie Newcomb Mem. College, The Tulane University of Louisiana,
New Orleans, Louisiana. Gladys Anne Renshaw, Decana.
University of Illinois, Urbana, Ill. A. J. Janata, Asst. Pres.
Instituto Histórico e Geográfico do Pará, Brasil, Adolpho Dourado, Secr.
John B. Stetson University, De Land, Florida. W. S. Allen, Pres.
The University of Kansas, Lawrence, Kansas. Deane W. Malott, Chan-
cellor.
Universidad Nacional Autónoma, México, D. F.
Morehead State Teachers College, Morehead, Ky. Wm. H. Vaughan,
Pres.
The University of New Mexico, Albuquerque, New Mexico. J. F. Zim-
merman, Pres.
The University of North Dakota, Grand Forks, N. D. J. C. West, Pres.
The Ohio State University, Columbus, Ohio. Howard L. Bevis, Pres.
University of Oregon, Eugene, Oregon. Donald M. Erb, Pres.
Pomona College, Claremont, California. E. Wilson Lyon, Pres.
Princeton University, Princeton, New Jersey. H. W. Dodd, Pres.
Purdue University, Lafayette, Indiana. F. C. Hockema, Asst. Pres.
Rollins College, Winter Park, Florida. Hamilton Holt, Pres.
Southern Methodist University, Dallas, Texas. Umphrey Lee, Pres.
Texas State College for Women, Denton, Texas. L. H. Hubbard, Pres.
University of Utah, Salt Lake City, Utah. LeRoy E. Cowles, Pres.
Yale University, New Haven, Connecticut. Charles Seymour, Pres.

TRABAJOS PRESENTADOS (*)

SECCION DE HISTORIA GENERAL

- Bisbé, Manuel. *Los orígenes del pueblo griego.*
Fernández Real, María Luisa. *El maíz: su importancia en la vida de los pueblos y su influencia en la historia de la humanidad en general, y de la América y Cuba en particular.*
Franco, José L. *La Internacional de los trabajadores en España.*
Hidalgo Northey, Emilio. *Proyección popular de la divulgación y de la enseñanza históricas.*

SECCION DE HISTORIA DE AMERICA

- Abril de Vivero, Pablo. *Francisco Javier Mariátegui.*
Alvarado García, Ernesto. *La odisea de Leoncio Prado en Honduras.*
Alvarez Pedroso, Antonio. *El Ayllu y la conquista del Perú.*
" " " *Paralelo entre las religiones egipcia e incaica.*
Alvarez Pedroso, Armando. *La gran cultura del Descubridor de América.*
Artiles, Jenaro. *Nota sobre cronología hispanoamericana.*
Béguet César, José. *La emancipación de las colonias hispanoamericanas y la política inglesa.*
Catalá, Ramón A. *Colón y el Descubrimiento (Primer capítulo de una historia de Cuba).*
Corbitt, Duvon C. *Cuba y el sistema administrativo en las Floridas.*
Fernández de Castro, José Antonio. *El colombiano José Fernández Madrid, precursor de la independencia de Cuba.*
García Álvarez, Antolín. *Importancia del estudio de la historia.*
Hostos, Adolfo de. *La oficina del Índice Histórico de Puerto Rico y su posible desarrollo.*
Kubler, George. *Movimientos de población en México durante el siglo XVI.*
Méndez, M. Isidro. *Relaciones de Francisco Arango y Parreño con Gaspar Melchor de Jovellanos y con Alejandro Ramírez.*
Portell Vilá, Herminio. *Bolívar y la Democracia.*
" " " *Vizcardo Guzmán, precursor de la independencia de América.*
Soto Paz, Rafael. *América, tumba de invasores.*

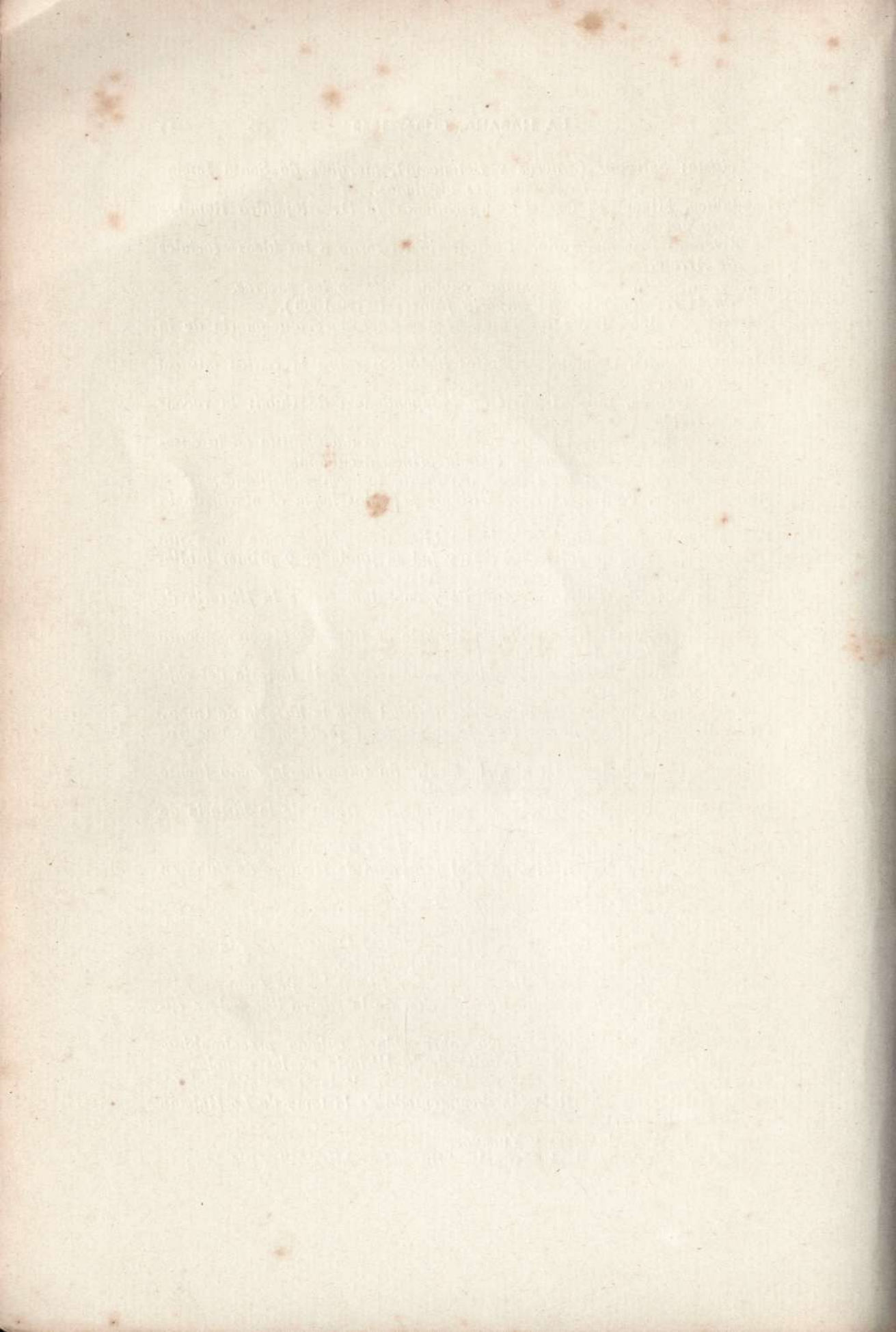
SECCION DE HISTORIA DE CUBA

- Aguirre, Sergio. *Seis actitudes de la burguesía cubana, en el siglo XIX.*
Armas y Cárdenas, Susini. *El Conde de Pozos Dulces.*
Artiles, Jenaro. *Consideraciones sobre la fecha de la conquista de Cuba (Ensayo de interpretación).*
" " " *Las escribanías de La Habana en el siglo XVI.*
Bens Arrarte, J. M. *La Habana en el siglo XVI.*

(*) El texto de estos trabajos aparecerá en tomo aparte.

- Calderío, Rubén. *Inicios del movimiento obrero en Cuba. Primeros tiempos.*
- Castellanos G., Gerardo. *Trinidad, la secular y revolucionaria.*
- Caturla Bru, Victoria de. *Enrique Piñeyro; su contribución a la historiografía de Cuba.*
- Cosculluela, J. A. *Algunos puntos fundamentales de la prehistoria de Cuba.*
- Cruz Bustillo, Ulises. *Acción de Jobito: mayo 13 de 1895.*
- " " " *Acción de Peralejo: julio 13 de 1895.*
- " " " *Ataques y toma de Guisa.*
- " " " *Ataque y toma de Las Tunas.*
- " " " *Bayamo, monumento nacional.*
- " " " *Carlos Manuel de Céspedes: recorrido.*
- " " " *Santiago de Cuba: la ciudad, la bahía y sus alrededores.*
- " " " *"El Cubano Libre" de 1895.*
- " " " *Expediciones de Calixto García.*
- " " " *Expedición Crombet-Maceo.*
- " " " *Expedición del "Virginus".*
- " " " *Guerra hispano-cubano-americana (1898).*
- " " " *Historia de los cementerios: Santa Ifigenia. . .*
- " " " *Loma del Gato de Maceo (Munic. de Alto Songo).*
- " " " *Loma de los Ingleses.*
- " " " *Mensaje a García.*
- " " " *Recorridos de Calixto García en 1868, 1880 y 1895.*
- " " " *Recorridos de Céspedes para la toma de Bayamo.*
- " " " *Sitio y toma de Bayamo por Carlos M. de Céspedes.*
- " " " *Sitio y toma de Guáimaro por Calixto García.*
- Fernández Callejas, Roger. *Primera Gran Logia cubana y su influencia en la independencia de Cuba.*
- " " " *Primeras manifestaciones públicas de la masonería en La Habana.*
- Fernández Real, María Luisa. *El carácter cubano.*
- Figueroa, Esperanza. *Revisión de Julián del Casal.*
- García Castañeda, José A. *La colección arqueológica privada "García-Feria".*
- García Valdés, Pedro. *Procedencia de la población prehistórica de Cuba.*
- Gay-Calbó, Enrique. *El general Serrano en Cuba.*
- González del Valle, Francisco. *La Habana en 1841.*
- González-Veranes, Pedro N. *La falsedad del carácter racista atribuido a ciertas revoluciones habidas en Cuba.*
- Griñán Peralta, Leonardo. *Martí, líder político.*
- Guiral Moreno, Mario. *Divulgación y rectificación de errores históricos.*
- Hernández Travieso, Antonio. *La reforma filosófica en Cuba.*
- Herrera Fritot, René. *Las bolas y las dagas líticas, nuevo aporte cultural indígena en Cuba.*
- Jongh Salas, Alicia. *José Aniceto Iznaga: Algunos aspectos de su vida.*
- Juárez Sedeño, Jorge G. *Los alemanes en Cuba.*
- " " " *El aristócrata demócrata y el revolucionario ci-*

- vilista: Salvador Cisneros y Betancourt, Marqués de Santa Lucía.
 " " " Organizaciones olvidadas.
- Landaluce, Miguel L. de. *El Superintendente D. Alejandro Ramírez y su época.*
- Le Riverend Brusone, Julio. *Comentario en torno a las ideas sociales de Arrate.*
- " " " *La economía cubana durante las guerras de la revolución y del imperio francés (1790-1808).*
- Mármol y Valdés, Leonardo Tulio. *La enseñanza revolucionaria de la Historia.*
- Martínez Acosta, Orlando. *Apuntes históricos sobre la crítica musical en Cuba.*
- Martínez Gereda, Luis. *Guerra de independencia de Cuba: la reconcentración*
- Mesa Rodríguez, Manuel I. *Fracaso del sentido nacionalista en la enseñanza de la Historia en la escuela primaria cubana.*
- Morales Patiño, Oswaldo. *La religión de los indígenas antillanos.*
- Muñoz Blanco, Pedro. *Martí. Últimos peldaños hacia el martirologio pro-patria.*
- Peraza Sarausa, Fermín. *La primera biblioteca pública de Cuba fué fundada el 15 de julio de 1793; y fué su fundador y primer bibliotecario don José Arango.*
- Pérez de Acevedo, Roberto. *Análisis y coordinación de la Historia de Cuba.*
- Pérez Cabrera, José M. *La carta de Michele de Cúneo y el conocimiento de la insularidad de Cuba.*
- Pérez de la Riva, Francisco. *Apuntes para servir a la historia del café en Cuba.*
- Pichardo Moya, Felipe. *Una armazón espiritual para la historia de Cuba.*
- Piedra-Bueno, Andrés de. *Posible solución al problema de nuestros museos.*
- Ponce de León, Pedro. *La historia local. Su importancia como fuente de información a la historia nacional.*
- Portell Vilá, Heriberto. *Lo negro y el negro a través de la historia de Cuba.*
- Portell Vilá, Herminio. *Narciso López en los Estados Unidos.*
- Portuondo, Fernando. *El tiempo y el programa de Historia de Cuba en los Institutos.*
- Portuondo, José Antonio. *"La Aurora" y los comienzos de la prensa y de la organización obreras en Cuba.*
- Quesada y Miranda, Gonzalo de. *La previsión histórica en Martí.*
- Rivero Muñiz, José. *La lectura en las tabaquerías.*
- Rodríguez Expósito, César. *Hatuey, primer libertador de Cuba.*
- Roig de Leuchsenring, Emilio. *Revaloración de la guerra libertadora cubana de 1895.*
- Royo Guardia, Fernando. *Ensayo sobre cránea cubana precolombina.*
- Sosa de Quesada, Arístides. *Estudio de la Historia en las escuelas.*
- Soto Paz, Rafael. *"Don Pepe" no fué maestro de la generación del '68.*
- Suárez Solar, Gabriel. *Relación documentada de la toma de La Habana por los ingleses.*
- Treserra, J. A. *Matanzas y Yucayo.*
- Ximeno y Torriente, José Manuel. *"Un pobre histrión" (Plácido).*



A C T O S

80700

PROGRAMA

- Miércoles 7 9.00 a. m. Apertura de la Oficina del Congreso, en la Oficina del Historiador de la Ciudad, Palacio Municipal.
- Jueves 8 9.00 a. m. Reunión preliminar de congresistas en la Oficina del Historiador de la Ciudad.
- 11.00 a. m. Homenaje a Martí al pie de su monumento. Palabras del Dr. Manuel Bishé.
- 9.00 p. m. Sesión inaugural en el salón de recepciones del Palacio Municipal:
- 1.—Himno Nacional por la Banda Municipal, dirigida por el maestro Gonzalo Roig.
 - 2.—Saludo a los Congresistas, por el Alcalde, Dr. Raúl G. Menocal.
 - 3.—Entrega de la presidencia del Congreso al Dr. Fernando Ortiz, por el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y del Comité Organizador del Congreso.
 - 4.—Discurso por el profesor Duvon Clough Corbitt, representante de la *Duke University*, de Durham, North Carolina, U. S. A., y de *The Hispanic American Historical Review*.
 - 5.—Discurso por el profesor George Kubler, de la *Yale University*, New Haven, Conn., U. S. A.
 - 6.—Discurso por el Presidente del Congreso, Dr. Fernando Ortiz.
- 11.00 p. m. Inauguración de un salón del Museo de la Ciudad de La Habana, en la Oficina del Historiador de la Ciudad.
- Selecciones cubanas por la Banda Municipal.
- Viernes 9 10.00 a. m. Comienzo de las sesiones de las Secciones, en el Palacio Municipal.
- 12.00 m. Coctel, obsequio de la Casa Bacardí, en el bar de su edificio.
- 3.00 p. m. Sesiones de las Secciones, en el Palacio Municipal.
- 9.00 p. m. Demostración de las supervivencias de la música africana en Cuba. Música, cantos y bai-

- les mayombe, carabalí y yoruba, con explicaciones por el Dr. Fernando Ortiz, Anfiteatro Nacional.
- Sábado 10 9 30 a. m. Homenaje ante el monumento de Antonio Maceo, a todos los caídos en defensa de las libertades cubanas. Palabras del Dr. José Antonio Portuondo.
- 10.30 a. m. Visita a la Ciudad Escolar del Instituto Cívico Militar (Centro Superior Tecnológico, de Ceiba del Agua). Revista de gala, almuerzo y concierto por la Cantoría del Instituto, en honor de los Congresistas. Lugar de reunión: Parque Maceo.
- 8.00 p. m. Acto inaugural, en el salón de recepciones del Palacio Municipal, de la Gran Feria de las Naciones Unidas, que se celebrará los días 10, 11 y 12, de 8 a 12 p. m., en la Ave. del Puerto, Plaza de Armas y Plaza de la Catedral. Durante el mismo tiempo estará abierto al público el primer salón del Museo de la Ciudad de La Habana, en el Palacio Municipal.
- Domingo 11 9.00 a. m. Sesiones de las Secciones, en el Palacio Municipal.
- 3.00 p. m. Sesión Plenaria, en el Palacio Municipal.
- Lunes 12 11.00 a. m. Acto Interamericano del IXº Cincuentenario del descubrimiento, por Colón, de este Continente:
- 1.—Discurso por el Alcalde Dr. Raúl G. Menocal.
 - 2.—Discurso por el Sr. Ministro de Estado, Dr. José Agustín Martínez.
 - 3.—Discurso por el Excmo. Señor Belisario Porras, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Panamá en Cuba.
 - 4.—Selecciones americanas, por la Banda Municipal.
12. m. Acto de izar la bandera, símbolo de América, en el balcón de honor del Palacio Municipal. Revista militar en homenaje al Cuerpo Diplomático Americano acreditado en Cuba.
- 3.00 p. m. Sesión Plenaria. Elección de la sede del Segundo Congreso Nacional de Historia. Palacio Municipal.
- 5.00 p. m. Develamiento del monumento a Lincoln en la Plaza de la Fraternidad:
- 1.—Himno Nacional Cubano. Himno Nacional Norteamericano.
 - 2.—Discurso por el Dr. Herminio Portell Vilá, Profesor de Historia de América de la Universidad de La Habana.
 - 3.—Discurso por el Excmo. Sr. Spruille Bra-

den, Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de los Estados Unidos de América.

4.—Discurso por el Dr. José Agustín Martínez, Ministro de Estado.

5.—Himno Panamericano.

6.—Honosores por los alumnos del Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua y los de las Escuelas Públicas.

9.00 p. m. Sesión de clausura del Congreso en el Aula Magna de la Universidad:

1.—Himno Nacional, por la Banda Municipal.

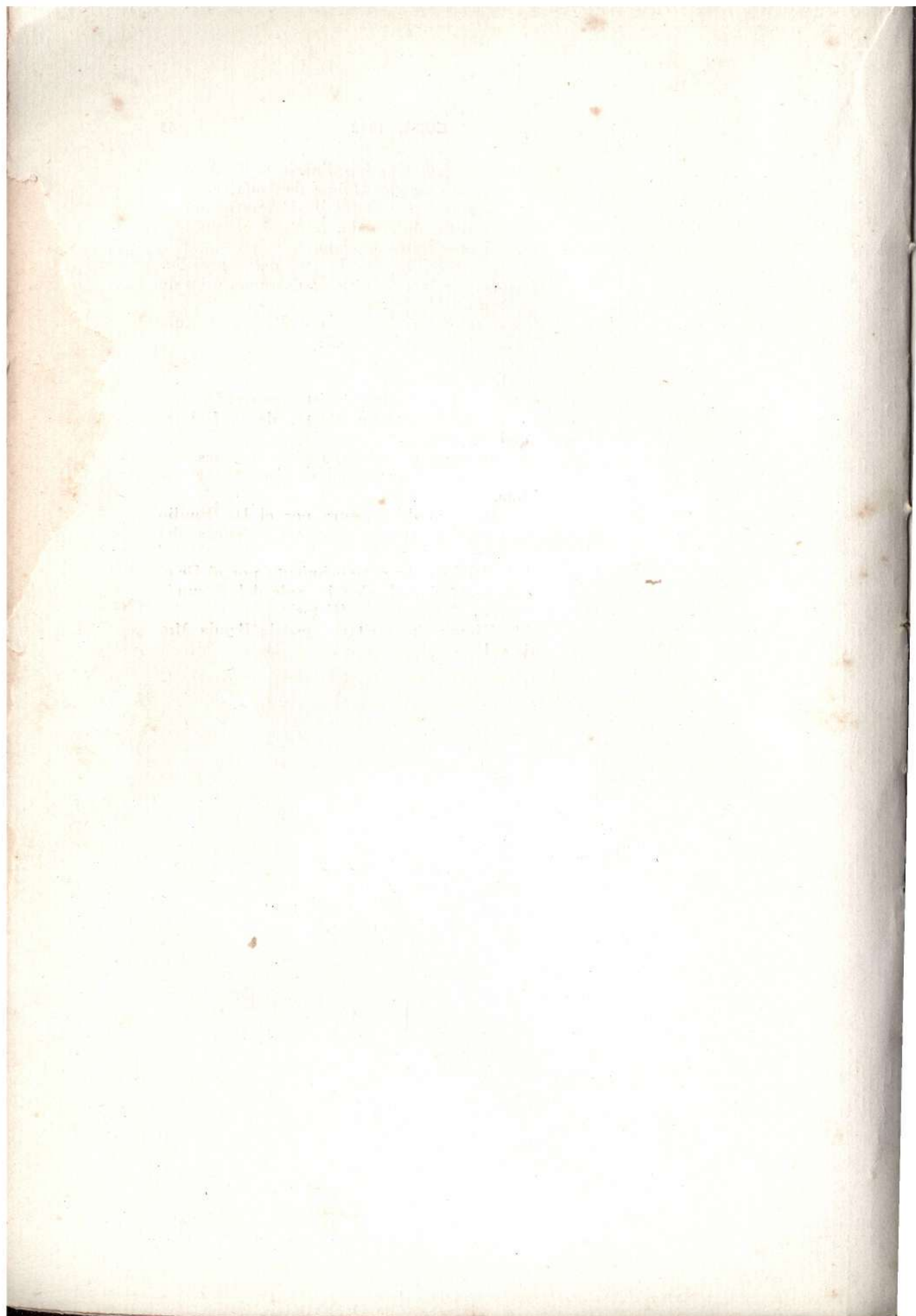
2.—Saludo a los Congresistas, por el Dr. Rodolfo Méndez Peñate, Rector de la Universidad.

3.—Discurso por el Dr. José A. Encinas, Ex-Rector de la Universidad de San Marcos, de Lima.

4.—Discurso de clausura por el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Secretario General del Congreso.

5.—Palabras de reconocimiento por el Delegado de la ciudad elegida sede del Segundo Congreso Nacional de Historia.

6.—Himno Universitario, por la Banda Municipal.



HOMENAJE A MARTI

**CELEBRADO ANTE SU MONUMENTO EN EL PARQUE
CENTRAL, EL 8 DE OCTUBRE, DIA DE LA INAUGU-
RACION DEL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE
HISTORIA**

1871

1872

1873

1874

1875

DISCURSO

Por Manuel Bisbé

de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales

Hace menos de un año, con motivo de un congreso que celebramos en Santiago de Cuba los doctores en Ciencias y en Filosofía y Letras, me correspondió hablar junto a la tumba de José Martí, ofreciendo el homenaje fervoroso de esa clase valiosa de cubanos. Recuerdo que jamás sentí en tan alto grado la emoción de la palabra, como al hablar junto a esa tumba, abierta en una tierra de héroes, sacudida más de una vez por las rebeldías de los hombres y por sus propias cóleras internas. Allí junto a esa tumba, donde un ramo de flores siempre frescas y una bandera hacen realidad perenne el voto del Maestro, en un escenario formidable que ciñe una verde línea de montañas, mi palabra tuvo más de rezo que de arenga. Ahora, por decisión generosa de los organizadores del Primer Congreso Nacional de Historia, me corresponde hablar también en su tierra habanera, junto a esta estatua que nuestra pequeñez republicana no ha logrado poner todavía a la altura que su obra merece. Y aquí nuestra palabra debería tener más de arenga que de rezo.

Pero no será así. No se puede, en efecto, pensar en Martí sin pensar en la permanencia de la patria y sus instituciones, sin pensar en la continuidad del esfuerzo de todos. En nuestras enconadas luchas presentes, a veces olvidamos que vivimos para un mañana, y queremos subordinar a un hoy revuelto por pasiones polémicas, nuestras inmensas posibilidades, lo que podemos llegar a ser, nuestro destino. Mas lo que nos parece más trascendente es lo efímero de hoy y lo más trascendente es lo que apenas percibimos, ese aporte que por distintos canales va en definitiva a engrosar el caudal de nuestra propia historia. A esta contemplación nos obliga el más firme propósito de lealtad martiana. Martí pensó siempre en una nación construida para un largo futuro. El árbol, echando sus raíces en el pasado, pero la copa, rompiendo cada vez cielos más altos y más puros.

En esa manera de sentir el culto de la patria se nutre la fe grande y sincera, la fe creadora, que alienta el espíritu de empresa y las virtudes y designios de un pueblo. La palabra que se diga ante el mármol glorioso de aquel inmenso inspirador de fe tiene que ser palabra transida de ese sentimiento de continuidad histórica en que se unen al servicio de la grandeza patria las generaciones pasadas, presentes y futuras. Durante casi toda nuestra etapa republicana hemos puesto en peligro esa fe necesaria, hemos visto a los hombres que más deberían haberla fortale-

cido, resquebrajarla, dóciles al oro y la prebenda de una vida fácil. ¡Vol-vamos hoy por esa fe grande y sincera; levantémosla sobre este campo de ruinas como un sol de esperanza! Cuba lo necesita. Pongamos en cada cubano la pasión por una faena histórica de larga trayectoria. Y estalle la palabra en claridades a la vera de esta figura venerable que vi-vió con la preocupación de la República futura, en aquellos oscuros y difíciles días de la colonia esclavizada.

En verdad, no hemos cumplido nuestra deuda, Maestro. Los hom-bres a quienes correspondió realizar en la República el incumplido pro-grama del 95, no fueron todo lo previsores, responsables y honestos que las circunstancias demandaban. No solamente no supimos liquidar las taras e influjos coloniales, sino que abrimos nuestro país a la influencia de nuevos capitales extranjeros, ávidos de anular la propia eficacia de nuestra independencia. La colonia hispánica ha supervivido en nuestra República como un anti-estado. Cada dólar venido a Cuba, cualquiera que sea la vía por la que viniere, ha remachado un eslabón más de nues-tro vasallaje. Y el alma cubana libre y dueña de su propio destino no ha logrado integrarse. Con razón tendríamos que lamentar la existen-cia de la Caimanera, si no estuviera el alma cubana llena también de cai-maneras. Es cierto que ha habido hombres y momentos excepcionales; pero hombres que no fueron oídos, y etapas de reafirmación cubana que bien pronto fueron vencidas por las fuerzas imperantes de una reacción siempre mediatizada. En verdad, no hemos cumplido nuestra deuda, Maestro.

Ahora se nos presenta la ocasión más propicia de la etapa republi-cana que estamos viviendo. Esta guerra, que fué desde el principio nuestra guerra, replantea el problema cubano. Hoy como ayer estamos luchando contra los mismos enemigos. Lo importante es que esta oportu-nidad no se pierda de nuevo. La paz que ha de venir no será nuestra paz, si con la misma no se consolida una independencia efectiva y una libertad que sirva de punto de apoyo al hombre nuevo. Martí quería llegar a la independencia de la patria por la independencia de los hom-bres. He ahí en definitiva el objetivo que estamos persiguiendo. Pero una libertad verdadera del hombre; no una aparente libertad política tras la cual se ocultan el privilegio la explotación y la mentira.

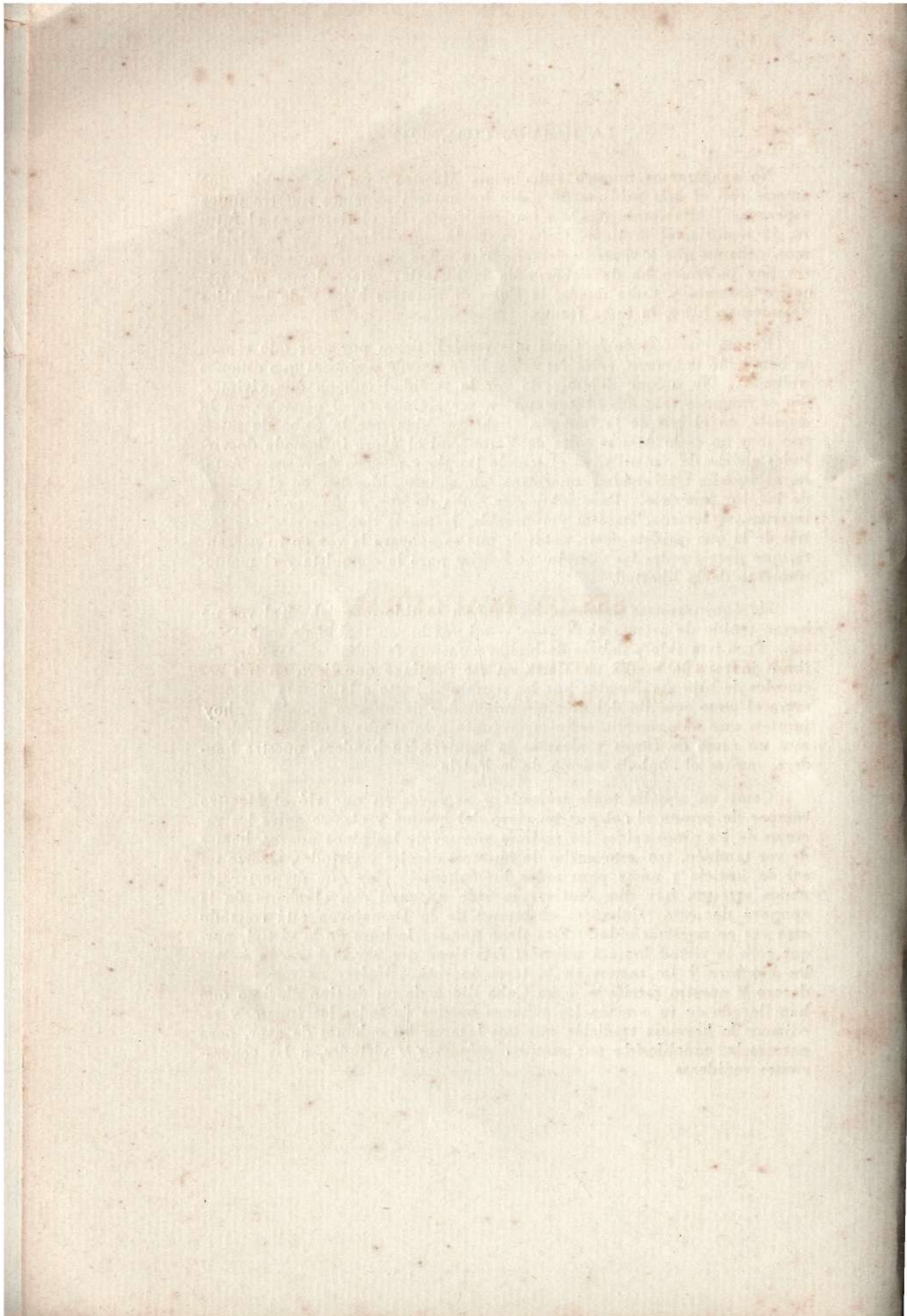
En esta hora de prueba para Cuba, confiamos sobre todo en nuestro pueblo. Es un pueblo lleno de virtudes y reservas morales, al que se le ha intentado corromper su manera de vivir, pero al que no se le ha po-dido corromper nunca su manera de sentir. A este pueblo lo hemos vis-to en pie en los momentos de mayor peligro. Es un pueblo sufrido en la miseria, altivo en la humillación; un pueblo al que se le puede arreba-tar el pan, siempre y cuando no se le arrebate o se le restrinja su propia libertad. En ese pueblo, en el heroico pueblo de los mambises de ayer, confiamos en esta hora que está pidiendo al cubano nuevos heroísmos. Ese pueblo se impondrá a todo. Se impondrá a los que practican una política de aprovechamiento personal, cuando todo debería sacrificarse en aras de la seguridad de la Patria, amenazada como nunca. Se impon-drá a los falsos patriotas erigidos en gobernantes, a los entreguistas y ge-nuflexos de siempre, a los políticos de sentido práctico, que de tanto con-templar nuestras lamentables realidades, no saben ni pueden levantar la cabeza del lozadal en que se encuentran.

No exageramos nuestro entusiasmo, Maestro. En ese pueblo que amaste con el más sublime de todos los amores ponemos nuestra única esperanza. Al tiempo otra vez nos remitimos. Y el tiempo es el futuro, la historia, el destino. Cuba va hacia un mañana. No lo olvidemos, cubanos que a veces nos conducimos como si pensáramos que nuestro hoy polémico ha de llenar toda la historia. Recordemos que nosotros pasamos y Cuba queda, la Cuba de nuestros hijos y de los hijos de nuestros hijos, la Cuba futura.

En esa emoción de la Cuba que vendrá, tierra por arar que espera la bendición del surco, echa sus raíces la fe grande y sincera que estamos pidiendo. No es que dejemos de ver la realidad cubana que vivimos. No es tampoco que nos obstinemos en ver a Cuba en el penacho, en la estrella, en el iris de la fantasía. Sabemos bien que la Cuba de nuestros días no es la Atenas culta de Varona, ni el ágora inflamada de virtudes cívicas de Sanguily, ni el senado limpio y austero de Maza y Arto-la, ni aquella Universidad americana que soñaste, Maestro, en el crucero de las dos Américas. Pero sobre esta Cuba de hoy, roída por traiciones internas, se levanta, augusta y venerable, la patria que soñamos, esa patria de la que quisiste decir, antes de que se apagara la voz en tu garganta, que poseía todas las virtudes necesarias para la conquista y el mantenimiento de la libertad.

He aquí nuestras palabras, he aquí su sentido esencial. Tal vez no hayan tenido de arenga ni de rezo, o tal vez hayan tenido de ambas cosas. Pero han sido palabras de honda y sincera fe cubana. Ayer las dijimos junto a la tumba de Martí, en ese Santiago que llevo en mis recuerdos de hijo agradecido; hoy las repetimos junto a la estatua que consagra el gesto sencillo del máximo orientador de nuestro pueblo. Y hoy junto a este monumento, como ayer junto a la tumba santiaguera, dejamos un ramo de flores y alzamos la bandera, su bandera, nuestra bandera, que es el símbolo mismo de la Patria.

Como en aquella tarde húmeda y negruzca en que vió el Maestro romper de pronto el sol por un claro del bosque y alzarse entre los racimos de los pinos caídos los racimos gozosos de los pinos nuevos, hemos de ver también, tras esta noche de nuestros corajes y virtudes, alzarse un sol de justicia y amor para todos los cubanos. Hay que despertar los viejos arrestos, hay que reavivar la vida nacional con el abono de la epopeya de ayer. Cubanos: el bronce de la Demajagua está sonando otra vez en nuestros oídos. Esta tiene que ser la hora de la virtud, porque sólo la virtud logrará unirnos; ésta tiene que ser la hora de juntar los hombros y las manos en la tarea ingente. Alcémonos por nuestro decoro y nuestro sacrificio a esa Cuba digna de un destino glorioso que han llevado en su corazón los cubanos buenos de todas las épocas, y recojamos la hermosa tradición que nos legaron los cubanos de ayer, para entregarla, ennoblecida por nuestros esfuerzos y virtudes, a las generaciones venideras.



SESION INAUGURAL

**EN EL SALON DE RECEPCIONES DEL PALACIO MUNICIPAL
DE LA HABANA, EL 8 DE OCTUBRE.**

SALUDO A LOS CONGRESISTAS

Por el Dr. Raúl G. Menocal

Alcalde de La Habana.

Nunca quizás como en esta ocasión excepcional adquieren las palabras de simple fórmula un sentido más pleno y más exacto. Porque en verdad constituye para mí un honroso privilegio el que como Alcalde de La Habana sea yo el encargado de pronunciar las palabras inaugurales de este Primer Congreso Nacional de Historia, primer evento de esta índole que, como ya se ha consignado, se celebra en nuestra República. Aparte del honor que significa en sí enfocar la atención inicial de tan ilustre asamblea, acrece aún más mi satisfacción de esta noche la circunstancia de que un acontecimiento cívico y cultural de tal trascendencia haya sido organizado por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y por la Oficina del Historiador de la Ciudad.

Si la destacada institución ha nacido y ha desenvuelto sus fecundas labores de divulgación histórica a la sombra de este Palacio del Municipio y en estrecha colaboración con la Oficina del Historiador de la Ciudad, ésta, como organismo adscripto a la Administración Municipal, ha sido en todo instante un elemento valiosísimo e indispensable en la propulsión de la cultura popular; y ya sabemos cómo esas funciones de superación ciudadana deben ser una de las actividades naturales de todo gobierno local bien organizado. De ahí que no sea, repito, un mero concepto protocolar mi invocación al honor y satisfacción excepcionales que hoy experimento, porque tengo que sentirme orgulloso de que la idea de esta obra de singular importancia se haya gestado y realizado al amor de esta Casa del Pueblo, al calor de estas piedras centenarias saturadas de historia.

En cualquier oportunidad adquiere relieves vigorosos en la vida de un pueblo la celebración de sucesos como éste que hoy se inicia. Pero en los días trágicos que vivimos, estremecidos por el estruendo de la guerra, su importancia se agiganta hasta proporciones insospechadas. Cuba, combatiente por la libertad humana en el amplio frente de la lucha que se libra en el mundo contra la barbarie totalitaria, tiene necesidad de robustecer su conciencia nacional; y es el conocimiento de su historia de sacrificio y de heroísmo uno de los vehículos que la conducen a la plenitud de esa conciencia. Cuando los pueblos conocen en toda su intensidad lo que ha costado elevarles hasta la categoría de tales, es cuando se hallan más dispuestos a defender lo que significan como realidad y como símbolo. Sintiendo el dolor de la raíz del pasado, saben cuál es la fortaleza de su tronco y cuál el valor de sus flores y de sus frutos, y con más celo conservan el patrimonio de la tierra y de las instituciones básicas que les legaron las verticales generaciones de los fundadores.

Como hijo de un soldado de la Patria que contribuyó con su sangre y con su ímpetu a la realización de la República, no podía negar mi modesta cooperación de funcionario y de cubano a esta asamblea de estudiosos y de investigadores, de profesores de historia y de aficionados a la búsqueda y la exégesis históricas. Se trata de un acto de cubanidad responsable, que merece, como lo ha tenido, todo el apoyo y toda la simpatía posibles. Y si como lo demuestra este concurso ilustre, el Primer Congreso Nacional de Historia es una congregación de hombres preocupados por el destino de los pueblos en general y del cubano en particular, a cuya superación de cultura y de vida se han consagrado a través de sus obras y de sus cátedras, no hay que decir cómo serán de fecundos para nuestra nacionalidad los resultados de sus deliberaciones y de sus acuerdos.

Congratulémonos todos de la hermosa iniciativa de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y de la Oficina del Historiador de la Ciudad, que ha hecho posible este acontecimiento de trascendencia continental, y en el que me toca la honrosa oportunidad de saludar, en nombre de la ciudad de La Habana, a quienes con su presencia y con su entusiasmo contribuyen al mayor éxito del Primer Congreso Nacional de Historia. El pueblo de nuestra capital, y esta casa de que habéis tomado posesión, se congratulan de que estéis entre nosotros, dispuestos a trabajar por la divulgación de la cultura histórica, que es como decir, por el sentido y el ejercicio plenos de la Democracia.

DISCURSO

Por Emilio Roig de Leuchsenring

Presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y Secretario General del Congreso

La Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, al acordar la celebración de Congresos anuales de Historia—de los cuales es el primero éste que hoy inauguramos—ha querido “promover el mayor auge de los estudios históricos y alentar su cultivo, así como difundir el conocimiento de la historia más allá del círculo de los especialistas, hasta el corazón mismo del pueblo, a fin de que ese conocimiento lleve a la reafirmación permanente de la fe cubana en la evolución histórica de la nacionalidad y estimule el más sano patriotismo”.

Pueblos como el cubano, de integración nacional no lograda plenamente, requieren un conocimiento exacto y comprensivo de su historia, para mejor descubrir en el pasado, más o menos remoto, las raíces de sus males, crisis y dificultades presentes, con vistas a un futuro de estabilidad, progreso y engrandecimiento.

Así es que para tales pueblos el conocimiento histórico dista mucho de reducirse a simple especulación erudita o recreativa, sino que tiene el valor inapreciable de punto de apoyo sobre el que una generación ha de construir, o reconstruir, para sí y para las generaciones venideras, el futuro nacional.

No importa que miopes o malvados proclamen la inutilidad de la historia, tachándola de poco o nada veraz y de ineficaz para la enmienda de errores, defectos y males, y califiquen a los historiadores, despectivamente, de sabandijas de archivos y bibliotecas o de mentirosos y chismosos.

Suelen los primeros de estos detractores de la historia y de los historiadores—o sean los cortos de vista—partir de una falsa premisa: que siendo tan difícil averiguar la verdad sobre los hechos de nuestro tiempo, ¿cómo va a poder esclarecerse debidamente lo acaecido hace años o siglos?

Precisamente ocurre lo contrario. La cercanía impide al historiador abarcar la verdadera significación y trascendencia de los acontecimientos, distraído o cegado por detalles inmediatos de mera importancia circunstancial, o influenciado por antipatías o simpatías de las que no puede sustraerse y que repercuten lastimosamente en la precisión e imparcialidad de su enjuiciamiento. Son los años, el decurso de los tiempos, lo que tamiza acontecimientos y personajes y permite recoger y valorizar lo fundamental, con desprecio de la escoria. Además, hechos posteriores, en muchas ocasiones, nos dan la clave de sucesos anteriores, imposible de percibir en el momento mismo en que ocurren éstos; y es, igualmente, al cabo de largas y concienzudas investigaciones, no de uno

colo, sino de muchos historiadores, cuando puede reunirse el material indispensable para el exacto estudio de un período o de un personaje histórico.

Los otros difamadores de la historia —los malvados— saben muy bien, aunque no lo confiesen, el juego que se traen entre manos. La historia estorba al desenvolvimiento de sus negocios y trapisonderías, ya porque saca a la superficie sus propios pecados o los de sus antecesores, socios o correligionarios, ya porque son enemigos declarados de todo propósito cívico de enmienda o rectificación del pasado, pues viven y medran a costa de la supervivencia de ese pasado, y les conviene, por sobre todo, que las cosas no cambien, para que sus negocios sigan prosperando.

Pero es indudable que quien de buena fe y limpio de bajunas intenciones, persiga la felicidad de su patria y de sus compatriotas, requiere axiomáticamente, al igual que el médico con el enfermo que asiste, para curar o aliviar los males de su país, descubrir las causas y raíces de éstos. Y ese conocimiento sólo nos lo proporciona la Historia.

De tan trascendente papel a la historia reservado, ahora es cuando los cubanos nos estamos dando cuenta precisa, y que, obrando en consecuencia, hemos puesto manos a la tarea de conocer nuestro pasado remoto colonial y el de los primeros tiempos republicanos, sobre las fuentes documentales indispensables, acopiándolas, y desbrozándolas de leyendas y supercherías, y no por mera y tonta vanagloria del erudito inútil a quien sólo importa la posesión—por la posesión misma, y para sí exclusivamente—de un manuscrito raro, o el hallazgo intrascendente de una fecha o de un suceso nimio; sino con la altísima y patriótica finalidad—patrióticamente utilitaria—de que la historia sirva, como ya apunté, de ejemplo y de enseñanza, rectificadores del presente y encauzadores del futuro.

Pensando y actuando así, desaparecen por completo la detracción gratuita y el ditirambo vacuo. Los hechos, si se presentan desnudos de poéticas mentiras, tienen en cambio el adecuado ornamento de la limpieza y ruda verdad histórica, libre de prejuicios, convencionalismos e intereses creados; y a los personajes se les hace descender de los cielos de percalina en que los habían falsamente encaramado sus patrioteristas apologistas, para retratarlos, sin piadosos retoques, tales como fueron y actuaron, humanizados, con sus reales defectos y virtudes.

A esta obra científica y patriótica se ha consagrado desde su fundación en 1940 la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Y aunque la tarea ha sido dura y el tiempo corto, juzgamos no haber arado en el mar ni clamado al viento, pues muy por el contrario, se percibe ya la formación de un ambiente propicio y de un estado de opinión comprensivamente consciente de la urgencia, por nuestra Sociedad proclamada y buscada, de una total y justa revaloración del pasado histórico cubano y americano, con útiles aplicaciones a la realidad nacional y continental presente.

En ese sentido, este Primer Congreso Nacional de Historia es la culminación magnífica de una serie de investigaciones, de estudios y

de actividades de divulgación cívica y cultural, llevados a cabo por nuestra Sociedad. Como queda dicho, han sido dos las grandes tareas por ella desenvueltas.

Allá, en lo recoleto de los archivos y las bibliotecas públicos y privados, nacionales y extranjeros, y en el gabinete de estudios, actuaba el investigador y el crítico, que saliendo después al claro de la tribuna, no académica sino popular, y en el periódico, el folleto y el libro, convertido en divulgador de cultura, hacía llegar hasta la entraña misma del pueblo el fruto de sus estudios.

Y todos cuantos formamos parte de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales sentimos la necesidad imperiosa de revalorizar nuestra historia y la historia de América y darle el dinamismo indispensable para hacer llegar la cultura histórica al pueblo a fin de reforzar la conciencia cubana y americana.

No es nuestra Sociedad, por lo tanto, una reunión, capilla o panteón de hombres más o menos ilustres, ni una concentración de *pachecos* intelectuales, sino que constituye un grupo de trabajadores del pensamiento que se preocupan fundamentalmente por los destinos de nuestro pueblo y por el robustecimiento de la conciencia nacional. Pensamos que la inteligencia y la sabiduría sólo tienen un valor humano apreciable cuando se proyectan en forma de servicio popular.

De tal modo mantenemos enhiesta esta bandera, que es lema y programa, principio e ideal de nuestra asociación, que desde el mismo momento en que ella fué fundada, y de acuerdo con un artículo reglamentario, todos sus miembros pusimos nuestras bibliotecas particulares al servicio del público, al través de la Biblioteca Histórica Cubana y Americana que ya existía establecida, en esa forma, en la Oficina del Historiador de la Ciudad: primer caso en el mundo de socialización de bibliotecas privadas, que ha merecido ya el aplauso de diversos congresos internacionales, así como se ha hecho resaltar por los mismos la conveniencia de que sea imitado y puesto en práctica ese sistema por los intelectuales que de veras sientan la urgencia universal de hacer llegar al pueblo la educación y la cultura.

Apenas constituida la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales acometió decididamente la tarea, en la que no ha tenido tregua ni descanso, de que el pueblo recibiese el fruto de las investigaciones y los estudios llevados a cabo por sus miembros, presentándole nuestra historia, ya debidamente valorizada, y aplicándola a las urgencias políticas, sociales y económicas, cubanas y americanas, de la hora de ahora.

Abonan esta labor los ciclos de conferencias y cursos sobre:

Los grandes movimientos políticos cubanos en la Colonia y en la República (Colonialismo, Reformismo, Anexionismo, Autonomismo, Independentismo, Ingerencia, Reconquista y Nacionalismo). Actitud de Cuba ante el conflicto bélico europeo y posibilidades de la participación de América en el mismo. Vida y pensamiento de Martí. Historia de la independencia en América. Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. Contribución de Cuba a la causa de la Democracia; dos siglos de lucha por

la libertad, ilustrada esta última serie de conferencias con la *Exposición Histórica* celebrada en estos mismos salones del Palacio Municipal.

Y por último, el ciclo de conferencias sobre Félix Varela.

En todo momento ha contado la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales con la cooperación decidida que le ha prestado el Municipio de La Habana durante la actual administración del Alcalde doctor Raúl G. Menocal, poniendo esta casa del pueblo al servicio de la divulgación cultural histórica por nuestra Sociedad realizada, y recogiendo muchos de sus trabajos en las publicaciones que se editan por la Oficina del Historiador de la Ciudad. Porque es deber de justicia, me complace proclamándolo así expresándole públicamente nuestro más efusivo reconocimiento.

Del mismo modo, somos deudores al Presidente de la República, Sr. Fulgencio Batista, de las simpatías con que ha acogido y propiciado cuantas demandas de carácter cultural ha hecho llegar hasta él nuestra Sociedad, estimulándonos—con su palabra y con su apoyo, y también con su presencia en varios de los actos por nosotros organizados—para continuar adelante nuestras actividades cívicas y culturales.

Objetivo primordial de estos congresos nacionales de historia lo constituye la reivindicación de la revolución libertadora cubana, desconocida casi por completo por nuestra generación republicana, y negada, con aviesas miras de reconquista y explotación, por los herederos de los voluntarios y guerrilleros, que jamás han sentido ni amado la República, ni han podido ni querido identificarse con ella, y al amparo de la política agresiva y de la acometividad bélica de la barbarie fasci-nazi-nipo-falangista, pretenden negar y destruir la obra por Cuba realizada en favor de la democracia durante dos siglos de lucha por la libertad. A 43 años del cese de la dominación española en esta tierra, y ayuna de cabal conocimiento histórico de nuestro pasado colonial y revolucionario, la generación actual cubana puede decirse que desconoce lo que fué Cuba colonial; las razones poderosísimas que asistieron a los Luz y Caballero, Varela, Saco, Pozos Dulces y otros ilustres patricios, anatematizadores del despotismo metropolitano muchos de ellos, y propugnadores todos de justicia, educación, cultura y libertad para su patria y sus compatriotas; las persecuciones, los sacrificios y las penalidades padecidos en las poblaciones y en los campos, en la manigua y en el destierro, por los miles y miles de patriotas—de la gran mayoría de los cuales no se conserva en nuestros días ni siquiera el recuerdo de sus nombres—que durante dos centurias abandonaron hogar, familia, bienestar, honores, riquezas, por conquistar una patria de libertad y de decoro, para ellos y para sus hijos y los hijos de sus hijos; se piensa que Aguilera, Céspedes, Agramonte, García, Maceo, Martí, más que por sus hazañas son grandes en nuestra historia por haber muerto a tiempo, a tiempo de no haber llegado a la República, convirtiéndose en ella, como han hecho algunos otros prominentes veteranos, en interesados aprovechadores de sus méritos pasados, para desgracia y ruina de la nación.

Fatal ignorancia y errónea e injusta generalización.

Bien es verdad—lo hemos dicho más de una ocasión—que estos primeros tiempos de vida republicana han sido para Cuba—lo son todavía—difíciles y tumultuosos; que apenas constituida la República, vimos salir a la superficie de la tierra los mismos vicios y defectos que los hombres que concibieron y realizaron la revolución emancipadora se proponían extinguir: los odios enconados, el egoísmo, el afán de lucro, la burla al derecho, a la libertad y a la justicia, la falta de amor a la patria, de respeto a la ley—que ya era ley cubana—, el abuso en los que mandaban, y la complicidad, unas veces, y la nefasta pasividad y tolerancia, otras, en los que obedecían... Y no es menos dolorosamente cierto que muchas veces el *inri* ha habido que ponerlo sobre las frentes de los mismos que dieron su sangre para que esos vicios, en los que ellos luego incurrieron, desapareciesen.

Pero todo ello no significa el fracaso de la obra revolucionaria emancipadora cubana, ni puede dar motivo, ni pretexto, tampoco, para el repudio, ni mucho menos el desprecio, hacia los mambises libertadores.

En momentos de grandes crisis nacionales se ha sostenido inexplicablemente, torpemente, aun por hombres a quienes por su título profesional o por su posición social y académica podía exigirse clara inteligencia, cultura general y amplio conocimiento de nuestra historia, que la revolución libertadora había fracasado, porque los cubanos no estaban preparados para el gobierno propio, asistiéndole la razón a los autonomistas que predicaban el procedimiento evolucionista como camino más seguro y firme para llegar a una república levantada sobre bases de firme estabilidad.

No es éste el momento ni el lugar adecuado para refutar, con la amplitud que el tema merece, tan erróneas afirmaciones. Básteme mantener enfáticamente que la obra de la revolución cubana emancipadora no constituye un fracaso en la historia de nuestro desenvolvimiento político. Que ella fué la consecuencia inevitable e imprescindible del desastroso sistema colonial español, de la ineptitud y de la ceguera de todos sus políticos y gobernantes, empeñados en que Cuba sufriese, de manera inalterable, el régimen nefando y ominoso de colonia factoría, gobernada a distancia, sin estudiar ninguno de sus problemas y necesidades. Que la revolución, vista ya, en la remota fecha de 1824, por la mirada genial de Félix Varela, como el único medio de que Cuba lograra por la fuerza de las armas lo que jamás España iba a concederle por las buenas—justicia y libertad, bienestar y engrandecimiento—, no fué una algarada de inconscientes aventureros o impacientes descontentos, sino el recurso último a que los cubanos acudieron después de haber comprobado, una y cien veces, que jamás los gobernantes españoles acogerían sus quejas y sus demandas.

Nuestra revolución emancipadora cumplió el papel histórico a ella reservado. Mientras Cuba hubiera permanecido bajo el gobierno de España no era soñable pensar en mejoras evolucionistas de ninguna clase, porque nadie da a otros lo que no tiene para sí, y de España era imposible que los cubanos recibieran en momento alguno enseñanzas de buen gobierno y administración públicos, por la elocuentísima razón

de que aún en estos momentos España no ha podido aplicarlos al gobierno y administración de su propio país.

No cabe, tampoco, por los motivos apuntados, presentar, en defensa del procedimiento evolucionista, el ejemplo del Canadá, pues como ya lo dijo muy certeramente Francisco Figueras en su famoso libro *Cuba y su evolución colonial*, "hacer de Cuba un Canadá, implicaba hacer de España una Inglaterra".

Los tropiezos, las caídas y las crisis que nuestra República ha sufrido de 1902 a la fecha no es lógico ni justo atribuirlos a la revolución libertadora, sino a otras muy diversas y muy complejas causas que sólo puedo citar esta noche: desastroso ejemplo y educación políticos gubernativos y administrativos recibidos por los cubanos durante cuatro siglos de despotismo explotador; dependencia económica, ya en los días finales de la dominación española, de la gran potencia vecina norteamericana; peculiarísima forma en que la colonia se transforma en República, no por el propio esfuerzo de sus hijos sino por la orden y el poder de otra nación que se interpone en el proceso evolutivo de nuestro pueblo y se convierte en el dispensador supremo de bienandanzas y males, con la gravísima secuela de la falta de fe y de confianza de los cubanos en la estabilidad de la República; ausencia casi total, una vez constituida ésta, de renovación tanto étnica como educativa y cultural, inyectándose, muy por el contrario, a la población republicana, nutridos contingentes de emigraciones indeseables, y manteniéndose en nefasto y contumaz abandono la enseñanza primaria, secundaria, superior, profesional, agrícola, y no creándose o dejándose morir las instituciones propulsoras de la cultura nacional.

A enmendar ese desconocimiento o mal entendimiento de las raíces históricas de nuestros males y dificultades presentes ha de propender, seguramente, la labor de este Primer Congreso Nacional de Historia.

Para asegurar de antemano su éxito, hemos llamado a participar en el mismo a cuantos se han especializado en las disciplinas históricas, de manera que no resulte la obra, pequeña y mezquina, de un grupo, sino el empeño colectivo de investigadores, estudiosos y críticos nacionales y extranjeros.

Especial llamamiento hemos lanzado a los profesores de historia de la Universidad y los demás centros docentes de la República, porque entendiendo que es necesario articular y coordinar la enseñanza de la historia en los distintos grados de la docencia cubana, requiere el Congreso contar con el aporte de la capacidad y la experiencia de nuestro profesorado, conocedor superlativo de las reformas y mejoras que en este sentido, deben ser acometidas e implantadas.

Muy cerca de dos centenares de inscripciones revelan elocuentemente que nuestra llamada ha encontrado la acogida que anhelábamos.

Tal vez pudiera estimarse que no son los días de tragedia que vive la humanidad los más propicios para esta clase de acontecimientos, y que hoy resultan más imperativas otras actividades por sobre la de los estudios históricos.

Adecuada respuesta encontramos a esta errónea apreciación en las siguientes sabias palabras de la convocatoria hecha por el presidente de México, general Avila Camacho, para el Congreso Interamericano de Astrofísica, en aquella república hermana y querida, celebrado últimamente: "utilísimas son hoy estas reuniones, precisamente, para contrarrestar en lo que sea posible, la parálisis de las actividades científicas en aquellos países devastados por la guerra".

Pero, además, debemos tener en cuenta que la importancia de nuestro Primer Congreso Nacional de Historia no radica solamente en su aspecto cultural, sino, como ya tuve ocasión de expresar en recientes declaraciones a la prensa habanera, principalmente como manifestación patriótica y cívica, ya que quienes lo integraremos tenemos la intención de convertirlo en vibrante reiteración de la fe en los ideales democráticos porque hoy se lucha en el mundo. La historia de Cuba es toda ella concreción de un tesonero afán de democracia: en todo estudio histórico de nuestro país la conclusión no puede ser sino una reafirmación democrática, móvil y esencia del pensamiento y de las hazañas de los próceres y de las multitudes que han forjado la patria cubana. Por eso, nunca como hoy es oportuno el Primer Congreso Nacional de Historia. Será una contribución más al afianzamiento de nuestra conciencia y de la fe en nuestras instituciones democráticas.

Debo terminar ya, señoras y señores, que en demencia he abusado de vuestra gentileza para conmigo, y estáis ansiosos de escuchar la palabra doctísima de los ilustres profesores norteamericanos Dr. Duvon C. Corbitt, representante oficial de la Duke University de Durham, North Carolina y de *The Hispanic American Historical Review*, y Dr. George Kubler, profesor de la *Yale University*, y del insigne presidente del Primer Congreso Nacional de Historia, nuestro admirable y admirado Fernando Ortiz.

Pero antes de concluir quiero explicar brevísimamente que para la presidencia de este Congreso y teniendo en cuenta la indicación contenida en su reglamento de que el presidente "habrá de ser un intelectual caracterizado, no sólo por sus valiosos trabajos históricos, sino también por su ejecutoria moral y cívica", la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales ha designado al Dr. Fernando Ortiz, porque lo juzga una de las personalidades más prestigiosas en el campo de nuestra cultura, y cuya actitud independiente y adhesión a las nobles causas y muy especialmente, en estos momentos, su valiosa defensa de los principios e ideales democráticos, le han ganado el respeto y la admiración de todos los espíritus libres.

Hace treinta años, el gran sociólogo europeo Max Nordau, vió en Fernando Ortiz a un soldado que lucha por el progreso, sin reservas cautelosas, con valentía decidida e incondicionada.

Como en un ayer inmediato Manuel Sanguily y Enrique José Varona, y todavía en vida de ambos, Fernando Ortiz ha sido magnífico e incansable propugnador de la cultura, el decoro y el progreso nacionales.

Justamente ha afirmado mi compañero queridísimo Herminio Portell-Vilà que Ortiz realiza de manera cabal el juicio de Martí acerca de Domingo del Monte, al calificarlo como "el cubano más real y útil de su

tiempo", agregando por su cuenta que la obra de investigación, crítica, ilustración y divulgación cultural de Fernando Ortiz, "es, sin duda alguna, la más original e integralmente fecunda, la de mayor proyección universal y más completa utilidad nacional que Cuba ha tenido a todo lo largo de su historia".

Caracterizan esa labor—desenvuelta hoy de modo permanente a través de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la *Revista Bimestre Cubana*, de la *Institución Hispano Cubana de Cultura* y del órgano de ésta, la revista *Ulra*—su vigilancia constante para que los factores humanos de la cubanidad no pierdan su ritmo de renovación, de superación; su defensa, nunca abandonada, de la libertad, porque la considera indispensable para la cultura; su viril actitud de combatiente, jamás domeñado, ni siquiera fatigado, contra todos los reaccionarismos y todas las discriminaciones; y su juventud inmarchitable que, libre de novele-rías y sectarismos, le da comprensión cabal y adhesión fervorosa a ideas, doctrinas y procedimientos verdadera y justamente nuevos y de indudable beneficio humano.

Y en las ocasiones críticas, la palabra, el consejo y la acción de Fernando Ortiz han figurado a la vanguardia de los grandes movimientos republicanos de opinión. Así, para no citar más que dos casos, la Junta Cubana de Renovación Nacional, de 1924, y Por la Escuela Cubana en Cuba Libre, de 1941.

Hoy Ortiz ha sido el primero en darle visión y sentido cubanos, sin prescindir de su aspecto internacional, a nuestra participación, como una de las Naciones Unidas, en la presente contienda bélica universal, al mantener la tesis, que por constituir felicísima interpretación de nuestra realidad nacional comparto y propago, total y entusiásticamente, de que esta lucha contra el totalitarismo significa para Cuba su nueva guerra de independencia.

Tal es, amigos, el hombre que la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales ha escogido para presidir el Primer Congreso Nacional de Historia.

Y porque es como es, tiene la suerte y la gloria de merecer la enemiga de los reaccionarios, los estultos y los malvados.

Pero, los que bien le comprendemos, le admiramos y le queremos, estamos seguros de que se ha de cumplir el juicio profético que en 1923 formuló aquel gran cerebro y gran corazón que fué Rubén Martínez Villena:

"Mañana cuando triunfen los buenos ("los buenos son los que ganan a la larga"): cuando se aclare el horizonte lóbrego y se aviente el polvo de los ídolos falsos; cuando rueden al olvido piadoso los hombres que usaron máscara intelectual o patriótica y eran por dentro lodo y serrín. la figura de Fernando Ortiz, con toda la solidez de su talento y su carácter, quedará en pie sobre los viejos escombros; y será escogida por la juventud reconstructora para servir como uno de los pilares maestres sobre las que se asiente la Nueva República".

ADDRESS

by Prof. Duvon Clough Corbitt

*Official Representative of Duke University, Durham, North Carolina,
and of The Hispanic American Historical Review.*

I bring you greetings from the president and officers of Duke University and the editors of *The Hispanic American Historical Review*. It is their wish that the program of studies here inaugurated under the auspices of the Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales may be only a beginning of the contributions of this body to the furtherance of historical study in this hemisphere. It is a great honor as well as a great pleasure to me to have been asked to convey this message to you. It gives me unusual satisfaction to be present at this the First National Historical Congress.

There is no place more fitting than Havana for a center of historical studies. Here are to be found deposits of source material bearing on the history of all the Americas, and even more important than this is the fact that to a great extent the history of Cuba is the history of the Americas. To Cuba came Columbus on his first voyage of discovery of which we now celebrate the four hundred and fiftieth anniversary; many of the other noted explorers visited the island and not a few used it as a base of operations. It is unnecessary for me to remind this group of Cuban historians of the importance of their country in the history of the Spanish empire and of the republics that grew out of it. It is unnecessary to mention that Havana was the point of rendezvous of the treasure fleets bearing the commerce of such widely separated places as Buenos Aires, Lima, Manila, Mexico City and Puerto Bello; that Havana was the base of the Spanish West Indies squadron after the abolition of the fleet system; that during the revolts in Central and South America, Spain used Cuba as a base from which to try to reconquer her lost colonies; that from Cuba sailed the Spanish expedition in 1861 at the beginnings of the Maximilian incident in Mexico; and that from Cuba a few months later went another expedition in an effort to restore Santo Domingo to Spanish rule.

Much has been written about the influence of the United States on the history of Cuba, but as North American I am especially interested in the influence of Cuba on the history of my own country. From Santiago de Cuba went Narváez and Cabeza de Vaca to trace the coast line of Florida, Alabama, Mississippi, Louisiana and Texas. From Havana Hernando de Soto sailed to explore what is now Florida, Georgia, North and South Carolina, Mississippi, Tennessee, Arkansas and possibly parts of Louisiana. Menéndez de Avilés used Cuba as a source of supplies for his conquest and settlement of Florida, and through Havana went most of the soldiers, priests and settlers whom Spain sent to Florida and Guale in the two centuries after Menéndez. During that same

period the Florida settlements formed the first line of defense of the Spanish empire against the English advance from the North, while Cuba constituted the second line, as well as the base of military and naval operations. North Florida, the present state of Georgia, and part of South Carolina were the principal battlegrounds in America during the War of the Spanish Succession and the War of the Austrian Succession, and over these battlegrounds marched Spanish soldiers who had passed through Cuban ports to reach them, shouldering arms that had entered by the same route. Not a few of these soldiers were Cuban born. In the next conflict, known as the Seven Years' War, the English captured Havana, the Spanish base of operations, in 1762, utilizing, among others, troops from the colonies of Rhode Island and New York.

Although Spain was forced to surrender Florida at the close of this war, the relations between Cuba and the English colonies in North America became more intimate than before. The acquisition of Louisiana by Spain, and its annexation to the captaincy general of Cuba made Havana the capital of approximately one-third of the present continental United States. When the English colonies revolted in 1775, Spain was able, through her control of the Mississippi River, to furnish enough arms and munitions to the rebels to make possible the conquest of the territory north of the Ohio River and to assist in other operations to the East. Needless to say, these supplies reached New Orleans by way of Havana and under orders of the captain general of Cuba. All this was prior to a formal declaration of war by Spain. When hostilities were opened, Spanish arms helped weaken British power by capturing forts in West Florida. Again, most of the men and supplies went by way of Cuba, and the greater part of the forces that took Mobile and Pensacola were organized in Havana.

The English colonies, having established their independence, found themselves bounded on two sides by territory governed from Havana by the captain general of Cuba, who held the same rank in Louisiana and the Floridas. For a quarter of a century thereafter the struggle between Spain and the United States for the control of Tennessee, Kentucky, Georgia, Alabama, Florida, Mississippi, and even parts of North Carolina was a factor of consequence in the development of the North American Republic. All the while Havana was the capital of the Spanish colonies to the North and Northwest of her.

Nor did the loss of Louisiana and Florida by Spain entirely withdraw the influence of Cuba from the Union. The fear that the island might fall into the hands of some powerful nation like France or Great Britain colored the diplomacy of the entire century. The interest of the North American slave-holders in Cuba is well-known, as is also the signing of the Ostend Manifesto in Belgium, which was a factor in the making of the fifteenth president of the United States. The entry of that nation into the Cuban struggle for independence is an event the results of which it is still too early to interpret. The road to Pearl Harbor, Wake Island, Bataan, Corregidor, Port Moresby and the Solomon Islands lay through Havana, Cárdenas Bay, San Juan Hill and Manila.

So much for a few of the more obvious instances of Cuban influence on the United States. There are others not so well known but well worth the consideration of historians, as the problem of Cuban trade

with the British colonies before their independence, during their struggle with the mother country, and especially during the early years of the North American Republic. The full story of the relation between slavery and the slave trade in Cuba, and slavery in the United States remains to be told. An interesting item in this connection is the proposals made almost simultaneously in Cuba and the United States to import Negro apprentices from Africa. Where did the idea originate? Then, too, the economy of the coastal regions of Georgia, South Carolina and the Gulf States was closely linked with that of Cuba through the sale of North American rice for use on Cuban sugar and tobacco plantations. When the American Civil War destroyed the rice plantations, Cuba turned to India, China and the Philippines and from there has continued to receive her supply of rice until the Japanese attack closed the trade.

There is also the untold story of Cuba's part in coastwise shipping between Atlantic and Gulf ports. The island's part in the War of 1812, the Mexican War, and the Civil War will bear further investigation. In connection with the last, a few incidents like the *Trent* affair stand out boldly, but less is known about use of Cuban ports by Confederate and Union warships and supply vessels, the blockade running from Cuba by ships of all maritime nations, and the Confederate organizations in Havana that created serious international problems to worry the captain general. The interchange in Cuban ports of cotton for Union medicine, food and even arms and ammunition, offers many a thrilling story, as does the escape of ex-Confederates to the island after their armies had collapsed. Nor has all possible been written about those ex-Confederates who made Cuba their permanent home.

There is also the movements of immigrants from Europe and Asia through the United States to Cuba, and in more recent years through Cuba to the United States. Closely connected with this is the interchange of population between the two countries which has been going on for well over a century. Settlements of North Americans in Cuba, and of Cubans in the United States, furnish fields for study—the latter more numerous and more populous than the former. These have not been without influence in the life of the republic to the North. The interchange of laborers, skilled and unskilled, merits attention, and here again the movement has been more to the North than to the South. Cuba also sends about as many baseball players to the major leagues as any state of the North American Union.

North American capital invested in Cuba is greater than Cuban capital invested in the United States, although the latter is not insignificant. There have developed industries in the United States which are dependent on trade with Cuba and the government in Washington must always keep them in mind in making regulations.

Such is, in outline, the relation of Cuba to the history of the Americas, especially North America; the details must be filled in by careful research. In promoting the Primer Congreso Nacional de Historia the Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales has taken an important step in that direction. Duke University and *The Hispanic American Historical Review* stand ready to cooperate with the Society and with the Congress.

DISCURSO

Por Duvon C. Corbitt,

*Representante oficial de la Duke University, de
Durham, North Carolina, y de
The Hispanic American Historical Review.*

Versión Castellana.

Les saludo en nombre del Presidente y de los profesores de la Universidad de Duke, y de los redactores de la *Hispanic American Historical Review*. Es el deseo de ellos que el programa de estudios iniciado aquí bajo la dirección de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales sea sólo el principio de las contribuciones de este grupo para el adelanto de los estudios históricos en este hemisferio. Es grande el honor como también el gozo de que se me haya nombrado para comunicarles este mensaje. Me da excepcional satisfacción estar presente en este Primer Congreso Nacional de Historia.

No hay lugar más propio que La Habana para un centro de estudios históricos. Aquí se encuentran ricos depósitos de material sobre la historia de las Américas, y de aún mayor importancia es el hecho de que en gran manera la historia de Cuba es la historia de América. A Cuba vino Colón en su primer viaje de descubrimiento del cual estamos celebrando el noveno cincuentenario; muchos de los otros exploradores célebres llegaron a la Isla y no pocos la utilizaron como base de operaciones. No me toca recordar a este grupo de historiadores cubanos la importancia de su isla en la historia del Imperio español y de las Repúblicas que brotaron de él; tampoco que La Habana era el punto de reunión de las flotas que llevaban a la Península los productos de puntos tan separados como Buenos Aires, Lima, Manila, México y Puerto Bello; ni que La Habana era la base de la escuadra de las Indias Occidentales españolas después de la supresión de esas flotas; ni que, durante los levantamientos en la América Central y del Sur, España utilizaba a Cuba como base desde la cual procurar la reconquista de sus colonias perdidas; que de Cuba salió la expedición española en 1861 que dió principio al incidente de Maximiliano en México; ni que de Cuba, después de unos meses, salió otra expedición con el intento de reintegrar a Santo Domingo al dominio español.

Se ha escrito mucho sobre la influencia de los Estados Unidos en la historia de Cuba, pero como norteamericano me interesa en gran manera la de Cuba en la historia de mi patria. De Santiago de Cuba salieron Narváez y Cabeza de Vaca para explorar la costa de la Florida, de Alabama, Mississippi, Luisiana, y Tejas. De La Habana marchó Hernando de Soto para explorar lo que son hoy los estados de la Florida, Georgia, Carolina del Sur y del Norte, Mississippi, Tennessee, Arkansas y probablemente una porción de la Luisiana. Menéndez de Avilés recibió de Cuba el abastecimiento para la conquista y colonización de la Flo-

rida, y, por La Habana llegaron la mayor parte de los soldados, misio-
neros y colonizadores enviados por España a la Florida y a Guala en los
dos siglos siguientes. Durante la misma época los establecimientos flo-
ridanos formaron la primera línea de defensa del imperio español con-
tra el avance de los ingleses del norte mientras que Cuba constituyó la
segunda línea así como la base militar y naval de operaciones. La par-
te norte de la Florida, el actual estado de Georgia, y una parte de Caro-
lina del Sur eran el campo de batalla americano principal en la Guerra
de la Sucesión de España y de la Sucesión de Austria, y sobre este cam-
po de batalla pasaron los soldados españoles que habían entrado por puer-
tos cubanos para llegar a él, cargando al hombro armas que habían veni-
do por la misma ruta. No pocos de estos soldados habían nacido en Cu-
ba. En el próximo conflicto, llamado la Guerra de los Siete Años, los
ingleses tomaron La Habana, la base española de operaciones, en 1762,
utilizando entre otras algunas tropas de las colonias británicas de Rhode
Island y Nueva York.

Aunque España fué obligada a entregar la Florida a la terminación
de esta guerra, las relaciones entre Cuba y las colonias inglesas vinieron
a ser más íntimas que antes. La adquisición de la Luisiana por Espa-
ña, y su anexión a la capitania general de Cuba hizo que La Habana fue-
ra la capital de aproximadamente un tercio del territorio que ahora
constituyen los Estados Unidos. Cuando las colonias inglesas se
sublevaron en 1775, España pudo, por su control del río Misisipí, su-
ministrar armas y municiones suficientes a los rebeldes para hacer posi-
ble la conquista del territorio al norte del río Ohio, y para ayudar en
otras operaciones en el Este. Inútil es decir que aquéllas llegaron a Nueva
Orleans por La Habana y bajo órdenes del capitán general de Cuba.
Todo esto antes de la declaración formal de guerra por España. Cuan-
do empezaron las hostilidades, las armas españolas ayudaron a debilitar
el poder británico, tomando sus fuertes en la Florida Occidental. Otra
vez la mayor parte de los hombres y las provisiones vinieron por Cuba,
y la mayoría de las fuerzas que tomaron a Mabila y Panzacola se orga-
nizaron en La Habana.

Las colonias inglesas, habiendo establecido su independencia, se en-
contraron limitadas por dos lados por territorio gobernado desde La Ha-
bana por el capitán general de Cuba, quien ocupaba el mismo puesto en
la Luisiana y las Floridas. Durante los cinco lustros siguientes la contien-
da contra España y los Estados Unidos por el dominio de Kentucky,
Georgia, Alabama, Florida, Mississippi y hasta de porciones de Caroli-
na del Norte, fué un factor de importancia en el desarrollo de la repú-
blica norteamericana. Mientras tanto La Habana era la capital de las
colonias españolas al Norte y Noroeste.

La pérdida de la Luisiana y las Floridas por España no quitó por
completo la influencia de la isla sobre la Unión Norteamericana. El te-
mor de que Cuba pudiera caer en manos de algún poder como Francia
o la Gran Bretaña dió color a la diplomacia del siglo entero. Se cono-
ce bien el interés por Cuba de los amos de esclavos en los Estados Uni-
dos, como también se sabe que la firma del Manifiesto de Ostende en
Bélgica hizo en parte al décimo quinto presidente de los Estados Uni-
dos. La entrada de aquella nación en la lucha cubana por la indepen-
dencia es un suceso, cuyos resultados todavía han de interpretarse.
La ruta a Pearl Harbor, la isla de Wake, Bataan, Corregidor, Port Mo-

resby y las islas Salomón pasa por La Habana, la bahía de Cárdenas, la Loma de San Juan y Manila.

He ahí algunos de los casos más obvios de la influencia cubana sobre los Estados Unidos. Hay otros menos conocidos pero dignos de la consideración de los historiadores, como el del comercio entre Cuba y las colonias inglesas antes de su independencia, durante la contienda con la madre patria, y en los primeros años de la República. La historia completa de la relación entre la esclavitud y la trata en Cuba, y la esclavitud en los Estados Unidos está por escribirse. Por ejemplo, es significativo que surgió simultáneamente en los dos países la idea de aprendices negros traídos del África. ¿Dónde se originó? Además, la economía de las regiones litorales de Georgia, Carolina del Sur y los Estados que lindan con el Golfo, se relacionaba con la de Cuba por la venta del arroz norteamericano en los ingenios y las vegas de Cuba. Destruídos los arrozales del Norte por la Guerra Civil, Cuba acudió a la India, la China y las Islas Filipinas, de donde ha seguido recibiendo una cantidad inmensa hasta que el ataque del Japón terminó el tráfico.

Queda también sin escribirse la parte de Cuba en el cabotaje entre el Atlántico y el Golfo, así como la de la Guerra de 1812, la Guerra con Méjico, y la Guerra Civil. En cuanto a esta última, unos pocos incidentes como el del *Trent*, se destacan, pero menos se sabe del uso de los puertos cubanos por los barcos de guerra, tanto de la Federación como de la Confederación, y barcos de provisiones y de contrabando de todas las naciones marítimas; las organizaciones en La Habana de la Confederación, que creaban problemas graves e internacionales, causando preocupación al Capitán General; el intercambio en puertos cubanos de algodón de la Confederación por medicina, alimentos, y hasta armas y municiones de la Federación; la fuga de algunos de la Confederación cuando el colapso de sus ejércitos. Algo pudiera escribirse sobre los de la Confederación que se establecieron en Cuba.

Hay también los movimientos de emigrados de Europa y del Asia por los Estados Unidos a Cuba, y en los últimos años por Cuba a los Estados Unidos. Estrechamente relacionado con esto está el intercambio de habitantes entre los dos países desde hace cien años o más. Colonias norteamericanas en Cuba y cubanas en el Norte ofrecen campos de estudio, éste más numeroso que aquél, y no carecen de influencia. La emigración de obreros merece atención, y aquí vemos la marcha más hacia el Norte que hacia el Sur. Cuba ha proporcionado su cuota de peloteros a las ligas mayores de *base ball*.

El capital norteamericano invertido en Cuba es mayor que el de Cuba en los Estados Unidos, pero éste no es insignificante. Se han desarrollado muchas industrias en la Unión que dependen del comercio con Cuba, y el gobierno en Wáshington tiene que tenerlas presente siempre al hacer su legislación.

Tal es, en bosquejo, la relación de Cuba con la historia de las Américas, y en particular con la América del Norte; los pormenores tienen que completarse por investigación. Al promover el Primer Congreso Nacional de Historia, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales ha dado un paso considerable en ese sentido. La Universidad de Duke y la *Hispanic American Historical Review* se mantendrán dispuestas para cooperar con la Sociedad y con el Congreso.

ADDRESS

by Prof. George Kubler,

of Yale University, New Haven, Conn., U. S. A.

We are privileged to gather here for the enjoyment of one of the great pleasures of the human spirit; for free disinterested intellectual communication. It is worth traveling far to enjoy this pleasure, for this is a world in which all communication becomes daily less frequent, and less extensive. It is as though a creeping paralysis had overtaken the nerve paths of human society, and we have the good fortune to inhabit the last area of unimpaired communications. It is still a substantial area, and its inhabitants are engaged in a gigantic surgical operation to restore the damaged agencies of free human contact. One result of the war has been to clarify for us, in the United States, to what extent the technological modes of communication—radio, telephone, air travel and so on—are justifiable only as the physical extensions of a moral imperative: in the collapse of moral values, as in present Germany, the instrument of communication enters upon an unpredictable career as an instrument of confusion, mendacity, and destruction.

In the western hemisphere, then, where the patterns of open communication are still maintained intact among the members of the Latin American and the Anglo-American cultures, it becomes of interest to examine the nature of intellectual communication, and to define its needs and aims.

Without communication, none of the forms of human society is conceivable. One might state it as a proportion: communication is to society as space is to nature; it is a sociological dimension so obvious and so pervasive that one forgets its existence until its negation becomes imminent. The success of human agglomerations, whether in towns, cities, nations, or cultures, is proportional to the effectiveness of communication among the members of the group. Thus no society can be found in the insane asylum, for it is inhabited by private worlds incapable of exchange. No society exists among infants until they acquire the rudiments of communication, and among the great mystics, the peculiar solitude of intense religious experience constitutes a communion with God but not with man. On the other hand, the mere size of the group often outruns its communications, and the result is a form of sociological mitosis, or cellular division, as with the Roman empires of the East and West, or as with the Inca culture after Huayna Capac, breaking down into the states of Quito and Cuzco, through inertia, despite the fabulous achievement of roads and services of supply over the thousand-mile length of nearly vertical Andean topography.

The inevitable physical form assumed by any human society is of course the urban agglomeration. It is extremely curious to behold how the causes of a city may always be traced to breaks and interruptions in

the system of communications. For communication also implies commerce and trade: where material bulk is concerned, communication becomes transportation. The great commercial centers of a world are invariably located at points where transportation is interrupted. Seaports are the points at which water traffic must be concerted to land-traffic. Inland industrial cities are the points at which raw materials are processed, and all processing is a necessary interruption in the continuity of transportation. The urban centers of religious life are placed at points where tradition or myth decree that communion with God may be maintained through the intermediary of a priesthood. The political capital, in turn, is a complex of physical forms generated by problems in the distribution and transfer of civil authority. In this sense, all urban forms may be interpreted as growths of societal tissue developed at the critical points in a precarious system of communications, whether of ideas, conscience, authority, or mere goods.

But granted all this, what is the actual content of any communication? What is it that is communicated in human association? Society is a mechanism to facilitate communication—but communication of what? It is not simply a question of commercial transfers, of bureaucratic memoranda, or of doctrinal pronouncements; the content of communication is something far more general and inclusive than any of these. Perhaps we can answer the question by describing certain situations of human contact in which no communication can be effected. André Gide once wrote of a conversation between two adolescent youths. They were discussing a mutual acquaintance, and the one of them said, "*Oui, Jacques est bien mon ami - mais je ne l'aime pas!*" It was the situation we all know, of the old friend with whom communication is no longer possible because all issues have been explored, all reactions may be anticipated, and all common experience falls into too-familiar molds. The content of communication also becomes apparent in the examination of a purely hypothetical situation such as the following. Suppose two human beings are exactly identical as to form and content. They meet for the first time. The situation taxes one's imagination, but only for an instant. The initial reaction of these unfortunate persons would be extravagant surprise, followed by—exactly and absolutely nothing! For between two precisely identical specimens of humanity there can be no communication. Each affect, each motion, each moment in the two identical existences contains nothing worth exchange. The case is monstrous, but highly illuminating, for it suggests that in human affairs, an indispensable ingredient of communication is individual difference, otherness, non-identity, opposition, grading and nuance. We all know that those conversations are intolerable in which complete agreement exists at all moments, and it is equally obvious that cultural exchange is valueless in which total identity of views and materials is the object to be attained.

Thus the communicable elements of human experience seem to be those in which the differences of attitude qualify the identities of basic meaning. If no such differences of attitude be brought into play agreement becomes a static, passive thing; further investigation is arrested, and development ceases. Death has overtaken the science, the historiography, or the literature in which vigorous differences of method, opinion, and feeling are no longer present. Total orthodoxy is the fi-

nal heresy, and it leads to the ultimate betrayal of all society. This is no captivating paradox: it is the statement of a reality, of which we behold the tragic consequences in the intellectual life of Europe at this moment.

This account of communication, however, stands in need of serious qualifications. There are of course many local problems regarding intellectual communication, in which differences of a social character stand as obstacles. The anthropologist meets them constantrly in his studies among people of cultures unrelated to his own. Even within the precision of mathematical language, two individual views of the world may diverge so radically that communication is impossible. In more absolute terms, then, if communication can exist only in the presence of differences between the communicants, it is also true that differences of a certain degree may totally prevent communication. If my dinner-partner insists upon an absolute and total difference with me regarding individual political freedom, I may drop the subject, or change it, or—preferably, talk to someone else. If, however, it is not a dinner—partner with whom I differ thus absolutely, but a soldier in the army of the enemy, we do not communicate upon the subject, but make a serious effort to kill one another, which is the antithesis of communication.

Thus we come into the possession of two extremes of possibility, and at both of them, communication is impossible. I cannot communicate with my double—with my shadow, nor can I communicate with the man who proposes to destroy me. Communication cannot occur in the absence of all difference, nor can it take place in the presence of total differences.

Where, then, are the optimum conditions for human communion to be located?

Communication becomes significant when it takes place within the framework of a clearly-defined interest, common to the communicating parties, yet that common interest, as we have just seen, itself becomes valid, or exercises an attraction upon the spirit, only when it is figured, modelled, and shaded by the authority of differences among the attitudes of the participants. The act of communication, then, resolves those differences, and by communication, new areas of agreement are reached. But such areas of agreement are valid only when fresh *differences* come to figure them anew. It is in this fashion that further necessities are created for communication. The intellectual life of a healthy society is marked by such cyclical intellectual movement from accord to difference, the differences resolved through communication, and the process is renewed by the emergence of fresh differences. Once this rhythm is seriously impaired, the society stands in danger of petrification, if differences are suppressed, and it stands in danger of dissolution by violence if communication be suppressed.

It has always been true that common interest, or identity of opinion within a society is of major importance during moments of crisis, when the existence of the group is in danger. Such has been the case during the past two years in the history of Latin American—Anglo-American cultural relations. Our common interest, as members of

different cultures, has emerged with startling clarity. We both are intellectually descended from European stock; the Latin Americans from the Mediterranean world with its ancient individualism and its deep pieties—the Anglo Americans from a more utilitarian northern Europe to which technological cunning had long been indigenous. In the American theatre, in that vast emptiness of the 16th and 17th centuries—for recall that the total human population of the hemisphere in 1500 probably did not exceed 11,000,000 people—Europeans, whether northerners or southerners, were enabled for the first time in long centuries to construct a world unimpeded by massive traditional resistances. Since then, the profiles of a free humanity have been boldly sketched in this hemisphere. It is this *world in creation*, then, that constitutes our common interest, and we cannot consign it to hands other than our own. This world in creation is the work of distinct cultures—Anglo American and Latin American—and its variety and depth of being derived precisely from the presence of two great cultures rather than one.

A clear task, therefore, for any general program of intellectual communication in the American hemisphere, is to elicit, favor and mature those significant differences of being within a framework of common interest, without which no communication whatever can exist. The destinies of Latin America and Anglo America are indissolubly bound together. But, as a great German writer in exile, Thomas Mann, has phrased it, "Destiny is only the unfolding of character". And we must maintain our respective characters, for should one become submerged in the other, significant differences would vanish, communication would disintegrate and the history of the human spirit would be immeasurably impoverished.

DISCURSO

Por George Kubler,

de la Universidad de Yale, New Haven, Conn, U. S. A.

Versión Castellana

Tenemos el privilegio de reunirnos aquí para gozar de uno de los grandes placeres del espíritu humano: la libre y desinteresada comunicación intelectual. Bien vale la pena efectuar largo viaje para disfrutar de tal placer, porque vivimos en un mundo donde toda clase de comunicación se reduce y dificulta más cada día. Es como si una parálisis progresiva fuese invadiendo los hilos nerviosos de la sociedad humana, y nosotros gozáramos de la buena suerte de habitar la última área donde aún existen ininterrumpidas comunicaciones. Es, todavía, un área muy extensa; y sus habitantes están empeñados en una gigantesca operación quirúrgica destinada a restaurar los dañados conductos del libre contacto humano. Uno de los resultados de esta guerra ha sido el de poner en claro, para nosotros los habitantes de los Estados Unidos, hasta qué punto los modos técnicos de comunicación—radio, teléfono, navegación aérea, etc., etc.—sólo pueden justificarse como expresiones físicas de un imperativo moral: cuando ocurre un colapso de las fuerzas morales—como ha sucedido en la Alemania de hoy—, los instrumentos de comunicación emprenden imprevisible carrera de confusión, mendacidad y destrucción.

Por lo tanto, en el Hemisferio Occidental, donde los medios de libre comunicación todavía permanecen intactos entre los miembros de las culturas latinoamericana y angloamericana, resulta muy interesante examinar la naturaleza de la comunicación intelectual, y definir sus necesidades y sus propósitos.

Sin comunicación, no es concebible ninguna de las formas de la sociedad humana. Podría expresarse este concepto en forma de proporción: la comunicación es a la sociedad lo que el espacio es a la naturaleza. Es una dimensión sociológica tan evidente y penetrante que llega uno hasta olvidarse de su existencia hasta que ve inminente su destrucción. El éxito de los conglomerados humanos—sean aldeas, ciudades, naciones o culturas—es proporcional a la efectividad de la comunicación que exista entre los miembros del grupo en cuestión. Así, no puede haber sociedad en un manicomio, porque lo que éste encierra son mundos aislados, incapaces de intercambio. Tampoco existe sociedad entre los niños muy pequeños, hasta que adquieren los rudimentos de la comunicación; y entre los grandes místicos, la soledad peculiar de la experiencia religiosa intensa constituye una comunicación con Dios, pero no con el hombre. Por otra parte, con frecuencia el tamaño de un grupo determinado supera a sus comunicaciones, y ello da por resultado cierta forma de mitosis sociológica, o división celular, como suce-

dió con los Imperios Romanos de Oriente y Occidente, y con la cultura inca, después de Huayna Capac, que, por inercia, se dividió en los Estados de Quito y Cuzco a pesar del fabuloso adelanto de las carreteras y de los servicios de aprovisionamiento que cubrían una longitud de un millar de millas de casi vertical topografía andina.

La forma física inevitable que asume cualquier sociedad humana es, por supuesto, la aglomeración urbana. Es sumamente curioso observar cómo el origen de una ciudad puede siempre encontrarse en las rupturas o interrupciones de un sistema de comunicaciones. Porque la comunicación implica comercio y tráfico: cuando se trata de mercancías, la comunicación se convierte en transporte. Los grandes centros comerciales del mundo se hallan invariablemente situados en los lugares donde se interrumpe el transporte. Los puertos marítimos son los puntos donde el tráfico por mar tiene que convertirse en tráfico terrestre. Las ciudades industriales del interior son los lugares donde las materias primas son sometidas a determinados procesos de modificación, y todo proceso industrial es una necesaria interrupción de la continuidad del transporte. Los centros urbanos de vida religiosa están situados en lugares donde la tradición o el mito aseguran que puede mantenerse comunicación con Dios por intermedio de un sacerdote. A su vez, la capital política es un complejo de formas físicas generado por los problemas de la distribución y traspaso de la autoridad civil. En este sentido, todos los centros urbanos pueden considerarse como tumores del tejido social que se han desarrollado en los puntos críticos de un sistema precario de comunicaciones, sea ésta de ideas, de conciencia, de autoridad o de mercancías.

Pero una vez reconocido todo esto, ¿cuál es—nos preguntamos—el contenido positivo de cualquier comunicación? ¿Qué es lo que se comunica por medio de la asociación humana? La sociedad es un mecanismo establecido para facilitar la comunicación; pero, —¿comunicación de qué? No se trata simplemente de transacciones comerciales, ni de memoriales burocráticos, ni de pronunciamientos doctrinales; el contenido de la comunicación entre seres humanos es algo mucho más general y amplio que todo eso. Quizás podamos responder a la pregunta describiendo ciertos casos de contacto humano en los que no puede haber comunicación posible. André Gide relató una vez una conversación entre dos adolescentes; hablaban de un conocido común, y uno de ellos dijo: "Sí, Jaime es amigo mío —;pero no me gusta!" Era el caso que todos conocemos, del amigo antiguo con quien ya no es posible ninguna comunicación, porque todos los problemas han sido discutidos, todas las reacciones pueden prevverse, y toda experiencia en común se encierra en moldes ya excesivamente familiares. El contenido de la comunicación también nos aparece al examinar una situación puramente hipotética como la siguiente. Supongamos dos seres humanos exactamente idénticos en cuanto a forma y contenido mental y que se encuentran por primera vez. La situación impone un esfuerzo a nuestra imaginación; pero sólo por un instante. Porque la reacción de aquellos dos desdichados sería la de tremenda sorpresa, seguida de... ¡exacta y absolutamente nada! Porque entre dos ejemplares absolutamente idénticos de humanidad no hay comunicación posible. Cada afecto, cada movimiento, cada momento de las dos existencias idénticas

no contiene nada digno de intercambio. El caso es monstruoso; pero sumamente esclarecedor, porque sugiere que entre seres humanos es ingrediente indispensable para la comunicación la diferencia individual, la extrañeza, la no identidad, la oposición, la gradación y el matiz. Todos sabemos cuán intolerables se hacen las conversaciones en que no hay momento en que no haya perfecto acuerdo; y es igualmente evidente que carece de todo valor el intercambio cultural cuyo objeto sea la total identidad de sustancias y de interpretaciones.

Por consiguiente, los elementos comunicables de la experiencia humana parecen ser aquellos en que las diferencias de actitud sirven de calificativo a las identidades de significado básico. Si no se ponen en juego tales diferencias de actitud, el acuerdo se convierte en cosa estática, pasiva; queda detenida la investigación, y el desarrollo cesa. La muerte se apodera de la ciencia, de la historiografía, de la literatura donde cesan de existir vigorosas diferencias de método, de opinión y de sentimiento. La ortodoxia final es la herejía definitiva y conduce a la traición ultrínima de toda sociedad. No es ésta una atractiva paradoja: es la afirmación de una realidad cuyas trágicas consecuencias presenciemos en la vida intelectual de Europa en los momentos actuales.

Este criterio general sobre la comunicación entre seres humanos requiere, sin embargo, profundas distinciones. Hay, por supuesto, muchos problemas locales respecto a la comunicación intelectual donde surgen como obstáculos las diferencias de índole social. El antropólogo tropieza constantemente con ellos al estudiar pueblos cuya cultura no tiene relación con la suya propia. Aun dentro de la precisión del lenguaje matemático, dos conceptos individuales del mundo pueden diferir tan radicalmente que toda comunicación entre ellos se torne imposible. Digamos, pues, en términos más absolutos, que si la comunicación sólo puede existir en virtud de las diferencias entre los comunicantes, también es cierto que cuando las diferencias alcanzan cierta magnitud impiden por completo la comunicación. Si mi compañero de mesa insiste en sostener una actitud absoluta y totalmente diferente de la mía en cuanto a la libertad política individual, no me queda más que cortar la discusión, o cambiar de tema, o, mejor aún, volverme y entablar conversación con mi opuesto vecino. Y si tan absoluta divergencia se establece no con un vecino de mesa, sino con el soldado de un ejército enemigo, ya no sólo no establecemos comunicación, sino que nos empeñamos muy seriamente en matarnos uno a otro—, lo cual es la antítesis de la comunicación.

Así nos hallamos en presencia de dos posibilidades extremas, en las cuales la comunicación es imposible. No puedo comunicarme con mi doble, con mi sombra; ni tampoco puedo comunicarme con el hombre que se propone aniquilarme. La comunicación no puede establecerse en ausencia de toda diferencia, ni en presencia de diferencias totales.

¿Cuáles son, entonces, las condiciones óptimas para que se efectúe la comunión humana?

La comunicación adquiere sentido cuando se efectúa dentro del marco de un bien definido interés común a ambas partes comunicantes. Pero este interés común, según acabamos de ver, sólo alcanza validez o ejerce atracción sobre el espíritu, cuando es conformado, modelado y

matizado por las respectivas diferencias de actitud entre aquéllos. Así, el acto de la comunicación resuelve aquellas diferencias, y por su medio se ganan nuevas áreas de concordancia. Pero, a su vez, tales áreas sólo cobran valor cuando comienzan a modificarse en virtud de nuevas diferencias, y con ello surge la necesidad de nueva comunicación. La vida intelectual de una sociedad sana está regida por el movimiento cíclico que lleva del acuerdo a las diferencias, a la resolución de estas diferencias por medio de la comunicación y al inicio de nuevas diferencias, con que recomienza el proceso. Si este ritmo se interrumpe, amenaza a la sociedad uno de estos dos graves peligros: el de la petrificación, si se suprimen las diferencias; y el de la disolución por la violencia, si la comunicación es lo que se suprime.

Es verdad eterna que el interés en común o la identidad de opinión dentro de una sociedad es de importancia extrema durante las épocas de crisis, cuando pelagra la existencia de ese grupo humano. Así ha sucedido durante los dos últimos años de la historia de las relaciones culturales latinoamericanas y angloamericanas. Nuestro interés común, como miembros de diferentes culturas, se ha destacado con cegadora claridad. Unos y otros descendemos intelectualmente de linaje europeo: los latinoamericanos, del mundo mediterráneo, con su antiguo idealismo y su honda formación religiosa; los angloamericanos, de una Europa septentrional más utilitaria, donde era indígena la habilidad técnica. En el teatro de América, en aquel vasto desierto de los siglos XVI y XVII —porque debemos recordar que la población humana total del Hemisferio, en 1500, no pasaba, probablemente, de once millones de almas—, los europeos, viniesen del Norte o del Sur, se hallaron, por primera vez desde largos siglos atrás, en condiciones de construir un mundo fuera de la presión asfixiante de las resistencias tradicionales. Desde entonces, en este hemisferio se han dibujado audazmente los perfiles de una humanidad libre. Este mundo en creación, es, por lo tanto, lo que constituye nuestro interés común, y no podemos entregarlo a manos que no sean las nuestras. Este mundo en creación es obra de dos culturas distintas: la angloamericana y la latinoamericana; y su variedad y profundidad nacen, precisamente, de la presencia de dos grandes culturas en vez de una.

Por tanto, un empeño preciso en todo programa general de comunicación intelectual en el hemisferio americano es el de clarificar, estimular y fomentar todas aquellas diferencias de actitud plenas de significado, dentro del marco de aquel interés común sin el cual no puede existir comunicación alguna. Los destinos de la América latina y de la América inglesa están indisolublemente ligados. Pero, como ha dicho un gran escritor alemán, hoy desterrado, Thomas Mann, "El destino no es más que la manifestación del carácter". Y debemos unos y otros mantener nuestros caracteres respectivos, porque si uno de ellos quedara sumergido bajo el otro, aquellas significativas diferencias se desvanecerían, desintegrarse la comunicación, y la historia del espíritu humano quedaría, por ello, incommensurablemente empobrecida.

DISCURSO

Por Fernando Ortiz,

*de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales,
y Presidente del Congreso*

Hace una quincena de años, para replicar a un crítico que a los historiadores nos tildaba de falsos y equivocados, cuando no de sectarios y embusteros, tuve que hablar de las graves dificultades que impiden casi siempre a quien escribe historia, primero hallar la verdad y luego de captada poderla decir. Los psicólogos y los criminalistas saben, por reiteradas experiencias científicas y anecdóticas, cómo un hecho cualquiera de alguna complejidad es siempre narrado de diverso modo por cada uno de los que fueron sus imparciales testigos. Además, la sutilísima contextura de los fenómenos sociales y la imposibilidad de repetirlos a voluntad y de someterlos a la comprobación de un laboratorio, hacen con frecuencia que los hechos históricos no puedan ser fielmente interpretados y transmitidos, sobre todo si vienen envueltos con valoraciones psicológicas, y con reflejos personales. También ocurre, pese al respeto que en los países civilizados suelen gozar las libertades de conciencia, de opinión y de palabra, que toda estructura social cuenta con un sistema consuetudinario de normas y coacciones extralegales, éticas y de cortesía, que son indispensables para la cómoda convivencia de los seres humanos pero las cuales motivan en los individuos ciertas inhibiciones represivas en sus impulsos espontáneos, aun en los más nobles y puros. Por eso muchos hechos históricos que se saben con certeza no se pueden decir, o sólo son dichos con íntimas reservas, con eufemismos y reticencias que les velan su desnudez o con equívocos, jarabes y confituras que endulcen el amargor de su verdad cruda. Y así, en ocasiones el hecho histórico ya al producirse nace falseado, a veces por sus mismos autores; y no por artificio de su malicia sino ingenuamente engañados en su plena buena fe por sus descuidos emocionales, por sus entusiasmos generosos o por las distorsiones de sus juicios meramente subjetivos.

Que ello es así no hay que discutirlo, y un caso típico lo habéis advertido enseguida. Acabamos de presenciar un hecho que, por haber acaecido minutos hace, ya es de categoría histórica. No de la historia universal ni de la patria, ciertamente; pero sí de la historia particular de este Congreso y sobre todo de la historia mía. Un comité organizador tuvo la generosidad hace pocos días de elegirme Presidente de este Congreso. El hecho parece cierto, indubitable, y debemos aceptarlo como tal; pero al nombramiento se le ha dado un tal singular sentido de personal exaltación por los citados organizadores y, sobre todo, por los párrafos desenfrenadamente encomiásticos para mí, leídos

por quien ha sido su relator, el ya veterano y siempre acucioso cronista de la ciudad de La Habana, Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, que todo el deslumbrante revestimiento de aquel simple hecho histórico no es verdadero. ¡Nó! Ello se debe al íntimo y quizás excusable engaño de unos buenos y desbordados amigos míos, que ahora están en trance de pasar por pésimos historiadores al hacerse notoria la extremada ligereza con que se han permitido presentar como altas virtudes cívicas las que no son sino elementales deberes cumplidos, y como valiosas creaciones intelectuales lo que sólo ha sido recuento de los hallazgos en los largos paseos callejeros, marineros y campesinos y en las lecturas entretenidas de mis muchas veladas insomnes; tal como cualquiera recoge las flores que el azar le ofrece en los senderos de su vida cotidiana.

Los afectos cordiales, las simpatías del compañerismo, las valoraciones subjetivas, la inagotable generosidad de su ánimo, la excesiva gentileza de sus maneras, el profundo criollismo de sus mentes y sobre todo, su confianzudo abandono a la vieja amistad nuestra y a la tolerancia bondadosa de vosotros, han hecho que esos muy conspicuos y bien reputados compañeros abandonaran en este caso su habitual serenidad de criterio y cayeran en precipitadas ilusiones, como historiadores noveles e inexpertos. De todos modos, séame permitido que diga para ellos la expresión de mi más honda gratitud por su homenaje tan honrosísimo como infundado, y para vosotros una excusa por estas frases mías de inevitable vibración personal. Al fin, quizás no sea del todo impropio que este Congreso Nacional de Historia haya sido iniciado con un experimento convincente acerca de la falibilidad a que son propensos los testimonios de la Historia.

Ahora por deber de mi cargo, y por la honra que de él me viene, han de ser mis frases principalmente para saludar a los numerosos y selectos congresistas que responden al llamamiento de la dinámica Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, demostrando así haber comprendido la oportunidad de este Congreso y su sentido. Y vaya nuestra bienvenida especial y muy hondamente expresiva a los insignes historiadores de otras naciones americanas que han venido a compartir con los cubanos estas jornadas de cordial camaradería en la obra común de fortalecer, por la mejor comprensión del pasado, la presente solidaridad de todos los pueblos de la Gran América y el mantenimiento de su característica civilización histórica, basada en el progresismo, en las libertades cívicas y en la democracia republicana.

Este Primer Congreso Nacional de Historia, tan acertadamente iniciado, obedece principalmente a la necesidad de ir canalizando y uniendo los esfuerzos de todos aquéllos que en este país, en sus centros académicos y escolares o en las más autónomas actividades de la prensa libresca y de la periodística, hacen trabajos sobre temas históricos con preferencia tocante a Cuba y su gente. Son muchos los que hoy emplean sus plumas en escribir historia. Su bibliografía en lo que va de siglo es de torrencial fluencia y no parece que haya de amenguar. Antes al contrario, todo indica que en Cuba, como en las demás naciones, aumentará esa caudalosa literatura que se extiende a todas las épocas; y aquí, así a la india y a la colonial como a la republicana, y aun al ayer inmediato, cuando apenas acaba de morir y legarnos las abrumadoras realidades del día de hoy que aún estamos viviendo.

Este fenómeno cultural de la intensa fecundidad historiográfica obedece a muy diversas causas. Ante todo, en Cuba estos fervores por la historia de nuestro pueblo son como una íntima compensación en que se goza la conciencia de la patria, después de la secular frustración en que antaño fué mantenida por el absolutismo colonial. Las historias de Cuba, si escritas por cubanos, tuvieron que serlo en el destierro. Desde antes de la Conquista ya había rigurosas censuras previas, impuestas por los papas y los reyes, y los mismos conquistadores tuvieron que escribir para el público con aquellos refrenos. Ni Cristóbal Colón imprimió su diario, ni jamás ha podido ser conocido en su integridad, ni en su redacción auténtica. No hubo siglo en nuestra historia colonial sin una orden del rey que impidiera a los hijos de América, y aun a todos sus pobladores, el libre conocimiento de las cosas propias del Nuevo Mundo. Ya en 1560 expresamente se prohíbe "imprimir y vender libro alguno que tratara de materia de Indias sin la previa y especial licencia" de la Corona y de su Consejo, amén de la directa censura eclesiástica, de cuya efectividad para todo libro cuidaba la Santa Inquisición. En 1641 el rey dispone que no se impriman en Indias libros de Historia, so penas muy graves. Felipe IV llega a decretar que "ninguna persona de cualquier estado y calidad que fuere pueda pasar a las Indias libro alguno, impreso en España o en el extranjero, que trate de materias de Indias", sin la previa aprobación.

En 1778 se prohibió aun más por la real voluntad, o sea que los nativos y los pobladores de América "estudiasen, observasen y escribiesen sobre materias relativas a las colonias". Todavía en 1805 se reiteraba expresamente la censura previa del gobierno para los libros de historia de América, la misma que ya se había establecido dos siglos atrás. Poco después llegó a Cuba Tacón y el absolutismo se prolongó hasta caer con la centuria. ¡Cuán parca y cautelosa tuvo, pues, que ser en Cuba su historia en los cuatro siglos de la era colonial!

Por eso ahora los cubanos, ya con la patria rescatada, desde aún no hace medio siglo, sentimos el puro gozo nacionalista de escudriñar íntima y libremente su pasado, su infancia como su juventud, sus afanes como sus congojas, sus quereres como sus odios; y por eso nos adentramos en su historia con esa emoción amorosa con que a solas, sin el reparo de extraños, curioseamos a veces los retratos pálidos, las cartas descoloridas y las flores marchitas que nos dejaron nuestros abuelos. Y esas reliquias nos dicen en verdad la gloria de sus heroísmos, la hondura de sus méritos, la injusticia de sus enemigos, la explicación de sus flaquezas, la negrura de sus errores y los peligros que rodearon sus pasos y aun orillan nuestro camino. La mucha historia cubana es sobre todo efusión amorosa y filial por nuestra tierra madre y por el acervo hereditario de nuestro abolengo. Además, ello es una manifestación de la juventud de esta nación, que al hacerse independiente tenía cerca de un millón y medio de habitantes y ahora, tan sólo cuatro décadas después, con esa cifra de población ya más que triplicada, según el cálculo de su último incremento aritmético intercensal, alcanzará pronto los cinco millones, precisamente el día 5 de noviembre de 1943. Es la juventud la que más hurga en lo que su patria fué, para poder entrever lo que ella podrá ser y con su esfuerzo será. Pero otras causas provocan también la presente fecundidad de la musa Clío, de Clío la criolla.

Toda la historia universal se está renovando rápidamente. Quien sabe la historia como hasta el alba de ese siglo se sabía, poco en verdad sabe de ella. Por la moderna concepción científica de la historia ésta se va independizando de la literatura meramente recreativa, de la apologética sectaria y de la polémica política, para convertirse en una sistemática y objetiva observación de los hechos colectivos humanos, en un registro milenario de analíticas experimentaciones, de sintéticas hipótesis y de entrevistas leyes, tales como se presentan por la humanidad en el inmenso laboratorio de su vida universal. Las modernas exigencias de la metodología científica, los sorprendentes descubrimientos de las edades más remotas, el reciente y poderoso aparato técnico para las investigaciones en bibliotecas, archivos y museos, los nuevos conceptos sobre la complejísima causación de los hechos sociales y la inquietud mental de estos tiempos presentes, que ya no se conforma con las caducas interpretaciones del pasado, falseadas con mitos, torcidas con prejuicios y maltrechas con represivas censuras, originan de consuno este rebosante flujo de la historia. Lo apuran, aún más todavía, los apremios de las convulsiones mundiales, pensándose con razón que sólo en las peripecias pasadas, así por el pueblo de Cuba por los demás pueblos del orbe, han de encontrarse las lecciones eficaces para preparar mejor el advenimiento de lo venidero, que avanza hacia nosotros con el estrepitoso ímpetu de un cataclismo, como si un nuevo diluvio fuera, un diluvio universal de sangre.

Por todo eso en estos tiempos se han reavivado los estudios de la historia humana; de toda la historia, de todos sus días, desde el primero, que jamás se conoció, al de ayer, que ya estamos olvidando sin haberlo apenas conocido; desde la edad de piedra a la del petróleo, desde los siboneyes y la conquista de Cuba por Velázquez y los suyos, con su "quinta columna" de indios jamaicanos, hasta las horas últimas, que ya son también historia, cuando con otra conquista se está amenazando a la tierra nuestra.

No es, pues, por evasividad egoísta ni por ceguera desconocedora de las circunstancias trágicas del presente, por lo que los cubanos trabajamos con ahinco en temas del pasado eleccionador e inauguramos este Primer Congreso Nacional de Historia precisamente en estos días y en ocasión del noveno cincuentenario del descubrimiento que hizo Cristóbal Colón. No ha de ser, pues, baldía esta conmemoración de la llegada de los europeos a estas Indias Occidentales, si se atiende a que aquellos memorables tiempos y los de ahora ofrecen entre sí grandes semejanzas, pues en ambas épocas y entre sangrientas guerras mueren edades ya estériles, se exploran y conquistan Nuevos Mundos y a todas las gentes les llega un renacimiento.

Lo primero que Cristóbal Colón descubrió de esta parte del mundo, en la noche del 11 de octubre de 1492, fué una luz; y luego la luz de los días y los años que siguieron evidenció la inmensidad del descubrimiento y de su trascendencia; tanta que los pocos lustros de acaecer ya fué reputado como el hecho de mayor importancia que había acontecido en la humanidad, salvo la venida de Jesucristo. Por Colón la historia cambió sus rumbos, el mundo fué completado y todo él pudo ir iluminándose por un ecuménico ideal de progresiva civilización, de

cultura igualitaria y fraterna. Y eso es en verdad lo que por la humanidad fué ganado y lo que toda América, y en ella Cuba, conmemora año tras año.

¿Es acaso lo que nos mueve a tales solemnidades tan sólo la admiración por el genovés de imperecedera fama y por la grandiosidad de su empresa, que ya sería tan legendaria como las cosmogonías de los dioses si el descubrimiento de la imprenta no se hubiese anticipado al de su mundo interoceánico? Nó. Otros muchos héroes tan ejemplares tiene la humanidad y apenas los recordamos.

¿Es que debemos convertir estas evocaciones del descubrimiento de América, como hacen algunos, en unas "fiestas de la raza"? No. Porque no hay tal raza, pues, como dijera el buen maestro Miguel de Unamuno, "esa raza se inventó al mismo tiempo que la fiesta", y, además; ello no sería sino engañar a las ingenuas emociones colectivas, llevándolas a las mentidas y anticristianas pasiones de los racismos, cuya satánica encarnación, Adolfo Hitler, está ahora ensangrentando los continentes por el imperio de su raza; de esa raza *aria* tan mitológica como son las otras razas creadas para estímulo de las inculturas agresivas y encubrimiento de las políticas predatorias. No, no se trata de exaltar raza alguna, y menos cuando estamos sufriendo una guerra cuya victoria final no podrá conseguirse sin desracializar a toda la humanidad.

Ni es el hecho del descubrimiento colombino en sí lo que los pueblos consideran, sino toda la inconmensurable significación de los valores humanos que en esa efemérides se representan. No fué en realidad un *nuevo mundo* lo encontrado, sino varios *mundos nuevos*. Dos mundos que se ignoraban se descubrieron uno al otro, y para ambos, que de dos meros semimundos pasaron a ser un mundo solo y verdadero, también fué nueva, novísima, cual nunca vieron las edades, la realidad geográfica y humana de la única y definitiva mundialidad.

Al mismo tiempo que Colón y sus compañeros de Europa descubrieron la América, los hijos de ésta descubrieron a Europa. El mutuo encuentro no fué simplemente el de unos hombres blancos con unos hombres cobrizos. Aun cuando Cristóbal Colón al participar su descubrimiento llevó la noticia de que los habitantes de esta parte occidental de Cuba eran seres dotados de un gran rabo trasero, y aunque en sus escritos se admiraba de no hallar los monstruos humanos que se decían en los relatos fabulosos, lo cierto es que todos, así los cobrizos como los blancos, eran igualmente humanos, aunque unos y otros tardaron en reconocerlo así. Los indios antillanos, para saber si los invasores no eran dioses, hicieron el experimento de ahogar y flechar algunos de ellos y así vieron que aquéllos no eran inmortales; y unos lustros después el Papa Paulo III tuvo que declarar que los indios tenían alma y no eran bestias sino personas, del mismo linaje adámico de sus malquerientes conquistadores. No fué, pues, tan sólo el encuentro de hombres diversos, ni al hallazgo de tierras antes ignotas, sino al inesperado contacto, abrazo material y espiritual, de dos civilizaciones o, como quizás se diría mejor, de dos culturas.

América descubrió en Cristóbal Colón y los conquistadores que lo siguieron algo más que unos hombres blancos, barbudos, vestidos y con armas prepotentes. Con Cristóbal Colón vinieron a estas tierras que tanto amamos ciertas potencias sobrehumanas: el hierro, la pólvora, la rueda, el caballo, el buey, la brújula, la moneda, el capital,

el salario, la letra, la imprenta, el libro... También llegaron entonces el ya senil feudalismo con sus sádicas crueldades y el capitalismo mercantil en la intrepidez aventurera de su juventud. También trajo Colón consigo en sus carabelas a Moisés y a Jesucristo; y en él mismo encarnado estaba el espíritu investigador de las realidades y dominador de sus secretos. Colón personificaba la ya triunfante ciencia experimental. Con él llegaron juntas múltiples edades de la sabiduría nacida y acumulada en el viejo mundo y Cuba pasó en un día por milenios de cultura, saltando desde la rústica edad de piedra a la esplendorosa edad del Renacimiento. América había descubierto para sí un Nuevo Mundo que jamás soñó; esto es lo que la historia explica y los pueblos conmemoran cada año con amor.

Pero el descubrimiento colombino fué todavía de mayor resonancia. Si el Mundo Viejo hizo al Nuevo Mundo el regalo de su maravillosa cultura, América pagó a Europa sus servicios con otros ricos dones de su cultura indígena. Si Europa proporcionó sus trigos y carnes para el mejor sustento de este hemisferio, América correspondió para la mayor nutrición del otro con sus papas y maíces, que hoy son la mayor base alimenticia de muchos pueblos. Si Europa aportó la blanca leche, América la pagó con el moreno chocolate; si aquélla brindó su azúcar, ésta la obsequió con su pimienta; si del Mediterráneo de afuera trajeron el vino que aviva la sangre y las energías musculares, de este Mediterráneo Occidental, y precisamente de Cuba, se llevaron el tabaco que anima los pensamientos y las energías del cerebro. Si Europa le dió a la América lo mejor de la cultura humana, ahorrándole a ésta para su evolución más milenios que los de su joven historia; América en cambio agrandó enormemente el señorío de Europa, sometiéndole territorios virginales varias veces mayores que los de su antiguo y cansado suelo. América pagó plenamente en valores de espacio lo que de Europa recibió en valores de tiempo.

Verdad que Europa transmitió a la América el riquísimo acervo de su "cultura occidental", donde se alquitararon las multiseculares esencias espirituales del Nilo, de Creta, de Grecia, de Roma, de Judea y del Islam; mas también es cierto que los pueblos de América, por su mera presencia afirmativa de una humanidad diversa y sus vivos ejemplos de variadas, graduales y contrastantes culturas, rompieron en la de Europa la ilusa concepción unitaria y estática de la vida humana y provocaron, en grado antes jamás querido, el estudio científico de la naturaleza y el del hombre, la afirmación de sus derechos y libertades y, en fin, crearon la conciencia del progresivo reformismo. Fué América la que sugirió al pensamiento europeo las primeras *Utopías*, desde la de Tomás Moro, ese filósofo inglés que los comunistas tienen hoy por genial precursor de sus doctrinas y los eclesiásticos por mártir santo de sus altares. Fué en la revolución geográfica que trajo consigo la aparición del Nuevo Mundo, donde Galileo fundó la suya de la cosmografía heliocéntrica por la cual hasta el mismo sol se consideró alcanzado por los hombres, toda la tierra fué para siempre movida y fué como si el descubrimiento de un Nuevo Universo hubiese acontecido. Fué la prodigiosa realidad de América la inspiradora del experimentalismo pragmático y filosófico de Francis Bacon, que abrió a la ciencia las am-

plias vías del futuro. Fué la luz de América la que encendió el *iluminismo*; fué su infinita variedad de sorprendentes novedades la que forzó a escribir la *Enciclopedia*. Fué América la que con Bartolomé de las Casas originó el indianismo, progenitor de la etnología, hizo concebir a Juan Jacobo Rousseau su "hombre natural" y le sugirió la revolucionaria teoría de su pacto societario. Fué, en fin, América la que luego dió al mundo, no sólo la declaración de los derechos del hombre, sino su experiencia funcional de libertades religiosas y políticas, en ese admirable sistema de democracias libres federativas cuya base ideológica, extendida por las proyecciones económicas y sociales propias de esta edad maquinista, constituye todavía el programa común de todas las naciones americanas en la presente guerra mundial en que estamos por ganarnos en la tierra un mundo mejor.

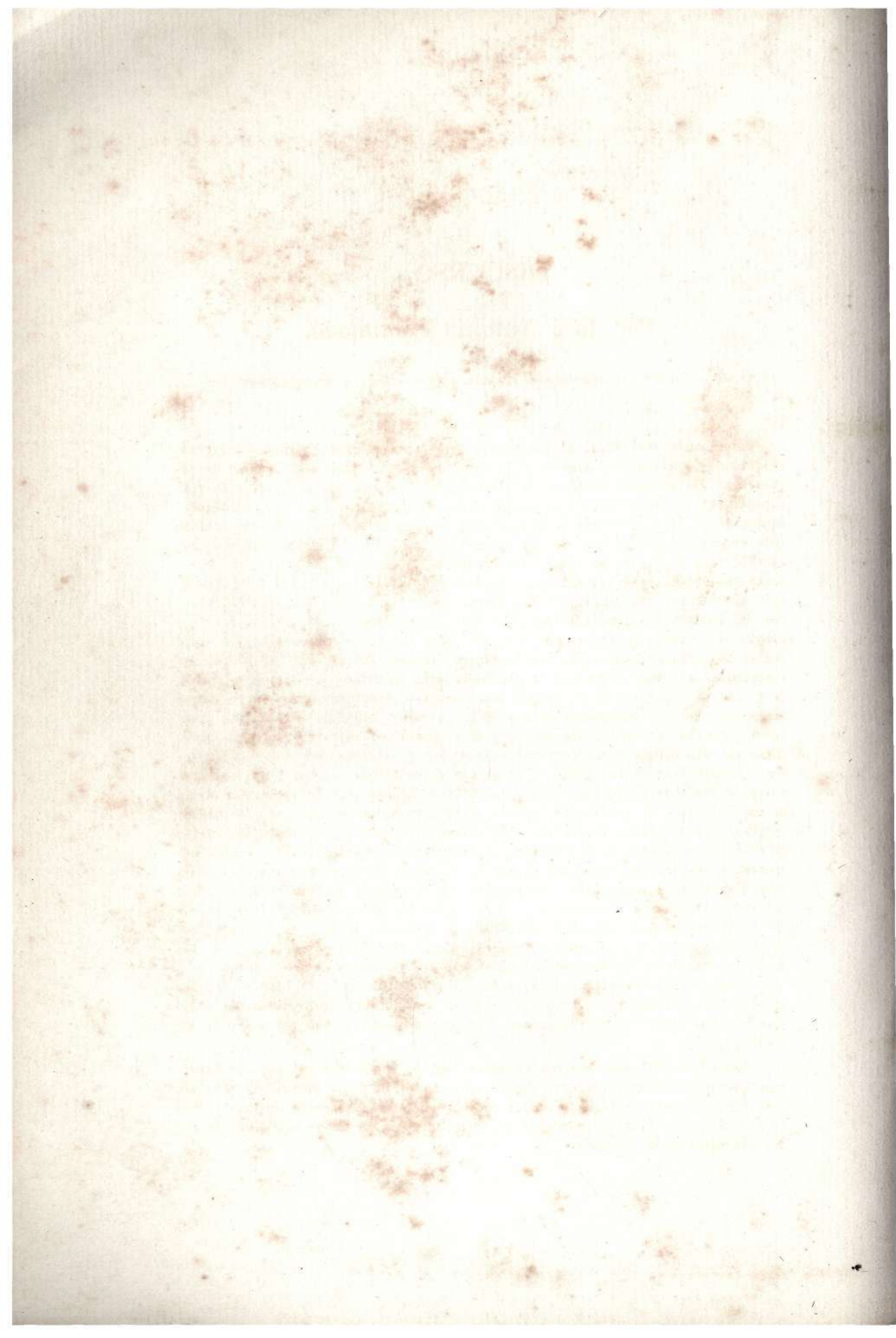
Los tiempos transcurridos desde que Colón en la noche oscura vió la luz augural de América han sido de incesantes controversias, contiendas y treguas entre los dos genios antagónicos de una y otra ribera del Atlántico que Colón enseñó a cruzar. Ahora han entrado en la descomunal batalla que pondrá fin al vencido. Es en esta guerra donde se combaten definitivamente el viejo espíritu del pasado europeo, autoritario, monárquico, imperial, absoluto, racista, privilegiado y resignador, que no murió al nacer América, y el joven espíritu del progreso contemporáneo, democrático, liberal, republicano, federativo, reformador, justiciero y creativo que ha sido y es característico ideal de las Américas. Veán, pues, si ha de ser simple trivialidad ceremonial la evocación del Descubrimiento y de todo lo que para estos pueblos cisatlánticos representa la era americana que inauguró el gran genovés; o si por el contrario, su conmemoración colectiva será como vigilia de campamento, donde entre peligros y dolores se hace la guardia contra el enemigo que acecha y se piensa en la patria que para nosotros crearon nuestros antepasados, sostenidos por el libre espíritu de toda América.

Perdonadme, para terminar, un emocionado y personal recuerdo. El año 1892 en este mismo palacio habanero, entonces Capitanía General de la Siempre Fiel Isla de Cuba, se iniciaban con majestad por una infanta de la realeza borbónica las "fiestas reales" que en la colonia celebrarían el cuarto centenario del Descubrimiento. Yo no estaba aquí, sino en una pequeña isla del Mediterráneo, donde también se rememoraron las hazañas de don Cristóbal Colón. En el humilde instituto donde yo estudiaba, también se hicieron festejos, y en su escenario escolar los colegiales representamos un propósito que para el caso compuso nuestro profesor de literatura y latín. A mí, creo que por la circunstancia de ser el único hijo de América que había en el colegio, me honraron con el papel del almirante don Cristóbal. Y llegada la hora solemne, desde la proa de una carabela de cartón entre rojas bengalas y estampidos de cohetes, hube de sacar una espada y señalando con ella un horizonte iluminado por un sol esplendente que amanecía, les grité a todos, a los reyes católicos, a los cortesanos, a las damas, a los frailes, a los judíos, a los soldados, a los marinos y a los villanos, estas frases de retórica bilingüe: "Vamos, vamos todos a descubrir América; he ahí un Nuevo Mundo. ¡Aleluya! ¡Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus!" Y cayó el telón.

Han pasado cincuenta años, y en éste que fué alcázar de la desvanecida pompa colonial celebramos los hijos libres de América la misma efemérides colombina. Y no parece inoportuno que aquel Colón niño, hoy infante de la realísima familia republicana de Cuba, señalando los horizontes rojos por el incendio de la guerra y por un sol que sube, aquí os diga en paráfrasis lo que dijera hace ya medio siglo: "¡También ahora amanece! ¡Vamos, vamos todos a redescubrir nuestra América; vamos a un Nuevo Mundo! ¡Gloria a Dios en las alturas, pero también gloria y paz en la tierra a toda la humanidad!" Mas ahora no cae la cortina. ¡Sigue la tragedia del magno descubrimiento que se está haciendo!... ¡Quién pudiera ver su final!

**HOMENAJE A TODOS LOS CAIDOS EN
DEFENSA DE LAS LIBERTADES CUBANAS**

CELEBRADO ANTE EL MONUMENTO DE MACEO EN EL PARQUE
DE SU NOMBRE, EL 10 DE OCTUBRE, ANIVERSARIO DEL IN-
CIO DE LA GUERRA DE 1868.



DISCURSO

Por José Antonio Portuondo,

de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales

Hace sólo dos días, al comenzar sus labores este Primer Congreso Nacional de Historia, fuimos a honrar a Martí. Fué aquél, homenaje justísimo de quienes escriben la Historia al hombre de pensamiento que murió por hacerla, por trasmutar en acción fecunda su pensamiento apostólico. Hoy venimos a honrar, en Maceo, a los hombres de acción que cayeron en defensa de un pensamiento de libertad. Maceo los simboliza a todos en su condición humilde de negro y de trabajador que salió sin grados, y sin pedirlos, a la batalla por la Libertad y la Justicia que su tiempo demandaba. "La humildad de mi cuna—explicó él mismo en carta célebre—me impidió colocarme desde un principio a la altura de otros, que nacieron siendo jefes de la revolución". Cuando hubo de pelear para que los hombres fueran libres, él, doblemente oprimido, se echó al campo a pelear por la libertad de todos, y ganó, por sólo el esfuerzo de su brazo, los grados y preeminencias a que otros llegaron por circunstancias ajenas a la guerra. En ella dió Maceo, junto a pruebas inauditas de valor y de capacidad estratégica, otras más altas de disciplina y de concepto ejemplar y estricto del deber. Cuando Vicente García lo invitó a unirse a su rebelión contra el gobierno torpe e ineficaz de la República en Armas, Maceo que lo estimaba atentatorio contra la necesaria "unión para combatir al enemigo común", replicó con suprema dignidad: "Al mismo tiempo que indignación, desprecio me produce su invitación al desorden y desobediencia a mis superiores, rogándole se abstenga en lo sucesivo de proponerme asuntos tan degradantes, que sólo son propios de hombres que no conocen los intereses patrios y personales." Y cuando los desaciertos del gobierno de la República le privaron, en 1896, de alcanzar lo que él llamaba "el Ayacucho cubano", al mayor general Mayía Rodríguez escribe: "Si yo hubiera venido a la revolución a servir a los hombres, habría abandonado la idea de prestarles ayuda; pero, por fortuna, no veo otra cosa más que la conveniencia de trabajar por mi patria, cerrando los ojos ante tantas pequeñeces y miserias, que han contribuido a que así proceda el Gobierno."

Este fué Antonio Maceo, encarnación de los hombres que no ignoran las limitaciones y errores de los que mandan, pero que no los toman por pretexto para rehuir el deber que las circunstancias les imponen. Este fué Antonio Maceo, peleador de cien batallas en las cuales todavía no ha alumbrado la victoria.

Nuestro homenaje, amigos, no puede, por ello, reducirse a una ofrenda floral y a unas palabras de más o menos cálida intrascendencia. Todos estamos en el deber de completar las inconclusas batallas de Maceo; todos, antes de escribirla, tenemos el deber de *hacer* la Historia. Y la Historia es acción, no contemplación; pasión ardiente y fecunda que se trasmuta en actos, y no meditación egoísta que se convierte al cabo en estériles conceptos de serena frialdad. Nuestro deber no es sólo explicar las cosas pasadas sino ayudar a producirse a las futuras. La presencia de los historiadores, esta mañana, ante el monumento a Maceo, símbolo perfecto del hombre de acción, quiere decir que así entendieron la Historia: como deber de acción constante, como entrega apasionada y fecunda a las batallas que librara y libra aún en nuestros días Antonio Maceo.

Porque Maceo, amigos, está peleando todavía entre nosotros. Pelea en cada batalla que se libra en defensa del pueblo explotado; combate a los que humillan al negro por el color de su piel y repite las palabras de su proclama de Kingston; "El hombre negro es tan libre como el hombre blanco"; batalla en la palabra vigilante de los hombres dignos que atacan y denuncian cuanto atenta al decoro de la Patria, que luchan contra los que especulan con los caudales públicos o se sirven del instante de guerra para medrar a sus anchas; Maceo está dando nuevo su sangre peleadora, más allá de las estrechas fronteras de la Isla, en los desiertos africanos, en las islas del Pacífico, en las anchas llanuras de China y en la defensa sin segundo de Stalingrado. Maceo aprieta su hombro al hombro rudo del soldado que, en cualquier parte del mundo, no sabe acaso leer, pero está *haciendo* con su heroísmo la Historia de nuestra edad. Maceo está peleando y peleará aún en todo el mundo, porque, recordad sus palabras: "Mientras quede una injusticia por reparar, la Revolución no ha terminado".

Estas son, amigos, las batallas que aún hemos de librar, a ejemplo de Antonio Maceo. Y no se aduzca que son estas palabras fanfarrias de manifiesto, porque cuando el tiempo—o la Historia—exige acción apasionada y fecunda, reducirse a la historia fría e imparcial puede ser traición, y el manifiesto deber es alzar los ánimos a la conquista de nuevos destinos. Estamos ahora en un instante en el que, sin desdeñar el empeño de escribir la Historia sobre las más serenas bases de exactitud y de rigor científicos, se impone con mayor fuerza el deber de *hacer* con nuestro esfuerzo esa misma Historia. Y en este caso no debe escatimarse la pasión del manifiesto, ni la del grito o de la imprecación. La Historia avanza entre imprecaciones y puños crispados, para que la escribamos luego en la callada paz de bibliotecas y archivos. Pongamos, pues, a ejemplo de Maceo y de los hombres de acción que él simboliza, nuestros puños y nuestra voz en la pelea que el tiempo nos impone, para que podamos escribir mañana, en la paz que vendrá sobre la sangre, la historia del Hombre recobrado en un mundo de Libertad y de Justicia.

VISITA DE LOS CONGRESISTAS

**AL CENTRO SUPERIOR TECNOLÓGICO DE CEIBA DEL AGUA,
EFECTUADA EL 10 DE OCTUBRE.**

SALUDO

Por Ramón Vasconcelos,

Ministro de Educación

¡Lástima que un cielo tan gris empañe un día tan luminoso para la ciencia histórica y para el Instituto Tecnológico! Porque esta visita marca una fecha para el Instituto y para la investigación histórica de Cuba; visita que honra por cierto al propio Instituto Tecnológico de Ceiba del Agua, al Ministerio de Educación y a la República, orgullosa de reunir a un selecto grupo de hombres en lugar tan significativo como este hogar de la democracia, inspiración feliz del actual presidente, general Batista.

Nunca hubo conjunto tan nutrido ni tan autorizado de personalidades especializadas en materia histórica, la más compleja por lo mismo que es objeto de interpretación particular, y la más trascendente por ser la que fija rumbos definitivos al juicio universal sobre hombres y hechos de una época.

Lo que es la historia de un pueblo—ésta es la teoría—, eso es el pueblo. Cuba, acaso más que ningún otro país, necesita de grandes esclarecimientos históricos. Su vida primitiva es un misterio, su vida colonial es un enredo y su vida revolucionaria es todavía una indagación y un tanteo. Están muy cerca los hechos, muchos de sus actores están aún vivos, y la mayor parte de los documentos andan por los archivos privados en desorden o a punto de perderse. Y como la Historia, en fin de cuenta, es la dignidad, la credencial de cada pueblo, necesitamos con urgencia que se nos entregue intacta la nuestra. Por suerte, está ya en buenas manos. El método, el interés de la investigación, la clarividencia del investigador, todos esos factores, darán con la clave de acaecimientos todavía nebulosos y consagrarán otros que son de dominio público, carne de la conciencia popular, si se admite.

El destino histórico de Cuba —con todo— ha sido y es dramático, por lo que jamás hemos podido ni podremos cerrar el índice de nuestra cronología efectivamente histórica, la de la epopeya civil, la de la Historia activa, que es la que se hace sobre la marcha y no la que se escribe bajo arcos de triunfo.

La Historia es, en consecuencia, la manera de conocerse a sí mismo como pueblo y la de conocer, de paso, a los demás; es el espejo de la conciencia nacional, y para que la imagen no se deforme, para que cada pueblo pueda reconocerse y enmendarse mirándose al espejo, es indispensable que el historiador—no el fabricante de folletines ni el inventor de embustes ingeniosos—se encargue de que la verdad, sea cual fuere, se muestre en plena desnudez a través de sus páginas.

La vida es, por tanto, el principio y el fin de la Historia. La Historia en sí no es sino un sistema de vida de los pueblos, de las razas y de las épocas; de que sea superior o inferior, depende el concepto universal que de ellos se tenga y depende desde luego su destino.

Desde hace cuatrocientos cincuenta años, el mundo, para vivir su historia, para construirla, se ha vuelto hacia lo que pudiéramos llamar Extremo Occidente, en contraposición al Extremo Oriente, que durante milenios tuvo en su poder la retorta de los acontecimientos históricos. Hordas y hechos marchaban siglo tras siglo hacia las tierras y mares occidentales. Europa era un límite, el límite. Y cuando la historia europea se colmó de hazañas, se pobló de ruidos de armas, de escándalos dinásticos, Colón acometió la aventura maravillosa, y desde aquel instante, el centro de la Historia Moderna, con más o menos precisión física, pero con absoluta exactitud espiritual, ha sido el Atlántico en sus linderos occidentales.

El Descubrimiento, la Conquista, la Colonización de América, esa ha sido la Historia, desde el siglo XV a la fecha. "Nuevo Mundo" y "Viejo Mundo" fué la clasificación poética e intuitiva que se dió a uno y otro hemisferio, ya para combatirse, o para confundirse, o para fundirse, unas veces derramando sangre indígena, otras inyectándole sangre colonial, pero teniendo siempre como escenario grandioso la fecunda tierra americana. Descubridores, conquistadores, colonizadores, caudillos, redentores, fundadores de nacionalidades libres, luchan, se suceden, se desplazan a lo largo de la historia de América, es decir, creando la historia de América. Hasta llegar aquí, en que parece entrar otra vez la humanidad en la gran encrucijada de la Historia, ante la interrogación dramática de una época nueva, todavía sin perfil y sin nombre.

La semejanza que la perspicacia del doctor Fernando Ortiz encuentra entre el período del Descubrimiento, en que la Era Moderna encuentra su cauce, y el actual, en que la *Edad Sin Nombre* busca el suyo, es evidente. Entonces, se entabló el cuerpo a cuerpo entre dos civilizaciones; ahora están batiéndose, en duelo a muerte, dos sistemas antípodas de vida, dos conceptos inconciliables de Civilización.

Nuestra postura no puede ser más clara ni más consecuente con nuestra propia historia, que es una batalla sin tregua por la democracia. Ahora nos toca precipitar la aproximación, la unidad moral de los pueblos americanos. En lo adelante debiéramos considerarnos como un gigante cuya columna vertebral es los Andes y cuyas entrañas palpitantes son las pequeñas naciones del Caribe.

La guerra podrá terminar más o menos tarde después de tales o cuales peripecias; pero lo que no admite dudas es que el meridiano del mundo y de la Historia se desplazará hacia América. En este mismo momento ese meridiano reside en nuestro Continente. La hegemonía de la guerra es va cosa americana; la hegemonía de la paz, cosa americana también será, por gravedad de los mismos hechos históricos. Y siendo cosa americana, tendrá que ser, por lógica de la historia de América, problema y solución de la democracia.

Pero no eran estos juicios superficiales los más discretos para ser expuestos ante los ilustres componentes del Primer Congreso Nacional de Historia, ni en acto tan cordial, digamos tan fraternal, como el que celebramos gracias a la nunca desmentida hospitalidad del Instituto Tecnológico de Ceiba del agua y a la gentileza de su diligente director el doctor Bock.

Saludo, por lo tanto, con respeto, con devoción, con viva y sincera simpatía, al Primer Congreso Nacional de Historia, le agradezco el honor que nos dispensa a todos con su presencia en el Instituto, hago los más francos augurios por sus éxitos presentes y futuros, y en nombre del jefe del Estado, en el del Gobierno y en el mío propio, le ofrezco el modesto pero resuelto apoyo del Ministerio de Educación, para cualquier iniciativa que contribuya al mayor auge de actos como el que se celebra bajo los auspicios de los historiadores cubanos y el encauzamiento científico de la investigación histórica en nuestro país.

RESPUESTA

Por Alicia de Jongh,

de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales

Cumplo gustosamente la misión que se me ha confiado de agradecer en nombre del Primer Congreso Nacional de Historia la amable invitación que nos fuera hecha por el señor Ministro de Educación y el Director del Centro Superior Tecnológico para visitar este Instituto.

No es cuestión de amable formulismo por el agasajo y la manifestación de cordial simpatía, por más que éstas sean merecedoras de nuestro reconocimiento. Motivan mis palabras, en primer término, expresar nuestra gratitud al Señor Ministro de Educación por la cooperación prestada en la celebración del Congreso; y en segundo lugar, por la oportunidad que nos ha brindado de conocer y apreciar esta prestigiosa institución cubana, que marca un paso de avance formidable en la evolución de nuestra escuela y en el andar, lleno de tropiezos, que ha tenido la enseñanza en Cuba.

No podía haberse escogido fecha mejor para realizar esta visita, pues si cualquier día es bueno para rendir tributo a los grandes de la patria, es precisamente el 10 de Octubre—aniversario glorioso de nuestra primera gran epopeya—uno especialísimo, no para decir meras palabras más o menos sinceras y bonitas, sino para reafirmar, a través de las conquistas realizadas, el empeño decidido de seguir trabajando—con la misma tenacidad que en el pasado lo hicieron nuestros patriotas—por la verdadera consolidación de esta nuestra República, que hoy, con sus defectos y virtudes, podemos disfrutar.

El Primer Congreso Nacional de Historia está realizando una labor constructiva, moralizadora, de reafirmación cubana en defensa de los fundamentales principios de libertad, mantenidos desde el inicio de las luchas libertarias, a través de la incontable sucesión de hombres que desinteresadamente dieron todo a Cuba. En estas circunstancias difíciles de la humanidad, es imperativo sentir intimamente el pensamiento de los valores positivos del pasado que nos servirá para afianzar nuestra actitud del presente y proyectarnos con firmeza hacia el porvenir.

Esfuerzos creadores como el que está desarrollando el Primer Congreso Nacional de Historia son los verdaderos homenajes que a los forjadores de la nacionalidad deben tributarse, y este es un maravilloso esfuerzo creador, exponente magnífico de cuanto bueno y útil puede hacerse—y aún nos falta hacer—por el mejoramiento colectivo.

El bello escenario que constituye este acogedor lugar tiene su complementación en el reflejo risueño de las caras infantiles y jóvenes que nos han rodeado, en cuyos ojos, llenos de la sana alegría de vivir, se transparenta el efecto de una bien orientada educación. No es entre muros estrechos, con las libertades coartadas y los anhelos frustrados, donde florecerán mentes fuertes, libres de prejuicios, ni hombres decididos a la lucha por los buenos empeños. Tanto la niña que jugaba con su muñeca, como el jovencito adolescente que trabaja en el taller, están dando salida a sus deseos interiores, plasmando así su personalidad en un ambiente de libertad. Instituciones similares, dispersas en la Isla, satisfarían una de las grandes necesidades cubanas, que reclama hombres preparados en las numerosas divisiones del saber y del trabajo.

La orientación que guía al señor Ministro de Educación de realzar la escuela pública—única base sólida donde afianzar un futuro mejor—elevando su bajo y pobre nivel, toma en la actualidad caracteres trascendentes, mucho más que en ninguna ocasión pasada, pues la crisis mundial que nos envuelve hace más cruda la necesidad de crear una verdadera conciencia cívica nacional, y guiar a los niños, orientar sus inquietudes, descubrir sus aptitudes para encauzarlas, son funciones imprescindibles en todo país progresista, que deben partir originariamente de la escuela del pueblo, condición ésta que nos hemos conseguido en toda su plenitud.

“Vamos a redescubrir América”, dijo Fernando Ortiz en la sesión inaugural del Congreso, y los niños de otros países americanos, becados por Cuba, que estudian en este centro educacional, son realidades objetivas, que ayudan a ese nuevo encontrar de América y que son cooperación efectiva para dar su verdadero significado de solidaridad inter-americana a nuestro momento histórico.

Hombres dispuestos a trabajar honestamente por Cuba; una escuela superada que infiltre fe y confianza en el destino futuro, ayudarán a romper la apatía cívica que nos ahoga y al repetir mis iniciales palabras de agradecimiento, expreso un deseo unánime por el progreso de la escuela y por que las orientaciones que se deriven de este Primer Congreso Nacional de Historia sean verdaderas “normas de conducta que nos sirvan de estrella y faro que nos señalen y alumbren los caminos a seguir para la consolidación definitiva, justa, cubana y humana de la República”.

PALABRAS ESCRITAS EN EL ALBUM DE VISITANTES DEL CENTRO SUPERIOR TECNOLOGICO

Por Fernando Ortiz,

Presidente del Primer Congreso Nacional de Historia

Octubre, 1942.

¡Día diez de octubre... cuando la patria se descubrió a sí misma!
¡Vigilia del 11 de Octubre, cuando Europa vió la primera luz de América! Dos descubrimientos. Y hoy otro descubrimiento para mí, que en mi carácter de Presidente del Primer Congreso de Historia, vengo aquí por vez primera y descubro que este centro escolar cubano, pensado, planeado, creado y sostenido por cubanos para orgullo de la patria y de América, es para todos una lección y *un hecho ya histórico imborrable*. Aquí hemos visto en aulas, trabajos, comedores y recreos todas las razas. Gran lección para toda América. Y es obra capacitada, honrada y eficaz de cubanos; he ahí la lección. Si sabemos y podemos hacer estas cosas tan buenas, ¿por qué no las hacemos todas así? Que para todos siga siendo este Instituto, debido a la iniciativa honrosa de un soldado que llegó a Presidente, una lección y un modelo y una exigencia más para el deber.

HOMENAJE A LINCOLN

**CON MOTIVO DE LA DEVELACION DE SU BUSTO EN LA PLAZA
DE LA FRATERNIDAD, EL 12 DE OCTUBRE, QUINCUAGESIMO
CINCUENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA.**

DISCURSO

Por Herminio Portell Vilá,

Profesor de Historia de América de la Universidad de La Habana; de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Este es, por excelencia, el homenaje a un héroe de la democracia; a un hombre que creyó en la justicia, en la igualdad y en la libertad, y que vivió y murió por esos principios; pero no sin dejar el ejemplo luminoso e inolvidable de una comprensión más que humana y de una abnegación capaz de abrir las puertas de la inmortalidad.

Abraham Lincoln es esencialmente el héroe civil, aquél a quien no es posible imaginarlo de uniforme, en el campo de batalla, matándose o haciéndose matar; pero es también el hombre de valor cívico indomable, de fe invencible en el triunfo de los nobles ideales de la fraternidad humana y de los derechos de los pueblos.

Lincoln, el estadista "sin maldad para con nadie y con caridad para todos" según sus propias palabras inolvidables, no es ya solamente el emancipador de los esclavos norteamericanos y el salvador de la unidad federal de su patria: su figura se ha agigantado con el transcurso de los años, la perspectiva histórica con que se le aprecia, al hacerse americana y hasta universal, ha ido perfilando y destacando en él los caracteres que nuestro Martí le adivinó y proclamó, junto con Whitman, del hombre natural, con esa naturaleza espontáneamente buena, noble, justiciera, igualitaria, que los filósofos del enciclopedismo se complacían en atribuir a los pueblos de América, y que si en parte alguna puede darse con menos dificultad, es en este continente de la libertad en que vivimos y al que acuden todos los que de ella se ven privados, hoy cuando la amenaza el totalitarismo, en 1848 cuando la perseguía el absolutismo, en 1815 cuando el ataque era el de la reacción representada por la Santa Alianza, y en la época colonial, cuando el Nuevo Mundo fué el refugio de los judíos expulsados, de los comuneros aplastados por la dominación alemana de Carlos V en España, de los puritanos, los cuáqueros, los católicos maltratados en Europa, y de todos los hombres de bien, inconformes con la arbitrariedad y el obscurantismo y la explotación.

Martí, con su facultad genial para precisar la cualidad distintiva de los hombres, nos dejó dicho que Lincoln fué un "... carácter, más que otro alguno, nacido de la Naturaleza, ... de esos primarios y originales nacidos derechamente o con pocas trabas de la Naturaleza, que ... traen con la fuerza, constituyendo un grado superior en los caracteres primarios, la intelectualidad y la hermosura, y de ellas la capacidad y la necesidad activa de asimilarse el resultado entero del trabajo humano..."

La crítica literaria y los intérpretes todos de la evolución cultural de los Estados Unidos aprecian hoy en Walt Whitman la más alta expresión de la poesía norteamericana, el poeta que descubrió a su pueblo al mezclarse con él y al vivir su vida y que fué el cantor de una democracia ruda, generosa, fuerte y progresista, que se redimió a sí misma con la Guerra de Secesión. Thoreau le llamó en vida el más grande demócrata de su tiempo, y en verdad que Whitman no alabó a tiranos ni poderosos, ni transigió con la explotación ni el privilegio; pero cuando cayó Lincoln bajo la bala asesina de Booth, el poeta del pueblo supo encontrar sus versos más nobles, humanos y bellos, que formaron el poema inmortal de *O Captain, My Captain!*, expresión cabal del dolor de los humildes ante la caída del Emancipador.

Fué Martí, precisamente, quien descubrió y razonó el sorprendente paralelismo de sentimiento democrático y de fraternidad espiritual entre Lincoln y Whitman. En 1887, al describir Martí la llegada a Nueva York de Walt Whitman para recitar sus versos a Lincoln, ya destacaba que el poeta del pueblo había compuesto una "oración sobre aquel otro hombre natural, aquella alma grande y dulce, aquella poderosa estrella muerta del Oeste, aquel Abraham Lincoln..."

Y se explica que Martí hermanase a Lincoln y a Whitman en su elogio y los igualase en su valer, porque Lincoln y Whitman fueron quienes recogieron de Henry Clay los principios de la que hoy llamamos la "good neighbor policy" o política del buen vecino, y los proclamaron y practicaron, y porque nuestro Apóstol fué, como ellos, amigo de echar su suerte "con los pobres de la tierra" y como ellos siempre estuvo dispuesto a dar la vida por la libertad de los hombres, como en efecto la dieron Lincoln y Martí.

Abraham Lincoln fué el hombre del Oeste cuya niñez de miseria, de penosa labor para librar la subsistencia y de esfuerzo autodidacta, se lee como una saga de las virtudes de los fundadores de los Estados Unidos. Subió desde muy abajo, por sus propias fuerzas, por la tenacidad invencible que le animaba a ir adelante, y un día se alzó sobre el medio y mostró preocupación política, convicciones liberales, cultura bien desarrollada y dotes parlamentarias. Es sin embargo un error considerarlo como hombre que, de repente, a virtud de una conjunción de circunstancias favorables, alcanzó la presidencia de la República en un momento crítico, y por sorpresa resultó igual o superior a la empresa que le correspondió. Hay un Lincoln que antes de ser el salvador de la Unión fué en las asambleas locales, en los mítines políticos y en la Cámara de Representantes, de Washington, el campeón de los derechos de los pueblos, el enemigo del despotismo y de la usurpación, el defensor de la igualdad de los hombres y el gran filósofo de la tolerancia y de la democracia. Así fué que se templó su espíritu para la dura prueba de la Guerra de Secesión: la adversidad fué su constante compañera y más de una vez sacrificó su carrera política con la adopción de la actitud impopular, que era la que le dictaban su patriotismo y su amor a la justicia.

Lincoln era congresista federal en los años de la guerra entre los Estados Unidos y México por causa de Texas, y figuró entre los que condenaron la política seguida por el presidente Polk para provocar la lucha. Primeramente presentó a la Cámara sus después famosas peticiones de

datos, llamadas "*the spot's resolutions*", en que reclamaba que se determinase de manera categórica si el lugar en que se había derramado la primera sangre norteamericana estaba en el territorio de los Estados Unidos o en el de México, ya que con ello podía quedar resuelto el problema sin más lucha. Si el choque había tenido lugar en suelo mexicano, entonces los Estados Unidos no tenían razón en continuar la guerra y debían cesar las hostilidades, mientras que si el combate había sido fuera de los límites de México, la responsabilidad de haber provocado la guerra correspondería a esa nación.

La actitud de Lincoln alarmó al Gobierno y a sus partidarios, sobre todo cuando la lucha duraba ya más de año y medio y no iba camino de terminar con rapidez; pero resultó además impopular con los electores del novel congresista en Illinois, que así se encontraban desautorizados por su propio representante en el Congreso. La opinión pública excitada denunció y atacó a Lincoln como hombre sin patriotismo, que se había pasado al enemigo y se oponía a la expansión territorial que los apóstoles del "*Manifest Destiny*" creían indispensable. Y Lincoln no cesó en aquella noble cruzada que iba a arruinar temporalmente su carrera política, devolviéndole a la vida privada por espacio de más de diez años. Tres semanas después de haber presentado su petición de datos, pronunció en apoyo de la misma un notable discurso en la Cámara de Representantes, que no sólo fué una formidable catilinaria contra la política expansionista del presidente Polk, sino también una nobilísima profesión de fe en el derecho de los pueblos a regirse por sí mismos y una declaración del derecho a la revolución que, según sus palabras, "libertaría al mundo". Tan creía Lincoln en la Política del Buen Vecino, que para él la realidad de las relaciones interamericanas era de fraternidad, y la guerra entre los Estados Unidos y México era para él una lucha entre Abel y Caín, entre dos pueblos hermanos, más que vecinos, cuya responsabilidad para siempre perturbaría la tranquilidad de conciencia de Polk y los suyos.

Emerson diría de Whitman, al aparecer sus primeros poemas: "Ha llegado un hombre al parnaso americano"; pero en 1848, con Lincoln, había nacido otro en la Cámara de Representantes de Washington para que con él los Estados Unidos resolviesen el complejo de la casa dividida contra sí misma. La profunda convicción de Lincoln en la justicia de la posición que acababa de adoptar está ratificada, una y otra vez, en su correspondencia con amigos y correligionarios políticos, y en ella se ve que obraba deliberadamente en defensa de la verdad, del derecho y de la Constitución de los Estados Unidos, y que no se hacía ilusiones sobre los resultados probables de sus ideas, que equivalían a un suicidio político. Fué también en esa época cuando comenzó a manifestar su interés en las cuestiones referentes a la esclavitud; y en 1849, cuando el abolicionismo era tema al que ni siquiera Daniel Webster se atrevía a referirse, Lincoln trató de obtener de la Cámara de Representantes la aprobación de su proyecto de ley por el que se prohibía la esclavitud en el Distrito de Columbia, mediante una compensación a los dueños de esclavos. El congresista Lincoln, pues, no había señalado su papel de legislador con una tranquila sumisión a las conveniencias del momento y a las pasiones imperantes, sino que había querido innovar y se había enfrentado por primera vez con las fuerzas que dominaban la vida política

del país, el expansionismo y la esclavitud, y la lucha resultaba superior a sus recursos, aunque no más potente que sus convicciones. Vencido, volvió Lincoln a la obscuridad política de que había salido; pero él, hombre del Sur, que se había hecho en el Oeste, al lado de los gigantes que daban un nuevo corazón social a los Estados Unidos, tuvo ocasión de conocer aquella otra región, el Norte reservado y tradicional y austero, al participar de la campaña política contra el candidato presidencial del partido demócrata, identificado con la esclavitud y con el expansionismo que él había combatido en la Cámara. Los biógrafos de Lincoln no han cuidado de observar la consecuencia del Emancipador con sus ideales, que es palpable en su campaña contra el candidato de los demócratas, que era el general Lewis Cass, y en la sátira formidable del discurso con que en la Cámara comentó los antecedentes de Cass en sus luchas contra los indios.

En la historia de los Estados Unidos había habido una brillante dinastía de Virginia con Washington, Jefferson, Madison y Monroe, y también había habido otra de la Nueva Inglaterra con John y John Quincy Adams, el padre y el hijo, hombres del Este como Harrison y Tyler, y del Sur, como Jackson y Polk, y de la plutocracia neoyorquina, como Van Buren; pero todos y cada uno de ellos habían tenido su nacionalismo condicionado por un principio regionalista del que resultaba imposible separarlos. Lincoln era el primero de los estadistas en que se manifestaba un sentimiento nacional que no estaba sujeto a limitaciones seccionales, como una visión de conjunto que podía considerar y en efecto consideraba todos los elementos que componían la vida del país.

Y el Lincoln que así había visto tronchada su carrera política, no renunció por un momento a sus convicciones liberales y nunca las restringió a su estado o a su patria, sino que las hizo aplicables a todos los pueblos. De ahí las famosas resoluciones de Springfield, de 1852, en defensa de los perseguidos políticos de Hungría, de Alemania, de Austria, de Italia, de Francia y de Irlanda, que acababan de ser derrotados por la reacción imperante en Europa. El absolutismo de la Santa Alianza, hoy redivivo en sus peores aspectos por los métodos destructores de Hitler y de sus secuaces, había estado sofocando desde el Congreso de Viena hasta 1848 las libertades populares y había sido intolerante, obscurantista e inhumano hasta provocar la revolución de 1848, que hizo caer a Metternich y llevó el terror al corazón de los déspotas europeos. Por espacio de tres años resistieron los liberales a las fuerzas de la reacción, y cuando cayeron vencidos los defensores de la libertad, entonces Kossuth, Mazzini, Garibaldi, Blanc, Marx, Orense y millares de europeos progresistas fueron a refugiarse en la Gran Bretaña o vinieron al Nuevo Mundo, mientras los furios de la tiranía encarcelaban, asesinaban, deportaban y destruían a todos los que se habían atrevido a pedir una nueva era de igualdad y de justicia. Por ellos fué que Lincoln redactó el manifiesto de Springfield, lleno de nobles y bellos conceptos sobre la libertad civil y religiosa y los derechos del pueblo, así como condenatorio de la cruzada reaccionaria triunfante en Europa. Un examen cuidadoso del documento, sin embargo, pone de relieve que allí hay más que el enjuiciamiento del conflicto que acababa de tener lugar en el Viejo Mundo, y que éste era el motivo para sentar eminentes principios de fraternidad internacional y de revolución de los pueblos sojuzgados.

En efecto, Lincoln proclamaba que todo pueblo tenía derecho a conquistar su independencia y organizarse en estado soberano según la voluntad de los ciudadanos, pedía que se proscribiese la intervención de una nación en los asuntos de otra y se pronunciaba en favor del establecimiento de gobiernos libres, en América y en todas partes, según los principios de la libertad civil y de la religiosa. ¡Oh! ¡Si en vez de Andrew Johnson, hubiese sido Lincoln el Presidente de los Estados Unidos al comenzar nuestra Guerra de los Diez Años, sin duda que el reconocimiento de nuestra independencia se habría logrado en aquellos primeros meses de la revolución, y Cuba y los Estados Unidos y España se habrían ahorrado mucha sangre y cuantiosos recursos que fueron consumidos en un tercio más de siglo!

Y el cruzado de las grandes causas continuó su obra en la vida privada y con sus palabras y su ejemplo se fué destacando nuevamente como un político de firmes convicciones, como aquél que tenía el valor y la abnegación necesarios para salvar a la Unión y extirpar la esclavitud. De 1854 en adelante Lincoln recorre el Medio-Oeste norteamericano y agita a la opinión con sus puntos de vista sobre el candente problema de la esclavitud. Su labor lo va destacando como estadista y como reformador, y conquista la confianza de los hombres de buena voluntad. En Peoría, Illinois, inició esa campaña con su famosa declaración de que ni Jefferson ni los otros fundadores de los Estados Unidos habían pensado que las libertades de la Constitución eran para convertir en esclavos a otros seres humanos. En 1856 su pensamiento político había llegado a la afirmación de que la organización federal no descansaba solamente en que todos los Estados eran iguales como Estados y todos los ciudadanos eran iguales como ciudadanos, sino también y muy principalmente, en la igualdad de todos los hombres como tales hombres. Después vinieron los memorables debates públicos sobre la esclavitud y los derechos federales y estatales, con el senador Stephen A. Douglas; y Lincoln, convertido en la primera figura nacional del momento, reverenciado por las gentes del pueblo, de las que había salido, como "*honest Abe*", el honrado Abraham, llegó a ser el décimosexto Presidente de los Estados Unidos en los momentos que los estados esclavistas se separaban uno tras otro de la Unión Federal y se convertían en una nación aparte, con el nombre de Estados Confederados de América.

Fracasadas todas las tentativas de avenencia, el bombardeo del fuerte Sumter determinó el comienzo de la lucha fratricida que iba a costar centenares de miles de vidas, la destrucción de la riqueza nacional y la transformación más completa de la vida nacional norteamericana. La Guerra de Secesión fué una revelación para los estadistas y los estrategas de todo el mundo. El general Prim, sin duda el primero de los soldados españoles de su tiempo, visitó los campos de batalla norteamericanos al separarse de la expedición tripartita a México, y escribió con verdad, en el periódico *El Siglo*, de La Habana, que aquella guerra civil revestía mayores proporciones que las napoleónicas o la de Crimea, que habían sido de carácter internacional. "¡Guay de quien se atreva a venir a atacar a los Estados Unidos", dijo entonces proféticamente el marqués de los Castillejos, sin que los voluntarios españoles de Cuba, que fundieron la bala que le mató por liberal, por reformador y por partidario de nuestra independencia, recordasen aquellas palabras formidables cuando

al cabo de los años provocaron la guerra entre España y los Estados Unidos. Cuatro millones de soldados movilizados, medio millón de muertos, el descubrimiento de los buques acorazados, el empleo de la artillería en una proporción que Bonaparte nunca soñó, la implantación de la moderna sanidad militar, el mantenimiento de la Unión, etc., hacen de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos la más importante de la historia del mundo hasta la Primera Guerra Mundial en 1914.

Cuba no permaneció ajena a la Guerra de Secesión, en la que se debatían cuestiones que directamente afectaban a nuestra vida política y social. El integrismo colonial de los tenedores de esclavos y la España oficial hicieron causa común con la esclavocracia sudista, y reconocieron la beligerancia de los confederados. Serrano y Dulce, los capitanes generales de la Isla, a pesar de su pretendido liberalismo, cumplieron fielmente los instrucciones recibidas de Madrid para que en secreto ayudasen a los rebeldes y obstaculizasen en todo lo posible las actividades de los federales. Cárdenas, Matanzas, La Habana, Mariel y Cabañas se convirtieron en los puertos de refugio para los corsarios y contrabandistas del Sur que así burlaban el bloqueo y movilizaban el comercio, los agentes, las armas y municiones y los capitales que los sudistas necesitaban para continuar la Guerra de Secesión; y ésta, en efecto, fué más cruenta, duró más y causó mayores pérdidas de vidas y haciendas, porque España y los españoles de Cuba ayudaron a los sudistas para que con su triunfo se rompiese definitivamente la Unión Federal. La reanexión de la República Dominicana y la intervención tripartita en México, de la que Prim, por su cuenta y en contra de las ambiciones del gobierno de Madrid, retiró a España, son dos ejemplos elocuentes de la política desleal y mezquina seguida por el gabinete de O'Dónnell con el doble fin de satisfacer su odio a los Estados Unidos y de propiciar esa reconquista del antiguo imperio español con que todavía sueñan los falangistas hasta estos mismos momentos en que hacen medrosas y mendaces profesiones de fe democrática y de simpatía con las repúblicas americanas, que son parte del papel que Hitler ha asignado a sus servidores del Viejo Mundo y del Nuevo Mundo.

En 1863, precisamente hace años en estos días, el gobierno de Madrid dictó órdenes secretas para que la escuadra española atacase por sorpresa a los federales, aliada a los confederados, como paso previo a que la Francia de Napoleón III colaborase en la destrucción de los Estados Unidos. El plan estaba cuidadosamente preparado, y con toda seguridad habría culminado en la victoria de los sudistas. Cuba iba a servir como base de operaciones contra el territorio norteamericano, como ya había sido contra la República Dominicana y México, y la guarnición regular de la Isla y los voluntarios españoles que aquí mantenían la esclavitud, iban a ayudar a su mantenimiento en los estados del Sur.

La pérfida trama fué denunciada en España al representante de los Estados Unidos por el infante D. Antonio de Orleans, cuñado de Isabel II, quien había podido descubrir la conjura urdida entre el marqués de Miraflores, jefe del gobierno español, el Ministro de la Guerra, que lo era el funesto general Concha, el Capitán General de Cuba y los traficantes de esclavos de Madrid y de La Habana, con conocimiento, por supuesto, de los agentes confederados en la Península, que antes habían vi-

sitado esta isla, agasajados por los jefes de los voluntarios y las autoridades coloniales y elogiados por la prensa integrista, encabezada por el *Diario de la Marina*.

La historia de América y la del mundo serían muy distintas de lo que son si en 1863 se hubiesen aliado los confederados y los españoles y franceses contra la república de Lincoln. Acababan de darse las batallas de Chickamauga y Gettysburg y la flota de los federales había sido rechazada en su ataque a Charleston. Lincoln había probado y fracasado, en sucesión, con sus mejores generales, y todavía Grant era una incógnita en el Oeste. La moral de guerra había disminuído notablemente entre los nordistas y Wáshington era una capital presa del derrotismo. En tan críticos momentos fué que Antonio de Orleans intrigó con la Reina y con el clero contra la camarilla de Miraflores, Concha y Serrano; y la orden de ataque, que fijaba la fecha del 9 de octubre de 1863 para el inicio de las hostilidades, fué rescindida con toda urgencia.

La diplomacia norteamericana nunca pudo explicarse satisfactoriamente por qué causa la Guerra de Secesión no se convirtió en guerra contra España y Francia, lo que habría sido una catástrofe irreparable para los Estados Unidos y para la América en general. Fueron muchas las causas, unas sórdidas y otras nobles, que colaboraron a ese resultado, en España, en los Estados Unidos y en Cuba; pero sin duda que la más poderosa fué la de la opinión pública cubana, favorable a los federales porque eran éstos los que defendían la emancipación de los esclavos y la salvación de la democracia norteamericana. No era solamente que Garesché, los hermanos Cavada (después muertos en defensa de nuestra independencia durante la Guerra de los Diez Años), Antonio Luaces, también héroe y mártir de la libertad de Cuba, los Guiteras y otros muchos compatriotas nuestros, habían sentado plaza en los ejércitos de la Unión para alzarse con su valor y su capacidad hasta una jefatura de estado mayor, un grado de coronel, etc., sino que el pueblo cubano era partidario de la causa de Lincoln y se habría precipitado a la revolución contra España en el momento mismo que hubiesen sido atacados los federales. Estas no son meras apreciaciones sino datos históricos indubitables recogidos por mí durante las investigaciones que hice en los archivos diplomáticos de Wáshington.

En efecto, ya en octubre de 1862, el cónsul Shufeldt, desde La Habana, reportaba al Departamento de Estado que las negradas de los ingenios le cantaban a Lincoln y seguían atentamente los incidentes de la lucha, y tenían vivas simpatías por aquel hombre de faz rugosa y triste que se confesaba naturalmente contrario a la esclavitud y que se proclamaba dispuesto a vivir para hacer que triunfase el principio de la igualdad humana, y dispuesto a morir por él si tal era voluntad de Dios. Según Shufeldt, por las noches se oía en los barracones alzarse un cántico solemne cuyo estribillo era el de los versos:

Avanza, Lincoln, avanza:

Que tú eres nuestra esperanza.

Y en septiembre y octubre de 1863, cuando los esclavistas y los reaccionarios habían dado la orden de atacar a los Estados Unidos, la in-

quietud social y política en la Isla alcanzó formidables proporciones. El "Avanza, Lincoln, avanza, que tú eres nuestra esperanza" hacía un año que se oía, grave y amenazador, cuando rompía el silencio de la noche tropical y las manos rudas golpeaban los parches de los tambores, como un toque de guerra de redención, en los ingenios de Hato Nuevo y de la vieja Bermeja, en los cafetales de Cienfuegos, Guantánamo y Santiago, en las vegas de Manicaragua, en las haciendas camagüeyanas y en los cortes de leña del valle del Cauto. El 3 de octubre, seis días antes de la fecha en que España se iba a lanzar contra los Estados Unidos, el cónsul Savage le escribía al secretario Seward un despacho confidencial en que le decía:

"... Se sospecha que de un momento a otro surgirán movimientos políticos de carácter revolucionario en la Isla... La población de color está ciertamente en estado de agitación y las palabras "Lincoln, avanza" se oyen con frecuencia en sus cantos y conversaciones. A menudo oímos las siguientes palabras de un canto:

Avanza, Lincoln, avanza
Que tú eres nuestra esperanza".

Y no se equivocaba Mr. Savage. Se conspiraba activamente, y pocos meses después se descubría en Santiago de Cuba una conspiración de blancos y negros para poner fin a la dominación española en Cuba y a la esclavitud. La tentativa revolucionaria fué ahogada por las violencias de la Comisión Militar Ejecutiva y Permanente, apoyada por refuerzos enviados a toda prisa desde La Habana.

Durante todo ese tiempo la causa de los Estados Unidos, como siempre ha sido en la historia de las relaciones cubano-norteamericanas, como lo es ahora mismo pese al trasnochado liberalismo de que ahora hacen gala los falangistas que ayer fueron voluntarios y guerrilleros, no tuvo defensores más leales, sinceros y desinteresados que los cubanos genuinamente demócratas. Los revolucionarios y los reformistas proclamaban su satisfacción por el triunfo de los principios de libertad e igualdad entre los norteamericanos. El gran diario *El Siglo*, órgano del pensamiento político cubano, destacaba las noticias de los triunfos del Norte y rebatía al *Diario de la Marina*, cuya campaña iba contra los federales y en favor de la esclavitud. Escrito con mesura, pero con civismo invencible, bajo la dirección capacitada del conde de Pozos Dulces, *El Siglo* se convirtió en el periódico favorito de los liberales y el *Diario de la Marina* comenzó a resentirse económicamente ante aquella competencia. Hubo polémicas enconadas en que el órgano de la reacción quedó muy mal parado y, por último, en julio de 1864, fué prohibida la publicación de *El Siglo*, según el cónsul Savage hubo de informar a su gobierno, porque era el periódico amigo de los Estados Unidos, por ser el mejor del país y porque perjudicaba al *Diario de la Marina*.

Finalmente, el gobierno de Wáshington llegó a comprobar que era entre los liberales de Cuba donde tenía a sus simpatizadores, y que el pueblo cubano era partidario de la reelección de Lincoln; y en septiembre

de 1864, de manera oficial, el Secretario de Estado Mr. Seward instruyó al cónsul Savage para que visitase al conde de Pozos Dulces y le expresase el reconocimiento de los Estados Unidos por aquella campaña generosa y estimulante en pro de los federales, que desafiaba las iras del gobierno colonial, mientras éste suprimía de *El Siglo*, por medio del censor, hasta los artículos dedicados a exaltar la fecha del 4 de julio.

Pocos meses después, la bala de un fanático asesino, disparada a traición cuando Lincoln comenzaba a implantar la paz justa que requería su patria, según la vida del Emancipador cuyo nombre pertenece a la inmortalidad. Dejaba resuelto el complejo de la casa dividida contra sí misma, porque ya todos los norteamericanos eran hombres libres e iguales. Dejaba el ejemplo del sacrificio de su vida para que la Unión sobreviviese. Dejaba vivo el recuerdo de sus principios y de su obra inmortal, no limitados a una región norteamericana, sino extendido a toda la nación, porque como dice Martí, pocos años después un sudista eminente, Henry Grady, al hablar en Nueva York, comenzaría diciendo: "Hombre del Norte: vuestro Lincoln fué tipo conmovedor de humanidad y timbre de honra de su especie". Dejaba esa misma gloria conocida en todo el mundo y más por los humildes y los oprimidos, como los que en Cuba en él habían puesto su esperanza y le habían cantado como a un semidiós redentor que escucharía sus plegarias y los libertaría. Dejaba a su pueblo la lección de una paciencia, una misericordia y una firmeza en el mantenimiento de las nobles convicciones, que casi parecen sobrehumanas... Y dejaba por último el salmo inmortal de la democracia en su profecía de que "...el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no perezca en esta tierra...", con que terminó el discurso célebre de Gettysburg, en 1863.

Es por todo eso que la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales lanzó la idea de levantar este monumento a la memoria de Abraham Lincoln. No puede, por supuesto, compararse en magnificencia ni en belleza con el que se levanta en el templo del *Lincoln Memorial*, a orillas del Potomac, y cuya silueta, con la del severo obelisco de Washington, casi parecen juntarse en las aguas cristalinas del "reflecting pool", como se juntan la gloria y el patriotismo de los dos grandes hombres en el curso de los años. Pero sí se iguala al más bello cenotafio en el hecho de que es el reconocimiento desinteresado y espontáneo de la obra y del ejemplo de un gran demócrata. En Lincoln los cubanos honramos, sin rubor y con genuina simpatía, a un gran americano y a un héroe civil del que la Humanidad entera puede sentirse orgullosa. Y si aquí no tenemos las lilas que Whitman, y con él, Martí, querían para recordar a Lincoln, si tenemos las flores tropicales y las palmas, altas y rectas como el espíritu y como la vida misma de quien siempre pudo responder como por su nombre, cuando le llamaban "honest Abe", el honrado Abraham...

DISCURSO

Por el Excmo. Sr. Spruille Braden,

Embajador de los Estados Unidos de América.

Como lo haría gustosamente todo verdadero americano, acepto con sumo placer esta oportunidad para dar fe de mi perdurable veneración por Abraham Lincoln. Mas que eso, estoy entusiasmado con el privilegio de estar presente en esta espléndida ocasión en que su busto queda oficialmente develado en esta bella capital de una noble y estimadísima república hermana y en presencia de los distinguidos delegados y huéspedes del Primer Congreso Nacional de Historia. De todo corazón doy gracias a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y a la Sociedad Colombista Panamericana por su invitación y por el honor que se ha hecho a mi país al dar, de este modo, reconocimiento a uno de sus héroes nacionales más queridos—a! “gran libertador”.

El significado de este acto amistoso queda aumentado con motivo de los tiempos en que estamos viviendo, en que casi toda la humanidad se ha dividido en dos contingentes antagónicos que se hallan enfrascados en la guerra más grande y más cruel de la historia. Lo mismo que Lincoln declaró que los Estados Unidos no podrían existir mitad esclavos y mitad libres, los líderes legítimos de nuestra generación han declarado que el mundo mismo no puede existir mitad esclavo y mitad libre. Igualmente y en todo sentido, las palabras pronunciadas por Lincoln en el campo de batalla de Gettysburg el día 19 de noviembre de 1863 viven aún hoy, llenas hasta el tope de toda la verdad vibrante que tuvieron al ser pronunciadas la primera vez. Las Naciones Unidas están consagradas al principio de que todos los hombres fueron creados iguales. “Estamos empeñados en una gran guerra, para probar si cualquier nación así concebida y así dedicada puede perdurar”. “Hombres valientes, vivos y muertos” ya han ofrendado o en este momento ofrendan sus vidas para que nuestras naciones puedan perdurar; esto lo hacen para que todas las naciones “bajo Dios, tengan un renacimiento de la libertad y que el gobierno del pueblo, por el pueblo, para el pueblo, no desaparezca del mundo”.

Se ha dicho muy bien que esta guerra, por parte de las Naciones Unidas, es la batalla del hombre común—del pueblo; ese pueblo del cual Lincoln, que siempre fué hombre de la tierra, surgió. Hijo pobre de pioneros empobrecidos y luchadores, obrero, educado por sí mismo, abogado rural, pero a más de esto inspirado por ese genio especial que es el resultado del sudor del trabajo agotador combinado con el firme sentido común. Un alma apacible, compasiva y justa, pero a pesar de ello, enérgica. Confundido con la tristeza que marcaba su cara, poseía ese bondadoso sentido del humor que caracteriza a todos los estadistas realmente grandes. Tan fuerte mental como físicamente, el atributo

más notable de Lincoln era su integridad inflexible. En pocas palabras, sus virtudes pueden describirse mejor con sólo una palabra: carácter.

Aristóteles, Plutarco y otros han mantenido que el carácter es el resultado de la conducta, que se produce como "un derivado de la gran manufactura del deber cotidiano". Ciertamente es que toda la vida de Lincoln, desde su nacimiento humilde hasta su muerte trágica a manos de un asesino, fué una senda larga y continuada que formó un carácter de pureza cristalina. De otro lado, el estudio de ese hombre lo convence a uno de que si su vida formó su carácter, al menos en medida igual su carácter, en su rectitud y fuerza, dió forma a sus acciones, y que por lo tanto influenció, no sólo el curso de su vida, sino el curso de la vida de los que lo rodeaban, y aun el de todos sus contemporáneos y los descendientes de éstos.

Lincoln fué el hombre valiente que siente el temor pero se domina en tal forma que da la cara inflexiblemente a peligros que su instinto lo llevaría a eludir. Modesto y sin estar impresionado nunca por sus propios triunfos, siempre era paciente y resuelto en los momentos de adversidad. Con sagacidad ejerció facultades casi dictatoriales, pero lo hizo para salvar la Constitución de la que era devoto y la que había jurado proteger. Al opositor pusilánime a la guerra de su día lo clasificó con el desertor de la línea de combate. Conocía el valor de la propaganda y la utilizaba como experto. De la misma manera utilizaba todo otro medio lícito que pudiera llevar a cabo los propósitos de su nación. Siendo estratega de bastante talento, delegó la autoridad completa y la responsabilidad que iba con ella, a sus generales. Sin embargo, en gran parte, fué su determinación lo que, a pesar de las derrotas repetidas al principio, llevó la guerra hasta el Sur, agotó a sus valientes enemigos, los confederados, y finalmente triunfó sobre los ejércitos de éstos, quienes fueron hábil y valientemente dirigidos, pero que política y socialmente tenían conceptos totalmente equivocados.

Durante su vida Lincoln fué atacado, aún por algunos de sus colegas, y, sin embargo, sus críticos más severos quedan impresionados con su personalidad, con su carácter. Como Sócrates, él sabía que la honradez vale más que la caridad. La voluntad que vencía todos los obstáculos para ganar la guerra era igualada sólo por su moderación, que le dictó una política de tolerancia que tanto hizo, aún después de su muerte trágica, para restañar las heridas del conflicto.

Al hablar del más envidiable de todos los títulos—el de ser hombre de integridad—, pecaría de negligente si no expresara en este día en que se cumplen 450 años del descubrimiento de América, mi admiración por otro hombre de integridad, Cristóbal Colón. Ese descubridor de esta isla de encanto, no fué como Lincoln, que expuso los sentimientos de la multitud, sino individualista, pero siempre hombre de Dios que nunca teme al bien o al mal. Orgulloso y sensible, tenía pensamientos elevados y una fe ciega en la sabiduría infinita de la Deidad. Era fe de hombre de carácter fué lo que le hizo posible vencer los innumerables obstáculos para luego descubrir el Nuevo Mundo, el mundo que es hoy la esperanza de la civilización cristiana. De manera que, como en el caso de Lincoln, vemos que cuando encomiamos a estos hombres por sus caracteres íntegros, reconocemos a la vez que sus grandes servicios a la humanidad fueron de la importancia práctica más grande, precisamen-

te porque todo lo que hicieron fué a base del honor. Nadie puede esperar pasar a la historia en luz favorable, si carece de integridad.

Para poder describir a este hombre y sus hazañas de un modo adecuado, se necesitarían ya sea tantos capítulos como palabras he empleado, o el talento que desplegó en su *Alocución de Gettysburg* para decir tanto con tanta brevedad. Por consiguiente, en el tiempo limitado de esta fausta ocasión, y en la época que estamos atravesando, he creído oportuno recalcar el carácter de Lincoln, tanto en humilde reconocimiento de las sobresalientes cualidades que lo hicieron grande, como porque estas mismas cualidades—la integridad, buen juicio, energía, concentración y perseverancia—, necesitan hoy como nunca se ha necesitado antes, y porque después de la derrota de las fuerzas del mal se necesitarán, si fuese posible, aún más que ahora. Se necesitan hoy para obtener el triunfo en la lucha titánica en que se hallan enfrascadas las Naciones Unidas contra un enemigo común. La inspiración obtenida del carácter de Lincoln es la inspiración de una humanidad libre. Es la inspiración del triunfo del derecho y de la paz justa y perdurable.

DISCURSO

Por José Agustín Martínez,

Ministro de Estado de la República

Cuando la Historia levanta sobre los pedestales inmarcesibles de la fama a un hombre, cuando los pueblos aclaman al elegido con aplauso unánime, cuando al pronunciarse su nombre en cualquier apartado rincón del mundo, las gentes se inclinan con respeto y desgranar en su honor las flores del recuerdo, y se venera su memoria en todas partes y se nombran ciudades y calles y se levantan estatuas en las plazas públicas, y todos, en noble emulación y porfía, quieren rivalizar en la honra que se le tributa es porque este Hombre es uno de los verdaderamente grandes en la historia de la humanidad!

He aquí a Lincoln. He aquí al humilde leñador de los tupidos bosques de Kentucky, he aquí al hombre modesto y sencillito que rehusaba contar cosa alguna de los primeros años de su vida porque consideraba, repitiendo las palabras de la *Elegía* de Gray, que había vivido en la obscuridad más absoluta, y que sus anales eran "the short and simple annals of the poor", es decir, la historia breve y sencilla de los pobres todos!

He aquí a Lincoln, el décimosexto Presidente de los Estados Unidos de América, el ciudadano íntegro que logró ser conocido por sus compatriotas con un sobrenombre, el más ilustre de todos los que pudieran ostentarse: "*Honest Abraham*", el honrado Abraham.

He aquí a Lincoln, bajo cuya dirección colocó la Divina Providencia los destinos de la gran democracia americana, en los momentos más difíciles y peligrosos, cuando los hombres del Norte peleaban como fieras con los hombres del Sur y la vida misma de la Unión estaba amenazada por una encarnizada guerra civil, la más sangrienta de todas las guerras civiles acaecidas en el Nuevo Mundo.

He aquí a Lincoln, el gran estadista, aquél que definió las democracias diciendo que eran el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo.

¿Qué hombre reunió jamás mayores títulos? ¿Quién fué más honrado, más demócrata, más sencillito, más valeroso o más útil?

Y sin embargo, señores, ninguno de estos títulos por sí solo, ni todos juntos tampoco, han llevado el nombre de Lincoln a todos los ámbitos del mundo para que dondequiera que se pronuncie, los hombres se descubran con respeto, con unánime veneración.

El título supremo de Lincoln a la gloria universal, aquel que lo coloca *primum inter pares*, es el de Emancipador.

Cuando Lincoln asume la presidencia turbulenta de la Unión, se debate allí el magno problema de la esclavitud.

A principios de 1862, poco más de un año después de su toma de posesión, el gobierno de los Estados Unidos concluye un tratado con la Gran Bretaña para una más efectiva represión del comercio indigno, y poco tiempo después de concluido el tratado, Lincoln, como para que no quedara duda alguna de su voluntad de ejecutarlo, hace ahorcar en New York, como pirata, a un armador blanco convicto de infringirlo.

Se dirige, acto después, a la legislatura de Delaware pidiéndole que adopte una ley decretando la libertad de los esclavos que residen en el territorio del Estado: pero el Senado local rechaza la medida propuesta.

Lincoln no desmaya, y en el mes de septiembre de 1862 dirige al Congreso de la Unión su famoso Mensaje en cuyo párrafo primero se declara:

“Que el día primero de enero de 1863, toda persona tenida como esclavo en cualquier Estado o territorio, cuya población se halle en rebeldía contra los Estados Unidos, será libre desde entonces y para siempre...” Y más adelante añade, “que cualquiera que se encuentre en esclavitud en los territorios conquistados por la Unión, será considerado como prisionero de guerra y puesto en libertad, inmediatamente, sin que nunca más pueda ser reducido a la condición de esclavo...”

Este mensaje había sido escrito por Lincoln desde el mes de marzo del mismo año; pero sus consejeros le habían disuadido de enviarlo para que se tomara como una maniobra política, tendiente a debilitar a los Estados esclavistas del Sur. Después de la victoria de Antietam, Lincoln aprovecha la primera oportunidad que se le presenta para enviarlo, diciendo a los que le rodean, al conocer la noticia de la victoriosa batalla: “¡Dios ha decidido la cuestión en favor de los esclavos...!”

“Conciudadanos, —decía en su Mensaje anual al Congreso en diciembre del mismo año— no nos es posible escapar al fallo de la Historia. Nosotros los miembros de este Congreso y de esta Administración, seremos recordados a despecho de nosotros mismos... Nosotros sabemos cómo salvar la Unión. El mundo sabe que nosotros sabemos cómo salvarla. Dando la libertad a los esclavos, aseguramos la libertad de los que somos libres. Nosotros podemos noblemente salvar, o cobardemente perder, la mejor esperanza de la Humanidad. Otros medios pueden tener éxito; éste que os propongo, no puede fallar... votad, señores, la libertad de los esclavos...”

No puede ser logrado el noble propósito del noble presidente en aquella ocasión. Pero no por ello cejó en su empeño de alcanzar la libertad de los negros. Reelecto para la presidencia de la República en noviembre de 1864, reanudó sus esfuerzos para lograr aquel propósito que parecía ser el objetivo final de su vida, logrando en enero del año siguiente que el Congreso aprobara la Enmienda Décima Tercera a la Constitución, por la cual quedó abolida la esclavitud en todo el territorio de los Estados Unidos, o en cualquier lugar sujeto a su jurisdicción soberana...

El cruel Destino no le permitió a Lincoln ver ratificada la Enmienda Constitucional por la que tanto había luchado. Esta ratificación no tuvo lugar sino hasta ocho meses después de la muerte trágica del gran Presidente.

¡Se había cumplido la voluntad de Dios!

He ahí, señores, por qué estamos aquí reunidos hoy juntos a este sencillo monumento que la inextinguible gratitud de un pueblo libre ha querido levantar al que supo ser el campeón más destacado de la libertad del hombre.

He aquí porqué desgranamos hoy frente a estas piedras y estos broncees, que simbolizan la eternidad de nuestro agradecimiento, las frescas flores de nuestra devoción.

He aquí por qué, con la cabeza descubierta, pasarán por delante de esta figura excelsa todos los hombres libres de Cuba, pidiendo a la sombra del Gran Ciudadano de la Humanidad que ilumine nuestros entendimientos e inflame nuestros corazones en esta hora de peligro, para que sepamos defender nuestra libertad y nuestras instituciones democráticas, frente a los ataques arteros de un enemigo irreconciliable, con la misma determinación y entereza con que supo él, en los oscuros días en que viviera, romper para siempre las cadenas de la esclavitud en nuestra libre América...

DEPARTMENT OF THE INTERIOR

BUREAU OF LAND MANAGEMENT

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

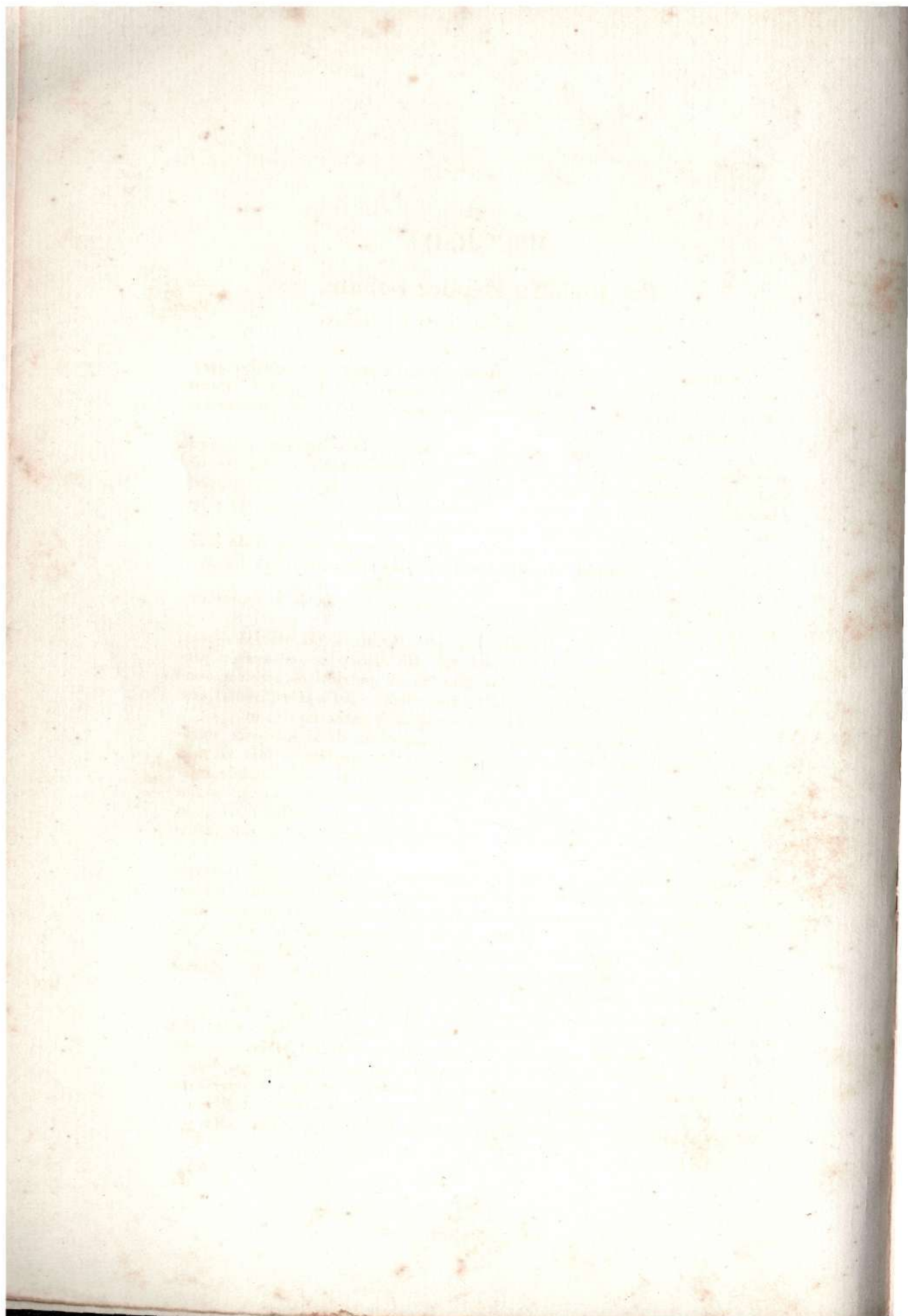
WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

WATER RESOURCES DIVISION

SESION DE CLAUSURA

**EFFECTUADA EN EL AULA MAGNA DE LA UNIVERSIDAD
DE LA HABANA, EL 12 DE OCTUBRE**



DISCURSO

Por Rodolfo Méndez Peñate,

Rector de la Universidad de La Habana

Constituye para nosotros un extraordinario honor, que mucho agradecemos, presidir esta solemne sesión de clausura del Primer Congreso Nacional de Historia, en nuestra condición de Rector de la Universidad de La Habana.

Con el saludo de grata acogida a los distinguidos intelectuales aquí reunidos, va también la congratulación de la Universidad por las importantes y trascendentales labores que este congreso ha realizado en pocos cenotabias en el hecho de que es el reconocimiento desinteresado y serdías, y a las que vais a poner fin en esta noche memorable.

Mucho le complace a esta gran casa de estudios que sea su Aula Magna el lugar por vosotros escogido como el más adecuado para llevar a término las nobles tareas a que estáis entregados.

Permitidme ahora que os diga, convencido, lo que es y representa nuestra Universidad Autónoma.

La Universidad de La Habana, con más de dos siglos de existencia, es, como realidad cubana y continental, un alto centro de cultura en plenitud para cumplir cabalmente los altos fines patrióticos, educacionales, de investigación científica, y de misión social e influjo espiritual que le están encomendados en los órdenes nacional e interamericano.

Segura la Universidad de su poder y orgullosa de su historia, cumple su vocación democrática volcándose por los medios y formas más seguros y convenientes a su propio ministerio cultural en la entraña misma del pueblo cubano; atrayéndolo a su seno con la amable consigna de que sienta a la Universidad como suya, como parte esencialísima de la existencia actual de la Nación y del destino histórico de la República Cubana.

Deberes y derechos patrióticos, culturales, sociales, en lazo fraterno de amorosa responsabilidad, es la meta que persigue el espíritu universitario, para que la Universidad sea del pueblo cubano, y el pueblo cubano ame a la Universidad, y en ella a los valores eternos del saber y la cultura. Así, la Universidad contribuye certeramente a integrar la Patria Grande que concibieron y por la cual lucharon los héroes y mártires que dieron la independencia a Cuba.

En lo continental, La Universidad de La Habana, que representa la espiritual interferencia de dos civilizaciones, quiere establecer cada día más firmes y fecundas relaciones de intercambio cultural y mutuo conocimiento de nuestros pueblos y sus grandes valores espirituales, morales y materiales, como la vía más segura para que la cultura americana realice la misión augusta de fundir de una vez y para siempre una comunidad de hombres que por su acción haga brillar lo que nos es propio

y posible realizar: el sol de una nueva civilización, la civilización americana, en esta hora trágica del mundo, en que parecen apagarse las luces de las viejas civilizaciones.

Civilización americana que proclame y conserve como fundamento inalterable y esencia del existir del hombre de todos los continentes, la democracia y la libertad.

Señores Congresistas: Bienvenidos a este centro los hombres estudiosos y responsables de la Historia, la ciencia que tiene como alma a la Verdad.



DISCURSO

Por José A. Encinas,

ex Rector de la Universidad de San Marcos, Lima, Perú.

Agradezco, muy de veras, al Comité Organizador de este Congreso, el haberme concedido un turno en esta importante ceremonia.

En estos tiempos en que las pasiones humanas se desbordan y adquieren un sentido trágico en la vida, ocuparse de asuntos históricos, volver hacia el pasado, y hacer un recuento sereno de los errores cometidos, no es asunto baladí, ni una ocupación improba; al contrario, constituye una obligación de quienes por una razón u otra tienen en sus manos la educación del pueblo.

Uno de los instrumentos, quizás el más difícil de manejar, para explicar lo presente y alumbrar lo porvenir es la Historia, el testamento de la humanidad, que contiene mandatos irrefutables cuya falta de cumplimiento ha provocado continuo divorcio y antagonismo entre los herederos de todos los tiempos.

Nunca hemos estado satisfechos con aquel legado; hemos olvidado la parte sustantiva, el principio moral de la razón de la heredad. En cambio hemos utilizado lo adjetivo y fugaz, lo que nos ha brindado comodidades de todo orden. En este campo nuestro ascenso ha sido vertiginoso. Buen número de las fuerzas de la naturaleza han sido descubiertas y puestas a nuestro servicio, muchas veces con grave daño para nuestra convivencia. Así, desde la chispa eléctrica hasta la fuerza expansiva de los gases; desde las ondas de toda especie que cruzan el espacio, hasta el dominio de las leyes de la gravedad, todo ha sido transformado y mejorado para destruir lo que la naturaleza nos ayudó a crear. Con la dinamita podemos abrir túneles para comunicarnos con mayor rapidez, o perforar las montañas para encontrar sus tesoros. El mismo explosivo, en breves segundos, convierte en polvo lo que costó años de esfuerzo. No estuvimos contentos con nuestros barcos de vela para llevar a lejanos países lo que nos ofrecía la tierra: deseábamos mayor velocidad, y entonces utilizamos el vapor de agua. Ya podíamos cruzar el Atlántico en cinco días, en los puntos extremos de los continentes de Europa y América. Eso no era suficiente: quisimos mayor velocidad y logramos dominar el aire mediante el aeroplano. Ahora aquel viaje es asunto de algunas horas. He ahí lo material de nuestra existencia, traducida en las máximas comodidades.

Podíamos haber continuado así; pero en la vida interior nuestra hay profundas grietas, muchas de ellas insondables, y, por eso, difíciles de llenar. Hay un deseo insatisfecho de dominar, de acaparar, de ser los únicos usufructuarios de la heredad. Esa maligna inclinación perturba nuestra serenidad, y nos lleva, sin freno alguno, hacia la intolerancia, la ambición y la pugnacidad. Eso ocurre tanto en lo individual como en

lo colectivo. Tal conducta requiere el respaldo de la fuerza, y entonces lo que inventamos para nuestra felicidad lo convertimos en instrumentos de nuestra desgracia.

¡Qué raros seres somos: siempre en deuda con nosotros mismos y con los demás! Juguetes de nuestras pasiones, hemos caminado de tumbo en tumbo. A veces nos hemos detenido a pensar sobre nuestras imperfecciones filosofando extensamente sobre el bien y el mal. El desconuelo de ser dominados por el mal ha sido cada vez mayor. Era necesario buscar un atajo, varios atajos. No obstante aquella soberbia y aquel engreimiento, hay en nosotros manifiesta cobardía. Tememos a la vejez y la muerte; no estamos seguros del más allá. Deseamos que las calamidades sufridas tengan una recompensa—hasta en eso somos egoístas—y, entonces, nos acogemos a la Divinidad nacida del tumulto de nuestras pasiones. Aún así no estamos seguros; desconfiamos de nuestra sinceridad y devoción para aquel que rige el Universo. Necesitamos de un intermediario que rece y ore por nosotros. Hay gentes que se prestan a ese servicio; se preparan y adoctrinan. A poco resultan un ejército en guarda de nuestra heredad espiritual. Un largo trecho de nuestra existencia caminamos custodiados por esos soldados de Dios. Pero la ruta continúa tortuosa; nos desviamos a menudo, tanto ellos como nosotros; y, a diario, cada vez a mayor distancia, nos apartamos del Bien. Y, así, dejamos que nuestra vida espiritual siga barranca abajo, sin más consuelo que un arrepentimiento a la hora de la muerte, si ello es posible.

Si esta parte de nuestra existencia la dejamos al azar, no ocurre lo mismo con lo material. La naturaleza prodigó a los hombres los bienes necesarios para su subsistencia, hizo un reparto equitativo para que todos usufructuaran, pero el hombre determinó otra cosa. De la propiedad común fué a la privada. Acumuló esta última y la explotó. Para asegurar lo suyo, forjó la ley que después una dolorosa gestación llegó a la propiedad quiritaria, fuente de reyertas sin cuento, y causa de grandes malestares para la humanidad. Tampoco el hombre estaba seguro de esa ley; era posible burlarla o violarla, y entonces apeló a la fuerza, y el egoísmo humano resultó protegido por una organización a la que denominamos Estado.

De esta suerte la historia del hombre aparece dirigida, por dos elementos: el Estado y la Iglesia; mejor dicho, por el régimen político y el régimen sacerdotal. Ambos, al parecer, siguen trayectorias distintas, pero de hecho concurren a una misma finalidad. El estatuto de la propiedad colectiva en los pueblos primitivos tiene un sentido ético y por tanto justo. Las gentes allí asociadas resultan solidarias mediante una aspiración y beneficio comunes: este es el principio económico. Mas los que dirigen el grupo lo hostigan y maltratan en provecho de una clase. Gobernar ya no es dirigir, sino explotar; eso es lo político, o sea el dominio por medio de la fuerza. Así la propiedad va de lo colectivo a lo individual, y este hecho tiene como explicación la prosperidad fundamentada en la ambición. Se dice: no hay riqueza pública ni privada si no se le da al hombre, como individuo, la oportunidad de crearla, no importa a qué precio. Esto significa lo injusto, porque en ese concepto está imbíbido un acto inmortal: lograr la riqueza de una minoría a cambio del dolor de las grandes masas. Esa riqueza así acumulada, se necesita defenderla en primer término, y luego acrecentarla. Para ambos

propósitos no hay otro medio que la guerra y la consecuente expansión territorial.

No es necesario comulgar en el altar del materialismo histórico para respaldar lo que se acaba de exponer; mucho más si se tiene en cuenta que la interpretación materialista de la historia no es un concepto unilateral y dogmático del asunto. Ni Engels ni Marx han afirmado que el elemento económico es el único determinante de un proceso histórico. Engels dice: "que la situación económica es la base, pero los diversos elementos de la superestructura ejercen también su influencia en el caso de las luchas históricas, y en muchos casos preponderan determinando su forma. Como elementos de superestructura tenemos las formas políticas de la lucha y sus consecuencias, las Constituciones expedidas por la clase victoriosa después de ganar una lucha. Tenemos, también el reflejo de esas luchas en los cerebros de los combatientes, o sea en las teorías legales, políticas, filosóficas y religiosas con su ulterior desarrollo dogmático. De otra manera, la aplicación de esta teoría a cualquier período histórico que se escogiera, sería más sencilla que la resolución de una simple ecuación de primer grado."

Esta ambición del hombre pretendió ser frenada por postulados filosóficos, muchos de ellos impregnados de un profundo sentimiento religioso, traducido en su mínima aspiración a una mayor tolerancia en la batalla de nuestros deseos, y a una mayor equidad en la distribución de los bienes. Hace siglos de siglos que estamos empeñados en este afán, y poco o nada, quizás nada, hemos podido conseguir. La doctrina religiosa mazdeísta, que colinda con la cristiana, no pudo pulir el alma de los persas; ni la cristiana pudo, ni puede, con la rudeza de los europeos. Los anhelos de perfección de la primera quedaron disueltos en un innecesario formulismo y en una exégesis forzada de la naturaleza humana. La segunda, la cristiana, apenas dos siglos mantuvo la pureza de sus propósitos. Constantino le hizo el mayor daño, incorporándola a la vida política y enseñándole el camino hacia el poder.

No hay un solo pueblo que hubiera morigerado sus costumbres, contenido sus apetitos, limitado sus ambiciones por la influencia de un credo religioso o de una doctrina filosófica cualquiera que sea. La visión del mundo externo ha opacado, quizás apagado, la luz interior de nuestra conciencia. Y así caminamos al acaso, consolándonos, a veces, con la creencia—en estos tiempos—de que defendemos una civilización: para nosotros, la cristiana; para otros la sintoísta, la mahometana, o la de Wotan. El hecho es que estamos muy lejos de poder llamarnos civilizados, porque eso supone una disciplina interior en donde hubiera sucumbido el egoísmo, y en su lugar hubiera cobrado preponderancia el sentimiento noble y generoso de la fraternidad humana.

Pues bien, tan apegados hemos estado al lado exterior y superficial de nuestra existencia, que hemos dejado en segundo plano u olvidado, en nuestro aprendizaje de la Historia, los elementos morales que la integran. La Historia enseñada y aprendida por nosotros en la Escuela es la historia política, la "narración ordenada" de hechos ejecutados por los gobernantes, o de lo ocurrido en el período de su mandato. Esos hechos, no siempre ordenados, expuestos lacónicamente, a veces en un par de renglones, llegan a la conciencia como un eco lejano sin que la perturbe ni la modifique. Algún Virrey se distingue por haber inaugurado

una plaza de toros; algún Gobernador, por continuar las obras de una fortaleza; algún Presidente, porque ordenó el censo de la población; pero nada hay sobre las condiciones morales, sociales, económicas y religiosas que agitaron o modificaron el espíritu del pueblo.

En Historia, la narración no puede ser trasunto escueto de lo ocurrido, porque el hecho histórico no se produce *ex-nihilo*; tiene causas mediatas o inmediatas, las cuales urge analizar y enjuiciar. Así, para la mayoría de las gentes egresadas de institutos y aun de universidades, la Reforma fué una lucha de carácter religioso y nada más. Sin embargo, sabemos que Lutero, y los que los siguieron, no negaron, ni impugnaron el sentimiento religioso, como fuerza moral al servicio del hombre. Al contrario le dieron mayor vigor y disciplina, hasta la exageración y la crueldad. Calvino fué un dictador, para mí odioso, porque para él, el pecado original significa "la depravación y corrupción de nuestra naturaleza, la cual en primer término nos hace reos de la ira de Dios; en segundo lugar produce las obras de la carne. . . Y así también los mismos niños traen consigo desde el vientre de la madre su condenación; los cuales, si bien no han producido fruto de su propia iniquidad, llevan sin embargo en sí mismos la semilla de esa iniquidad, y aún más tarde su naturaleza es una especie de semilla de pecado, y por tanto no puede dejar de ser odiosa y abominable a Dios." (*Institución de la Religión Cristiana*)

La Reforma fué, pues, en la superficie, una discusión teológica, una rebeldía a la autoridad del Papado; en lo profundo, un acto político respaldado por los príncipes alemanes, interesados en mejorar sus condiciones económicas a costa de los bienes de la Iglesia, entonces ya rica y poderosa. El aprendizaje de este asunto se detiene en el cisma de la Iglesia Católica, provocado por Lutero. Ese hecho se interpreta favorablemente según las ideas religiosas que profese el autor o el profesor. En cambio, las consecuencias morales y económicas de aquel hecho quedan olvidadas. Estas tienen mayor importancia que la simple rebeldía de Lutero, porque aún vivimos del legado que nos dejó tan célebre contienda.

Podríamos multiplicar ejemplos para convenir que en todo hecho histórico, en todo proceso de esta naturaleza, los valores morales están implícitos o explícitos, y por tanto la enseñanza de esta rama del saber humano no es simple recuento de lo ocurrido, sino interpretación de los hechos con sus consecuencias propicias o adversas para lo porvenir de la humanidad.

Tan en falla quedamos en nuestros conocimientos de Historia, que en un esfuerzo para recordar lo aprendido, sólo llegan a nuestra conciencia una serie de nombres de personajes, algunos hechos traídos a cuento por recordar frases altisonantes, algunos episodios de batallas; todo eso inconexo, sin ninguna consistencia, ni seguridad, y por supuesto, sin ninguna interpretación y juicio personales.

En una ligera investigación que hice en mi país sobre la cantidad y calidad de conocimientos adquiridos en Historia, con alumnos que habían concluido enseñanza secundaria, la anterior apreciación quedó confirmada. Se enseñaban, entonces, cinco años de Historia; en el primero, Historia de Oriente; en el segundo Grecia y Roma, y en los sucesivos hasta el quinto, Historia Media, Moderna y Contemporánea, respectivamente. La exploración consistía en que los alumnos escribieran en tres

carillas de papel lo que mejor recordaran de cada uno de los períodos de la Historia. Quedaba entendido que al recordar debían decir, en breves frases, por qué ese hecho había dejado huella tan marcada en su memoria. El tiempo dado a la prueba fué ilimitado.

Lamento no tener a la mano la tabulación del resultado; ello no obsta para referirme a éste en términos generales.

La mente del alumno estaba dominada por el recuerdo de nombres de conquistadores y guerreros. Había poca o ninguna referencia a los grandes reformadores en el orden político, religioso o económico. Muy poca todavía a los filósofos, literatos, pintores, escultores, etc. Los nombres de Jerjes, Leónidas, Alejandro, César, Aníbal, Napoleón, opacaban a los de Jesús, Buda, Mahoma o Lutero; o a los de Platón, Aristóteles, Rafael o Murillo.

El recuerdo de esos personajes no obedecía a ninguna causalidad ordenada, ni merecía ninguna interpretación. Así Napoleón era recordado por su arenga frente a las Pirámides, y Leónidas por la defensa del paso de las Termópilas.

Había grandes lagunas en el recuerdo histórico. Del Oriente sólo Pensia, a propósito de las guerras con los griegos. China, la India y el Japón quedaron olvidados. No había relación entre la civilización del Egipto, la de Grecia y la de Roma. Me daba la impresión de que andaban huérfanos de lo más elemental de la cronología. La Edad Media resultó eliminada, para alcanzar de golpe algunas incidencias del Renacimiento. La Revolución Francesa tenía muchos partidarios, pero en los hechos efímeros: algunas palabras de Danton o Mirabeau; algunos pasajes de la toma de la Bastilla.

En los procesos históricos, el de las conquistas mereció mayor atención. En segundo lugar, la evolución política; la caída del Imperio Romano, el paso del Feudalismo a la Monarquía y el advenimiento de la República. Nada sobre problemas religiosos, no obstante lo obligatorio de la enseñanza de la Religión en las escuelas primarias y secundarias.

Me atrevo a creer que en semejante estado se encuentra la mayoría de quienes han concluido su segunda enseñanza. Ello se debe en primer término a la dirección política que le hemos dado a la Historia, y en segundo lugar a la falta de secuela entre un hecho y otro de la misma naturaleza.

En un ensayo posterior, en el Colegio Dalton de Lima, sin alterar el régimen del Curso de Estudios, dividí su contenido en procesos históricos; el social, el político, el religioso, el económico, el artístico y el filosófico. En esta forma, en el primer año, por ejemplo, se estudiaba la evolución religiosa desde las leyendas cosmogónicas y teogónicas peculiares a cada uno de los países de Oriente hasta los fundamentos morales del concepto religioso. Este procedimiento tuvo mejores resultados que el tradicional de enseñar el contenido total de la historia de un país. El alumno se daba cuenta, entonces, de que la actitud mental del hombre frente a lo desconocido, y sus relaciones con la divinidad forjada sufrían un proceso cuyos resultados encadenaban unos pueblos a otros. Vieron que la mitología griega tenía sus antecedentes en el Egipto, en la Caldea o en la Asiria; que la religión judía precedía a

la cristiana, cosa no muy clara para muchos estudiantes del primer año; y que cada una de las manifestaciones del sentimiento religioso se expresaba más o menos con las mismas fórmulas rituales, que las otras y obedecía a idénticas necesidades del espíritu.

Esta visión total del problema no es posible cuando seguimos la división arbitraria que hemos hecho de la Historia. Además, aquel procedimiento, en mi opinión, es el que provoca mayor interés por la Historia, disciplina mejor la mente para llegar al juicio, y predispone el espíritu a recibir con más provecho la enseñanza moral que se deduce de la Historia.

La Historia que aprendemos en la primera y segunda enseñanza no tiene la debida consistencia para recordarla, porque los hechos narrados no proveen en nuestro espíritu emoción alguna. No nos compenetrarnos con el personaje, ni nos sentimos coparticipes de la escena como ocurre en el caso de leer una novela, una biografía, o eso que ha venido a llamarse novela histórica. Rarísimos son los textos de historia que, con respeto a la verdad narrada, se elevan a un plano superior literario y despierten en el estudiante la necesaria emoción.

En el anterior curso escolar, en la Escuela Aguayo, en donde vuestra gentileza me ha cobijado, exploré la emoción histórica de las alumnas de grado superior. Aproveché del aniversario del natalicio de nuestro Apóstol Martí. Las profesoras habían elaborado importantes planes de unidades de trabajo. Las muchachas al final de la tarea lograron presentar cuadernos primorosamente dibujados cuya explicación tenía un valioso contenido. De esta suerte no había duda de que las alumnas estaban suficientemente informadas sobre la vida de Martí. En estas circunstancias, propuse la redacción libre de un tema, sugiriéndoles tópicos que podían o no seguir.

El tema central fué presentado simplemente con la palabra *Martí*. Los elementos emotivos sugeridos fueron los siguientes: *¡Nace un niño!* *¡El Rincón de Paula!* *... ¡Aquella tarde!* *¡28 de Enero!* La mayoría escogió el tema *¡28 de Enero!*

En todas esas composiciones, las alumnas se refirieron a Martí en *términos escolares*, o sea como un "insigne patriota", "luchador por la libertad," "orador," "maestro," "gran cubano," etc. etc. Les fué difícil sacudirse del texto escolar para ver la figura de Martí en toda su grandeza. Algunas escaparon por breves momentos a la tiranía de la memoria, y lograron expresarse con libertad.

He aquí párrafos de algunas composiciones:

"... él que amó a la patria, él que amó a las niñas, él que quiso a la mujer en todas sus formas, desde su madre, su hermana, su amante hasta sus alumnas".

"... También tuvo amores... hirió el corazón de una niña con la sensible flecha del amor.

"... aquel rinconcito humilde y alegre que muchas personas no saben lo que vale ni lo que encierra... en aquel nido de amor tan pequeño y pintoresco, allí nació nuestro Martí.

"... hay en la Habana vieja un rinconcito histórico para todos los cubanos, en la calle de Paula... En esa fecha recibió Cuba su mayor tesoro, José Martí.

... casa pobre, padres humildes son testigos de un nacimiento. Nadie adivina, en aquel pequeño ser, un hombre que librará a su patria de las cadenas que como los tentáculos de un pulpo la aprisionan hasta acabar con ella".

El resultado de esta experiencia preliminar, pues ella ha de continuar en el presente curso, plantea, desde ahora, las siguientes cuestiones:

¿El hecho histórico vive en la mente de los niños con el ropaje que le da el adulto?

¿Hay o no emoción en el niño cuando evoca un hecho histórico?

¿Es posible liberar al niño del aprendizaje rutinario de la Historia?

Aunque no podemos, de momento, dar respuesta definitiva a las preguntas anteriores, es posible inferir de las composiciones escritas la disposición del niño a dar belleza a un hecho histórico, a sentir emociones variadas, y a desprenderse de la tutela del texto.

Eso demuestra que es posible despertar en el niño la emoción histórica, y utilizarla como un auxiliar del aprendizaje. Además este ejercicio aproxima la mente con mayor provecho al contenido moral histórico.

Sería difícil que un autor de un texto de Historia diera al nacimiento de Martí tanta emoción y tanto valor moral como el ofrecido por las muchachas de la Escuela Aguayo, cuya corta edad, y elemental cultura respaldan nuestra tesis.

Es propósito nuestro, en dicha escuela, conseguir en el presente curso que las alumnas redacten su propio texto de Historia Nacional. Habrá oportunidad de daros cuenta del resultado obtenido.

Mientras tanto, no es erróneo dirigir la enseñanza de la Historia, en la Escuela Primaria, por la vía emotiva; a la emoción provocada al contacto de un hecho histórico debidamente seleccionado. Otro procedimiento, como la repetición más o menos perfecta de lo estudiado en el texto, o de lo explicado por el profesor, es, a mi juicio, tarea inútil, ineficaz para la elevada misión que la Historia tiene como disciplina moral.

Es cuestión conocida en didáctica que todo aprendizaje es paralelo a la simpatía; cuando ella no existe, hay manifiesta repulsión y rebeldía mental. El contenido de la Historia es vastísimo, abarca una variedad de asuntos en donde nuestra simpatía tiene campo amplísimo para entrar en juego. Esa simpatía, traducida en interés, sigue rutas diferentes, según la edad y las circunstancias que rodean al educando.

En otra investigación sobre el interés del niño en asuntos históricos, pude observar que en la escuela primaria se inclinaban hacia los hechos de orden social especialmente los relacionados con la vida del niño en otros países y en otras épocas; les fascinaba la manera de vivir de los niños indígenas del Perú, y lo que con ellos ocurría en los tiempos de los Incas. Fué difícil que recordaran hechos aislados de personajes, o que se ocuparan de describir la expansión territorial de la tribu de los quechuas. Los muchachos pedían que les hablara de los vestidos que usaban los antiguos peruanos, de las danzas que bailaban, de los juegos que tenían, de las casas en donde vivían, los alimentos que tomaban. Este hecho era constante, aun en el caso de haberles explicado ligeramen-

te la historia política, religiosa y económica de los incas. Todo esto ocurrió en Panamá en la Escuela de Verano de 1936 y de 1937, a la cual fui invitado.

La experiencia mas valiosa sobre esta materia fué hecha en el Colegio Dalton de Lima, con alumnos del tercero, cuarto y quinto grados. Deseábamos buscar el interés histórico a través de las numerosas leyendas legadas por los indios. Cada leyenda, como se sabe, no sólo interpreta simbólicamente el origen de la tierra, o el de algún héroe, sino que, alrededor del asunto, describe el medio social y económico en el cual se realiza el hecho. La leyenda fué narrada en sus puntos esenciales, sin entrar en detalles. En seguida de la narración, el niño debía expresar mediante dibujos el contenido de la leyenda, y luego redactar una composición sobre la materia. Pues bien, la casi totalidad de los dibujos y de las composiciones, mostraban interés social. Esta experiencia nos dió la medida para saber que en la escuela primaria el proceso político y económico de la Historia no estaba al alcance de los niños incorporados en este ciclo de enseñanza.

Las experiencias en segunda enseñanza corroboraron la anterior en los alumnos de los dos primeros años. En los tres restantes, el elemento político y el económico eran los dominantes; el religioso, permaneció casi olvidado.

Todo esto que tiene, naturalmente, un valor relativo, por el reducido número de alumnos con quienes se experimentó, nos pone sobre aviso de lo ineficaz que resulta, en la escuela primaria, ofrecer a los niños la integridad de la Historia, máxime cuando ésta se reduce a la repetición inconsistente de nombres, fechas y hechos de poca o ninguna importancia e interés para los niños.

Las observaciones sobre este asunto en la Escuela Aguayo comprueban el interés que tienen por lo social. En una unidad de trabajo sobre el Egipto, las alumnas se esmeraron en la arquitectura y escultura egipcias, y mostraron gran deseo de conocer lo que los egipcios habían hecho en Astronomía y Matemáticas. No dejó mucha huella la división política de ese país, ni las noticias sobre asuntos religiosos.

Desgraciadamente, nuestros textos de Historia son parcos en asuntos sociales. Basta saber, por ejemplo, que los grandes historiadores, sociólogos, etnógrafos, olvidan al niño. No conozco sobre este asunto más libro que el de G. H. Payne, *The Child in Human Progress*, publicado en 1916, en donde, por fin, el niño aparece como sujeto copartícipe en la vida social. En crónicas aisladas y esparcidas, denominadas *Antigüedades*, es posible encontrar algo de material para satisfacer la incesante curiosidad de nuestros pequeños.

En un orden más elevado, tampoco los textos de Historia ofrecen material apropiado para que el alumno se connaturalice con los personajes de mayor relieve de un país. La curiosidad e interés del estudiante de segunda enseñanza van más allá de los datos ofrecidos en una escueta biografía, muchas veces en una simple referencia, y no pocas en una relación de nombres, y nada más. En cada país hay hombres representativos, que abarcan una época, juzgados no sólo por su ingerencia en la política, sino por su estructura moral. Muchos no han sido políticos, y sin embargo han dirigido la conciencia del pueblo. Esta

clase de personajes no aparecen en la Historia, o si lo están, pasan desapercibidos, comprendidos en el epígrafe de literatos, filósofos o artistas, cuando precisamente en la vida de estos hombres, el niño de escuela primaria llega a la emoción y el muchacho de Instituto es capaz de aprender una lección de moral.

Lo expuesto hasta aquí nos hace ver la necesidad urgente de renovar nuestros sistemas y procedimientos de enseñanza de la Historia, dándole a esta materia la importancia que ella merece como valioso testimonio que comprueba, aclara y explica lo que hoy ocurre. Sin ella, sin la Historia, viviríamos en plena oscuridad y en dolorosa orfandad.

Por eso no es propio asignar al aprendizaje de la Historia, en los cursos de estudio, un tiempo estrecho en el cual se obligue a conocer su extenso contenido. Hay países en donde se ha cometido el error grave de asignar a la Historia, en segunda enseñanza, uno o dos años de estudios, tiempo en el cual apenas sería posible vérselas con los prolegómenos. En otros se ha asignado, a cada año, una de las épocas de la Historia, y así, por lo menos, se ha necesitado cuatro años de estudios. No obstante eso, como hemos visto, el aprendizaje resulta deficiente en lo cuantitativo, y nulo en lo cualitativo.

Si en la enseñanza secundaria hay propósito de señalar a la Historia un valor moral, en la Universidad adquiere su verdadera supremacía con la interpretación y enjuiciamiento del hecho histórico. Muchas universidades, sin embargo, no se han desprendido de la enseñanza tradicional de la Historia. Continúan con la narración en una forma más amplia, denominándola *Historia de la Civilización*, y en el mejor de los casos *Historia Crítica*. La enseñanza se ofrece, a veces, en una sola cátedra y en un sólo año, lo cual es el error más grave que puede cometerse en el claustro universitario. Cuando la Universidad está regida académicamente por el viejo sistema de las Facultades, cada materia de enseñanza universitaria agoniza y muere dentro de los muros de su aula. En ese sistema, el profesor es un sujeto aislado, celoso, egoísta y soberbio: actúa por sí y para sí. Cree que la materia que enseña es la más importante de la Universidad, y supone que sus enseñanzas no tienen paralelo. Eso ocurría, por ejemplo, en la Universidad de San Marcos de Lima. La Reforma de 1931, que tuve a honra presidir, modificó sustancialmente tal situación. En asuntos de Historia Universal, había tres cátedras, y para la Historia del Perú, otras tres, sin contar las de Arqueología, Antropología, Sociología General y Peruana, materias concomitantes con el aprendizaje de la Historia. Cada profesor enseñaba lo que quería, y en muchos casos lo enseñado en Historia no armonizaba lo no encontraba explicación en los datos ofrecidos por la Arqueología o la Sociología Peruanas. El remedio consistió en dejar a la Facultad como instrumento administrativo, y crear los Institutos como centros de acción académica. Así se constituyó el Instituto de Historia Universal, y el de Perú. El último debía establecer correspondencia con el Instituto Nacional de Antropología.

El Instituto estaba integrado por todos los profesores que dictaban cursos similares o afines, es decir, en cada caso, por todos los profesores

de Historia Universal y del Perú. El Instituto debía trazar el plan de aprendizaje, que consistía en señalar de antemano las cuestiones que merecían enseñanza especial y las otras de carácter general. Para las primeras, el Instituto debía organizar los correspondientes seminarios. El aprendizaje debía de mostrarse por un cierto número de monografías previamente graduadas y elaboradas bajo el sistema tutorial. De esta suerte los profesores actuaban en común, sin egoísmos ni pretensiones absurdas. La tradicional enseñanza oral se transformó en una permanente investigación, y así el aprendizaje de la Historia logró la mayor eficacia.

La experiencia no llegó a su término por razones inútiles de señalar, pero es evidente que la Universidad no puede continuar en asuntos de enseñanza como un apéndice de la instrucción media. La Universidad que no investiga se convierte en una escuela profesional. La Universidad que no da al país la dirección moral, y gran parte de esta dirección está en la Historia, sobre todo en la nacional, es un organismo anémico, incapaz de nutrir a una nación.

Ahora veamos lo que ocurre con nuestra Historia, con la de este continente. Podía ser perdonable el olvido o la confusión de la Historia, europea o asiática, pero no la de América. A nosotros nos ignoran los europeos, y lo que es peor, nos ignoramos mutuamente. La gran masa, el *grosso popolo*, en donde podemos incluir muchos que han pasado por los claustros universitarios, ignoran, o no tienen una idea clara de lo que aquí o allá ha ocurrido y ocurre. No es raro observar gentes presumidas de cultura, capaces de entretenernos con interesantes conversaciones, dar de tropiezos al referirse a hechos históricos de América.

Este pecado resulta grave, y de gravedad mortal con los que viven al norte del Río Grande. No saben cómo llamarnos. Nosotros mismos andamos confundidos en eso de tener un nombre propio. Nos denominan, y lo aceptamos de buen grado, "latinoamericanos", y sabemos que hace dos mil años, según Catón, apenas quedaban latinos en Europa. Los mismos italianos no pueden envanecerse de su latinidad, después de lo que dijo Escipión el Africano al pueblo de Roma en una elección que le fué hostil: "Sabéis lo que sois vosotros? Pues vosotros sois los hijos de los esclavos que he traído de todas partes del mundo a Italia, cargados de cadenas".

También nos dicen "hispanoamericanos", lo cual tampoco es legítimo, porque a estar con la opinión de historiadores eruditos en filología, la denominación que corresponde a lo que llamamos España, es "Iberia". "Los iberos, según Tácito, eran gente de encrespado cabello y tez morena. Ibero es, en cinco letras, el resumen de la descripción de Tácito. Ber, es la radical del verbo calificativo *ber-rik*. "soy moreno". El prefijo *I* es un pronombre personal que se emplea como complemento directo de un verbo en casi todos los dialectos berberes". Así dice y explica Gonzalo de Reparaz en su importante libro: *La Tragedia Ibérica*.

Finalmente, en estos últimos tiempos nos hemos bautizado como "indoamericanos". Si lo de "indio" proviene de indígena, o sea "autéctono", tan indoamericanos somos nosotros, los de habla castellana, co-

mo los de habla inglesa o francesa nacidos en este continente. Tampoco los llamados americanos, o sea los anglosajones, saben a qué atenerse en cuanto a su nombre. Si adoptan, como lo han hecho, el vocablo "americano" para distinguirse de las demás naciones, hay en ello evidente confusión, porque tan americanos son ellos como nosotros.

Antes estas dudas, convendría ponernos de acuerdo para saber en definitiva qué nombre y apellido tenemos.

Y siguen estos traspiés históricos. Al referirnos a las culturas primitivas de América, recordamos en forma genérica a los aztecas y a los incas, sin saber que éstos integraban tribus que más tarde subyugaron a las vecinas. Los aztecas pertenecían a la tribu de los nahoas, los más numerosos y los mejor organizados socialmente. Olvidamos a los chichimecas, constituidos en tribus guerreras, de gran agresividad y a los olmecas, en posesión de una superior cultura, gobernados por un régimen teocrático; estos son los famosos maya-quichés que dieron al mundo, entre otras cosas, junto con los hindúes, la representación simbólica del cero.

Los incas formaron parte de la tribu de los quechuas consolidados en la región interandina del Sur del Perú. Eran distintos de los que poblaron el resto de la serranía y de la costa peruanas. Los costeños lograron las culturas de los chimus y de los nazcas, quienes se distinguieron en el arte de la alfarería y de los tejidos. Los aimaras de la serranía del altiplano del Titicaca, ofrecieron la organización social y económica. Los quechuas, gobernados por los Incas, dieron la organización estatal.

Esta ligerísima digresión relacionada con las más importantes culturas de América, nos dice del poco cuidado que tenemos, y del mínimo interés que le damos al estudio de esas civilizaciones cuyos despojos, todavía, son fuentes fecundas de sabias enseñanzas.

Si todo esto, y lo demás de la Conquista, de la Colonia, y de la República, exige revisiones constantes, enseñanza más intensa, a fin de conocernos, comprendernos y amarnos, no sabemos por qué el estudio de la Historia de América ha sido relegado a segundo término o incorporado en el aprendizaje de la Historia Universal, como ocurre en algunos de nuestros países. Al proceder en esta forma parece que convenimos con la insólita opinión de un profesor español, republicano y emigrado, con quien, una vez, en cierto país, hube de integrar con los profesores nativos una comisión nombrada por el Gobierno para estudiar la eterna reforma de los cursos de estudio. En esa ocasión, los nativos y yo estábamos empeñados en dar a la Historia Nacional la importancia debida, concediéndole el máximo de tiempo y de espacio en la distribución de las asignaturas. El profesor español, un tanto amoscado con nuestra insistencia, nos lanzó esta injuria: "¿Qué historia tenéis vosotros? Vuestra historia es la europea". Nuestra protesta fué inmediata, pues había historia en cada pedazo de suelo, en cada piedra, en cada árbol de la tierra en donde habíamos nacido.

No es posible confundir el proceso histórico de un pueblo con la mayor o menor influencia de la cultura europea. Aun ésta ha sufrido en este continente sustanciales modificaciones. Por lo demás, sería conveniente saber lo que entendemos por cultura. Si ello se refiere a la can-

tividad de conocimientos científicos elaborados sistemáticamente; al número de filósofos, literatos, sociólogos, etc., es posible que convengamos en esa superioridad, porque en fin somos relativamente jóvenes, y todavía estamos empeñados en sacudirnos de la corruptela política que nos legaron. Pero si la cultura es algo más que eso, y guarda relación con una inquietud permanente hacia el Bien, dudo mucho que los europeos nos hubieran enseñado algo mejor de lo que aquí encontraron. No hay término de comparación, por ejemplo, entre la ética del español conquistador y la del aborigen peruano. Basta recordar la felonía cometida por Pizarro en la persona de Atahualpa; y es suficiente señalar el asombro que les causó la organización social y política de los incas. Hoy mismo, el indio, tan lejos de la civilización material, no abandona a sus hijos, ni comete adulterio, ni conoce la deslealtad. Todavía tiene la propiedad en común y practica el trabajo colectivo. En sus aldeas no hay gente ociosa, ni miserables que pululen por los campos.

Este afán de europeizarnos nos ha llevado a errores de toda suerte. Como en el período de la Colonia estuvimos cohibidos de toda libertad de pensar, cuando logramos nuestra independencia aquella suprema función del ser humano se deshizo en una serie inacabada de tanteos políticos. Nos dimos el lujo de convertirnos en republicanos; salimos de la noche a la mañana a un campo libre de acción, para encontrarnos con la sorpresa de que navegábamos en el mismo barco que habíamos pensado dejar. La misma maquinaria roída, los mismos marinos. Teníamos un presidente, una bandera, una canción nacional y una pomposa constitución; por eso nos creíamos libres. ¡Vana ilusión! Seguíamos cogidos de la vieja casaca de los militares, o de la levita enverdecida de los civiles palaciegos. En muchos de nuestros países es posible contar revoluciones y constituciones por decenas. En Bolivia, en 70 años, 60 revoluciones y 10 constituciones; en el Perú en 50 años, 40 revoluciones y 15 constituciones; en el Ecuador, en 80 años, 30 revoluciones y 12 constituciones; en Colombia 70 revoluciones en 60 años, y unas 7 constituciones, y así por el estilo. Sin exclusión, en todo el siglo XIX y lo que va del XX no hemos cesado de vivir en permanente angustia, en divorcio completo con la dignidad ciudadana.

Esta trágica historia de la República en América no ha permitido la serenidad debida para alcanzar el máximo provecho de la fortuna que nos legó la Naturaleza. Al contrario, esa riqueza ha servido para que Inglaterra y Estados Unidos, Francia y Alemania, y en los últimos tiempos el Japón, jugaran nuestro destino sobre el tapete de una mesa de negocios. Nuestra rebeldía inventó la palabra "Imperialismo", y en verdad el Imperialismo era mantenido por nuestra concupiscencia. Cada caída de un gobernante era seguida de acusaciones sin fin sobre peculados, producto de contratos con el capital extranjero, contratos lesivos a los intereses del país. Ese oro envenenó nuestra conciencia y torció el camino recto que debíamos seguir.

Por eso la Historia del Coloniaje y de la República no tiene, en el régimen político, valores morales que señalar a la juventud. Esa historia es la página roja de este continente. Cuatro generaciones han vivido en la inseguridad y en la encrucijada. Nosotros hemos conocido prisión política y destierro a los veinte años; nuestros hijos ya supie-

ron de estas amarguras a los quince. Vamos en progreso, enseñando a odiar.

En los tiempos que corren, y así se escribe la Historia, el niño sale de la escuela primaria conducida a la buena ventura, para incorporarse a la segunda enseñanza, en donde no le es posible satisfacer las más premiosas necesidades de su espíritu. De aquí pasa a la Universidad o se incorpora al trajín de la vida para ver y dolerse del desdén a la persona humana, del desprecio a la justicia, del triunfo de la mezquindad, del reinado de todo lo innoble. Pasan delante de sus ojos en dan-tesca caravana el pelotón de soldados que fusila sin piedad, las cárceles repletas de presos sin condena, los barcos llenos de desterrados a quienes nadie juzgó, las imprentas clausuradas o destruidas, el polizonte en acecho diario, los locales de las escuelas y de las universidades convertidos en cuadras de cuartel.

Así, en estas condiciones, la juventud se debate en efímeras convulsiones, que no le permiten serenarse para la tarea, nada fácil, de vivir con dignidad; y, por eso, la educación, en medio de esta crisis ética, se cimbra y anula.

No es posible educar en medio de la tempestad del odio, de la envidia, de la amenaza diaria. No hay maestro, cuya dignidad no esté socavada, capaz de conducir y elevar el alma de sus discípulos, si se conforma con la esclavitud de la conciencia. Educar es liberar el espíritu de toda la maleza que traba la fruición de sentirse a diario en dirección ascendente. Cuando esto no ocurre, hay un profundo desdén por la vida, un estado de desafecto por todo lo bello y lo justo, por todo lo noble y lo humano, y entonces se torna la existencia en un pedazo de vida tirado al arroyo.

Lo que acabo de escribir es un párrafo doloroso de la educación cívica, cuyo contenido cabe en la Historia Política. Sobre los escombros de este desastre nunca hemos dejado de tener hombres de superior calidad que han combatido todas esas miserias. Esos hombres no figuran o figuran muy poco en las páginas de nuestra Historia, y cuando la aprendemos, los olvidamos. A esta orfandad mora! de nuestra generación y a esa ignorancia de la Historia se debe el que anduviéramos por muchos años en busca del *maestro de la juventud*. Los cogíamos al azar, como los naufragos. Una vez nos quedamos con Rodó. El discurso de Próspero en *Ariel* conmovió el intelecto, mas no la conciencia de la juventud americana. Próspero era un profesor, y no un maestro tuvo alumnos, pero no discípulos. Próspero se dirige a la juventud en una prosa medida, calculada y fría; es el viejo académico que ha preparado la lección y la sabe decir con elegancia; pero no tiene la emoción social necesaria a todo maestro, ni siente en carne propia las injusticias; por eso, pule la frase, juega con la palabra, les da ritmo y armonía musicales para ocultar la tragedia en la cual se debatía y debate la juventud. Ese fué Rodó.

En cambio, esta juventud de América no conoció, ni conoce a Martí. Yo tuve noticias de él cuando había pasado mis treinta años y andaba ufano con algunos grados académicos, y había convenido en tres maestros: Rodó, Vasconcelos y, admírense, Leguía, el que devino dictador peruano. ¡Qué pobreza, la mía! Qué orfandad la nuestra, la de la juventud del Perú!

Vasconcelos sojuzgó a la juventud de América a su paso por la Secretaría de Educación de México. Vasconcelos estaba muy lejos de haber logrado la fama de Rodó, pero nos parecía el símbolo de la rebeldía del pueblo mejicano. A poco vino nuestra desilusión, y ella fué total cuando él perdió la serenidad y descendió a la llanura para dolerse de la desilusión de no haber llegado al poder. Mostróse, entonces, poseído de un odio patológico contra todo lo que en México había constituido y constituye la nacionalidad. Desprecia e insulta al aborigen mexicano, y pide que "los niños de las escuelas que no están contaminados de la propaganda desleal, clamen en coro que Cortés es el auténtico fundador de la nacionalidad mexicana". No hay maestro que enseñe a odiar, ni maestro que desvirtúe la historia y se sirva de sus dolores o de sus grandezas para dar fácil escape a la pasión por los hombres.

¡Qué lejos estaba Martí de nosotros! ¡Si lo hubiéramos conocido, nadie habría derramado una gota de sangre por Vasconcelos, ni el gran poeta Chocano hubiera ido al delito!

Es que nosotros estamos ajenos a los valores morales de nuestra historia. Nadie con mejor derecho que Martí a ocupar por los siglos de los siglos la cátedra de maestro de la juventud de América. Este mi elogio no es una mentida alabanza, ni un fácil recurso oratorio, ni una forma de agradecer la hospitalidad que os debo. Nada de eso. Martí no necesita estos circunloquios. Allí está su vida, limpia, pura, intensamente vivida con el cerebro y con el corazón. Allí está su devoción a todo lo grande y bello, a todo lo noble y humano. ¡Qué finura de espíritu; qué ternura por los que sufren; qué piedad con los que lo insultan! Nadie como él ha permanecido en pie en medio de la tempestad de las pasiones. Nadie como él ha sentido lo que no sintió Rodó: el alma del pueblo; lo auscultó en el niño, en el campesino, en la mujer amada, en el conflicto político, en la angustia religiosa.

¡Qué elevado concepto de la libertad! "De nadie recibo ley, ni a nadie intento imponerla. Me salvo de los hombres, y los salvo a ellos de mí. Venzo a la preocupación que viene de afuera y la ambición que viene de adentro".

He aquí el concepto de la vida para Martí: "Sufrir es quizás gozar. Sufrir es morir para la torpe vida por nosotros creada, y nacer para la vida de lo bueno, única vida verdadera".

Su sabiduría está en estas líneas: "Vengo a comunicar lo poco que sé, y a aprender mucho de lo que no sé todavía. Vengo a ahogar mi dolor por no estar luchando en los campos de mi patria, en los consue- los de un trabajo honrado, y en las preparaciones para un combate vi- goroso".

Y basta; la juventud de América tiene en la inmortalidad de los pensamientos de Martí el código moral de una vida digna de vivir- se, porque quien posee la libertad interior y con ella se disciplina, quien pregon- a la vida al servicio del Bien, y quien nunca cesa de apren- der, es un hombre destinado a guiar las generaciones futuras de cual- quiera nación.

Quedamos entonces en que debemos dar a nuestra Historia de Amé- rica todo el interés posible, y en su contenido, colocar en primer pla- no a los hombres que nos enseñaron la dignidad.

De todo lo expuesto en este discurso hay una persona responsable: el profesor de Historia. Ninguna actividad didáctica, desde la Escuela Primaria hasta la Universidad, tiene mayor responsabilidad que la de enseñar Historia. Las matemáticas, las ciencias biológicas y naturales, las médicas y las económicas son asuntos de naturaleza objetiva, comprobables a cada momento; cuestiones en donde no es posible emoción alguna, ni comando moral, ni responsabilidad sobre una generación. En cambio, la enseñanza de la Historia opera no sólo sobre la mente sino sobre el corazón; levanta pasiones, nubla la conciencia, perturba el pensamiento, desvía el juicio; se llega a la intransigencia y al fanatismo cuando el profesor no tiene ese comando interior de Martí: "Venzo la preocupación que viene de afuera, y la ambición que viene de adentro". Mi recordado maestro, el doctor Poiry, profesor que fué de Metodología en la Escuela Normal de Lima, nos decía: "Cuando entréis a la sala de clase para enseñar Historia, debéis dejar a la puerta todo prejuicio, todo interés político, toda creencia religiosa que os hubiera atado con lo pasado". Y así es, porque la Historia es lo pasado en el tiempo, mas es lo presente en el espacio. Martí vive con nosotros, y vivirá por toda una eternidad. Al dirigirnos a los niños o a los jóvenes con el instrumento de la Historia en la mano, les ofrecemos el legado de la humanidad que aún está en usufructo. Las ideas políticas y religiosas, las económicas y filosóficas, todas ellas originadas en el pasado, viven con intensidad en la hora presente. No han desaparecido las enseñanzas de Jesús o de Budha; las de Platón o Aristóteles; las de Miguel Ángel o Rafael; las de Marx o Engels.

Vivimos apasionados de sus doctrinas, las estudiamos y las aplicamos. Por eso, porque la Historia vive en lo presente, es fácil apasionarse, y negar, de un lado, las excelencias de un hecho histórico; o, de otro, tributarle injusta alabanza; de allí la difícil misión del Profesor de Historia. No es cosa sencilla mantener serenidad, y llevar a la conciencia del estudiante la verdad histórica sin apasionamiento alguno. Hay nobleza en la pasión por las ideas, mas no en la pasión por los hombres. Toda idea debe ser una fuerza positiva y no negativa. Si el profesor tiene pasión por las ideas logrará construir; si la tiene por los hombres, lo único que hará es destruir.

La posición moral del Profesor de Historia es de suyo delicada cuando hay antagonismo entre lo que enseña y la realidad circundante. Hay una Historia oficial de la cual no puede salir. En los regímenes dictatoriales el conflicto es grave, porque si enseña las excelencias de un régimen político democrático, respaldado por los testimonios de la Historia, corre el riesgo de ser desposeído de su cátedra. Si al contrario, enseña según la voluntad oficial, eso ya no es Historia, porque está al servicio de una facción política.

Por eso, mis distinguidos colegas, profesores de historia, debéis llevar a la disciplina interior de nuestro Apóstol. Si seguís las huellas trazadas por él, dejaréis de ser profesores de rutina, para convertirlos en discípulos de Martí, es decir en maestros de los valores morales de la Historia. En vuestras manos está el testamento legado por la humanidad: la Historia; sois los legítimos guardianes de la heredad. Usad ese tesoro en alumbrar la conciencia de vuestros discípulos. Dejad en ellos una luz interior inextinguible. Así aprenderán, con las enseñanzas del pasado a vivir la vida digna de vivirse.

PALABRAS DE GRATITUD

Por J. A. Treserra,

Secretario de la Junta de Cultura del Gobierno Provincial de Matanzas.

Sin mejores títulos ni mayores merecimientos que mi modesto curso, me habéis honrado al nominarme delegado de la ciudad esclarecida cuya famosa ejecutoria ha sido estímulo bastante para designarla como sede dignísima del Segundo Congreso Nacional de Historia, mediante el cual habrá de continuarse la magnífica labor de robustecimiento cultural que viene dirigida con singular prestancia por los más altos prestigios de nuestra intelectualidad.

Mi reconocimiento no se reduce al mero acto de corresponder sinceramente al honor que me concedéis, sino que se extiende a expresar toda mi gratitud por la confianza con que me habéis distinguido en el desenvolvimiento de vuestros laudables propósitos, a los cuales me encuentro, desde este momento, vinculado por los más estrechos deberes que habrán de poner a contribución mis aprestos vocacionales.

En los gloriosos anales de la cultura cubana, figura la ciudad de Matanzas con el ponderativo aporte que desde el segundo tercio del siglo pasado le hubo de conquistar en la palestra de la civilización el indiscutible título de *Atenas de Cuba*.

En esa ciudad, *Alcázar de San Carlos*, por vuestro solemne acuerdo habrán de inaugurarse las sesiones del Segundo Congreso; allí en los amables lares donde, arrullado por los murmullos del Yumurí, vino al mundo el príncipe de sus poetas, el dulce cantor de la *Tórtola* remisa, el doliente Milanés. Allí, cabe la egregia cuna de los Guiteras y de los Gener; de los Teurbe Tolón y de los Uhrbach; de Luisa Molina, (*la Calandria del Moreto*), Belén Cepero, Mercedes Valdés Mendoza, Laudelina Pancorvo y María de Santa Cruz; de Francisco Jimeno, Manuel Jacinto Presas, Carlos de la Torre y Santiago de la Huerta y Ponce de León; de Cartaya, Madan y Llorach; de Lluria, Lebreto y Torralbáz; de Amoedo, Barnet, Grande-Rossi y Aballí; de Antonio José Valdés, Alfonso, Quintero, Simpson, Escoto, Trelles y Coronado; de Gálvez, de Gibergera y de Govín; de Aniceto Menocal, de Teodoro Vaugiraud y Alberto de Ximeno; de White, Failde y Cortadellas, Iribe Andudí, Torroellas y los Díez, Comellas y Falcón; de Matilde Otero, Elodia Díez, Natalia Broch y Ursula Deville, de Valdés Rodríguez, Dumás, Moreno, Russinyol y Echemendía; de Fajardo, Lecerff, Boissier y Manzanet; de Otero, Dubrocq, Valderrama y Chartrand; de Otero, de Byrne, de Cabrisas, de Acosta y de los Lles; y de otros muchos virtuosos de las letras, las ciencias y las artes, cuyo recuerdo abrumaría vuestra ilustrada atención.

Pero una vez allí, el Congreso de la Historia depositará su ofrenda en la mísera huesa de *Plácido*, el Píndaro cubano, el expósito infeliz,

Dr. Enrique Lluria Dospau (1862-1925)
Precursor del Movimiento Obrero.

para honrar en su nombre a los mártires todos de la Libertad, quizás al tiempo mismo que atruene los ámbitos del orbe el himno triunfal de las democracias victoriosas.

Y finalmente, el referido Segundo Congreso Nacional de Historia, habrá de celebrar su sesión de clausura en la ciudad natal del inmenso Figueroa, en la fascinante Perla del Norte, en cuyos riquísimos orientes resplandece todavía la memoria luminosa de aquel jerarca de la palabra, príncipe de la tribuna cubana, cuyo verbo relampagueante, vertiginoso como el pensamiento, no tuvo nunca rival en el idioma español.

Muchas gracias.

DISCURSO DE CLAUSURA

Por Emilio Roig de Leuchsenring,

Secretario General del Congreso

No se debe al azar ni al capricho que el Primer Congreso Nacional de Historia celebre su sesión de clausura en esta Aula Magna de la Universidad de La Habana. Y del mismo modo que sus organizadores escogimos el Palacio Municipal para iniciar y desenvolver allí nuestra tarea, por considerar aquél como la casa del pueblo, de acuerdo con la proyección popular que hemos querido dar a nuestras investigaciones, nuestros estudios y nuestros trabajos de divulgación histórica cultural, no era posible que prescindieramos del abrigo tutelar de esta casa, que representa el taller por excelencia de la educación y de la cultura en nuestro país, donde se forjan los maestros, que ya directamente, ya a través de sus discípulos, ejercen la función educativa en toda la República. Y en los profesores de Historia de todos los centros oficiales de enseñanza, quiso tener, y ha tenido, el Primer Congreso Nacional de Historia sus más valiosos y eficientes colaboradores.

Al escoger la Universidad de La Habana para que en ella tuviera su culminación la obra del Congreso, hemos deseado también rendirle así el homenaje de nuestro respeto y nuestra adhesión como centro máximo de cultura nacional y nuestro respaldo por lo que hoy representa y vale y está en el deber de significar y de realizar de ahora en lo adelante y siempre, como institución propulsora de la más genuina y constructiva cubanidad. Y no conviene olvidar que los historiadores participantes en este Congreso han sabido dar al mismo en sus debates y acuerdos un clima propiciador a la plasmación en nuestro pueblo de firme, verdadera y cubanísima conciencia nacional.

Venimos, por último, a la Universidad de La Habana a darle a conocer y entregarle el fruto de nuestras deliberaciones, para que ella conozca y dé calor a los acuerdos del Congreso, ya que muchos de ellos envuelven recomendaciones y demandas referentes a la enseñanza de las disciplinas históricas en todos los grados de la docencia, y otros contienen puntos de vista y sugerencias de que deben estar enterados los profesores universitarios, ya para sumarse a ellos y difundirlos, ya para rectificarlos o mejorarlos.

Mi condición de Presidente de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, organizadora de estos Congresos Nacionales de Historia, y de Presidente de la Comisión Organizadora y Secretario general del Primero, no me vedan, por falsa e hipócrita modestia, reconocer y proclamar que hemos logrado éxito triunfal, muy superior a cuanto esperábamos, recompensa la más preciada al empeño acariciado de lograr que este Congreso constituyese un movimiento de opinión cubana, con vistas al esclarecimiento y revaloración de nuestra historia y a la movilización de la ciudadanía para el mejoramiento, progreso y engrandecimiento nacionales.

Más de dos centenares de afiliaciones, revelan bien claramente el interés despertado en toda la república y en otros pueblos americanos por este Congreso, y lo confirman los 102 trabajos que han sido presentados y las numerosas mociones llevadas a las Secciones y a la Sesión Plenaria.

Diversas instituciones culturales, de Cuba y de América, se inscribieron como tales en el Primer Congreso Nacional de Historia, y se han hecho representar colectivamente en sus sesiones. Entre ellas debemos mencionar, como testimonio de reconocimiento a la cooperación valiosa que nos han prestado, la Asociación de Repórteres de La Habana (Círculo Nacional de Periodistas), la Sociedad Colombista Panamericana, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, la Sociedad Geográfica de Cuba, la Federación de Doctores en Ciencias y en Filosofía y Letras, la Academia Colombiana de Historia, el Comité Pro Reconstrucción de Bayamo, el Colegio Nacional de Arquitectos, la Confederación Nacional de Profesionales Universitarios, la Asociación Pro Trinidad, *The Hispanic American Historical Review* y la *Duke University* de Durham, North Carolina, la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala, la Universidad Católica de América, de Washington, el Archivo Histórico Nacional de Colombia; el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, la Gran Logia de la Isla de Cuba, la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana y el Instituto de Segunda Enseñanza de Holguín.

La invitación a participar en el Congreso circuló profusamente entre historiadores, profesores y centros culturales de Estados Unidos y de Hispanoamérica, y tenemos la satisfacción de declarar que si bien no nos hemos visto honrados con la presencia de muchos compañeros de otros países, a causa de las dificultades del transporte y de la imposibilidad de abandonar en esta época los deberes profesoraes, sí nos han llegado de ellos cálidos mensajes de adhesión y simpatía que apreciamos en todo lo que valen. Desde México, Colombia, Perú, Puerto Rico y otras naciones de nuestra América, distinguidos colegas se inscribieron y manifestaron sus deseos de no faltar a esta asamblea; profesores ilustres de Norteamérica figuran inscritos igualmente como congresistas. Y muchísimos más, al excusarse por impedirles asistir sus labores académicas o los problemas de su país en guerra, han expresado su palabra de estímulo y de simpatía hacia las labores de nuestro Congreso, y su interés por conocer sus conclusiones finales.

Distintas universidades y otros centros docentes de los Estados Unidos igualmente nos han honrado con su mensaje de adhesión, entre ellas las universidades de Arizona, California, Chattanooga, Chicago, New México, Kansas, North Dakota, John B. Stetson, Tulane, Ohio, Oregon, Princeton, Purdue, Texas, Utah; Yale, Illinois, y los colleges Sophie Newcomb Memorial, Dartmouth, Goucher, Morehead, Pomona, Berea, los de los Estados de Colorado y Texas; el *Graduate School* del Dpto. de Agricultura de Washington, y el *Rollins College*, de Florida.

Hemos contado con la colaboración personal de los ilustres profesores norteamericanos doctor George Kubler, de la Universidad de Yale, y doctor Duvon Clough Corbitt, representante de la Universidad de Duke, en North Carolina, y de *The Hispanic American Historical Review*, y con la de los insignes intelectuales peruanos, doctor Pablo Abril de Viveros, de la Legación de su patria en La Habana, y doctor J. A. Encinas, ex-rector de la Universidad de San Marcos de Lima.

A unos y otros rindió el Congreso efusivo testimonio de reconocimiento, designándolos sus vicepresidentes. Idéntica y merecidísima distinción merecieron, en representación de sus respectivas provincias, los profesores nacionales Pedro García Valdés, de Pinar del Río; J. A. Treserra, de Matanzas; Gaspar Jorge García Galló, de Las Villas; Alicia de Jongh, de Camagüey; y Leonardo Grinán Peralta, de Oriente.

Importantísimas, y muchas de ellas verdaderamente trascendentales, fueron las numerosas conclusiones acordadas en las Secciones y aprobadas definitivamente en la Sesión Plenaria.

Estuvo dividido el Congreso, para el mejor estudio de los trabajos y mociones que se presentaron, en las siguientes secciones: Historia General, Historia de América, e Historia de Cuba; ésta última, por la cantidad y la índole de los trabajos a considerar, creó de su seno dos subsecciones para que laborasen independientemente de la Sección, fueron las dedicadas a temas tan poco estudiados como los de *Cuba Precolombina*, la primera; y la segunda, a asunto de tan hondo interés como lo es el de los *Medios, métodos y condiciones de la enseñanza y divulgación de la Historia*.

En su Sesión Plenaria, celebrada ayer día 11, el Congreso estudió en primer término las proposiciones procedentes de la Sección de Historia General, que presidió, por ausencia del titular doctor Gustavo Du Bouchet, profesor de Prehistoria, Historia Antigua y Medioeval, de la Universidad, y del vice-presidente, Dr. José M. Pérez Cabrera, de la Academia de la Historia, el doctor Levi Marrero, profesor del Instituto de La Habana, y en la que actuó de Secretario el doctor Jenaro Artilles. Atendiendo a ellas, acordó recomendar a las autoridades docentes cubanas la necesidad de intensificar los estudios de Historia General en nuestros planteles secundarios y especiales, concediéndoles todo el tiempo necesario en los horarios de clase para que puedan rendir el fruto debido; así como la modificación de los programas que rigen actualmente en los Institutos de Segunda Enseñanza, dándoles carácter más objetivo y eliminando de ellos las afirmaciones polémicas y dogmáticas que presentan; que los estudios históricos se orienten hacia el campo de la historia de la civilización y del desarrollo económico, prescindiendo de las tediosas, inútiles y desorientadoras narraciones de eventos bélicos, limitando la historia militar a lo estrictamente necesario para la comprensión integral de cada época; propugnó, así mismo, la coordinación de los estudios de Historia de Cuba, Historia de América e Historia General, de modo que resalte claramente la posición histórica de nuestra nacionalidad en sus relaciones con el mundo.

Se recomendó, últimamente, por iniciativa de esta Sección, la creación de un Grupo Popular de Estudios y Divulgaciones históricas adscrito a la Oficina del Historiador de la Ciudad y como órgano anexo y secundario de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Resalta en estos acuerdos de la Sección de Historia General el interés, que descubriremos también en las Secciones de Historia de América y de Historia de Cuba—por la modificación de los sistemas de enseñanza de la Historia que en la actualidad rigen en nuestro país; preocupación que ha sido una de las finalidades que animaron a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales a convocar

este Congreso y que ha tenido calurosa acogida en todos los congresistas, traduciéndose en saludables acuerdos que esperamos repercutan en los organismos oficiales educativos y en los poderes públicos, con la implantación de una reforma general de la enseñanza de la Historia en nuestro país.

La Sección de Historia de América, que presidieron los doctores Herminio Portell-Vilá, profesor de dicha asignatura en la Universidad, y Enrique Gay-Calbó, y en la que actuaron de secretarios el profesor Antonio Alvarez Pedroso y el señor Angel I. Augier, envió a la Sección Plenaria, entre otros acuerdos, los siguientes, que fueron sancionados por la misma: declarar que la Historia de América es materia trascendente cuya enseñanza y estudio son de primerísima importancia para la niñez y la juventud cubana, a fin de que, al terminar sus estudios elementales y secundarios, conozcan los pueblos del Continente a que su patria pertenece y sientan por ellos la natural simpatía que provocan la historia común y la unidad de su civilización; proclamar la necesidad de que la Historia de América se vea libre de toda nota de estridente nacionalismo, de intolerancia y de prejuicios que afecten la solidaridad americana y la realización de los ideales democráticos de las Américas; reconocer la urgencia de dar la mayor importancia a la historia social y económica de América, para impedir que se perturben las buenas relaciones entre los pueblos con el relato enfático de incidentes políticos de menor importancia en la evolución integral de las sociedades; y pedir a las autoridades educacionales de Cuba la inclusión de la Historia de América en los planes de estudios de la Primera y Segunda Enseñanzas, con las graduaciones pedagógicas convenientes.

Se pronunció también esta Sección—al igual que lo hizo la de Historia de Cuba—por la fundación de becas por los gobiernos de los países americanos y por el nuestro, para investigadores a los que se encargue la realización de estudios en los archivos del Continente y de países europeos especialmente relacionados con América y Cuba; por la revisión metódica y publicación ordenada de fondos de archivos históricos; por la creación de una comisión interamericana de publicación de documentos históricos y por el establecimiento en América de estudios de Paleografía y de Diplomática.

La Subsección de Historia de Cuba Precolombina, presidida por el profesor Juan A. Cosculluela, y en la que colaboró como secretario el profesor René Herrera Fritot, recomendó al Congreso, y éste consiguientemente aprobó, el estimular la formación de colecciones privadas de las diversas culturas indocubanas, sin que puedan ser cedidas a museos extranjeros, considerándoselas de pertenencia nacional; solicitar de la Universidad la continuación de los estudios antropológicos comenzados por los doctores Royo y Herrera Fritot sobre cráneo indocubana, a fin de determinar los índices correspondientes a nuestros aborígenes; demandar de los poderes públicos presten la mayor cooperación a la Junta Nacional de Arqueología en sus investigaciones y estudios. Se reconoció al doctor Felipe Pichardo Moya el mérito de ser el iniciador de los estudios relacionados con la nueva cultura aborigen en Cuba, y se enviaron los trabajos presentados sobre la misma al Primer Congreso Interamericano de Municipios y a la Junta Nacional de Arqueología.

La Sub-sección dedicada al estudio de los *Medios, Métodos y condiciones de la enseñanza y divulgación de la Historia*, en la que actuaron,

como presidente el profesor Manuel I. Mesa Rodríguez, y como secretario el doctor Juan Torrente, obtuvo la aprobación del Congreso para las siguientes mociones: Sugerir al Ministerio de Educación que imponga el estudio objetivo de la Historia y la obligación, para las escuelas públicas y privadas, de complementarlo con visitas a bibliotecas, archivos y museos, así como a los lugares históricos más cercanos, seleccionando, además, en cada provincia, a los alumnos que demuestren mayor capacidad para los estudios históricos, los que serán premiados con un viaje a la capital de la República, o a un lugar histórico del Interior de la Isla, si residen en La Habana; recomendar a la Junta de Superintendentes que, eliminando elementos inútiles, fije un método, con programa y orientación únicas, dentro de las modernas tendencias de la metodología de esta disciplina, que contenga todos los fundamentos que las altas autoridades técnicas estimen necesarios, aunque dejando a los autores de textos la libertad en la exposición histórica; que el Ministerio de Educación designe una Comisión Revisora de los libros de textos de Historia, desde los de Enseñanza Primaria hasta los de Segunda Enseñanza y Enseñanza Superior; que en la Escuela Primaria los lineamientos sean sencillos y breves; que no se emplee el libro de texto como único medio de instrucción, sino como fuente de información; que la técnica de la enseñanza sea la de la Escuela Renovada, intuitiva y activa; que la enseñanza de la Historia destaque preferentemente las condiciones económicas y sociales en cada etapa de la evolución histórica, con preferencia a los hechos políticos escueto; que se declare a la Historia asignatura básica para la promoción de los alumnos; y que en la Segunda Enseñanza se consagre a la Historia, por lo menos, un curso completo, o dos medios cursos, y, para una mejor especialización y consiguiente eficacia, se separen, en ella, las cátedras de Geografía de las de Historia, y se asegure en éstas la libertad de cátedra.

También se aceptó lo acordado por esta subsección en cuanto a que la Mesa Ejecutiva del Congreso designara a cinco o siete profesores o investigadores—nombramiento que recayó en los compañeros congresistas doctores Elías Entralgo, Herminio Portell Vilá, Roberto Pérez de Acevedo, Manuel I. Mesa Rodríguez, Pedro García Valdés y Fernando Portuondo—para que en el transcurso de un año verifiquen una selección bibliográfica que sirva de base de un cuerpo de material para el estudio histórico completo, labor de la que informará ante el Segundo Congreso Nacional de Historia.

Todos estos particulares habían sido objeto, dentro de la mencionada sub-sección, de vivas e interesantísimas discusiones por numerosos profesores de Historia, miembros del Congreso, en las que se pusieron de manifiesto el celo y el hondo afán renovador que anima a estos meritisimos pedagogos cubanos.

En cuanto al espíritu que debe presidir a la enseñanza de la Historia, hizo resaltar el Congreso, a instancia de la misma sub-sección, la necesidad de que las autoridades consideren la trascendencia, en estos momentos, de la enseñanza de la Historia; proclamó que dicha enseñanza debe estar libre de prejuicios raciales o religiosos, y de todo convencionalismo, así como de las leyendas y falsedades que con frecuencia la tergiversan; y proponerse el estudio de la evolución integral de la sociedad, realizándose, además, en forma bien articulada, desde la Es-

cuela Primaria a la Universidad; que la enseñanza de la Historia de América deberá desarrollar el sentimiento de unión y confraternidad continental, y el de la de Cuba, afianzar los fundamentos de nuestra democracia y realzar nuestros valores positivos, forjadores de la cubanidad.

Por último, dentro de los temas de dicha subsección, el Congreso acordó, con alto sentido patriótico, solicitar del Ministerio de Educación, que disponga que en todos los centros de Segunda Enseñanza, públicas y privadas, se consagre no menos de una hora semanal a la explicación de la vida y la obra de José Martí.

La Sección General de Historia de Cuba, por renuncia del Dr. Emeterio S. Santovenia, Presidente de la Academia de la Historia y ausencia del Dr. Elías Entralgo, profesor de Historia de Cuba de la Universidad de La Habana, estuvo presidida por el Sr. Mario Guiral Moreno, Presidente de la Academia Nacional de Artes y Letras, actuando como secretarios el capitán Joaquín Llaverías, Director del Archivo Nacional, y los Dres. Alicia de Jongh y José Antonio Portuondo. Fué ésta la Sección que tuvo sobre sí la mayor cantidad de trabajo del Congreso, lo que revela el creciente interés que provoca entre nosotros el estudio de los diversos problemas de nuestra evolución histórica.

Las conclusiones que esa Sección propuso al Congreso, y que éste aprobó, son todas de gran interés, advirtiéndose un profundo sentido de rectificaciones históricas en numerosas mociones, así como de noble gratitud patriótica. A este respecto deben mencionarse: la que proclama que la Masonería cubana ha sido en todo tiempo desde su fundación, la institución que más elementos ha aportado a la independencia, la libertad, la cultura y el progreso de Cuba; la que solicita de la Gran Logia de la Isla de Cuba, la designación de "Beneméritos de la Masonería" para los primeros templos masónicos que trabajaron en Cuba; las que declaran que sólo la Basílica Dominicana guarda las cenizas de Colón, y que el primer monumento erigido al Descubridor en Cuba fué la estatua en el Palacio Municipal de La Habana y no la erigida en Cárdenas, como hasta ahora se ha apuntado; se acordó recomendar a profesores y autores de textos de historia de Cuba que al referirse a determinadas conspiraciones, no las denominen "movimientos racistas", ya que tuvieron carácter político cubano y no exclusivamente racista; gestionar la erección de un busto al gran puertorriqueño amigo de Cuba, Eugenio María de Hostos; y la adquisición por el Estado cubano de la casa en donde Martí y Máximo Gómez firmaron el Manifiesto de Montecristi; rendir homenaje al indígena que en Cuba realizó el primer acto de rebeldía contra los invasores españoles, previo estudio de la Sociedad Cubana de Estudios e Internacionales, así como expresar el reconocimiento hacia los educadores cubanos cuya obra forjadora de conciencia nacional estuvo acorde con su conducta.

No se olvidó el Congreso de reivindicar la memoria de Finlay, con una categórica declaración de que fué nuestro compatriota el único descubridor del agente transmisor de la fiebre amarilla, y con un voto de gracias al Hon. Sr. Sol Bloom, Presidente del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, por haber reivindicado ante ese organismo la gloria de Finlay, y otro voto de reconocimiento a la memoria de los Dres. Jorge Le-Roy y Cassá y Francis-

co Domínguez Roldán por haber actuado y escrito obras valiosas en favor de esa justa rectificación de errores científicos e históricos.

Insistiendo en la vigilancia de evitar la funesta difusión de errores de carácter histórico, otro acuerdo adoptado por el Congreso recomienda a editores de todo género de publicaciones contentivas de efemérides, datos biográficos e históricos, etc., la comprobación documental de los mismos, así como invita a toda persona amante de los fueros de la verdad histórica, que en cada ocasión que advierta errores de este carácter, lo comunique a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Otros acuerdos reveladores de esa tónica del Congreso en la Sección de Historia de Cuba, fueron los de recomendar una emisión de sellos en la ocasión de celebrarse el próximo año el III Cincuentenario de la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País; rendir homenaje al Intendente Alejandro Ramírez por su labor en pro de la enseñanza en Cuba, dándole su nombre a una escuela pública; y por último, un acuerdo adoptado en el sentido de pedir al Congreso la sustitución de la denominación de "Día de la Raza" en la conmemoración del día de hoy, por la de "Día del Descubrimiento de América", y la supresión de la bandera "de la raza", adoptándose en lugar de ésta, como símbolo de unión de los países de nuestro continente, la bandera "de las Américas".

Volviendo sobre el importantísimo tema de la enseñanza de la Historia, que, como numerosos debates atestiguaron, apasionó a los congresistas, se insistió sobre la necesidad de que en los altos centros educativos de la República se estimulen las investigaciones históricas especiales, de tipo rigurosamente científico, y los altos estudios sobre la evolución étnica del pueblo cubano y la significación de las culturas que han contribuido a su formación, desde la época precolombina hasta la república. Y como complemento, según la intención de los congresistas, de esta ampliación de los estudios históricos, se acordó interesar de todos los gobiernos de América la creación de becas especiales para investigadores de historia pertenecientes a algún o algunos países hermanos; recomendar al Gobierno de la República que organice un cuerpo especial de investigadores técnicos, adscriptos al servicio diplomático, para que realicen la búsqueda de documentos de historia de Cuba en los grandes archivos extranjeros, y remitan su copia al Archivo Nacional; y finalmente que con miembros del mismo Congreso se forme una comisión encargada de preparar la edición de los más importantes documentos históricos cubanos que aún permanecen inéditos, y solicitar del Alcalde Municipal de La Habana el crédito necesario para la impresión de dos tomos, por lo menos, de dichos documentos por la Oficina del Historiador de la Ciudad.

Se interesó el Congreso por la defensa de nuestros museos y archivos, recomendando a los Poderes Legislativo y Ejecutivo la creación de un patronato de museos y lugares históricos y la creación de un impuesto a los centros educativos privados que sirva para el sostenimiento y mejoramiento de aquéllos; y envió su felicitación al Gobierno de la República por su interés, ya demostrado, por estos asuntos, al dar cumplimiento a la ley que ha salvado de una pérdida segura al Archivo Nacional, y al señalar a cuantos poseen documentos de valor histórico, que

se ajusten a los preceptos legales que garantizan su conservación, para provecho de la colectividad y utilización apropiada de los investigadores y estudiosos.

Quisimos aprovechar los iniciadores y organizadores de los actos conmemorativos del IX^o. cincuentenario del descubrimiento, por Colón, de este continente, la oportunidad que se nos ofrecía de dar cumplimiento a las iniciativas de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, a fin de tributar homenaje público de perenne admiración a tres grandes figuras continentales: Lincoln, Varona y Bolívar, erigiendo al efecto sendos monumentos a ellos consagrados en lugares prominentes de nuestra capital. Esta tarde hemos inaugurado en la Plaza de la Fraternidad, un busto, obra del escultor norteamericano Borglum, a ese héroe de la democracia—como lo ha llamado su apologista cubano Herminio Portell Vilá—que fué Abraham Lincoln; el día 16, será erigido, en uno de los parques de la Avenida del Puerto, un monumento a Enrique José Varona, el maestro por antonomasia de la juventud cubana contemporánea; y próximamente figurará, perpetuada en la obra artística de Juan José Siere, en la misma Plaza de la Fraternidad, la inmortal figura del Libertador Bolívar. Y el Congreso ha demandado al Municipio de La Habana honre la memoria inmarcesible del puertorriqueño, ciudadano de América y defensor de la independencia de Cuba, Eugenio María de Hostos, consagrándole un monumento en alguno de nuestros parques públicos.

Demostrando un estricto sentido de justicia—que deja de ser tal cuando no se encuentra equitativamente aplicada—los historiadores cubanos, reunidos en este Primer Congreso Nacional, han acordado pedir que se cumplan las disposiciones dictadas por el señor Presidente de la República, a solicitud de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, para que sea retirado el busto a Steinhart que inconscientemente se levantó no hace mucho en la Plaza de la Fraternidad, por considerar que no hay una sola razón respetable, desde el punto de vista nacional, americanista o humanitario que justifique ese homenaje, sólo explicable por devociones familiares o por intereses mercantilistas.

Elemental deber de gratitud nos obligaba a expresar nuestro reconocimiento a cuantos antes de ahora y en estos días habían prestado su apoyo al fomento de la cultura histórica y a la mayor divulgación y calificación de los empeños perseguidos por este Congreso. Y en efecto, hemos acordado felicitar a todos los periódicos cubanos que mantienen secciones fijas dedicadas a problemas y monografías históricas; hacer constar un efusivo voto de gracias a la Prensa de tierra y aire por la atención dispensada a los trabajos del Congreso; y asimismo a las personalidades oficiales que han auxiliado con todo el peso de su autoridad a la viabilización de nuestras tareas: el señor Presidente de la República, el señor Ministro de Estado, el señor Ministro de Educación, el señor Ministro de Defensa Nacional, el Alcalde Municipal de la Ciudad de La Habana y el señor Director del Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua.

Personalmente soy deudor a mis compañeros todos de las atenciones expresivamente gentiles y cariñosas que me han dispensado, y las que sólo he aceptado por considerarlas como un estímulo para continuar laborando en pro de la cultura histórica en nuestra patria y del estrechamiento de las relaciones interamericanas.

El Congreso resolvió, como uno de sus acuerdos finales, por aclamación de todos sus miembros, rendir tributo a la provincia de Matanzas,

cuna de hombres esclarecidos, que han conquistado merecidamente para su capital el sobrenombre de la *Atenas de Cuba*, y con ocasión de celebrarse precisamente el año próximo el 250º aniversario de la fundación del municipio de su ciudad capital, designó sede del Segundo Congreso Nacional de Historia a dicha preclara ciudad, y acordó que la sesión de clausura tenga lugar en la ciudad de Cárdenas, de la misma provincia.

En este segundo congreso, sin impedirse la libre admisión de toda clase de trabajos, serán señalados por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, temas concretos a estudiar y a discutir, y entre éstos, la revaloración de las luchas de Cuba por su libertad y su independencia.

Y antes de separarnos los historiadores cubanos que hemos confraternizado durante cinco días en la obra cultural y cívica de este Primer Congreso Nacional de Historia, como hombres que vivimos la trágica realidad de los días presentes, hemos creído necesario hacer un llamamiento a todos los factores de la opinión pública cubana, para que, sobreponiendo a sus intereses de grupo el interés mayor de la Patria, pongan todos sus esfuerzos en lograr la más estrecha unidad nacional, indispensable en los instantes presentes; así como también dejar precisa constancia de nuestro enjuiciamiento sobre el actual conflicto bélico universal y acerca de la posición de América y de Cuba en el mismo con la siguiente declaración de principios:

El Primer Congreso Nacional de Historia, proclama su fervorosa adhesión a los principios democráticos y su enérgica repulsa a los sistemas y procedimientos del fasci-nazi-nipo-falangismo; expresa sus simpatías con las Naciones Unidas que luchan contra la barbarie totalitaria y también con los pueblos de aquellos países invadidos por las hordas de Hitler, Mussolini e Hirohito y por el pueblo español sojuzgado por Franco, todos los cuales están ofrendando su sangre y sus vidas, con heroísmo ejemplar, por la libertad, la civilización y la cultura; declara su anhelo de ver triunfante en el mundo una verdadera democracia, no sólo de palabras y de ideales remotos sino de realidades esenciales, que traduciéndose en hechos concretos ponga término a la organización social-económica que hoy padecen casi todos los pueblos de la tierra, divididos en dos castas: explotadores y explotados, así como a las desigualdades de sexo, raza, color y religión; y juzga que esos propósitos definidos son las causas básicas de la participación de América en la presente contienda bélica, pero que para Cuba, además de este amplio ideal humano que comparte con todos los pueblos combatientes, esta guerra significa una nueva lucha por su independencia, a cuyo final nuestra patria debe lograr la liquidación total de la colonia, afianzar su soberanía, rescatar su economía e impedir que se abatan sobre nosotros los imperialismos continentales o extracontinentales contrarios a la estabilidad y al engrandecimiento de la República.

El Presidente, doctor Fernando Ortiz, declaró clausurado el Primer Congreso Nacional de Historia, con breves frases de gratitud y congratulación.

M O C I O N E S

Aparecen a continuación las mociones que fueron presentadas por escrito, independientemente de los trabajos de información o investigación.

Las que se presentaron como conclusiones de trabajos de dicha índole se publicarán, a continuación de los trabajos respectivos.

Por los acuerdos que aparecen después de estas mociones, en el Acta Final, podrá apreciarse cuáles de ellas fueron aprobadas total o parcialmente, y cuáles fueron rechazadas.

SOBRE DECLARACIONES DE PRINCIPIOS

El Primer Congreso Nacional de Historia proclama su fervorosa adhesión a los principios democráticos y su enérgica repulsa a los sistemas y procedimientos del fasci-nazi-nipo-falangismo: expresa sus simpatías con las Naciones Unidas que luchan contra la barbarie totalitaria y también con los pueblos de aquellos países invadidos por las hordas de Hitler, Mussolini e Hirohito y con el pueblo español sojuzgado por Franco, todos los cuales están ofrendando su sangre y sus vidas, con heroísmo ejemplar, por la libertad, la civilización y la cultura; declara su anhelo de ver triunfante en el mundo una verdadera democracia, no sólo de palabras y de ideales remotos sino de realidades esenciales que, traduciendo en hechos concretos, ponga término a la organización social-económica que hoy padecen casi todos los pueblos de la tierra, divididos en dos castas; explotadores y explotados, así como a las desigualdades de sexo, raza, color, y religión; y juzga que esos propósitos definidos son las causas básicas de la participación de América en la presente contienda bélica, pero que para Cuba, además de este amplio ideal humano que comparte con todos los pueblos combatientes, esta guerra significa una nueva lucha por su independencia, a cuyo final nuestra patria debe lograr la liquidación total de la colonia, afianzar su soberanía, rescatar su economía, e impedir que se abatan sobre nosotros los imperialismos continentales o extracontinentales contrarios a la estabilidad y al engrandecimiento de la República.

Emilio Roig de Leuchsenring, Fernando Ortiz, Herminio Portell Vilá, Raquel Catalá, José Antonio Portuondo, Fernando Campoamor, Mario Le-Roy.

Entendiendo que las actuales circunstancias mundiales y nacionales demandan una unión estrecha entre todos los cubanos que sientan en su carne la urgencia de mantener incólumes los principios de Libertad y Democracia, sobre los cuales se asienta la existencia misma de nuestras repúblicas y que a esta perpetuación atenta la discrepancia partidaria llevada más allá de sus límites justos de diferenciación ideológica, este Primer Congreso Nacional de Historia ACUERDA: hacer un llamamiento a todos los sectores de la opinión pública cubana, para que, sobreponiendo a sus intereses de grupo el interés mayor de la patria, pongan todos sus esfuerzos en lograr la más estrecha unidad nacional, indispensable en los instantes presentes.

José Antonio Portuondo, José L. Franco, Heriberto Portell Vilá, Angel I. Augier, Gaspar M. Jorge García Galló.

Entendiendo que en los momentos actuales, de extraordinaria trascendencia para el futuro del mundo, y el de América con él, es indispensable el concurso de todos los hombres útiles en la obra común, el Primer Congreso Nacional de Historia ACUERDA:

- 1.—Solicitar del Honorable Señor Presidente de los Estados Unidos de América la libertad del intelectual y patriota puertorriqueño Pedro Albizu Campos.
- 2.—Solicitar del Honorable Señor Presidente de los Estados Unidos del Brasil, la libertad del intelectual y patriota brasileño, Luis Carlos Prestes.

José Antonio Portuondo, Emilio Roig de Leuchsenring, Raquel Catalá, Angel I. Augier.

El Primer Congreso Nacional de Historia declara que el espíritu que debe inspirar la enseñanza de esta disciplina es el que expresan los siguientes principios generales.

PRIMERO: La enseñanza de la Historia posee en la actualidad trascendencia excepcional, ya que, ante la profunda crisis ideológica traducida en la guerra más catastrófica que ha sufrido la humanidad, en el estudio acucioso y comprensivo del pasado hallarán los pueblos amantes de la libertad y de la democracia el afianzamiento de los principios fundamentales de nuestra civilización y la seguridad de nuestra evolución cultural. Por lo tanto, es imperioso que esta importancia primordial sea reconocida por las autoridades del país a fin de que procuren, por todos los medios a su alcance, que el conocimiento de la Historia se extienda cada vez con mayor vigor y amplitud entre todo el pueblo de Cuba.

SEGUNDO: Es necesario que la enseñanza de la Historia, tanto de la general como de la continental y la nacional, esté libre de prejuicios raciales, religiosos o políticos y de convencionalismos de todas clases, así como de las falsedades que han tergiversado en muchas ocasiones la verdad histórica.

TERCERO: En la enseñanza de la Historia se considerará más importante la evolución integral de la sociedad, es decir, la historia de la civilización y del desarrollo cultural y económico-social, con preferencia a los hechos militares y políticos escuetsos y los detalles personales o episódicos, limitando estos aspectos a lo estrictamente necesario para la comprensión total de cada época histórica.

CUARTO: La enseñanza de la Historia deberá hacerse en forma sistemática e ininterrumpida al través de todas las etapas escolares, desde la escuela primaria hasta la Universidad, de acuerdo con la gradación que dispongan los técnicos en la materia.

QUINTO: La enseñanza de la Historia General tendrá por objeto desarrollar el sentimiento de solidaridad humana y destacar la necesidad de la unión de todos los pueblos para la consecución de todos los fines de la sociedad civilizada, por sobre cualesquiera limitaciones de carácter particular, localista o nacionalista que se opongan al progreso y al bienestar general.

SEXTO: La enseñanza de la Historia de América debe considerar a la historia social como materia trascendente y esencial del estudio de esa

disciplina, a fin de desarrollar un sentimiento de unión y confraternidad continental, basado en el afianzamiento de los ideales verdaderamente americanos que son los de libertad, justicia y democracia, y evitando cualquier interpretación tendenciosa o exageración de incidentes que puedan impedir la realización de una sincera y fuerte solidaridad americana.

SEPTIMO: La enseñanza de la Historia de Cuba deberá proponerse como fin esencial la consolidación del espíritu de nuestra nacionalidad, realizando nuestros valores positivos en todos los campos de la actividad humana, la doctrina y el ejemplo de los forjadores de la cubanidad al través de nuestra evolución histórica, y el esfuerzo, los ideales y propósitos de nuestros libertadores, donde se dará el merecido lugar privilegiado al programa revolucionario de Martí, que deberá ser la base del ideario cubano, tanto en su sentido profundamente nacional como en su proyección americana y su inspiración y magnitud universales, para que la reafirmación patriótica sea primer paso hacia el reconocimiento justo y dinámico de la posición y la misión histórica de Cuba en el Continente y en el Mundo.

*Raquel Catalá, Emilio Roig de Leuchsenring,
Alicia de Jongh.*

SOBRE HISTORIA GENERAL

CONSIDERANDO: que los instantes que hoy vive el mundo exigen ante todo la formación en la juventud de una neta conciencia histórica, capaz de explicar el presente en función del pasado y dar paso, con sentido de progreso, a las conquistas del futuro, el delegado que suscribe propone el siguiente acuerdo:

PRIMERO: Recomendar a las autoridades docentes cubanas la necesidad de intensificar los estudios de Historia General en nuestros planteles secundarios y especiales, concediéndoles todo el tiempo necesario en los horarios de clase, para que puedan rendir el fruto debido.

SEGUNDO: Que los programas actuales, especialmente los que rigen en los Institutos de Segunda Enseñanza, sean modificados, dándoles un carácter más objetivo, con eliminación de las afirmaciones polémicas y dogmáticas que actualmente poseen.

TERCERO: Que los estudios históricos sean orientados especialmente hacia el campo de la Historia de la Civilización y el desarrollo económico, eliminando las tediosas, inútiles y desorientadoras narraciones de eventos bélicos, y limitando la historia militar a lo estrictamente necesario para la comprensión integral de cada época.

CUARTO: Que los estudios de Historia de Cuba, de Historia de América e Historia General sean coordinados en forma tal, que resalte la posición histórica de nuestra nacionalidad en sus relaciones con el resto del mundo.

Levi Marrero.

SOBRE HISTORIA DE AMERICA

El estudio de la historia de América en la escuela primaria y la secundaria de Cuba está relegado a último término, cuando no suprimido del todo. Las reformas de planes de estudios que se han hecho en años recientes, en estos años en que la afirmación de la unidad americana y de la necesidad de conocernos mejor ha sido más reiterada, han sido precisamente para limitar la enseñanza de la historia de América y hasta para suprimirla del todo.

Después de un nobilísimo esfuerzo del Dr. Cleto A. Guzmán, cuando fué Secretario de Educación, encaminado a hacer obligatorio el estudio de tan importante disciplina, los ministros que le sucedieron en ese cargo y el propio Consejo Nacional de Educación, se han separado radicalmente de esa orientación y en estos momentos se da la curiosa anomalía de que la historia de América es materia de especialistas, ya que, aunque figura en el plan de estudios de los Institutos pre-universitarios, éstos existen sólo en proyecto y lo mismo ocurre, por lo tanto, con esa materia, que únicamente se enseña en la Universidad de La Habana.

El delegado que suscribe, Profesor Titular de Historia de América de la Universidad de La Habana, tiene continua oportunidad de comprobar el desconocimiento de esa asignatura en la mayoría de los alumnos y de lamentar la indiferencia oficial en cuanto a la misma, manifestada en los planes de estudio y que hacen que un alumno de segunda enseñanza sepa quién fué Cambises, o Guillermo el Conquistador, o el rey Wamba, o Chilperico, o Constantino Dracoses, o Godofredo de Bouillon; pero que todos ellos ignoren la obra de Bartolomé de las Casas y la de Vasco de Quiroga y que desconozcan a Washington, Toussaint L'Ouverture, Miranda, Bolívar, San Martín, O'Higgins, el cura Hidalgo y Morazán.

Por todo ello, y teniendo en cuenta los acuerdos en ese sentido adoptados en las conferencias internacionales americanas y, bien recientemente, en la II Conferencia Americana de Comisiones Nacionales de Cooperación Intelectual, celebrada en La Habana, el PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA

A C U E R D A:

Primero: Declarar que la historia de América es materia trascendente cuya enseñanza y estudio son de primerísima importancia para la niñez y la juventud cubana, a fin de que, cuando terminen sus estudios elementales y secundarios, sepan cuáles son los pueblos del Continente a que pertenece su patria y sientan por ellos la simpatía natural que provocan la historia común y la unidad de su civilización.

Segundo: Proclamar que la historia de América debe estar libre en su exposición y enseñanza de las notas de estridente nacionalismo, de intolerancia y de prejuicios, que pueden afectar a la solidaridad americana y a la realización de los ideales democráticos de las Américas.

Tercero: Reconocer que debe dársele cada vez más importancia a la historia social de América, a fin de evitar que la historia política, que pone énfasis especial sobre agrios incidentes cuya importancia es menor que la de la evolución integral de las sociedades, envenene las buenas relaciones entre los pueblos.

Cuarto: Pedir a las autoridades educacionales de Cuba que incluyan a la historia de América en los planes de estudio de la primera y de la segunda enseñanza, con las gradaciones pedagógicas convenientes.

Herminio Portell Vilá, Antonio Alvarez Pedroso.

Los congresistas que suscriben, tienen el honor de proponer al Congreso adopte el siguiente proyecto de

RESOLUCION:

El Primer Congreso Nacional de Historia,

Atento a lo conveniente que será para el fomento de los estudios americanos el que los investigadores de cada uno de los países hermanos pudiesen realizar trabajos en otros, toda vez que por la misma marcha del desarrollo de la historia de América, no siempre los documentos y los medios de estudio que se refieren concretamente a un país se encuentran en su territorio sino que forman parte del patrimonio documental de otro;

Convencido de que en la mayor parte de los casos consideraciones de índole económica impiden que estudiosos de un país americano se trasladen a otro donde su labor sería de gran eficacia para el esclarecimiento de puntos de historia relativos a su país;

Y consciente de la realidad de que es imposible el traslado de documentos y otro material de trabajo de un país a otro, tanto por razones de orden técnico como por consideraciones de índole legal;

RESUELVE

Encomendar al Comité permanente del Congreso que interese y gestione de todos los gobiernos de países americanos la fundación, en cada uno de ellos y a su costa, de becas a favor de investigadores de Historia de otros países americanos, las cuales serán disfrutadas por aquellos investigadores a quienes designen los institutos de Historia (Centros, Universidades, Academias) a quienes se encomiende la selección del personal investigador.

Habrà de entenderse de que cada becario rendirá cuenta de sus trabajos de estudio e investigación al instituto de su país de origen que lo haya designado.

Emilio Roig de Leuchsenring, Jenaro Artiles, Angel I. Augier.

1.—Aunque no hay reproche justificado que hacer a las instituciones y a los hombres que en América impulsan y alientan los trabajos de investigación histórica, en lo que se refiere a publicación de colecciones documentales, y el Primer Congreso Nacional de Historia debe prestar calor a la meritísima tarea de quienes en este continente (profesores, archiveros, bibliotecarios, academias, muchos particulares incluso) vie-

nen tenaz y desinteresadamente ofreciendo al público los fondos de sus archivos, es preciso intensificar y mejorar, coordinándola en forma que sea eficaz, esta labor.

2.—Sale así el Primer Congreso Nacional de Historia a la defensa de la democratización de los estudios históricos, patrimonio hoy de una pequeña minoría de investigadores afortunados (no por ello menos dignos de elogio) que pueden trasladarse a los lugares de asiento de los archivos, y procura poner en manos de todos un material precioso para los trabajos de investigación y de exposición histórica.

3.—Favorecemos, por otra parte, la nacionalización de los estudios históricos al hacer asequible a todos los investigadores americanos fondos que en su mayoría o en su parte mejor se conservan en otros países de América o de Europa, haciendo con ello posible un nuevo ciclo en la evolución de la historiografía americana en que se mezclen, en fecunda síntesis, la frialdad del discurso erudito y el calor del patriotismo, aunque evitando cuidadosamente las deformaciones de nacionalismo exagerado que pueden nublar en ocasiones la serenidad de la verdad histórica.

4.—Tanto las magníficas colecciones documentales ya clásicas relativas a América, aparecidas en el siglo pasado, como algunas de las publicaciones que, siguiendo las huellas de aquel primer esfuerzo, se han hecho mas tarde, bien por eruditos americanos, bien por los de otros países adolecen a veces de graves defectos de técnica, hijos unos del atraso de los estudios paleográficos y diplomáticos en la época en que se produjeron, y de la falta de preparación en otros.

Por todo ello, los congresistas que suscriben tienen el honor de proponer al Congreso el siguiente proyecto de

RESOLUCION

1.—El Primer Congreso Nacional de Historia reconoce la deuda de gratitud que los historiadores americanos tienen contraída con numerosos eruditos de este continente, que vienen poniendo en manos de los investigadores las riquezas documentales que atesoran nuestros archivos y muchos del Extranjero.

2.—Expresa el Primer Congreso Nacional de Historia su deseo de que la publicación de documentos históricos americanos reciba mayor impulso aún y que todos los países hermanos emprendan la edición metódica y coordinada, sobre todo, de los fondos de nuestros archivos y los de los extra- americanos, desde los que se refieren al siglo XVI hasta los relativos a las guerras libertadoras del último siglo.

3.—Esta obra, por su volumen y por el indudable interés público que encierra, rebasa las posibilidades no ya de cualquier particular sino hasta las de las instituciones científicas nacionales y debe ser patrocinada e impulsada por los gobiernos de todos los países americanos, prestando a las instituciones autorizadas (academias, universidades, archivos, etc.) los medios económicos y la ayuda oficial necesarios.

4.—Cree el Primer Congreso Nacional de Historia que se debe emprender una revisión metódica y la publicación ordenada de fondos de archivos existentes fuera del territorio americano, procurando que investigadores americanos se trasladen, pensionados por nuestros gobiernos, a las localidades del Extranjero donde radican los archivos más ricos en do-

cumentación relativa a América. Esta empresa no puede quedar como hasta aquí confiada a la iniciativa privada y al desorden de lo que a cada cual interesa, sino a una comisión interamericana de publicación de documentos históricos, que será la que trace el plan y determine el orden de edición de los fondos, y confiera las pensiones a investigadores.

5 —El Comité Permanente del Primer Congreso Nacional de Historia queda encargado de interesar de todos los gobiernos de América la creación de una *Comisión interamericana de publicación de documentos históricos*.

Entre tanto, y mientras no empiece a funcionar esta comisión, el Comité Permanente iniciará los trabajos preparatorios para la publicación del índice de documentos históricos relativos a América contenidos en las diversas colecciones diplomáticas y en obras de carácter monográfico, convenientemente ordenado y clasificado.

6 —Finalmente, expresa su deseo el Primer Congreso Nacional de Historia de que se establezcan en América estudios de Paleografía y de Diplomática, que despierten en nuestros estudiosos una fecunda afición a los documentos originales y creen aquel instinto crítico necesario para la valorización de los instrumentos antiguos.

Emilio Roig de Leuchsenring, Jenaro Artiles, Angel I. Augier.

Teniendo en cuenta que en la mayor parte de los casos son motivos de orden económico los que impiden a investigadores de un país el trasladarse a otro para realizar estudios en archivos públicos y privados;

Y ante la realidad de que por esta causa se malogran empresas de gran utilidad pública, como lo es la labor de edificar en nuestros países de América nuestra propia historia poniendo a contribución la riqueza documental dispersa por los diversos países y que se refiere muchas veces a la evolución y al desenvolvimiento de otro país hermano.

Los congresistas que suscriben tienen el honor de proponer al Congreso el siguiente proyecto de

RESOLUCION

El Primer Congreso Nacional de Historia encomienda a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que recomiende a todos los gobiernos de América el establecimiento de becas especiales para investigadores de historia nacionales de alguno o de algunos países hermanos.

Cada país determinará el tipo de investigación y el alcance de la misma que deba realizar el beneficiario o los beneficiarios de las becas establecidas a su favor por otras naciones de América, y los investigadores pensionados rendirán cuenta en su día exclusivamente a las instituciones de su país encargadas por el gobierno respectivo de coordinar los trabajos históricos.

Emilio Roig de Leuchsenring, Jenaro Artiles.

CONSIDERANDO: que mucho se ha escrito a partir del acta levantada en 10 de septiembre de 1877 en la ciudad de Santo Domingo, República Dominicana, con motivo de haberse hallado en su antigua catedral unos restos que según tradición correspondían al grande almirante D. Cria.

tóbal Colón, descubridor de la América, por autores de tanta prestancia como Harrise (*Los restos de Cristóbal Colón*, Sevilla, 1878); López Prieto (*Informe sobre los restos de Colón*, Habana, 1878); Echeverri (*¿Existen depositadas las cenizas de Cristóbal Colón?*, Santander, 1878); Colmeiro (*Los restos de Colón, Informe de la Real Academia de la Historia al Gobierno de S. M.*, Madrid, 1879); Armas (*Las Cenizas de Cristóbal Colón suplantadas en la Catedral de Santo Domingo*, Caracas, 1881); Asensio (*Los restos de Cristóbal Colón están en la Habana*, Valencia, 1881); Travers (*Les restes de Christophe Colomb*, Caen, 1886); Llorens Asensio (*Los restos de Colón*, Sevilla, 1899); Saiz de la Mora (*Las Cenizas de Colón*, Habana, 1915) y otros estudios acerca de asunto tan interesante publicados en periódicos y revistas nacionales y extranjeras.

CONSIDERANDO: que el miembro de la Academia de la Historia de España D. Manuel Colmeiro redactó un informe contrario al hallazgo de los restos del preclaro navegante y para el que le sirvió de base lo manifestado por D. Antonio López Prieto que, según opinión del escritor Dr. Antonio Valverde en su información a la Academia de la Historia de Cuba en 1924, está lleno de inexactitudes, al extremo que estima algunas de sus afirmaciones "completamente erróneas" y sin "fundamento alguno" y, además, que siguió al historiador español D. Jacobo de la Pezuela en su *Diccionario Geográfico*...

CONSIDERANDO: que habiendo comisionado el gobernador y capitán general de Cuba D. Joaquín Jovellar en 2 de noviembre de 1877 a un prestigioso coronel retirado del ejército español, D. Sebastián González de la Fuente, herido en la campaña de Cuba, para que trasladándose a la ciudad primada de Santo Domingo "procurara con la más prudente reserva y por los medios que su celo le sugiera, adquirir cuantas noticias y antecedentes fuese posible y den a conocer tanto el origen de los hechos acaecidos como la verdad que en la esencia de los mismos exista, presentando luego a este Gobierno una memoria detallada de esta comisión y resultados que se obtengan para la resolución que proceda."

CONSIDERANDO: que cumplida debidamente su misión por el distinguido militar de referencia elevó, con fecha 7 de diciembre de 1877, al Capitán General de la Isla una extensa memoria sobre la indagación que con tanta prudencia y reserva posible había realizado para llegar a lo verdadero de los hechos relativos al hallazgo en la Catedral de Santo Domingo de los restos mortales de Cristóbal Colón.

CONSIDERANDO: que la honrada y valiente información del coronel González de la Fuente termina significando que "Deficiente aparecerá a los ojos de personas más competentes que yo por sus conocimientos; pero amante de la verdad, y en fuerza de mi deber, puedo asegurar á V. E. que a falta de documentos y archivos he consultado los monumentos; y ellos, supliendo a la historia, revelan la verdad de que los restos hallados en la Catedral de Santo Domingo el 10 de Setiembre último, son los verdaderos del Gran Almirante Don Cristóbal Colón".

CONSIDERANDO: que no conforme el general Jovellar con el informe del coronel González de la Fuente, quien al igual que el digno Cónsul de España en Santo Domingo en aquella época D. José Manuel Echeverry fué víctima de su acrisolada honradez y buena fe, archivó en un gavetero el preciado documento que debió haber enviado a la Academia de la Historia de España a fin de que lo tuviese a la vista para el fallo defi-

nitivo, haciéndolo, no obstante, con el emitido por D. Antonio López Prieto, a quien hubo de comisionar después la primera autoridad de Cuba para que pasase a la capital de la República Dominicana con instrucciones al efecto, presentando, según afirma también D. Emiliano Tejera en su documentada obra *Los restos de Colón en Santo Domingo y Los dos restos de Cristóbal Colón* (Santo Domingo, 1926), sin ver ni estudiar nada, un "mentiroso informe que sirvió de base a la Academia de la Historia Española para negar la autenticidad del hallazgo de los Restos de 'Colón en Santo Domingo'".

CONSIDERANDO: que como ninguno de los autores antes citados ni la Academia de la Historia de España para su resolución, tuvieron conocimiento del informe o memoria del coronel D. Sebastián González de la Fuente, documento que permaneció inédito durante cuarenta y nueve años, hasta que fué entregado para su publicación en el *Boletín del Archivo Nacional* (La Habana, tomo XXV, enero-diciembre 1926, p. 37-134) por el ilustre jurisconsulto Dr. Alfredo González Muñoz, nieto del coronel González de la Fuente, fallecido en 1907.

POR TANTO: El Primer Congreso Nacional de Historia celebrado en La Habana, República de Cuba, en octubre de 1942,

DECLARA

Que como la historia se hace con documentos, como atinadamente declara C. V. Lancelotti y acepta la Academia de la Historia de España al citar antecedentes para resolver el problema objeto de esta moción, se considerará que sólo la basílica de la capital de la República Dominicana guarda las cenizas de Cristóbal Colón.

Joaquín Llavéras.

No existe ninguna raza a cuya exaltación deba ser dedicado en ningún país un día de fiesta nacional. Los días de los racismos han terminado y sólo pueden caer en esa incivil y antidemocrática obstinación los partidarios de los imperialismos predatorios. Menos aun, si así cabe, debe celebrarse en Cuba un "día de la raza" dedicando a esa festividad nada menos que la fecha anual del día 12 de octubre, efemérides del Descubrimiento de América, porque en Cuba han convivido siempre varias razas; porque no hay razas superiores ni inferiores; porque la historia democrática y libertadora de la patria ha sido siempre basada en la igualdad de todos los hombres y en la repulencia contra los racismos; porque en Cuba desde hace años las leyes prohíben las propagandas racistas de carácter político; porque titular "día de la raza" a la conmemoración del 12 de octubre forma parte de un programa de política internacional extranjera al cual no se debe prestar nuestra patria ingenuamente sin traicionar su historia de nación americana; sin que esto signifique enemiga alguna contra el pueblo español ni desprecio por el acervo cultural hispánico que caracteriza el elemento más importante de la troncalidad cubana; y porque hasta en la misma España acaba de suprimirse oficialmente esa denominación racista, antihistórica y anticientífica porque tal raza es un mito, y siempre agresiva y anticristiana aunque tal raza existiera en realidad.

Por lo tanto se propone al Congreso el siguiente acuerdo:

Declarar que debe prohibirse en Cuba seguir usando la expresión "Día de la Raza" para significar la fiesta nacional del 12 de octubre, la cual debe continuarse celebrando con la denominación de "Día del Descubrimiento de América".

La Habana, octubre 10, 1942.

Fernando Ortiz, Herminio Portell Vilá, Emilio Roig de Leuchsenring, José Antonio Portuondo, Alicia de Jongh, Antonio Alvarez Pedroso, Jenaro Artiles, Raquel Catalá.

Los delegados que suscriben someten a la aprobación de este Congreso la aprobación de la siguiente

RESOLUCION

CONSIDERANDO, que el día 12 de octubre se conmemora el descubrimiento de América, conociéndose dicha fiesta con el nombre de "Día de la Raza".

CONSIDERANDO, que dicha denominación es errónea, por cuanto no obedece a ningún hecho histórico, siendo por el contrario opuesta al espíritu cubano y de América, que siempre ha acogido con los brazos abiertos y sin distinción alguna a hombres de todas las razas.

CONSIDERANDO, que en estos momentos en los cuales un grupo de países tratan de mantener principios de discriminaciones raciales contrarios a los principios democráticos de América, Cuba no debe mantener como fiesta oficial un día llamado "Día de la Raza".

CONSIDERANDO, que con ocasión de conmemorarse este año el IX Centenario del Descubrimiento de América, el mejor homenaje a la memoria del Almirante Cristóbal Colón, sería rectificar este error y ya que si el mundo por él descubierto no lleva su nombre, lo lleve al menos el día en que se conmemora su descubrimiento.

CONSIDERANDO, que por Decreto-Ley No. 156 de 21 de agosto de 1935 se dispuso que el 12 de octubre "se izara oficialmente además del Pabellón de Cuba en todos los establecimientos de educación de la República, la BANDERA DE LA RAZA etc."

CONSIDERANDO, que por los mismos motivos expuestos anteriormente dicha denominación resulta inadecuada,

EL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA RESUELVE:

PRIMERO: dirigirse al Congreso de la República de Cuba a fin de solicitar la aprobación de una ley mediante la cual se cambie al Día de la Raza su denominación sustituyéndola por la de "Día de Colón".

SEGUNDO: dirigirse al Congreso de la República a fin de solicitar se modifique el Decreto-Ley No. 156 de 21 de agosto de 1935 en el sentido de que en lo sucesivo la "Bandera de la Raza" se conozca en lo futuro con el nombre oficial de "BANDERA DE LAS AMERICAS".

F. Pérez de la Riva, José L. Franco, Emilio Roig de Leuchsenring, M. L. de Landaluze.

CONSIDERANDO: que el prócer antillano Eugenio María de Hostos fué durante un cuarto de siglo propagandista fervoroso de la causa eman-

cipadora de Cuba, y que en varias ocasiones—frustradas por el Destino—estuvo a punto de concurrir a los campos de batalla de Cuba Libre para ofrendar a ésta sus energías todas.

El congresista que suscribe tiene el honor de proponer el siguiente

A C U E R D O

Gestionar de la Cámara Municipal de La Habana el crédito necesario para alzar en el Parque de la Fraternidad Americana de esta ciudad, un busto del prócer americano, nacido en Puerto Rico y gran amigo de Cuba, Eugenio María de Hostos.

Virgilio Ferrer Gutiérrez.

El congresista que suscribe tiene el honor de proponer la adopción del siguiente

A C U E R D O

Gestionar del Congreso de la República se vote un crédito de \$50.000 a fin de erigir un monumento al Generalísimo Máximo Gómez en la capital de la República Dominicana, que sustituya al minúsculo busto allí emplazado.

Virgilio Ferrer Gutiérrez.

El congresista que suscribe, propendiendo a que cada día sea más íntima la unión espiritual de nuestros pueblos americanos, tiene el honor de proponer el siguiente proyecto de

A C U E R D O

Se recomienda a la Cámara Municipal de La Habana que a las calles de nuevo trazado que en el futuro se construyan en los repartos aledaños a la ciudad, les sean dados los nombres siguientes: Juan Pablo Duarte, Justo Rufino Barrios, Francisco Morazán, Mariano Prado, Alejandro Petion, Eloy Alfaro y Gil Colunje.

Virgilio Ferrer Gutiérrez.

El delegado que suscribe, secretario de la delegación de la Asociación de Reporters de La Habana, somete a la consideración del Primer Congreso Nacional de Historia, la siguiente

M O C I O N

El Primer Congreso Nacional de Historia declara la simpatía con que observa la obra de divulgación sobre asuntos históricos de América que viene realizando el diario *Prensa Libre*, de La Habana.

Francisco Guiral Lamillar.

El próximo mes de febrero se cumplirá el primer cuarto de siglo de la fundación de *The Hispanic American Historical Review*, la primera gran publicación del Nuevo Mundo creada y dedicada única y exclusivamente al estudio y la divulgación de la historia de la América Hispana.

La revista fué fundada por un grupo de profesores, eruditos e investigadores norteamericanos a quienes se puede considerar, con toda justicia, como los iniciadores de esos estudios en los Estados Unidos, y cuya especialización ya estaba ampliamente demostrada con obras fundamentales como las de James A. Robertson y Charles E. Chapman sobre los archivos de Sevilla y la colonización de Hispanoamérica y Filipinas; las de William Spence Robertson sobre la revolución latinoamericana; las de Isaac J. Cox acerca del régimen colonial español en Florida y la historia de Chile; las de William R. Manning referentes a las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos e Hispanoamérica; las de William R. Shepherd sobre España y sus antiguas colonias; las de Percy Alvin Martin sobre historia de Brasil; las de Herbert E. Bolton, sobre el pasado colonial del sudoeste norteamericano, etc.

El primer número, muy apropiadamente, llevó al frente la introducción hecha por el ilustre historiador Prof. J. Franklin Jameson, quien así sirvió de nexo entre la *American Historical Review* y la nueva publicación que él apadrinaba como patriarca de los estudios históricos en los Estados Unidos.

Los nombres que acabamos de dar y que se leen como el cuadro de honor del cultivo de la historia de América en los Estados Unidos, han ido desapareciendo de la revista, unos por fallecimientos que fueron pérdidas irreparables, como Robertson, Chapman, Jameson, Shepherd, Martin y otros, y otros para ser consultores mientras que los deberes activos de la publicación los asumían sus discípulos y continuadores, como J. Fred Rippy, John Tate Lanning, Roscoe B. Hill, Dana G. Munro, Irving A. Leonard, Clarence H. Haring, Arthur P. Whitaker y otros.

Salvo por un breve receso debido a dificultades económicas que fueron superadas, *The Hispanic American Historical Review* ha venido publicándose con regularidad y acaba de completar el volumen vigésimo segundo con ochenta y ocho números nutridísimos con información y opiniones imparciales y autorizadas sobre la historia hispanoamericana. La revista que comenzó con fascículos de ciento veinte páginas, ahora los publica de ciento ochenta páginas y las firmas más prestigiosas entre los historiadores de las dos Américas han colaborado en la publicación.

Por todas esas razones los delegados que suscriben proponen que el Primer Congreso Nacional de Historia acuerde declarar:

Que *The Hispanic American Historical Review*, de Durham, N. C., la *Duke University*, que la edita, y los fundadores y directores de dicha publicación, son acreedores al aplauso y al reconocimiento de los historiadores del Nuevo Mundo por la espléndida labor que durante tantos años han venido desarrollando por el progreso de los estudios históricos y, muy principalmente, por la jerarquía que han dado a la historia de Hispanoamérica y los resultados logrados de un mejor acercamiento entre los pueblos todos de América.

D. C. Corbitt.

Herminio Portell Vilá.

SOBRE HISTORIA DE CUBA

Enseñanza de la Historia

I

Cuando se trate de analizar, enjuiciar o rectificar el esfuerzo desarrollado por los cubanos en materias históricas desde los comienzos del siglo pasado hasta la fecha, lo primero que es necesario proclamar muy alto, y lo proclamo, es que en ningún otro país, con tan pobres recursos, se ha brindado un tan valiosísimo aporte, lo mismo desde el punto de vista documental como desde el interpretativo.

Y al hacer esta afirmación ante el Honorable Congreso, no sólo rindo sincero homenaje a los historiadores cubanos, sino también reconozco, y no olvido, el que hasta estos momentos puede considerarse como el más extraordinario y feliz empeño cultural-económico-histórico desarrollado en nuestra patria; la labor rendida a través de muchísimos años, por la Sociedad Económica de Amigos del País. Dentro de las restricciones y criterios que ahora nos parecen estrechos de la época, ahí, en esa sociedad, comenzó a cristalizar el pensamiento cubano. Basta con leer sus *Memorias* para comprender, en seguida, la solidez de nuestras afirmaciones.

II

Pero si indetenible fué ese hermoso movimiento cultural, por su impetu y sinceridad, por la grandeza de alma e inteligencia de los hombres que lo impulsaron, el hecho determinó al cabo la egoísta reacción en lo político, estableciéndose las limitaciones tan pronto el pensamiento cubano, afirmado ya en lo cultural, se expandió buscando más rotundas realizaciones, forjando hombres como Varela, Saco, Delmonte y otros, a los que consideramos como representativos preclaros de una época, donde la conciencia cubana se iba ya definiendo claramente. No podemos reclamar que estos hombres hicieran más. Sería como intentar la presentación de un Martí con firmes relieves marxistas en la prédica y en la acción.

No era desprecio ni ignorancia lo que el Poder Central hispano sentía hacia la evolución cultural cubana. Era ya algo muy parecido al temor, y sus cruzadas contra las que consideraba "novedades peligrosas", especialmente contra las ideas llegadas de Francia, fueron constantes, hasta la cristalización de un ideal separatista a mediados del siglo XIX.

III

Dentro de esas restricciones de que hablamos anteriormente, salta a las claras que a los historiadores cubanos se les dificultaba el acceso a muchas importantes fuentes de información, y salvo el caso de Guiteras y otros muy contados, la Historia se escribía y se analizaba a través del pensamiento español, como acontece, por ejemplo, en la obra de Pezuela.

Por otro lado la incuria, el abandono, la mala fe, la envidia e ignorancia de algunos Capitanes Generales y sus satélites más allegados, sirvieron para que infinidad de documentos históricos importantísimos fueran extraídos de Cuba y trasladados a España. Otros fueron consumidos por la polilla. El ilustre Director del Archivo Nacional, capitán Joaquín Llaverías, nos ha pintado ya, en interesantísimo libro, el viacrucis de los archivos cubanos. El abandono de España en este sentido era más que condenable. Por ejemplo, La Sagra cita cómo para obtener materiales para su *Geografía*, tuvo que acudir a París, trabajando en la gran biblioteca de manuscritos originales de América pertenecientes a M. Henri Ternaux.

Este honorable Congreso conoce a todos los hombres que historiaron en los finales del siglo anterior y en toda la etapa republicana hasta la fecha. No creo, por consiguiente, necesario citarlos en este pequeño y modesto trabajo, que es sólo el preámbulo de una moción, como todos ustedes van advirtiendo. Pero lleguemos, pues, a lo fundamental de mis palabras.

La labor realizada por cubanos y extranjeros durante años y años, hasta 1942, ha llegado a un punto en que demanda, urgentemente, cierta coordinación en lo que se refiere, principalmente, a interpretar los hechos, aparte de los errores en otro orden, que estimo también innecesario citar aquí. Hay varios ejemplos clarísimos acerca de la necesidad imperativa de realizar este trabajo...

IV

¿Se quiere algo más evidente que las contrapuestas interpretaciones de los textos acerca de las guerras contra España? Mientras en las escuelas públicas y aún en grados mayores se le imprime a la narración un sentido que podemos calificar de "romántico", tenemos a los escritores e historiadores contemporáneos, perfilando ciertos criterios materialistas y señalando las raíces económicas que impulsaron a las figuras claves en el curso de los movimientos revolucionarios, sobre todo en lo que se refiere a la jornada de los Diez Años. En la mente del joven estudiante se crea, pues, un confucionismo extraordinario y perjudicial.

Porque la Historia influye mucho más de lo que algunos creen en la mentalidad infantil. Hacer historia no es sólo un entretenimiento, una afición y noble labor cultural. Es, también, echarnos encima una responsabilidad inmensa. En muchas ocasiones, a través de la Historia, se prepara a un pueblo para el futuro.

Un ejemplo, también clarísimo, de cómo la Historia, mal interpretada, o narrada, puede ocasionar efectos perjudiciales a la juventud, podemos hallarlo en el tono despectivo con que algunos historiadores se han pronunciado acerca de los indígenas cubanos. Aunque en un ensayo ya hice hincapié en torno a esta cuestión, estimo que es conveniente insistir en ella, máxime cuando en publicaciones contemporáneas se llega, inclusive, a señalarles indirectamente vicios inconfesables en general a los indios cubanos. Se les ha presentado, en la imaginación infantil, a esos indios, como individuos mansos hasta llegar a un límite inconcebible. Cuando se explica que andaban desnudos, también se emplea determinado tono despreciativo. Y todo esto es falso. Estudios posteriores han demostrado que todo esto es falso. Los indígenas cubanos se defen-

dieron con las armas que tenían a mano y cuando no pudieron defenderse se colgaron de los árboles. En cuanto a que usaban poca ropa, por el camino que va esta generación en 1942 en Cuba, poco falta ya para igualar en este sentido a los arawak-taínos. Es un imperativo del clima... Cuando los conquistadores llegaron a los fríos parajes de Norteamérica, hallaron a los indios algo más abrigados.

Además, hay otra circunstancia que abona en pro de la necesidad de neutralizar todos estos errores históricos en relación con la existencia social y características morales de los indios cubanos. Y es la siguiente: desgraciadamente, durante el período republicano, el mal gobierno nos ha conducido no sólo a una caótica situación política, sino nos ha colocado, lentamente, en una semi-dependencia económica con respecto a otra nación. Y en todo esto, el niño o el joven establece cierto paralelismo entre los cubanos señalados en las *Nociones de Historia de Cuba* y los cubanos de ahora. Claro que no es cuestión de que nosotros también nos colguemos, pero si podemos ir, por lo menos, preparando virilmente la mentalidad del muchacho, clarificando esos errores.

V

Puede garantizarse, en síntesis, que el volumen y aporte de las materias históricas en Cuba, necesitan entrar en un ritmo cuidadoso de análisis, con arreglo a un plan científico y con vistas a la interpretación moderna de la Historia. No ignoro que mucho se ha adelantado ya en cuanto a esta interpretación. La más importante labor será pues la de coordinar y realizar una labor seria de selección en cuanto a los trabajos publicados acerca de las distintas etapas de nuestra Historia, pero sobre todo retirar de la circulación— y permítaseme expresarme así—los textos declarados oficiales, la mayoría anticuados, incapaces de responder, cumplidamente, a las necesidades escolares de acuerdo con los nuevos criterios, interpretaciones y piezas documentales.

Por consiguiente, y agradeciendo a mis honorables compañeros la atención prestada, me permito someter a su consideración los siguientes acuerdos:

PRIMERO: que por la Mesa Ejecutiva se designe a cinco compañeros, para que en el transcurso de un año verifiquen una selección bibliográfica capaz de ir constituyendo un cuerpo histórico completo, con arreglo a los criterios modernos y con referencia a las distintas etapas históricas de Cuba. Esta Comisión rendirá su informe ante el Segundo Congreso Nacional de Historia.

SEGUNDO: sugerir al Ministerio de Educación el nombramiento de una Comisión Revisora de todos los textos históricos oficialmente reconocidos y de uso en las escuelas, institutos y Universidad.

Roberto Pérez de Acevedo.

Abundando en los argumentos expuestos en el tema *El tiempo y el programa de Historia de Cuba en los Institutos*, por el compañero Dr. F. Portuondo, la delegada que suscribe presenta la siguiente conclusión:

Que a los cursos de Historia de Cuba e Historia Universal en las Escuelas Normales se les dé mayor amplitud, dedicándoles mayor número

de horas semanales, creando la especialidad de Profesor de Historia con independencia de cualquier otra disciplina.

Dra. Angelina Edreira de Caballero

El delegado que suscribe, somete a la consideración del Primer Congreso Nacional de Historia, las siguientes conclusiones:

Que no figurando en los Planes de Estudios de las Escuelas Profesionales de Comercio la asignatura de Historia de Cuba no obstante lo indispensable de ello, se acuerde solicitar y recomendar de los organismos oficiales correspondientes la inclusión del estudio de Historia de Cuba con extensión de un curso y obligatoria a todas las profesiones y especialidades que en esos centros se imparten.

Dr. Jorge de la Torre Arredondo.

Cuba Colonial

El que suscribe, Eradio García Salazar, delegado por derecho propio, ruega al Presidente del Primer Congreso Nacional de Historia someta a la consideración del mismo la siguiente:

MOCION

Rectificar el lugar donde se erigió por primera vez en Cuba un monumento a Cristóbal Colón, toda vez, que a su juicio aparece que erróneamente se cita con documentos y otros detalles, fuera en la Villa de San Juan de Dios de Cárdenas, el 25 de diciembre de 1862, apareciendo como cierto el hecho de que otra ocurrencia exactamente igual, tuvo lugar en la Villa de San Cristóbal de La Habana, el día 9 de enero del mismo año citado ya de 1862 y en el patio del edificio que en aquella época ocupaban los Capitanes Generales y que puede comprobarse en la forma siguiente:

BIBLIOTECA DE LA SOCIEDAD ECONOMICA DE AMIGOS DEL PAIS. Sección de periódicos: *Diario de la Marina*—Enero 12 de 1862—refiriéndose a unos versos que un vate español dedicara al insigne navegante—dice: “TENEMOS EL GUSTO DE MANIFESTAR PARA SU SATISFACCION, SI NO LO SABE YA, EL ILUSTRE VATE AUTOR DE ESTA COMPOSICION, QUE CUBA VA A CONSAGRAR A LA MEMORIA DEL INMORTAL COLON DOS ESTATUAS: UNA, OBRA DEL AFAMADO ESCULTOR PIQUER QUE DEBE COLOCARSE EN LA HERMOSISIMA PLAZA DE CARDENAS, Y LA OTRA “QUE SE HA COLOCADO YA EN EL ESPACIOSO PATIO DE LA CASA DE GOBIERNO”

En la edición del mismo periódico—día 14,—aparece lo siguiente: “...FUE NECESARIO ACUDIR A LA MARINA, UTILIZANDO LOS HOMBRES DE LA TRIPULACION DE LA URCA “PINTA” PARA LA COLOCACION DE LA ESTATUA DE COLON EN EL PATIO DE LA CASA DE GOBIERNO”.

Por tal motivo y estimando que hasta la fecha se ha venido propagando que fuera Cárdenas y no La Habana, la que erigiera por primera vez un monumento a Colón y siendo lo cierto que el evento tuvo lugar—

según se deja demostrado por periódicos de la época y que pueden comprobarse en el momento que se desee—en la Villa de San Cristóbal de la Habana, pido con el debido respeto y consideración a los congresistas, se lleve a efecto la rectificación histórica en definitiva, en beneficio de los estudios de la presente generación así como de las futuras.

Eradio García Salazar.

NOTA:—La fecha citada del 9 de enero de 1862, la cita también el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring en un trabajo *De cómo la Casa de Gobierno y Palacio Municipal...* en la revista *Carteles* de fecha julio 19 de 1936, página 30 y dice: “En 9 de enero de 1862 se colocó en el patio de la Casa de Gobierno una estatua pedestre de mármol blanco de Cristóbal Colón, modelada el año 1860 en Carrara por el escultor italiano, J. Cucchiari.”.

AL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA

ADICIONAL A LA MOCION PRESENTADA POR EL DELEGADO ERADIO GARCIA SALAZAR, RELACIONADA CON LA ESTATUA A COLON EN LA HABANA ERIGIDA EN EL PATIO DE LA CASA CONSISTORIAL EL DIA 9 DE ENERO DE 1862, O SEA, ANTERIORMENTE A LA QUE SE ERIGIO EN CARDENAS EN DICIEMBRE DEL PROPIO AÑO.

Gaceta de La Habana—Enero 11 de 1862.

“Antes de ayer se ha colocado en el patio de la entrada de la Capitanía General la estatua a Cristóbal Colón traída de Italia por Mr. Barbeille y que no carece de mérito, seguramente, pero cuyas proporciones no la hacen a propósito para figurar en un lugar público. El Excmo. Ayuntamiento al colocarla en el edificio de sus sesiones donde sin duda produce muy mal efecto, no ha renunciado a su primitivo proyecto de erigir en honor del inmortal descubridor del Nuevo Mundo una estatua monumental destinada a renovar constantemente su memoria, para lo cual ha acordado la suma de 25.000 pesos. Lo que se ha hecho ahora no es mas que aprovechar la ocasión que se le presenta de adornar la Casa Consistorial con la imagen del ilustre navegante, que en ninguna parte como en América y sobre todo en la principal ciudad de la porción española tiene derecho a esta clase de homenaje. El cuerpo Municipal ha tomado pues, una determinación digna de elogio”.

ES COPIA.

Esta nota tomada del periódico que se cita, demuestra claramente que fué el día 9 de enero de 1862, la fecha en que se colocó una estatua a Cristóbal Colón en La Habana—y que comprueba que tuvo lugar ONCE MESES Y DIEZ Y SEIS DIAS antes que la que se erigió en Cárdenas el día 25 de diciembre del propio año de 1862

Eradio García Salazar.

Considerando los beneficios que para el desarrollo y prosperidad de Cuba tuvo la gestión de don Alejandro Ramírez, al frente de la Real Superintendencia de Hacienda, y como propulsor de la instrucción pública en nuestro país, y de los muchos merecimientos que sus

aptitudes y conducta le obtuvieron, el Primer Congreso Nacional de Historia, acuerda la siguiente:

M O C I O N

RECOMENDAR, al Ministerio de Educación de la República la realización de un homenaje permanente y perdurable a la memoria del esclarecido Intendente don Alejandro Ramírez, dando su nombre a una Escuela Pública de la ciudad de La Habana, y la colocación de una lápida, en la Escuela así nombrada, que perpetúe su memoria para las generaciones venideras.

Miguel L. de Landaluze.

El delegado que suscribe propone: que con motivo de celebrarse el 9 de enero de 1943 el tercer cincuentenario de la fundación de la Sociedad Económica de Amigos del País, se pida al Gobierno de la República la emisión de sellos conmemorativos de aquel trascendente hecho histórico.

Fernando Ortiz.

La Lucha por la Independencia

POR CUANTO: Todos los reformadores y libertadores de América encontraron en las logias masónicas a que pertenecieron refugio, amparo, calor y ayuda para fraguar y desenvolver sus ideas y propósitos progresistas y libertadores; y así cuenta la masonería entre sus hermanos más insignes a Wáshington y a Bolívar, a Juárez y a Martí, y la masonería está ligada estrechamente a todos los movimientos liberales, culturales e independentistas de América.

POR CUANTO: La Masonería ha realizado en Cuba constante y fecunda labor moralizadora de las costumbres sociales, a través de todos los tiempos, desde 1762 en que por primera vez trabajó una logia militar irlandesa en La Habana, cuyos miembros dieron ejemplos saludables de lo que es la tolerancia política y religiosa.

POR CUANTO: Las primeras logias masónicas que trabajaron en Cuba, formadas en 1802 por emigrados franceses provenientes de Haití, difundieron sus ideas de libertad entre los cubanos que a ellas se afiliaron, produciéndose así los primeros síntomas de rebeldía contra el despotismo colonial, con la inicial manifestación cubana separatista encabezada por los francmasones Román de la Luz, Luis F. Bassabe, Joaquín Infante y otros, a quienes la metrópoli española encausó por los delitos de francmasonería y conspiración, en 1810, según aparece comprobado en documentos existentes en el Archivo General de Indias, de Sevilla.

POR CUANTO: De la referida documentación se desprende que los masones que llevaron a cabo aquel movimiento revolucionario fracasaron por la denuncia que del mismo hiciera un sacerdote, confesor de la esposa de Luz, y que todos ellos eran miembros de la logia *El Templo de las Virtudes Teologales*, pues de ella era *Primer Celador* (*Vigilante*, según la nomenclatura usada hoy en día) el señor Manuel Ramírez, y que esta logia masónica fué la primera de esa índole fun-

• Regla en 1819. • Hijos de Regla, N.º 166.

dada específicamente para Cuba, con Carta Patente de la Gran Logia de Pennsylvania, de 1804.

POR CUANTO: En 1820 se fundó en La Habana, por cinco logias, entre las cuales estaba la anteriormente citada, lo que se llamó *Gran Logia Española del Rito de York*, en la cual se reunieron todos los cubanos de mayor prestigio de la época y amantes de la independencia patria, los cuales se mantuvieron activos en los trabajos por la conquista de la libertad, organizando muchos de ellos las conspiraciones de los Rayos y Soles de Bolívar y del Aguila Negra, hasta el extremo de dar a ambas la mayor cantidad posible de características masónicas, habiéndose seguido causas a dichos patriotas, no sólo por conspiración, sino también por el delito de francmasonería.

POR CUANTO: Las sucesivas conspiraciones por la independencia de Cuba fueron fraguadas en las logias masónicas, y de esta institución extrajeron sus iniciadores y organizadores los principios básicos de libertad y democracia.

POR CUANTO: Cuando el insigne venezolano Narciso López, protomártir de nuestra independencia, se dispuso, en unión de Miguel Teurbe Tolón, de Cirilo Villaverde y de la esposa de éste, Emilia Casanova, a dar a la causa de Cuba libre una bandera que concretara los propósitos e ideales perseguidos, como masón que era, combinó en ella gran número de símbolos, colores, cinco franjas, triángulo y estrella, con lo cual quedó sellada, de entonces y para el futuro la íntima unión siempre existente entre la masonería y los propulsores de la independencia cubana.

POR CUANTO: Los jefes y organizadores, máximos apóstoles, propagandistas, héroes y mártires de los grandes movimientos libertadores de 1868, 1879 y 1895, como Carlos Manuel de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, Ignacio Agramonte, Perucho Figueredo, Salvador Cisneros Betancourt, Calixto García, Máximo Gómez, Antonio Maceo, José Martí y muchísimos otros, no sólo pertenecieron a la masonería, sino que, además, utilizaron las logias masónicas para el mejor desenvolvimiento de sus actividades revolucionarias, y muchos de ellos sufrieron causas por el delito de francmasonería.

POR CUANTO: Tanto en los pronunciamientos, proclamas y manifiestos de todos los jefes libertadores, como en las constituciones, leyes y disposiciones votadas y proclamadas por los organismos dirigentes de las revoluciones cubanas independentistas, se descubre, precisa y claramente, la influencia que sobre ellos ejercieron los ideales y principios de libertad, igualdad, fraternidad y cultura, básicos de la masonería.

POR CUANTO: Todos esos ideales y principios aparecen vaciados en la primera Constitución de nuestra República, de 1901, y se encuentran reconocidos en la que actualmente nos rige, promulgada en 1940.

POR TANTO: Los abajo firmantes, tienen el honor de recomendar al PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA la adopción de los siguientes

A C U E R D O S

PRIMERO: El Primer Congreso Nacional de Historia proclama que la masonería cubana ha sido en todos los tiempos, desde su fundación, la institución que más elementos ha aportado a la independencia,

la libertad, la cultura y el progreso de Cuba, tanto desde el punto de vista ideológico, como por el ejemplo de sacrificio, heroísmo y perseverancia ofrecido por sus afiliados para dar a Cuba una vida de decoro humano, de igualdad y fraternidad social y un régimen de sana democracia.

SEGUNDO: El Primer Congreso Nacional de Historia se dirigirá a a Gran Logia de la Isla de Cuba, organismo supremo de la masonería actual en nuestra república, dándole cuenta de este acuerdo, y pidiéndole que designe beneméritas de la masonería cubana a la logia *El Templo de las Virtudes Teologales* y a la *Gran Logia Española del Rito de York*, y que perpetúe sus nombres en la forma que estime oportuna, por haber sido los primeros organismos masónicos cubanos que trabajaron en nuestra patria.

Emilio Roig de Leuchsenring, Roger Fernández Callejas, Leonardo T. Mármol, Enrique Gay-Calbó, Jenaro Artiles.

CONSIDERANDO: que entre la Junta Revolucionaria que se constituyó en los Estados Unidos para auxiliar a los soldados de la Revolución del 68 y otros cubanos que también trabajaban con los mismos fines, hubo una gran disparidad de criterio con respecto a la manera de favorecer a los referidos soldados de aquella revolución, disparidad que dió origen a enconadas polémicas en la tribuna y en la prensa, y que las divisiones se nombraron y se nombran hoy aldamistas y quesadistas, el congresista que suscribe propone en el Primer Congreso Nacional de Historia de Cuba acuerde declarar que tanto los aldamistas como los quesadistas eran amantes sinceros de la independencia de Cuba.

Susini de Armas.

CONSIDERANDO: Que el literato, periodista y patriota cubano José de Armas y Cárdenas, *Justo de Lara*, que ha recibido grandes elogios de ilustres escritores cubanos y extranjeros—elogios que no soy yo el llamado a repetir aquí—aparece en escritos publicados en Cuba, y en el *Diccionario Espasa*, como nacido en New York, no siendo ello cierto, pues José de Armas y Cárdenas, *Justo de Lara*, nació el 26 de marzo de 1866 en la villa de Guanabacoa, Calzada Vieja número 18, como ya lo dice el historiador cubano Valverde, y aseguro yo que lo oí decir a mis padres, que fueron los de José de Armas y Cárdenas, tengo el honor de proponer al Primer Congreso Nacional de Historia que tome el acuerdo de aclarar definitivamente que *Justo de Lara*, José de Armas y Cárdenas, es nativo de Cuba.

Susini de Armas.

Los delegados que suscriben proponen que, en vista del juicio histórico acerca de Fernando VII, que lo considera sin remisión cruel enemigo de la libertad, su estatua sea retirada del lugar en que está erigida y enviada a un museo, que es el único lugar que le corresponde si se prueba que la figura modelada tiene méritos artísticos.

M. Isidro Méndez, Julio Villoldo, José Antonio Portuondo.

Considerando que Martí en sus relatos y apreciaciones sobre la Guerra de los Diez Años, lo mismo que en sus escritos sobre los trabajos que se hicieron para que estallara al fin la Revolución del 95, demostró tener gran amor a la verdad histórica en todos sus juicios y narraciones, el congresista que suscribe tiene el honor de pedir que este Primer Congreso Nacional de Historia tome el acuerdo de rendir un homenaje a Martí como hacedor de Historia y como exponente de sus enseñanzas.

Susini de Armas.

El congresista que suscribe tuvo el honor de presentar en la Segunda Reunión Interamericana del Caribe, celebrada del 31 de mayo al 6 de junio de 1940 en la capital de la República Dominicana, un proyecto de Resolución que fué aprobado por unanimidad, y que dice así:

“Por Cuanto: El Manifiesto de Montecristi, firmado por José Martí y Máximo Gómez, el 25 de Marzo de 1895, es una de las páginas más brillantes y notables de la Independencia americana.

Por Cuanto: La casa en que dicho trascendental documento histórico fuera redactado hállese aún en pie, y constituye un deber de estas Reuniones velar por la conservación de cuanto material o espiritualmente sirva de vehículo a la mayor compenetración entre nuestros pueblos y a la mayor difusión a la historia continental.

La segunda Reunión Interamericana del Caribe resuelve:

Primero: Recomendar al Gobierno de la República de Cuba solicite del Congreso la concesión del crédito necesario para adquirir la casa situada en la Ciudad de Montecristi, República Dominicana, en que José Martí y Máximo Gómez firmaron el Manifiesto de Montecristi.

Segundo: En dicha casa, de la que será designado Conservador su actual inquilino, el ciudadano cubano Sr. Federico Tul, será instalada una Escuela Pública para niños dominicanos, denominada *República de Cuba*, la que será dotada por medio de la Dirección de Cultura de la Secretaría de Educación de la República de Cuba, de las obras del Apóstol Martí.

Tercero: Recomendar al Gobierno de la República Dominicana, que, en nombre del pueblo dominicano, fije una tarja en la habitación donde los próceres antillanos firmaron el Manifiesto”.

POR TANTO: Propongo que el Primer Congreso Nacional de Historia haga suyo el acuerdo tomado en la Segunda Reunión Interamericana del Caribe, y gestione cerca del propietario del inmueble—Sr. Urbano Gómez Toro—la cesión del mismo al Estado cubano, o, en su defecto, la venta en un precio razonable.

Virgilio Ferrer Gutiérrez.

Velando por la verdad histórica y a fin de esclarecer definitivamente un error en que a menudo incurren nuestras publicaciones periódicas, el congresista que suscribe propone la adopción de la siguiente

DECLARACION

El Primer Congreso Nacional de Historia declara que, fallecido en 7 de septiembre de 1941 el ingeniero Mario G. Menocal y Deop, Mayor General del Ejército Libertador, Jefe del Quinto Cuerpo, no existe ningún superviviente de las guerras emancipadoras que ostente ese alto grado.

Virgilio Ferrer Gutiérrez

CUBA REPUBLICANA

El delegado que suscribe propone la creación de una comisión del Congreso, encargada de seleccionar y disponer para su publicación ordenada los documentos más importantes para la historia nacional, inéditos hasta ahora.

Y que se solicite del Sr. Alcalde de La Habana la concesión de los créditos que permitan publicar dos tomos de documentos inéditos (uno de económico-sociales; otro de políticos,) por año, como parte de la Colección de Documentos que edita la Oficina del Historiador de la Ciudad.

Julio Le Riverend.

Los congresistas que suscriben tienen el honor de someter a la consideración de sus compañeros la siguiente

PROPOSICION DE ACUERDO

Los trabajos de diversa índole presentados en este Congreso referentes a la Historia de Cuba y los debates a que han dado lugar han demostrado que los estudios históricos en Cuba, como en todas partes, deben irse interesando cada vez más en el conocimiento científico de los factores sociales, económicos y culturales que determinan la evolución histórica de los pueblos, dándose menor atención a los hechos meramente personales y episódicos como era usual en los escritos de Historia en las épocas pasadas.

Es evidente por lo tanto que en la enseñanza de la Historia debe intensificarse el trabajo sobre aquellos extremos referentes a la formación y desarrollo social del pueblo cubano y sobre todo tocante a su evolución económica, étnica y cultural, para lo cual es indispensable que en los altos centros educativos de la República se estimulen las investigaciones científicas especiales y los altos estudios referentes a la evolución étnica del pueblo cubano, a la significación de todas las culturas aportadas a su formación y a los elementos básicos de su desarrollo económico en todas las épocas históricas, desde la época india a la republicana. Por lo tanto, se acuerda que el Congreso lo declare oficialmente así, comunicándolo al señor Ministro de Educación y al señor Rector de la Universidad para que a la mayor brevedad se sirvan tomar las medidas que estimen oportunas a ese fin, y particularmente en cuanto a redacción de nuevos programas y textos y establecimientos de nuevos cursos,

seminarios, cátedras y concursos con carácter extraordinario que sean más eficaces.

Emilio Roig de Leuchsenring, J. A. Cosculluela, Raquel Catalá, Alicia de Jongh, O. Morales Patiño.

POR CUANTO:—es un hecho probado que en el mes de febrero de 1881, el Dr. Carlos J. Finlay como Delegado de Cuba (y Puerto Rico) expuso ante la Conferencia Internacional Sanitaria celebrada en Washington, D. C. sin que antes que él ningún otro lo hubiera hecho en parte alguna, su teoría de que la transmisión de la fiebre amarilla se efectuaba de individuo enfermo a individuo sano por medio de un agente cuya existencia era independiente de la enfermedad y del enfermo; y que el 15 de agosto del mismo año de 1881 leyó ante la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana su trabajo histórico y famoso titulado: *El mosquito hipotéticamente considerado como agente de transmisión de la fiebre amarilla* en el cual fijó al *Culex* mosquito como el agente referido anunciando **POR PRIMERA VEZ** en la historia de la Medicina la transmisión de una enfermedad por un vector en forma de insecto.

POR CUANTO:—dicha teoría, apesar de los continuos y brillantes trabajos del Dr. Finlay, que entre 1881 y 1900 sumaron más de setenta, no fué admitida por la Ciencia hasta su comprobación perfecta, clara y definitiva realizada en dicho año 1900 por la Comisión de Fiebre Amarilla del Ejército Americano compuesta por los siguientes Oficiales: Dr. Walter Reed, cirujano, y doctores James Carroll, Aristides Agramonte y Jesse W. Lazear, cirujanos auxiliares, que fué también auxiliada en su labor por eminentes médicos cubanos cuyos nombres permanecerán siempre grabados con caracteres imborrables en los anales de aquella epopeya del hombre contra la enfermedad y en el alma agradecida de todos los cubanos.

POR CUANTO:—es incuestionable que a pesar de lo expuesto y de los hechos **COMPROBADOS** con testimonio documental científico y testifical directo pues aún hay muchos entre nosotros que vivieron aquellos años duros de experimentación y peligro y pueden dar fe de lo en ellos ocurrido, existe una corriente de propaganda interesada que se dirige a tergiversar este hecho histórico perfectamente comprobado en el sentido de **NO** hacer aparecer a Finlay como el verdadero y único descubridor del agente transmisor de la fiebre amarilla y por tanto oscurecer, en beneficio de otros, este hecho que tiene trascendencia gigantesca para Cuba, puesto que nubla la labor de un sabio eminente en beneficio de la Humanidad, sabio eminente que fué por ello (y por otras razones) un eficaz y decidido colaborador de los inmortales libertadores que nos dieron patria y fundaron la República.

POR CUANTO:—el artículo 1 del Reglamento de este Primer Congreso Nacional de Historia dice textualmente que tendrá por objeto "promover el mayor auge de los estudios históricos y alentar su cultivo, así como difundir el conocimiento de la Historia más allá del círculo de los especialistas, hasta el corazón mismo del pueblo, a fin de que ese conocimiento lleve a la reafirmación permanente de la fe cubana

en la evolución histórica de la nacionalidad y estimule el más sano patriotismo", y como por otra parte, también corresponde a este Congreso de Historia, rectificar errores de la misma corroborar y reafirmar los hechos ocurridos y evitar que la Historia se tergiverse a fin de que por generaciones venideras no se sufran mixtificaciones.

El delegado que suscribe tiene la honra de proponer a esta honorable asamblea la siguiente,

DECLARACION

PRIMERO:

El Primer Congreso Nacional de Historia reunido en la Habana Capital de la República estima de su deber declarar que considera perfectamente terminantes y decisivas las pruebas publicamente realizadas tanto por los organismos científicos nacionales como por investigadores y publicistas particulares, ya de carácter documental, ya experimental o testifical que llevan a la conclusión que el doctor Carlos J. Finlay es el

UNICO DESCUBRIDOR

de la teoría que sustenta que el mosquito es el agente trasmisor de la fiebre amarilla y que cuanto se diga en contrario es alejado de la verdad histórica.

SEGUNDO:—El Primer Congreso Nacional de Historia considera además como un deber patriótico y de reafirmación de la fé en los destinos nacionales de Cuba hacer esta DECLARACION precisamente en su primera reunión.

La Habana 10 de octubre de 1942.

Gabriel Suárez Solar

México

Un grupo de profesionales norteamericanos y cubanos, entre los cuales figuraban los doctores Basil O'Connor, Edgar Mayer, James Paulin, Morris Fishbein, Morton Kahn etc. y Enrique Saladrigas, Jorge Roa, Rodolfo Méndez Peñate, Mario J. Le-Roy, etc., conciben la idea de llevar a efecto, con carácter continental, un intercambio científico y cultural dirigido específicamente al estudio e investigaciones en el campo de la salubridad pública y de la medicina tropical por una parte, y a crear, en los Estados Unidos de América, una corporación que se llamaría INSTITUTO FINLAY DE LAS AMERICAS, cuyo organismo, en íntimo contacto con el Instituto Finlay de la Habana estatlecería con carácter permanente un intercambio de médicos y hombres de ciencia dedicados a la consecución de estos fines.

El día veinte y dos de julio de mil novecientos cuarenta y uno el doctor Enrique Saladrigas recibió, por conducto de la Embajada de los Estados Unidos en Cuba, una comunicación fechada el día diez y ocho, por la que el Hon. Sr. Sol Bloom, Presidente del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, lo invitaba a él y a varios profesionales mas, a nombre de un grupo de

profesionales norteamericanos para discutir las formas de cooperación entre el Instituto Finlay y la Universidad de la Habana y las universidades y centros científicos norteamericanos y para dejar constituido el INSTITUTO FINLAY DE LAS AMÉRICAS, (Anexo Número Uno), que en íntima conexión con el de La Habana, acrecentará el intercambio científico y cultural de la medicina al través de todo el continente americano.

En consecuencia de estos trabajos preliminares el Hon. Sr. Sol Bloom, personalidad destacada en la vida política norteamericana e internacional, fué factor decisivo que calorizó e hizo posible que el gobierno americano, representado por su Vice-Presidente, Henry A. Wallace, aceptara y propulsara esta idea, que en definitiva constituiría un paso de avance en la salud pública del continente americano.

Con posterioridad a estas conferencias, que tuvieron un éxito indiscutible y que dejaron sentadas las bases de futuras relaciones internacionales e inter-americanas en materia de salud pública, seguramente impresionado por el desconocimiento que la nación norteamericana tenía acerca del descubrimiento genial del doctor Carlos J. Finlay, pronunció un memorable discurso en la sesión de día veinte y ocho de agosto de mil novecientos cuarenta y uno de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, (Anexo Número DOS), por el que reivindicó de una manera rotunda, definitiva, ante ese organismo, la gloria del descubrimiento del agente trasmisor de la fiebre amarilla, que hizo posible entre otras cosas, la construcción del Canal de Panamá, que en estos momentos de angustia y peligro universal, sirve de baluarte a la defensa militar e ideológica del Continente.

Los que suscribimos, en consecuencia, proponemos a la consideración de este Primer Congreso Nacional de Historia que acuerde:

PRIMERO:—Un voto de gracias al Hon. Sr. Sol Bloom, Presidente del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de Estados Unidos de América, por haber reivindicado ante ese organismo la gloria del descubrimiento del agente trasmisor de la fiebre amarilla por el médico cubano Carlos J. Finlay.

SEGUNDO:—Que el Gobierno y el Congreso de la República presten su más eficaz apoyo y cooperación al Instituto Finlay de La Habana, progenitor del Instituto Finlay de las Américas, y a éste una vez fundado, para que a la vez que realicen una obra científica y humanitaria, honren de una manera efectiva la memoria del sabio descubridor cubano Carlos J. Finlay, para lo que fueron creados.

Dr. Mario J. Le-Roy Gálvez, Dr. E. Saladrigas, Emilio Roig de Leuchsenring, Raquel Catalá.

ANEXO No. 1

Carta del Hon. Mr. Sol Bloom al Dr. Saladrigas.

My dear Dr. Saladrigas:

On behalf of the American doctors with whom you and your associates have been discussing means of cooperation between the Finlay Institute and the University of Havana, and American universities, I

wish to extend to you and to those whose names follow hereafter, a very cordial invitation to visit the United States.

The purpose of this visit would be to discuss the organization of a Finlay Institute of the Americas and the means of enhancing the medical and laboratory facilities of Cuba, particularly for post-graduate teaching. It would be the hope of the American group that you and your associates would be able to make this visit during the last week of July. It would be convenient to them if you could leave about the twenty-sixth of July so as to arrive in New York by plane on the twenty-seventh for a series of conferences which will terminate on July 29.

It is our desire that you and your associates be the guests of the American doctors. Your transportation and all other expenses would accordingly be provided.

It would be appreciated if you would be kind enough to extend this invitation to:

Dr. García Marruz, Minister of Public Health and Social Service
Dr. Rodolfo Méndez Peñate, President, University of Havana

Dr. Mario J. Le Roy, Secretary General, Finlay Institute

Dr. Guillermo Lage, Director, School of Public Health and Tropical Medicine of the Finlay Institute

Dr. Jorge Roa, Professor of Social Biology and Vital Statistics, University of Havana

Mr. Jacob Brandon, Secretary

May I suggest that any further communication with regard to this matter be held with Dr. Edgar Mayer, at 470 Park Avenue, New York, New York.

It is a great pleasure to me to extend this invitation on behalf of the American doctors with whom you have been in consultation. I am confident that through the close collaboration in the field of medicine that is planned mutual benefit will accrue to both Cuba and the United States.

I am, my dear Dr. Saladrigas,

Yours very sincerely,

Sol Bloom.

ANEXO No. 2

Dr. Enrique Saladrigas,
Director, Finlay Institute,
Habana, Cuba.

Discurso pronunciado por el Honorable Mr. Sol Bloom, Presidente del Comité de Relaciones Exteriores de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de Norte América, pronunciado ante ese organismo en la sesión del día 28 de Agosto de 1941, sobre el Dr. Carlos J. Finlay. (1).

(1) Por tratarse de una versión oficial certificada hemos respetado escrupulosamente la redacción y ortografía de este documento.

Sr. Presidente de la Cámara de Representantes:

Nada más justo que el nombre de Carlos Finlay identifique y honre una institución dirigida a incrementar la investigación médica a través de las Américas. Su vida fué dedicada a la investigación y práctica de la medicina, y a él, por encima de cualquier otro, deben las Américas la bendición de estar protegidas contra un azote que antiguamente arrasaba sus ciudades y destruía sus poblaciones. De no ser por Carlos Finlay la Fiebre Amarilla pudiera ser todavía una sombra de destrucción sobre una de las más bellas regiones del Nuevo Mundo.

El estudio de la vida y trabajos de Carlos Finlay renueva en nosotros nuestra fé y orgullo en la Humanidad. El revela a un hombre cuyo corazón generoso inspiró un intelecto de un poder, penetración y alcance extraordinarios. Ilumina la carrera de un médico modesto quién, por su propio acúmen y trabajo, rasgó el tupido velo que cubría uno de los más sutiles secretos de la naturaleza, y aplicó sus descubrimientos a la salvación de millones de vidas humanas. Este estudio también nos muestra, con cuanta desatención la humanidad se olvida y desentendiende de sus benefactores, sin saber que bajo el manto de la rutina diaria vive un inmortal cuyas labores serán una bendición eternamente.

Cual fué la obra maestra de Finlay? En una palabra, fué descubrir que la Fiebre Amarilla se transmite de hombre a hombre por la picada de un mosquito que previamente había chupado la sangre de un paciente de esta enfermedad; que la enfermedad solamente se contrae de esta manera, y que un tipo especial de mosquito es el vector o portador de la noxa.

Ahora que el mundo sabe que la Fiebre Amarilla se transmite por la picada de un mosquito específico, el hecho aparece muy simple, tan simple que todo el mundo debía haberlo sabido desde el principio. Pero otros descubrimientos también han sido fáciles: el descubrimiento del Nuevo Mundo, por ejemplo, el descubrimiento de un método para volar. Olvidamos que Colón fué ridiculizado y desdeñado por los hombres más sabios de su tiempo por atreverse a asegurar que él podía encontrar un continente navegando hacia el Oeste desde Europa. Los hermanos Wright, aún después de haber construido una máquina que podía llevarlos por el aire, eran considerados como medio locos por sus cachazudos vecinos de Ohio, y el comentario público era: "Esos muchachos se romperán las costillas, ya lo verán. Se creen que pueden aprender a volar".

El ridículo y el bochorno constituyeron el único reconocimiento público dado a Carlos Finlay durante casi 20 años después de tener el valor de hacer pública su teoría del contagio de la Fiebre Amarilla mediante el mosquito. Su idea era contraria a las ideas y creencias populares, igual que la teoría de Colón contravenía las opiniones de su época, e igual que Morse provocó risas deprimentes cuando se propuso transmitir mensajes inteligibles a través de alambres eléctricos tendidos de un pueblo a otro. La experiencia de Finlay es la que siempre recae en los pensadores que brindan nuevas ideas a la Humanidad. Y para ru-

bor nuestro tenemos que admitir que, aun en nuestros propios días, la humanidad es todavía reacia a aceptar verdades recién descubiertas.

Venturoso es el descubridor que vive para ver comprobada su teoría, y triplemente venturoso aquel que recoge los frutos de su labor. El pobre Colón murió en Valladolid, oscuro y desacreditado, mientras que el nombre de otro explorador se le daba al Nuevo Mundo, descubierto por Colón. El hombre cuyo descubrimiento destruyó y eliminó el anatema de la Fiebre Amarilla del Nuevo Mundo, cuyo genio permitió a los Estados Unidos construir el Canal de Panamá después que los franceses habían sucumbido víctimas de la Peste Amarilla—este hombre vivió para ver confirmada su teoría, pero no lo suficiente para recoger el crédito que se merecía de la humanidad. Aún hoy, después de 40 años, no es generalmente conocido en los Estados Unidos que Carlos Finlay fué el verdadero conquistador de la Fiebre Amarilla. La parte del león de la gloria ha ido a otros; no porque ellos lo quisieran así, sino principalmente porque su verificación espectacular de la validez de la teoría de Finlay seguida de cerca por la eliminación de la Fiebre Amarilla en la Habana y Panamá, atrajo más atención entre los americanos que el descubrimiento por Finlay de un secreto de la naturaleza. Otro factor que evitó la difusión de la fama de Finlay en este país, es que los trabajos suyos se publicaron principalmente en español, lo que los hacía materialmente un libro cerrado para la generalidad de los americanos.

El Instituto que ahora florece en realidad, ayudará a extender la gloria de Finlay, que ya tan intensamente rutila en Cuba y América Latina. Y al extenderse su fama, el renombre de Walter Reed también aumentará, lo mismo que el de los otros que participaron en el honor de confirmar la teoría de Finlay y llevarla a la práctica.

CARLOS FINLAY EL HOMBRE

Antes de esbozar el desarrollo de las labores de Finlay para estructurar y confirmar su teoría, echemos una ojeada a la historia de su vida. Nació en Puerto Príncipe (ahora Camagüey), en Cuba el 3 de Diciembre de 1833. Su padre, Eduardo, era un escocés, nacido en Hull, Inglaterra, en 1795, y educado en Edimburgo y en Francia. Siendo aún estudiante de Medicina, Eduardo partió con un hermano hacia la América del Sur, para reunirse a un contingente de ingleses que peleaban a las órdenes de Bolívar por la independencia de Venezuela. Zozobraron, sin embargo, y en 1826 se encontró en Puerto España, Trinidad, punto en el cual le permitieron practicar medicina, y donde contrajo matrimonio con Elisa de Barrés, de ancestro francés. En 1831 se trasladaron a Cuba fijando su residencia en Puerto Príncipe, donde nació Carlos Finlay. En 1834 la familia se mudó para la Habana, y el padre practicó allí su profesión hasta su muerte en 1872.

Desde su niñez Carlos Finlay fué un estudiante. Aprendió a hablar inglés, francés y alemán, así como el español en su juventud. En 1846 y también en 1848 estudió en Alemania y Francia, con intenciones de hacerse médico en Rouen y París; pero un ataque de tifoidea le obligó a regresar en 1851 para hacer su convalecencia en la Habana. Ya por

entonces dominaba bien los clásicos, la Historia, Literatura y la Física. Todavía decidido a seguir los pasos de su padre en la ardua senda de la medicina, Carlos marcha a Filadelfia donde inicia sus estudios en el Jefferson Medical College, bajo el tutelaje de John Kearsley Mitchell. El hijo del Dr. Mitchell, famoso después como S. Weir Mitchell, en aquel entonces ayudaba a su padre, y una fuerte y sincera amistad nació entre él y el joven Finlay de Cuba, amistad que perduró toda la vida.

Finlay se doctoró en medicina en 1855, pero en lugar de establecerse en New York, como quería S. Weir Mitchell, regresó a la Habana. Aumentó sus conocimientos médicos en Perú y en París, practicó breve tiempo en Matanzas, Cuba, y finalmente se estableció en la Habana. En 1865 contrajo nupcias con Miss Adela Shine, una irlandesita cuyo padre, nativo de Cork, se había establecido en Puerto España, Trinidad, donde ella naciera. Recibió su educación Miss Shine en un convento en Cork, después de la muerte de su padre y madre vivió con una hermana, mujer de James Murphv, un comerciante cuyos intereses en las Indias Occidentales le habían hecho fiar su residencia en la Habana.

Tres niños les nacieron a Carlos y Adela Finlay, el mayor siendo Carlos E. que se educó como médico en New York. Carlos E. siguió los pasos de su padre y de su abuelo ejerciendo la medicina en la Habana, e instado por admiradores de su padre, escribió el libro "Carlos Finlay y la Fiebre Amarilla", editado en 1940 en New York, por la Oxford University Press. Es un bello trabajo en que el hijo distinguido, con dignidad y modesto orgullo, describe la historia del padre y los hechos acerca de la conquista de la Fiebre Amarilla.

Aunque Carlos Finlay presentó al mundo en 1881 su teoría de la transmisión por el mosquito de la Fiebre Amarilla, no fué hasta 1900-1905 que los ecéuticos fueron acallados por la irrefutable confirmación de la teoría y su extirpación de la Habana, donde había cobrado su impuesto en vidas humanas durante 140 largos años.

Finlay continuó sus investigaciones y trabajos en este campo. Nombrado Jefe de Sanidad de Cuba en 1902, mantuvo ese puesto hasta 1909. Después vivió retirado hasta su muerte el 20 de Agosto de 1915, a los 82 años de edad, y el Gobierno cubano rindió tributo al insigne conciudadano, realizando los honores póstumos con que fué devuelto a la tierra.

El nombre de Finlay es perpetuado por el Instituto Finlay de Cuba, dedicado principalmente al estudio de la medicina tropical; por la Orden de Mérito de Finlay, establecida en 1928 por el Gobierno cubano para recompensar trabajos excepcionales en el campo de la salubridad pública; por honores de los Gobiernos y Sociedades Científicas de ambos hemisferios; y por los trabajos de los historiadores que tratan asuntos médicos en relación con el descubrimiento y colonización del Nuevo Mundo.

EL ESTUDIO DE LA FIEBRE AMARILLA

Durante un tiempo muy anterior a la época de Colón hasta nuestros días, ha continuado impenetrable el misterio que rodea la naturaleza de la Fiebre Amarilla. Antes que los Mayas conocieran al pri-

mer hombre blanco, sus estragos se esculpían en Yucatán. Periódicamente, las regiones alrededor de México y Veracruz eran despobladas por este azote, y los monarcas Aztecas tenían que enviar colonias nuevas en reemplazo de las que habían sucumbido. La enfermedad era conocida de los Aztecas con el nombre de "Cocolizle". A partir de 1492 expedición tras expedición de hombres blancos era herida con una enfermedad que, debido a su alto porcentaje de muertes se supone haya sido Fiebre Amarilla. La epidemia de 1648 en Yucatán fué horrible en su furia y extensión. Epidemias sucesivas devastaron las colonias blancas del Mar Español.

La Fiebre Amarilla se hizo endémica en la Habana en 1762, y en lo sucesivo, la bella ciudad no se vió libre de este azote hasta que el genio de Finlay no logró conquistarlo.

Aunque hay motivos para suponer que la población de las regiones Mediterráneas fueron visitadas durante siglos por la Fiebre Amarilla, la opinión científica hoy día predominante clasifica esta noxa como originaria de la América tropical. Años de prueba realizados por los científicos más connotados no han visto aún el aislamiento del parásito, bacilo o micrococo causante de la enfermedad.

En sus primeras investigaciones, Carlos Finlay estudió el clima de la Habana, pensando en principio que la alcalinidad de la atmósfera tuviera que ver con la presencia o propagación de la Fiebre Amarilla, perseverando largo tiempo en esta dirección, sólo para encontrar que estaba equivocado. La investigación continuaba tenaz en muchos lugares, año tras año, y Finlay se mantenía siempre al tanto de todos los trabajos realizados. En 1879, una comisión sobre la Fiebre Amarilla, dirigida por el Dr. Stanford E. Chaillé, fué enviada a la Habana desde los Estados Unidos, y Finlay fué incorporado a esta comisión por orden de su Gobierno. Las investigaciones de esta comisión produjeron hechos que obligaron a Finlay a abandonar su primera hipótesis y continuar sus trabajos por una nueva senda; y esto resultó en que él descubriera el papel jugado por el mosquito en la transmisión de la Fiebre Amarilla.

EL DESCUBRIMIENTO DE FINLAY

La idea propuesta por Finlay era revolucionaria. A nadie se le había ocurrido ni siquiera sugerir que una enfermedad se pudiera transmitir de hombre a hombre a través de un agente intermediario. Y mucho menos podía suponerse que la Fiebre Amarilla fuera inoculable solamente a través de un mosquito. Finlay por primera vez hizo pública su teoría en una sesión de la Conferencia Sanitaria Internacional en Washington, en Febrero 18 de 1881. Dos delegados habían propuesto que la Conferencia aportara medios para la investigación científica de la Fiebre Amarilla, y Finlay apoyó la moción; las partes más enjundiosas de sus palabras son como sigue:

"Considero urgente que esta Conferencia adopte una resolución favoreciendo la investigación científica de la Fiebre Amarilla... sin entrar en consideraciones técnicas, que estarían fuera de lugar, y solamente como ejemplo, pleno de interés... suplico a mis colegas presentes que recuerden que las medidas sanitarias hoy generalmente re-

comendadas contra la Fiebre Amarilla, están fundadas en un medio de evitar la enfermedad opuesto a un número considerable de hechos observados. De un lado tenemos los partidarios del contagio y de otro los opuestos a la teoría del contagio, cada uno tratando de restar importancia a los casos presentados por el partido opuesto. Bien, señores, declaro que es imposible mirar con una mente imparcial los hechos expuestos sin llegar a la conclusión que muchas de las pruebas citadas a favor de estas opiniones aparentemente contradictorias tienen que ser aceptadas como auténticas, cuya conclusión lógicamente nos lleva a la siguiente, que es que tenemos que admitir la intervención de un tercer factor para explicar estas dos series de hechos.

Mi opinión actual es que tres condiciones son necesarias para que se propague la Fiebre Amarilla:

Uno—la presencia de un caso previo de Fiebre Amarilla, contando con cierto límite de tiempo.

Dos—la existencia de una persona apta para contraer la enfermedad.

Tres—la presencia de un agente enteramente independiente para su existencia, tanto de la enfermedad como del paciente, pero necesario para que la enfermedad se transmita del enfermo al sano.

Se objetará que esto es meramente hipótesis, y ciertamente, solo como tal la doy. Pero creo que es plausible, teniendo por lo menos el mérito de explicar ciertos hechos hasta ahora inexplicables por las demás teorías. No pido nada más, ya que mi único objeto es demostrar que si mi hipótesis, u otra análoga, se realizara, todas las medidas ahora empleadas para combatir la enfermedad, se volverían ineficaces, ya que el esfuerzo principal debió dirigirse contra la tercera condición tratando de destruir el vector, o intentando desviarlo de la ruta que sigue al transmitir la enfermedad.

Veán pues, señores, cuán importante es que esta cuestión se estudie a fondo si no queremos dejarnos llevar por el error al dictar medidas particulares contra la propagación del mal".

Seis meses después, el 14 de Agosto de 1881, Finlay leyó un trabajo en la Academia de Ciencias de la Habana en que desarrolló su teoría que la Fiebre Amarilla se comunica de persona a persona por medio de un mosquito. No solamente hizo él esta atrevida manifestación, sino que fué más lejos e identificó como transmisor del virus a un mosquito llamado por él *Culex*, y conocido después como *Stegomyia fasciata*. Arribó a esta conclusión tras meses de experimentos y pacientes observaciones. Los nuevos hechos que había aprendido sobre los hábitos de la *Stegomyia* fueron confirmados por naturalistas posteriores. En este histórico trabajo Finlay decía:

"En este trabajo no me ocuparé de la naturaleza mortífera de la Fiebre Amarilla, aparte de postular la existencia de una substancia material transportable, que puede ser un virus amorfo, un germen vegetal o animal, una bacteria, etc., pero que de cualquier modo constituye algo tangible que requiere ser transportado del enfermo al sano para propagarse la enfermedad. Lo que quiero considerar es el medio a través del cual la causa morbígena de la Fiebre Amarilla puede separarse del cuerpo del enfermo e implantarse en un sér saludable.

La necesidad de la intervención extrínseca ajena a la enfermedad en sí para que ésta pueda transmitirse, se hace aparente mediante numerosas condiciones, algunas de ellas ya señaladas por Humboldt y Benjamín Rush desde los albores del siglo, y ahora corroboradas por observaciones recientes. La Fiebre Amarilla algunas veces surca el océano para propagarse en puertos lejanos de condiciones climáticas muy diferentes a las del foco de origen, mientras otras veces la enfermedad parece impotente de propagarse fuera de una zona muy limitada, aunque las características meteorológicas y topográficas de las zonas vecinas no parecen ser muy diferentes. Una vez que se reconozca la necesidad de un agente vector como el único medio de explicar estas anomalías, es evidente que las condiciones reconocidas como esenciales para la transmisión de la noxa, solamente pueden actuar a través de su acción sobre este vector. Por lo tanto, es poco probable que este agente se encuentre entre los microbios, poco afectados por las variaciones meteorológicas que se conocen que influyan en el desarrollo de la Fiebre Amarilla. Para llenar esta condición fué necesario buscar entre los insectos. Por otra parte, el hecho de que la Fiebre Amarilla se caracterice clínica e histológicamente por lesiones de los vasos sanguíneos y alteraciones físico-químicas de la sangre, sugieren que el insecto que transmite la substancia infecciosa del enfermo al sano, debe buscarse entre aquellos que entierran su aguijón en los capilares para chupar sangre humana. Finalmente, por razones que no es necesario explicar aquí, llegué a pensar que fuera el mosquito el transmisor de la Fiebre Amarilla".

El Dr. Finlay entonces describió la historia natural de los diferentes tipos de mosquitos de la Habana, y explicó las razones por las cuales fijaba en el *Culex* la responsabilidad de único transmisor de la Fiebre Amarilla.

Siguieron ahora 19 años de estudio por parte de Finlay, casi sin ayuda de otros científicos. Su teoría fué casi universalmente escarnecida como visionaria. Sir Patrick Manson descubrió la transmisión indirecta de la filaria por el mosquito, poco después del descubrimiento de Finlay, pero la publicación de esta evidencia adicional de que la enfermedad puede comunicarse por insectos, no impresionó ni a científicos ni a profanos.

En lugar de experimentar de acuerdo con las ideas de Finlay, la investigación en los Estados Unidos se concentró principalmente en hallar el virus o bacilo específico de la Fiebre Amarilla. Las posteriores investigaciones de Finlay comprobaron su teoría de la transmisión por el mosquito. Cautelosamente inoculó a individuos no inmunes por medio de mosquitos infectados, produciendo casos subagudos de Fiebre Amarilla, pero sus estudios le hacían ver que resultados fatales podían acaecer en ciertas circunstancias, y rehusó arriesgar las vidas de las personas que se sometían a sus pruebas. Por eso se dijo que sus experimentos habían sido baldíos.

EL TESTIMONIO DEL GENERAL GORGAS

Vino entonces la guerra Hispano-Americana y la ocupación de la Habana por los americanos. Lo que siguió está muy bien descrito

por el Gral. Gorgas en su libro, *Salubridad en Panamá*, publicado en 1915. El estaba a cargo del departamento de Salubridad de la Habana después de la ocupación. Narra cómo una comisión se envió a la Habana en 1899 por el Servicio de Sanidad Pública de los Estados Unidos a estudiar la Fiebre Amarilla; cómo reportó la comisión que el microorganismo descubierto en Brasil por el italiano Sanarelli, y llamado por él bacilo icterode, era la causa de la fiebre; cómo el cirujano mayor del Ejército Americano, Jorge M. Sternberg, dudó de estos hallazgos y causó el nombramiento de un comité de Médicos Militares para investigar la Fiebre Amarilla en la Habana; y como este comité, compuesto por los Dres. Walter Reed, James Carroll, Jesser Lazear y Aristides Agramonte, comenzó a trabajar. Tras varios meses de investigar el organismo de Sanarelli, probaron sin lugar a dudas que no era la causa de la enfermedad.

Se creía entonces que la Fiebre Amarilla era una enfermedad de la suciedad. Pero una total limpieza de la Habana no produjo resultado alguno. El Gral. Gorgas escribe:

"A pesar de todo este trabajo y cuidado, la Fiebre Amarilla ha continuado empeorando desde que se presentó en la ciudad, y en 1900 había más casos que jamás había habido en la ciudad. Los cubanos nos mofaban con el hecho de que con todos nuestros gastos y nuestras limpiezas lo que habíamos conseguido era empeorar las cosas, lejos de mejorarlas. Nos señalaban el hecho de que los barrios más limpios y mejor cuidados eran los que más sufrían, y la evidencia era tan irrefutable, que no podíamos menos que aceptarla".

Esta franca confesión del General Gorgas es de especial interés cuando se la compara con la aseveración, hecha en el memorable trabajo en que anunciaba la transmisión de la fiebre amarilla por el mosquito, en 1881:

"Estoy convencido que cualquier teoría que atribuye el origen y propagación de la fiebre amarilla a influencias atmosféricas o condiciones miasmáticas o meteorológicas, o suciedad o falta de higiene, tiene que ser considerada como indefensible. He, por lo tanto, abandonado mis anteriores ideas, y trataré ahora de justificar este cambio de opinión".

Si los científicos americanos hubieran atendido a Finlay desde 1881, habrían salvado miles de vidas y millones de pesos, perdidos en las zonas sureñas de los Estados Unidos por causa de la terrible enfermedad. Pero persistieron en la idea de que era la suciedad la causante, y que la superior higiene americana acabaría por desterrar de La Habana este mal.

"Las autoridades sanitarias se encontraban desorientadas—escribe el General Gorgas—Nosotros no podíamos eliminar de la Habana los focos infecciosos por ningún método conocido".

Se refiere entonces a la comisión de médicos nombrados por el Departamento de Salubridad de la Habana, a quien se enviaban todos los casos sospechosos de fiebre amarilla para su diagnóstico. Gorgas era miembro, y los demás eran el Dr. Carlos Finlay, Dr. Antonio Albertini y el Dr. Juan Guiteras. Naturalmente, la Comisión Reed estaba en íntimo contacto con esta comisión.

TRABAJOS DE LA COMISION REED

Gorgas entonces describe cómo la Comisión Reed, luego de perder meses en estéril experimentación siguiendo otras ideas, fué a ver al Dr. Finlay para pedirle ayuda, consejos e información:

"El Dr. Carlos Finlay, de La Habana, el médico más arriba mencionado como miembro de nuestra comisión, desde el año 1881 ha estado investigando, pensando y escribiendo sobre la relación existente entre el mosquito y la fiebre amarilla. El está convencido de que este insecto es el medio a través del cual se transmite la fiebre amarilla de persona a persona... Su argumentación, de acuerdo con los hechos entonces conocidos, demostrando de estos hechos que el mosquito era el probable transmisor, era sumamente lógica y bella. Pero mucho más bella como ejemplo de raciocinio era la inducción de que era el mosquito *Stegomyia*, entre seiscientos o setecientos otros, el que transportaba la Fiebre Amarilla".

Pero luego de argumentar de que Finlay nunca había demostrado palpablemente su teoría, ignorando la declaración del propio Finlay de que él se había guardado bien de experimentar en condiciones que pudieran haber resultado fatales para los voluntarios que se sometieran a las pruebas, Gorgas continúa:

"Reed dice de Finlay: " Al Dr. Carlos Finlay, de la Habana, debe darse crédito total por la teoría de la propagación de la Fiebre Amarilla por el mosquito, que lanzó en un trabajo presentado ante la Academia de Ciencias en esa ciudad, en la sesión celebrada el 14 de Agosto de 1881."

"La Comisión Reed, después de muchos meses de labor poco fructífera en otras direcciones, se volvió hacia Finlay. El Dr. Reed discutió su teoría con el propio Finlay repetidamente antes de comenzar su labor, y estaba completamente familiarizado con los argumentos y hechos encontrados por Finlay. Verdaderamente, todos conocíamos bien al Dr. Finlay, pero nos inclinábamos a considerar sus ideas muy a la ligera, y ninguno más que yo..."

"El Dr. Reed obtuvo del Dr. Finlay los huevos de mosquitos con el que crió los primeros animales usados en su experimentación... El Dr. Reed dice, en su trabajo *La Etiología de la Fiebre Amarilla, Nota Preliminar*: "Deseamos por este medio expresar al Dr. Finlay nuestras sinceras gracias, quien nos deparó una muy cordial entrevista, y cortesmente ha puesto a nuestra disposición sus muchas publicaciones en la materia durante 19 años de investigaciones, y además por los huevos de mosquito de la especie con que él verificó sus diferentes inoculaciones..."

Después de discutirlo, la Comisión Reed acordó experimentar a ver si de verdad el mosquito transmitía la Fiebre Amarilla. Pero era necesario una cuantiosa suma de dinero y una gran autoridad antes de intentarlo. La Comisión había venido a Cuba con otros propósitos, y no tenía dinero suficiente para estas experiencias. Afortunadamente para la causa de la ciencia y de la humanidad, en aquella época teníamos en Cuba de Gobernador General, al Gral. Leonardo Wood. El Gral. Wood había sido educado como médico... El Dr. Reed le expu-

so al Gral. Wood el plan que pensaba seguir, convenciéndose el Gral. Wood de tal manera ante las argumentaciones del Dr. Reed, que le autorizó tomar fondos del Tesoro Cubano y le dió amplios poderes en lo que respecta a la manera de gastarlos... El Dr. Reed deseaba que esta demostración fuera lo más convincente y espectacular posible. La idea era enteramente nueva, y sus conclusiones provocaron una ola de críticas y mofas. Esta teoría era tan opuesta a lo que la mayoría de las personas creían era su experiencia, que fué recibida con muy escasa consideración... Las conclusiones a que llegó la Comisión se resumen: "Que la fiebre amarilla sólo se trasmite de persona a persona por la mordida del mosquito *Stegomyia* hembra"... Estos descubrimientos han sido de incalculable valor para la Humanidad, y es sobre estas ideas geniales que se han basado todas las medidas sanitaria en contra de la Fiebre Amarilla, y que tan halagador éxito han tenido".

EL PLAN DE FINLAY

Después que Finlay se satisfizo a sí mismo de que el mosquito era el agente responsable de la Fiebre Amarilla, de inmediato dedicó su pensamiento fértil hacia métodos prácticos para extirpar la enfermedad cortando la cadena de la infección. Años antes de que Gorgas iniciara su tarea de desinfectar a la Habana, Finlay había señalado el camino a seguir. Esbozó sus ideas en 1893 en Chicago, y en 1894 en Budapest, ante el Congreso Internacional de Higiene. En esta última ocasión dijo:

"Las medidas especiales que se puedan adoptar contra la propagación de la fiebre amarilla a través de mosquitos deben ser dejadas a la opinión de aquéllos que acepten mi teoría, pero las principales precauciones tienen que ser: 1.—Evitar que esos enfermos sean picados por mosquitos; 2.—Matar todos los mosquitos infectados que sea posible, lo que se logra con 50°C en un lugar cerrado; 3.—Finalmente, considerar como peligroso cualquier lugar en que persistan vivos mosquitos infectados, durante un tiempo prudencial, teniendo en cuenta que la vida promedial de estos insectos es de 35 a 40 días, bajo las condiciones más favorables".

En 1898, después de la ocupación americana de Cuba, propuso Finlay a los oficiales de la marina y ejército americanos, un plan detallado para eliminar totalmente la fiebre amarilla, en que decía:

"Por qué no han de estar provistas las casas de rejilla contra mosquitos, en los países afectos de la enfermedad, tales como los que se usan en los Estados Unidos por pura comodidad, mientras que aquí puede ser cuestión de vida o muerte? Las larvas de mosquitos pueden ser destruídas en zanjás, charcos, lagunas, ríos, excusados, vertederos y otros lugares de procreación, mediante el permanganato de potasio u otra substancia análoga, para disminuir la cantidad total de mosquitos. Pero con mucho lo más importante es evitar que piquen estos animales a enfermos de fiebre amarilla, o se pongan en contacto con sus excretas. Hospitales bien ventilados deben ser construídos, con puertas y ventanas protegidos por celosías anti-mosquitos, en lugares

altos, lejanos a aguas estancadas, con facilidades para destruir mosquitos que se encontraren dentro del mismo, y solamente cuyos pisos superiores fuesen los ocupados por los enfermos. Solamente los enfermos de fiebre amarilla serán admitidos, y aquellos pacientes de paludismo comprobado inmunes a la misma. Los reconocimientos pueden ser verificados en un edificio aparte, y aún otro edificio cercano destinarse a casos en observación.

Con estos hospitales disponibles, con un Cuerpo de Sanidad eficiente, que pudiera ocuparse de los casos que permanecieran en sus casas, y con ciertas mejoras sanitarias alrededor de las principales ciudades, no hay duda de que la fiebre amarilla puede ser extirpada de Cuba y Puerto Rico y el paludismo reducido al *mínimum*. Entonces el trabajo recaería en los empleados de inmigración y cuarentena, para evitar la entrada de nuevas noxas”.

MIRANDO AL FUTURO

Los datos anteriores ilustran la amplitud y la precisión de las investigaciones de Finlay sobre la fiebre amarilla. Sus investigaciones y experimentos en otros campos también fueron muy valiosos, pero no pueden ser reseñados aquí. Al señalar el camino hacia el triunfo sobre la fiebre amarilla, Finlay señaló al mismo tiempo que merece ser inmortal, ganó su derecho a un renombre perpetuo, y bien pudiera ser que fuera considerado como el mayor benefactor médico de este hemisferio. La historia de los pacientes y largos trabajos de Finlay son la inspiración de otros, ansiosos de descubrir los secretos de la Naturaleza. Su triunfo es un mensaje a la Ciencia, advirtiéndole que no le cierre los oídos a investigadores honestos, no importa que sean desconocidos. Su ejemplo nos dice que nos aferremos a nuestro trabajo a pesar de burlas, escarnio o indiferencia. Sus escritos revelan que su mente siempre era hospitalaria para la verdad, no importa donde apareciera, y pronta a reconocer errores en sus propias opiniones.

Aún estamos confrontados con enfermedades de carácter mortal, que pudieran ser conquistadas tan sólo si apareciera un nuevo Finlay. Mantengamos, pues, en la mente su carrera, para que otros investigadores, que aun ahora mismo pueden estar descifrando los misterios del cáncer, de la poliomielitis, y otras plagas, no tengan que sufrir las decepciones que fueron corolario del trabajo de Finlay.

El campo que se abre por delante del Instituto Finlay de las Américas es uno que invita a la exploración por los hombres jóvenes. Requiere una labor ardua, tenacidad de propósitos y serenidad de espíritu. Los objetivos son nobles, y las recompensas ofrendadas a los descubridores son gloriosas, siendo nada menos que el honor divino conferido a Abou Ben Adhem.

Considerando que el Doctor Emilio Roig de Leuchsenring en múltiples trabajos publicados en Cuba y en el extranjero, ha contribuido en forma eficaz al esclarecimiento de la gloria del sabio investigador cubano Carlos J. Finlay.

Los que suscriben, proponen a la consideración del Primer Congreso Nacional de Historia la siguiente resolución:

Que el Congreso Nacional de Historia felicite al Dr. Emilio Roig de Leuchsenring por los trabajos efectuados en relación con la vida y obra del sabio investigador cubano, Doctor Carlos J. Finlay.

Dr. E. Saladrigas, Dr. J. Le-Roy.

Considerando que los Doctores Jorge Le-Roy y Cassa y Francisco Domínguez Roldán dedicaron sus esfuerzos al través de largos años de sus vidas a lograr el total restablecimiento de la verdad histórica sobre el agente trasmisor de la fiebre amarilla por el sabio cubano Doctor Carlos J. Finlay.

Los congresistas que suscriben proponen al Primer Congreso Nacional de Historia la siguiente moción:

Tributar un homenaje de reconocimiento a la memoria de los doctores Jorge Le-Roy y Cassa y Francisco Domínguez Roldán por su obra, que a la vez que tiene un alto sentido patriótico, constituye una valiosa rectificación de errores históricos.

Raquel Catalá, Susini de Armas, Emilio Roig Leuchsenring, Enrique Saladrigas, César Rodríguez.

POR CUANTO: los pueblos necesitan que sus símbolos nacionales estén revestidos de la más augusta dignidad y el más hondo decoro para que, al constanciarse con las sucesivas generaciones, den a la patria verdadera y definitiva fisonomía.

POR CUANTO: la ejecución de nuestro Himno Nacional ha degenerado, por lamentables y equivocadas exigencias oficiales, y por cierta bonachona novelaria popular, en un acto sin trascendencia que, por su cotidiana repetición, casi sitúa a "la voz de la patria" en una pieza más de nuestro repertorio musical.

POR CUANTO: Cuba requiere, como cirugía fundamental para ir hacia el encuentro de mejores días, que se reafirmen los cimientos de la nacionalidad y que los cubanos den a los símbolos nacionales toda su trascendencia porque ellos son—dentro de la ciudadanía—la más alta comunión del espíritu.

POR TANTO: el congresista que suscribe propone al Primer Congreso Nacional de Historia que pida a los poderes públicos de la República que se decrete el más estricto uso del HIMNO NACIONAL que sólo podrá ser ejecutado en actos oficiales o grandes días de victoria o de dolor.

Andrés de Piedra-Bueno, Julio Villoldo, M. I. Mesa Rodríguez, y P. N. González Veranes.

POR CUANTO: El Himno Nacional Cubano, como símbolo histórico, es uno de los atributos de nacionalidad más importantes en cuanto él resume y representa momentos de los más heroicos de nuestra historia patria.

POR CUANTO: Las ediciones al uso y de inmediata adquisición ninguna responde a la forma oficial de dicha página histórico-nacional.

POR CUANTO: Considerándolo en su aspecto y valor artístico y musical nuestro himno precisa una revisión cuidadosa y responsable.

POR TANTO: El congresista que suscribe (Individuo de Número de la Academia Nacional de Artes y Letras) tiene el honor de proponer la siguiente

M O C I O N

1.—Se recomienda a los Poderes Nacionales la designación de una Comisión integrada por compositores cubanos calificados a la que se encargue la revisión cuidadosa y definitiva del Himno Nacional Cubano.

2.—Que por cuenta del Gobierno se proceda a editar con carácter oficial el trabajo que se confíe a la precitada Comisión, recogiendo inmediatamente cuantas otras, con carácter fraudulento, circulan y se expenden en el mercado librero.

José Luis Vidaurreta.

POR CUANTO: es conveniente la unificación de los museos públicos que existen actualmente en Cuba, y de los que se creen en el futuro, bajo un patronato, de carácter oficial, sin vinculación alguna con la política, y en cuyo patronato deben tener representación las instituciones de raíz cultural o cívica y entre las que puede citarse a la Academia de la Historia, la Academia Nacional de Artes y Letras, la Sociedad Colombista Panamericana, la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, la Sociedad Económica de Amigos del País, etc.

POR CUANTO: es conveniente que este patronato tenga jurisdicción también sobre los monumentos y lugares históricos.

POR CUANTO: es necesario dotar a este organismo de algún medio económico para subsistir, y las escuelas privadas pueden—y deben—dar el primer aporte para sostener y mejorar los museos puesto que los museos son el natural complemento de la enseñanza de la Historia en sus diversas acepciones.

POR TANTO: el congresista que suscribe propone al Primer Congreso Nacional de Historia que recomiende a los Poderes Legislativo y Ejecutivo la creación de un Patronato de Museos y Lugares Históricos para que gobierne y administre los mismos. Asimismo propone la creación de un impuesto a los centros educativos privados que servirá para el sostenimiento y mejoramiento de los museos y lugares históricos.

Andrés de Piedra-Bueno.

CONSIDERANDO: que como muy bien ha dicho un ilustre juriscónsulto—Dr. Guillermo de Zéndegui—es necesario resaltar la importancia que para el conocimiento de la historia tienen los archivos, no olvidando que el historiógrafo ha tenido en todo tiempo necesidad de servirse de estas fuentes veraces de información, joyero de inapreciable valor, ya que su manejo, organización y resguardo constituyen hoy sendas disciplinas reservadas a espíritus abnegados y sapientes hurga-

dores del pasado e instrumentos eficacísimos de la cultura, agregando que son en gran parte los archivos americanos monumentos de un reconocido valor, cuyas preciosas reservas se ocultan, no obstante, a la curiosidad científica de tantos y tantos críticos.

CONSIDERANDO: que de igual modo un sobresaliente historiador de reconocida notoriedad—Dr. Emilio Roig de Leuchsenring—ha sostenido en brillante trabajo la urgencia que el cubano tiene de conocer cabalmente la historia de su patria, como medio indispensable para descubrir las raíces y causa de los males, vicios, dificultades y tropiezos que padece la República y así mejor encontrar los remedios y soluciones apropiados a los mismos, necesitándose para ello evitar la pérdida, destrucción u ocultamiento de valiosos archivos documentales, públicos y privados, existentes todavía en nuestra república.

CONSIDERANDO: que también un destacado y meritísimo profesor de la Universidad de La Habana—Dr. Herminio Portell Vilá—en elocuente y hermoso discurso pronunciado con motivo del primer centenario del Archivo Nacional, hubo de manifestar que este importante centro de cultura es el depositario de toda la tradición gloriosa de nuestra epopeya libertadora y de los otros antecedentes que forman una nacionalidad, pudiéndose decir que allí se conserva el historial genuino de la patria, las pruebas documentales de cómo nacieron, vivieron y murieron los que con obra minúscula, mediana o grande, lograron que Cuba continuase siendo Cuba, considerándolo a su vez como una de las más ricas instituciones de su clase en América.

CONSIDERANDO: que asimismo un escritor de profundísimos conocimientos—Dr. José Agustín Martínez—al referirse al papel atribuido a los archivos en la época de su fundación y durante muchos años posteriores, dice que han sufrido una transformación sustancial, dejando de ser aquel lugar secreto, vedado a las miradas del pueblo en el que se consumían en el silencio y la soledad de los estantes los viejos pergaminos, para convertirse en una fuente inagotable de información, brotando torrentes de luz que han iluminado los rincones más secretos de la Historia disipando las leyendas y colocando las cosas en el lugar y grado correspondiente.

CONSIDERANDO: que el Congreso Nacional, atento al clamor público en vista de lo antes expuesto y de mucho más, producto de una campaña que con patriotismo y tenacidad mantuvo latente la Sociedad Colombista Panamericana, ayudada por otras corporaciones y la prensa terrestre y aérea, aprobó una ley declarando cuáles eran los documentos de utilidad pública que se considerarán como partes del patrimonio nacional, a los efectos de impedir y evitar su destrucción o salida del territorio del Estado, disponiendo, también, que en ningún caso podrán ser destruidos, vendidos, gravarlos o hacerlos objetos de transacción alguna a favor de persona o entidad que no sea el Archivo Nacional de Cuba.

CONSIDERANDO: que en la propia pragmática se manda a construir un edificio para el Archivo Nacional que reúna las condiciones de capacidad y seguridad requeridas para establecimientos de esta clase, el cual, además de ofrecer tales garantías, deberá quedar habilitado para que en él se atiendan cuantos servicios públicos se precise prestar en pro de las investigaciones históricas o de cualquier índole.

CONSIDERANDO: que el Sr. Presidente de la República, general Fulgencio Batista y Zaldívar, acompañado de su Consejo de Ministros, **concurrió al edificio del Archivo Nacional el 7 de mayo de 1942 para sancionar la ley de referencia, hecho insólito que fué favorablemente comentado por la intelectualidad cubana.**

POR TANTO: el Primer Congreso Nacional de Historia celebrado en La Habana, República de Cuba, en octubre de 1942,

ACUERDA:

Felicitar al Gobierno de la República por su interés en dar cumplimiento a tan preciada ley, tendiente a salvar de una pérdida segura al más rico de los archivos de América, como de igual manera rogar a cuantos posean documentos de algún interés histórico se sirvan ajustarse a lo preceptuado en el reglamento dictado para su debida ejecución.

Joaquín Llaverías.

Agregar a la proposición del compañero Piedra Bueno, la siguiente del delegado que suscribe:

Que todos aquellos documentos nacionales y extranjeros que se encuentren en distintos museos y bibliotecas pasen, para su custodia y seguridad plena, al Archivo Nacional de Cuba, ya que tenemos entendido que dentro de muy poco tiempo ha de tener su propio edificio, en condiciones como las pide una corporación de la importancia de esta, de la cual es su máximo y eficientísimo Director el compañero Joaquín Llaverías.

Esta proposición lleva implícitamente el propósito de irradiar el peligro latente en que se encuentran, hoy más que nunca, de ser destruida por el fuego o cualquier otro incidente, toda nuestra riqueza documental histórica, sin que ello no quiera decir que hasta el momento no se ha conseguido, a pesar de su inseguridad, la conservación de los mismos por aquellas corporaciones que a su cuidado se han encontrado.

Heriberto Portell Vilá.

El delegado que suscribe, Francisco Pérez de la Riva y Pons, somete a la consideración del Primer Congreso Nacional de Historia la siguiente

M O C I O N

CONSIDERANDO, Que en muchos de los archivos europeos se encuentran documentos de extraordinaria importancia para el estudio de la historia de Cuba.

CONSIDERANDO: que el acceso a dichos archivos resulta difícil y muchas veces de todo punto imposible para los historiadores cubanos.

CONSIDERANDO: que la República de Cuba mantiene representaciones diplomáticas o consulares en casi todas las capitales europeas en las que pudieran encontrarse documentos de importancia para el estudio de nuestra historia.

EL PRIMER CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA

Recomienda al Gobierno de la República que se dirija a sus representantes diplomáticos y consulares en especial de Wáshington, París, Madrid y Londres, a fin de que realicen una búsqueda de los documentos existentes en dichos archivos en relación a Cuba y que previo el permiso que fuere necesario, remitan una copia autorizada al Director de nuestro Archivo Nacional, a fin de que quede en Cuba una copia de los referidos documentos.

F. Pérez de la Riva

Cuando se construyó y dedicó la Plaza de la Fraternidad Americana junto al Capitolio, lo fué con el propósito de que hubiese un centro consagrado a la exaltación de las glorias americanistas y de las grandes figuras de la historia de nuestros pueblos. Ese propósito presidió la colocación de los monumentos a Manuel Sanguily, a Benito Juárez, a Miguel Aldama y a Abraham Lincoln y está también presente los proyectos de erigir otros monumentos a Simón Bolívar y a José de San Martín, en dicha plaza.

De ahí que la inconsulta colocación de un busto en memoria de Frank Steinhart en la Plaza de la Fraternidad esté en abierta contradicción con las ideas que inspiraron la construcción de la misma. El Sr. Steinhart, alemán de nacimiento y norteamericano de adopción, fué soldado de pobre condición en el ejército de los Estados Unidos, que nunca se distinguió como tal y cuya participación en la guerra entre los Estados Unidos y España careció hasta de la más elemental relevancia. Posteriormente, convertido en *factotum* del gobernador militar Leonard Wood, fué fiel instrumento de éste en sus planes anexionistas y nunca tuvo un gesto, siquiera simple, que le hiciese acreedor a la simpatía o al reconocimiento del pueblo cubano en sus aspiraciones a la independencia.

Cuando se estableció la República, y después de la destitución del cónsul general Bragg, pedida por Cuba, Steinhart fué nombrado Cónsul General de los Estados Unidos en La Habana y desde ese cargo se convirtió en elemento perturbador de las buenas relaciones cubano-americanas con intrigas, dobleces y malos consejos que mucho tuvieron que ver con las dificultades del gobierno de Estrada Palma y con la segunda Intervención Norteamericana, que él provocó con sus manejos a espaldas de la legítima representación diplomática de los Estados Unidos y en contra de los mejores intereses de ambos países. Así ocurrió también con su asesoría del gobernador Magoon en la mayor parte de los desaciertos de su administración, hasta que, finalmente, Steinhart decidió aprovechar la influencia y los recursos que había adquirido para dedicarse a promotor de empresas industriales en gran escala, lo que hizo con el apoyo de poderosos intereses financieros norteamericanos, entre ellos el cardenal-arzobispo de Nueva York—hasta adquirir el control de la empresa del alumbrado y los tranvías de La Habana, hoy en tan malas condiciones económicas, con grave quebranto de los intereses de los inversionistas cubanos, después de que Steinhart, por otra jugada financiera, segregó la compañía tranviaria y vendió la del alumbrado.

En cuarenta años en Cuba, Steinhart, de la nada pasó a millonario, y así emuló la buena fortuna de otros inmigrantes alemanes venidos a América, principalmente a los Estados Unidos; pero nunca supo imitarles en tener un interés genuino por el pueblo en cuyo medio se había hecho rico. No hay fundación, obra benéfica, manda o legado, donativo, etc., que recuerde a los cubanos que el antiguo muletero del ejército de los Estados Unidos cumplía con un deber social para con Cuba, como lo hicieron Carl Schurz, Andrew Carnegie, Simón Guggenheim y otros millonarios en los Estados Unidos.

Hay norteamericanos genuinos que hicieron eminentes servicios a Cuba y a la humanidad, como John A. Rawlins, Abraham Lincoln, Clara Barton, Henry Adams y otros, que merecen con todo derecho un monumento digno de su grandeza y de su obra en la Plaza de la Fraternidad; pero no hay una sola razón respetable desde el punto de vista nacional, americanista o humanitario, que justifique la erección de un monumento que es producto de devociones familiares muy respetables, pero enteramente ajenas a la ciudad de La Habana, a Cuba y a la fraternidad americanista.

Por todas estas razones el Primer Congreso Nacional de Historia acuerda:

PRIMERO: Pedir que se cumplan las disposiciones dictadas por el Sr. Presidente de la República y otras autoridades para que sean retirados el busto y el pedestal que forman el monumento a Steinhart en la Plaza de la Fraternidad Americana y que esos materiales sean devueltos a sus propietarios.

SEGUNDO: Pedir a las autoridades que no otorguen permiso para la construcción de monumentos públicos en esta capital, sin la autorización del Ayuntamiento de La Habana, previa consulta de la Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros.

Herminio Portell Vilá, J. L. Franco, Emilio Roig de Leuchsenring.

Al Primer Congreso Nacional de Historia,

Los firmantes, miembros de la Sección de Historia de Cuba de este Congreso, someten a la consideración de los compañeros la consideración de un trabajo titulado *Indice Martiano* cuya publicación fué acordada por el Consejo Corporativo de Educación, Sanidad y Beneficencia, hoy desaparecido, en noviembre de 1940, publicación que no se ha realizado por no haber cumplido el Ministerio de Educación en aquella oportunidad lo ordenado en el decreto de incorporación de las instituciones cívico-militares.

Dicho trabajo alcanza a unas seis mil fichas, con cerca de veinte mil citas, ya que se anota la aparición original de cada trabajo y los lugares en que se ha producido con posterioridad su publicación.

El autor del trabajo lo es el Sr. Manuel I. Meca Rodríguez, quien lleva alrededor de catorce años realizando el mismo.

POR TANTO

Nos permitimos proponer que el Congreso Nacional de Historia acuerde solicitar del Gobierno el cumplimiento del acuerdo del extinguido Consejo Corporativo de fecha 29 de octubre de 1940 en la sesión 229 del

mismo, a fin de que pueda ser repartido al pueblo el próximo 28 de Enero, nonagésimo aniversario del natalicio del Apóstol.

Raquel Catalá, Mario Guiral Moreno, Andrés de Piedra-Bueno y Emilio Roig de Leuchsenring

POR CUANTO: La finalidad de los estudios históricos no es otra que la de enjuiciar las distintas fases de la cultura universal, según ésta se ha ido produciendo característicamente en cada núcleo humano, y fijar, al propio tiempo, la correlación e interdependencia de las mismas.

POR CUANTO: La Historia de las Bellas Artes ocupa lugar preminente entre el conjunto de disciplinas cuyo estudio global es objeto de la Historia.

POR CUANTO: La música, conjuntamente con la Literatura, es factor determinante de nacionalidad, en cuanto que ambas se producen y arraigan de manera específica y característica en cada pueblo.

POR CUANTO: El estudio de la historia de la música cubana es, hasta el presente, de resultados dudosos, en cuanto que el mismo, sólo tiene *matiz de intento* por la forma poco científica y desorganizada con que se lleva a cabo.

POR CUANTO: En los centros docentes musicales (oficiales o privados) establecidos en el País, el estudio de la música cubana,—como factor histórico de integración cultural, es solo letra muerta que se hace figurar en los planes de estudios, muchos de ellos aprobados por el Ministerio de Educación.

POR CUANTO: La enseñanza de dicha disciplina no se imparte con la suficiente responsabilidad, ni tiende a crear o despertar en nuestros futuros artistas una atención merecida, por no apoyarse en un amplio espíritu de cubanidad.

POR CUANTO: El estudio de la música cubana y de su historia, en forma de cátedra viva, está encomendado—en muchos planteles—a profesionales de largo crédito pero que, tanto por su extranjerismo y oriundez cuanto—lógicamente—por desconocimiento del problema histórico cubano y falta de vocación innata hacia el mismo, sólo van, en este orden de cosas, a *llenar una exigencia*, de manera epidérmica y anecdótica—si no es al propio tiempo prejuiciosa y discriminatoria, llegando—en casos altamente peligrosos para nuestra cultura nacional—a conclusiones falsas o erróneas.

POR CUANTO: A tenor del Artículo 56 de nuestra Constitución vigente "EN TODOS LOS CENTROS DOCENTES, PUBLICOS O PRIVADOS, LA ENSEÑANZA DE LA LITERATURA, LA HISTORIA Y LA GEOGRAFIA CUBANAS, Y DE LA CIVICA Y DE LA CONSTITUCION, DEBERA SER IMPARTIDA POR MAESTROS CUBANOS POR NACIMIENTO Y MEDIANTE TEXTOS DE AUTORES QUE TENGAN ESA MISMA CONDICION."

POR CUANTO: Por las razones expuestas en anteriores consideraciones la música cubana debe gozar, incuestionablemente, de las mismas prerrogativas previsoras que las concedidas por el texto constitucional a la literatura e historia cubanas.

+ El Chauvinismo en acción... y luego
se pasan la vida trocándose la de Washington
Irving y la de Irene Wright. Ademas: Patria y
humanidad, es la posición de humanidad que nos

POR TANTO: El congresista que suscribe (Individuo de Número de la Academia Nacional de Artes y Letras) tiene el honor de proponer al Primer Congreso Nacional de Historia,

(Sección de Historia de Cuba)

la siguiente

MOCION

1.—Se recomienda a los Poderes Nacionales la implantación del estudio de la Música Cubana, en todos los centros docentes públicos o privados, en todas sus posibilidades críticas históricas y morfológicas; asentando dicho estudio sobre bases reales de investigación.

2.—Que la profesión de dichas enseñanzas sólo corresponda a los maestros cubanos por nacimiento.

3.—Que, por la carencia absoluta de textos relacionados con la materia, se recomiende a los Poderes, por intermedio del Ministerio de Educación, la adopción de medidas pertinentes que solucionen dicho conflicto; bien sean éstas la creación de un organismo competente encargado de redactar los textos convenientes, convocar a concurso fijando como tema la materia que nos ocupa, etc.

José Luis Vidaurreta.

Que se recomiende al Ministerio de Educación, que la Dirección de de Cultura imparta el más alto sentido cubano a su labor, incluyendo, como complemento lógico la preferente publicación en su *Revista Cubana* de trabajos tendientes al mejor conocimiento y divulgación de la Historia de Cuba.

Gonzalo de Quesada y Miranda, V. Ferrer Gutiérrez, Andrés de Piedra-Bueno, José Rivero Muñiz, F. C. Bedriñana y Heriberto Portell Vilá.

El delegado que suscribe, Dr. Francisco Pérez de la Riva y Pons, somete a la aprobación de este Congreso la siguiente moción:

Que habiéndose defendido brillantemente por el Dr. González Veranes la falsedad del carácter racista atribuido a ciertas revoluciones habidas en Cuba, especialmente la del año 1912, se reconozca esto por Congreso y en tal virtud

A C U E R D E :

Dirigirse al Ministerio de Educación para recomendar a este que al publicarse los libros de texto en que se traten estos temas, no se haga utilizando el nombre de movimientos racistas o revolución de los negros, ya que en todos ellos hubo un movimiento de carácter político y no de carácter racista.

Dr. F. Pérez de la Riva.

El delegado que suscribe recomienda al Primer Congreso Nacional de Historia el siguiente

ACUERDO

Recomendar al Ministerio de Comunicaciones que para evitar errores lamentables, cuando se vayan a emitir sellos de correos conmemorativos de hechos históricos, se consulte sobre los mismos previamente, a las instituciones históricas nacionales, para que éstas informen lo más conveniente.

M. L. de Landaluze.

PRIMERO: En la guerra libertadora cubana iniciada el 24 de febrero de 1895 no es posible establecer preeminencias fundamentales entre los diversos pronunciamientos, alzamientos o gritos que ese día se realizaron en diversos lugares del territorio nacional, de manera que alguno de ellos pueda alegar en su favor la dirección general de aquel movimiento revolucionario, e imponer por tanto a éste su nombre para caracterizar y determinar con él dicha guerra; pues horas más temprano o más tarde de ese día 24, número mayor o menor de conspiradores, gritos sediciosos o combates con las fuerzas españolas, éxitos o fracasos, todo ello importa poco a los efectos de valorar la significación, propósitos e ideales de cada uno de esos alzamientos, pues no eran ellos más que partes de un gran conjunto: la guerra emancipadora preparada, organizada y ordenado su inicio, por el Partido Revolucionario Cubano, de acuerdo, desde luego, con las emigraciones y con los patriotas de la Isla.

Aunque pudiera llamarse a nuestra última guerra emancipadora GUERRA O REVOLUCION DE 1895, como este nombre lleva sólo una connotación cronológica, la denominación adecuada y justa es la de GUERRA O REVOLUCION DE MARTI, ya que el Partido Revolucionario Cubano, que la prepara y organiza, es a su vez todo él la plasmación del gran empeño a que Martí ha dedicado todas las energías de su vida; el pensamiento y el ardor de Martí son los que se infunden como alma de ese organismo poderoso que su genio organizador hizo surgir de las emigraciones dispersas, recelosas, desmayadas; es su cerebro, su corazón y mil veces también sus manos afanadas; y es Martí quien da al Partido y a la guerra, aun después de muerto, ideología, carácter, principios básicos que deben servir de normas políticas a la República Cubana.

SEGUNDO: El Primer Congreso Nacional de Historia demanda de los Poderes Legislativo y Ejecutivo de la República, acuerden dar oficialmente a la guerra libertadora cubana, iniciada el 24 de febrero de 1895, el nombre de REVOLUCION DE MARTI.

Emilio Roig de Leuchsenring.

El Congresista que suscribe propone al Primer Congreso Nacional de Historia que apruebe la siguiente resolución:

Recomendar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que al convocar el Segundo Congreso Nacional de Historia, que ha de celebrarse el año 1943, sin impedir la libre admisión de toda clase de trabajos, señale con tiempo suficiente temas concretos a estudiar y discutir, y entre éstos, la revaloración de las luchas de Cuba por su libertad y su independencia.

Emilio Roig de Leuchsenring.

POR CUANTO: La influencia que en el desarrollo de la industria del tabaco ha tenido en la Historia de Cuba, y en atención también al importante papel que los obreros de la misma han desempeñado en el desenvolvimiento de nuestras luchas, tanto en el campo de la independencia patria como en el de la organización proletaria, los que suscriben proponen a los miembros de este Primer Congreso Nacional de Historia, la creación de una Comisión de Estudios Históricos Tabacaleros, la cual se encargaría de ir acopiando los datos, no sólo de carácter histórico, sino asimismo sociológico, estadístico e industrial que pudiera fijar, de un modo definitivo, la Historia del Tabaco en Cuba.

José Rivero Muñiz, Gaspar Jorge García Galló, Andrés de Piedra-Bueno, José Antonio Portuondo.

SOBRE VOTOS DE GRACIAS Y FELICITACIONES

Los delegados que suscriben proponen se adopte la siguiente Resolución:

El Primer Congreso Nacional de Historia, agradecido a cuantos con su apoyo moral y el calor de su aliento desde las posiciones oficiales que ocupan han contribuido eficazmente al éxito de este congreso y al mejor provecho de nuestros trabajos, acuerda expresar un voto de gracia al Hon. Presidente de la República, Mayor Gral Fulgencio Batista Zaldívar; al Ministro de Estado, Dr. José Agustín Martínez; al Ministro de Educación, Sr. Ramón Vasconcelos; al Ministro de Obras Públicas, Ing. Evelio Govantes; al Ministro de Defensa, Dr. Arístides Sosa de Quesada; al Secretario de la Presidencia, Dr. Andrés Domingo; al director del Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua, Dr. Gustavo A. Bock; al Tte. Nodarse de Armas, Jefe de los Exploradores Nacionales, así como al Alcalde Municipal de La Habana, Dr. Raúl G. Menocal, quien declaró huéspedes de honor de la Ciudad a los delegados del Congreso.

Se acuerda asimismo un voto de gracias a la Sociedad Colombista Panamericana, que ha puesto todo el peso de su autoridad y la valía de sus miembros al servicio del mejor éxito del Congreso.

Fernando Ortiz, Emilio Roig de Lechsenring.

El delegado que suscribe propone al Congreso que acuerde votos de gracias: para el Sr. Alcalde Municipal, por haber cedido los salones del Palacio Municipal para la celebración de las sesiones del Congreso; para el Sr. Ministro de Educación y el Sr. Director del Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua, por el almuerzo ofrecido en dicho plantel; a la Compañía Ron Bacardí por el coctel ofrecido en el salón de recepciones de su edificio.

M. E. Marbán.

El delegado que suscribe propone que el Congreso acuerde una felicitación a la comisión organizadora del Congreso, a los compañeros

y empleados que han trabajado en el despacho de los asuntos tratados, y al cuerpo de taquígrafos por haber entregado las copias de las actas de las sesiones al día.

Julio Le Riverend.

Los delegados que suscriben tienen el honor de proponer al Congreso adopte la siguiente

RESOLUCION

El Primer Congreso Nacional de Historia, reconocido a la cooperación decidida y eficaz que le ha prestado la prensa toda de la Habana, tanto la impresa como la radiada,

ACUERDA hacer constar un efusivo voto de gracias a la prensa de tierra y aire por la atención que ha dispensado a los trabajos del Congreso y por la labor de divulgación de nuestras discusiones y resoluciones.

Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring, Raquel Catalá.

Los delegados que suscriben,

Atentos al beneficio incalculable que prestan a la cultura popular los periódicos que publican secciones fijas de historia, y a lo meritorio de la labor de divulgación de nuestro pasado que con ello se realiza, haciendo que llegue al conocimiento y el amor de la historia a todos los hogares y que en todos se cree y aliente el interés por los problemas del pasado;

tienen el honor de proponer al Primer Congreso Nacional de Historia adopte el siguiente proyecto de

RESOLUCION

El Primer Congreso Nacional de Historia acuerda felicitar a todos los periódicos cubanos que mantienen secciones fijas dedicadas a problemas y monografías históricas, y en especial a los diarios de la Habana *El Mundo*, *Prensa Libre* y *El País*, así como la revista semanal *Caracoles* y la Radioemisora del Ministerio de Educación, que tan cariñosa atención dedican de manera continuada a los problemas históricos.

Y expresa su deseo de que el resto de la prensa dé a la Historia el valor informativo y de interés actual que realmente tiene y coopere a la obra cultural y social de divulgación de nuestro glorioso pasado.

Fernando Ortiz, Emilio Roig de Leuchsenring.

POR CUANTO: Al Dr. Emilio Roig de Leuchsenring se debe la realización de una gran labor histórica, efectuada durante largos años al través de publicaciones periódicas, de conferencias, folletos y libros; así como la obra de creación y organización de la Oficina del Historiador de la Ciudad en el Municipio de La Habana, con sus proyecciones del Archivo Histórico Municipal, de la Biblioteca Histórica Cubana y Americana, constituida por el aporte de su biblioteca particular

ejemplo y tenido la iniciativa de que los intelectuales pongan sus bibliotecas privadas al servicio público.

POR CUANTO: A él también se debe haber rescatado de la pérdida y destrucción que han sufrido casi todos los fondos del Archivo Municipal habanero, la riquísima colección de las Actas Capitulares, habiéndose publicado hasta la fecha, bajo su dirección, los tres primeros volúmenes de tan valiosos documentos; así como el primer tomo de la *Historia de La Habana*, que alcanza hasta el año 1565, y otras muchas publicaciones de carácter histórico.

POR CUANTO: En el Dr. Roig de Leuchsenring concurren, entre otros méritos, los de haber organizado y desenvuelto diversos ciclos de conferencias de divulgación en el Palacio Municipal; tenido la iniciativa de que la Administración Municipal abra las puertas del Palacio Municipal para actos de divulgación cultural; ser el fundador de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales; el organizador, en dicha Sociedad, de ciclos de conferencias y de la Exposición Histórica realizada en el Palacio Municipal sobre la "Contribución de Cuba a la causa de la democracia: Dos siglos de lucha por la libertad"; la creación de la Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros; y finalmente, la vigilancia y defensa de los tesoros artísticos e históricos del Término Municipal de La Habana.

POR CUANTO: El Dr. Roig de Leuchsenring, además de sus actividades como Historiador de la Ciudad de La Habana y Presidente de la mencionada Comisión de Monumentos, Edificios y Lugares Históricos y Artísticos Habaneros, ha propiciado la creación en todos los Municipios importantes de la República, del cargo de Historiador local y de Comisiones análogas a la de La Habana, siendo asimismo iniciativa suya la creación del Museo de esta Ciudad, del cual acaba de abrirse al público el primer salón en el Palacio Municipal.

POR CUANTO: Es evidente y notoria la gran labor por él realizada en la organización y celebración del Primer Congreso Nacional de Historia, que ha tenido un éxito resonante por el número y calidad de los trabajos presentados y al cual han concurrido, a pesar de las actuales circunstancias adversas, distinguidos delegados de otros países de América.

POR CUANTO: La obra histórica del Dr. Roig de Leuchsenring se ha caracterizado por la seriedad y responsabilidad de sus investigaciones y críticas, yendo a las fuentes documentales, prescindiendo de leyendas infundadas y destruyendo prejuicios y errores históricos; por el patriotismo constructivo; por la revalorización de nuestra historia y por el mantenimiento y defensa de ideales y principios democráticos y liberales, igualitarios y adversos a las discriminaciones de toda índole; y por el constante propósito de hacer llegar al pueblo los frutos de los estudios históricos, para que sea éste quien alcance en término primordial los beneficios de esos trabajos, convertidos en enseñanza cultural y cívica.

POR TANTO: El Primer Congreso Nacional de Historia acuerda, por unanimidad, felicitar al Dr. Emilio Roig de Leuchsenring por la excelente e insuperable labor que ha realizado en pro de todos los empeños de carácter cultural, y muy especialmente en el sector históri-

co, así como por el éxito de todas sus iniciativas y gestiones tendientes a la conservación, exhibición y divulgación de documentos y objetos relativos a la Historia de Cuba.

Mario Guiral Moreno, Manuel I. Mesa Rodríguez, Antonio Álvarez Pedroso, Heriberto Portell Vilá, Andrés de Piedra-Bueno, José A. Tresarra, M. Isidro Méndez, Enrique Noble, Alicia de Jongh, Susini de Armas, José Manuel de Ximeno, Hortensia Poncet, Francisco Pérez de la Riva, Fernando Ortiz, Joaquín Llaverías, José Antonio Portuondo, M. de Landaluce, Julio Villoldo, José Luis Vidaurreta, Francisco González del Valle, Gerardo Castellanos G., Pablo Abril de Vivero, E. Domenech, Pedro G. Veranes, Carlos A. Llanes, Herminio Portell Vilá, Carolina Poncet, María Corominas, Angelina Edreira, María Luisa Fernández, Gaspar Jorge García Galló, Patria Edreira, Gonzalo de Quesada.

POR CUANTO: la realización de este Primer Congreso Nacional de Historia se debe, especialmente, al entusiasmo infatigable del celoso Historiador de la Ciudad de La Habana, Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, y la amplitud que se ha dado a este evento de cultura ha hecho posible la concurrencia al mismo no sólo de los avezados a estos estudios sino de los simples aficionados a estas disciplinas.

POR CUANTO: es justo el reconocimiento a los hombres que, contra todos los vientos de la indiferencia ambiental, mantienen en alto pendones de superación colectiva.

POR TANTO: el congresista que suscribe pide al Primer Congreso Nacional de Historia que acuerde un voto de aplauso para el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, ilustre Historiador de la Ciudad de La Habana.

Andrés de Piedra-Bueno.

Los congresistas que suscriben,
deseosos de rendir tributo a la provincia de Matanzas, cuna de hombres esclarecidos que han conquistado merecidamente para su capital el sobrenombre de la "Atenas de Cuba";

en reconocimiento de la antigüedad insigne de la región cuyas raíces históricas y cuyo nombre están afianzados en las propias leyendas primitivas cubanas; y

con ocasión de celebrarse precisamente el año próximo de 1943 el 250º aniversario de la fundación del municipio de Matanzas,

tienen el honor de proponer al Congreso adopte el siguiente proyecto de

RESOLUCION

El Primer Congreso Nacional de Historia, acuerda en homenaje a la provincia de Matanzas y para cooperar a la celebración del Quinto Centenario de la Creación del Municipio de Matanzas, que se celebrará solemnemente en 1943,

a) Que el II Congreso Nacional de Historia tenga por sede la ciudad de Matanzas, capital de la provincia de su nombre, y

b) Que la sesión de clausura de II Congreso tenga lugar en la ciudad de Cárdenas, de la misma provincia.

Emilio Roig de Leuchsenring.

ACUERDOS

ACTA FINAL

En el Primer Congreso Nacional de Historia celebrado en La Habana, Cuba, del 8 al 12 de octubre de 1942, se aprobaron, en el curso de la sesión plenaria, las siguientes declaraciones de principios, declaraciones, recomendaciones y votos:

Declaraciones de Principios

1

ADHESION A LA DEMOCRACIA

El Primer Congreso Nacional de Historia proclama su fervorosa adhesión a los principios democráticos y su enérgica repulsa a los sistemas y procedimientos del fasci-nazi-nipo-falangismo; expresa sus simpatías por las Naciones Unidas que luchan contra la barbarie totalitaria y también por los pueblos de los países invadidos por las hordas de Hitler, Mussolini e Hirohito y por el pueblo español sojuzgado por Franco, todos los cuales están ofrendando su sangre y sus vidas, con heroísmo ejemplar, por la libertad, la civilización y la cultura; declara su anhelo de ver triunfante en el mundo una verdadera democracia, no sólo de palabras y de ideales remotos, sino de realidades esenciales que traduciéndose en hechos concretos ponga término a la organización social-económica que hoy padecen casi todos los pueblos de la tierra, divididos en dos castas: explotadores y explotados; así como a las desigualdades sociales basadas en diferencias de sexo, raza, color y religión; y juzga que esos propósitos definidos son las causas básicas de la participación de América en la presente contienda bélica, pero que para Cuba, además de este amplio ideal humano que comparte con todos los pueblos combatientes, esta guerra significa una nueva lucha por su independencia, a cuyo final nuestra patria debe lograr la liquidación total de la colonia, afianzar su soberanía, rescatar su economía, e impedir que se abatan sobre nosotros los imperialismos continentales o extracontinentales contrarios a la estabilidad y al engrandecimiento de la República.

2

UNIDAD NACIONAL

Entendiendo que las actuales circunstancias mundiales y nacionales demandan una unión estrecha entre todos los cubanos que sientan en su carne la urgencia de mantener incólumes los principios de Libertad y Democracia, sobre los cuales se asienta la existencia misma de nuestras repúblicas, y que a esta perpetuación atenta la discrepancia partidaria llevada más allá de sus límites justos de diferenciación ideológica, este Primer Congreso Nacional de Historia hace un llamamiento a todos los sectores de la opinión pública cubana para que, sobreponiendo a sus intereses de grupo el interés mayor de la patria, consagren sus esfuerzos a lograr la más estrecha unidad nacional, indispensable en los instantes presentes.

3

SIMPATIA HACIA LOS PERSEGUIDOS POLITICOS

Por último, el Primer Congreso Nacional de Historia acuerda expresar un voto muy alto y muy sincero en favor de la libertad de cuantas personas de innegable devoción a la causa democrática sufren prisión, destierro o persecuciones en el continente americano por sus ideas sociales o políticas.

4

ESPIRITU DE LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

El Primer Congreso Nacional de Historia declara que el espíritu que debe inspirar la enseñanza de esta disciplina es el que expresan los siguientes principios generales:

Primero: La enseñanza de la Historia posee en la actualidad transcendencia excepcional, ya que ante la profunda crisis ideológica traducida en la guerra más catastrófica que ha sufrido la humanidad, en el estudio acucioso y comprensivo del pasado hallarán los pueblos amantes de la libertad y de la democracia el afianzamiento de los principios fundamentales de nuestra civilización y la seguridad de nuestra evolución cultural. Por lo tanto, es imperioso que esta importancia primordial sea reconocida por las autoridades del país, a fin de que procuren, por todos los medios a su alcance, que el conocimiento de la historia se extienda cada vez con mayor vigor y amplitud entre todo el pueblo de Cuba.

Segundo: Es necesario que la enseñanza de la Historia, tanto de la general como la continental y la nacional, esté libre de prejuicios raciales, religiosos o políticos y de convencionalismos de todas clases, así como de las falsedades que han tergiversado en muchas ocasiones la verdad histórica.

Se da de cabotados con la proposición de la pag.
189. — Los Maestros debían ser Cubanos y
dar clases sobre otros cubanos, etc.

Tercero: En la enseñanza de la Historia se considerará más importante la evolución integral de la sociedad, es decir, la historia de la civilización y del desarrollo cultural y económico-social, con preferencia a los hechos militares y políticos escuetos y los detalles personales o episódicos, limitando estos aspectos a lo estrictamente necesario para la comprensión total de cada época histórica.

Cuarto: La enseñanza de la Historia deberá hacerse en forma sistemática e ininterrumpida a través de todas las etapas escolares desde la escuela primaria hasta la Universidad, de acuerdo con la gradación que dispongan los técnicos en la materia.

Quinto: La enseñanza de la Historia General tendrá por objeto desarrollar el sentimiento de solidaridad humana y destacar la necesidad de la unión de todos los pueblos para la consecución de todos los fines de la sociedad civilizada, por sobre cualesquiera limitaciones de carácter particular, localista o nacionalista, que se opongan al progreso y al bienestar general.

Sexto: La enseñanza de la Historia de América debe considerar a la historia social como materia trascendente y esencial del estudio de esa disciplina, a fin de desarrollar un sentimiento de unión y confraternidad continental basado en el afianzamiento de los ideales verdaderamente americanos que son los de libertad, justicia y democracia, y evitando cualquier interpretación tendenciosa o exageración de incidentes que puedan impedir la realización de una sincera y fuerte solidaridad americana.

Séptimo: La enseñanza de la Historia de Cuba deberá proponerse como fin esencial la consolidación del espíritu de nuestra nacionalidad, realzando nuestros valores positivos en todos los campos de la actividad humana, la doctrina y el ejemplo de los forjadores de la cubanidad a través de nuestra evolución histórica, y el esfuerzo, los ideales y propósitos de nuestros libertadores, donde se dará el merecido lugar privilegiado al programa revolucionario de Martí, que deberá ser la base del ideario cubano tanto en su sentido profundamente nacional como en su proyección americana y su inspiración y magnitud universales, para que la reafirmación patriótica sea el primer paso hacia el reconocimiento justo y dinámico de la posición y la misión históricas de Cuba en el Continente y en el Mundo.

Historia General

5

Recomendar a las autoridades docentes cubanas:

Primero: el reconocimiento de la necesidad de intensificar los estudios de Historia General en nuestros planteles de enseñanza secundaria y de enseñanza especial, concediéndoles en los horarios de clase el tiempo necesario para que puedan rendir el fruto debido.

Segundo: la modificación de los programas de Historia General que rigen actualmente, sobre todos en los Institutos de Segunda Enseñanza, dándoles un carácter más objetivo y eliminando las afirmaciones polémicas y dogmáticas que poseen.

Tercero: la coordinación de los estudios de Historia de Cuba, Historia de América e Historia General, en forma tal que resalte la posición histórica de nuestra nación en sus relaciones con el resto del mundo.

6

Recomendar la creación de un *Grupo Popular de Estudios y Divulgación Históricos*, adscripto a la Oficina del Historiador de la Ciudad, y como órgano anexo y secundario de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, para cuya formación se llamará a cuantos historiadores deseen cooperar al propósito de interesar al corazón mismo del pueblo, por medio de los centros culturales populares, en estos estudios históricos, propendiendo así a levantar la educación político-social de nuestras masas, y completar especialmente la revaloración de la Historia de Cuba.

7

Recomendar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que entre los temas del Segundo Congreso Nacional de Historia, incluya el de dilucidar el lugar de nacimiento de Cristóbal Colón.

8

Recomendar a los editores de todo género de publicaciones contenitivas de efemérides, datos o relatos históricos, que confíen esas labores a personas versadas en el conocimiento de la Historia, o que sometan al criterio de éstas el material preparado, antes de darlo a la publicidad, para evitar en lo posible la comisión de errores cuya divulgación resulta nociva a la cultura popular.

9

Invitar a los ciudadanos amantes de la verdad a que, tan pronto adviertan, en cualquier publicación, un error histórico manifiesto, lo pongan en conocimiento de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales para que ésta, después del correspondiente estudio, procure su rectificación.

10

Recomendar a la mencionada Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que periódicamente dé a la publicidad, por medio de la Prensa, de folletos o de boletines, el resultado de su trabajo de rectificación de errores históricos realizado durante el año anterior, señalando los datos erróneos de que haya tenido conocimiento y corrigiendo las equivocaciones advertidas, en beneficio de la cultura popular.

Historia de América

11

Proclamar la importancia de estudio de la Historia de América por los habitantes de los pueblos de nuestro continente, recomendándose la obligatoriedad de la enseñanza de esa asignatura en todos los grados de la educación.

12

Reconocer la necesidad de buenos textos de Historia de América redactados por profesores que, además de verdadera competencia pedagógica, posean un profundo sentido americanista.

13

Proclamar la importancia del conocimiento recíproco de los países de América, y recomendar, a ese fin:

a) la intensificación del intercambio de profesores, alumnos y obras de Historia entre los pueblos de este continente;

b) la creación de becas para el estudio de la historia de cada uno de los países de América, que concederá el gobierno respectivo a investigadores ciudadanos de otras naciones americanas, que habrán de ser designados por las instituciones autorizadas de su país de origen, a la que deberán de dar cuenta de sus trabajos, para su consiguiente divulgación;

c) el fomento del turismo interamericano sobre bases de índole cultural.

14

Recomendar a las autoridades educacionales de Cuba la inclusión de la Historia de América en los planes de estudio de la primera y de la segunda enseñanzas, con las gradaciones pedagógicas correspondientes.

15

Reconocer la deuda de gratitud contraída por los historiadores americanos con numerosos eruditos de este continente que vienen poniendo en manos de los investigadores las riquezas documentales que atesoran los archivos de América y muchos del Extranjero.

16

Expresar el deseo de que se intensifique y divulgue el conocimiento científico y documental de la Historia de América, mediante:

a) la edición metódica y coordinada de los fondos de los archivos de América, al través de las instituciones autorizadas (Centros, Academias, Universidades, Archivos, Sociedades) de todos los países americanos, a las cuales deberán prestar sus respectivos gobiernos los medios económicos y la ayuda oficial necesarios a una obra de tan amplio volumen y de tan indudable interés público;

b) la publicación igualmente metódica de los documentos referentes a América existentes en archivos extranjeros, previa la revisión y transcripción que efectúen los investigadores pensionados a ese fin por los gobiernos americanos;

c) la creación por todos los gobiernos de América, en virtud de gestión que se encomienda a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, de una Comisión Interamericana de Publicación de Documentos Históricos, para el mejor cumplimiento de lo recomendado en los apartados anteriores;

d) el inicio, por la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, y mientras no funcione la Comisión indicada, de los trabajos de publicación del Índice clasificado de documentos históricos relativos a América contenidos en las diversas colecciones diplomáticas y en obras de carácter monográfico.

e) el establecimiento, en los países de América, de estudios de Paleografía y Diplomática, que despierten la afición a los documentos originales y creen el sentido crítico necesario para la valoración de los instrumentos antiguos.

17

Proclamar que los pueblos de América no pueden renunciar jamás a los principios de libertad y democracia, sin renegar de sí mismos y de la unidad y solidaridad continentales, empeños máximos de Bolívar en su obra magnífica de creador de Repúblicas, defensor de la libre determinación de los pueblos y paladín de los derechos del hombre y del ciudadano, según el consenso de la opinión universal, desde los contemporáneos del Libertador hasta nuestros días.

18

Declarar que, de acuerdo con lo que establecen los documentos más fidedignos conocidos hasta la fecha, los restos del Primer Almirante Cristóbal Colón son los que se encuentran en la catedral de la capital de la República Dominicana.

19

Solicitar del Congreso de la República la aprobación de una ley por la cual se cambie la denominación de *Día de la Raza* por la de *Día del Descubrimiento de América*, y se suprima la denominación de la *Bandera de la Raza* a la que desde la VII Conferencia Internacional de Estados Americanos es la *Bandera de las Américas*.

20

Gestionar de la Cámara Municipal de La Habana que apruebe el crédito necesario para erigir en la Plaza de la Fraternidad Americana de esta ciudad un busto del prócer americano, nacido en Puerto Rico y gran amigo de Cuba, Eugenio María de Hostos.

21

Declarar que *The Hispanic American Historical Review* de Durham, N. C.; la Duke University que la edita, y los fundadores y directores de dicha publicación, son acreedores al aplauso y al reconocimiento de los historiadores del Nuevo Mundo, por la espléndida labor que durante tantos años han venido desarrollando por el progreso de los estudios históricos y, muy principalmente, por la jerarquía que han dado a la historia de Hispanoamérica y los resultados logrados de un mejor acercamiento entre los pueblos todos de América.

Historia de Cuba

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA DE CUBA

22

Recomendar al Ministerio de Educación y a la Junta de Superintendentes:

Primero: que se considere la Historia de Cuba como asignatura básica para la promoción de los alumnos en todos los grados de la enseñanza.

Segundo: que se redacte un nuevo curso de Historia de Cuba con un sentido nacionalista, en el que se eliminen todos aquellos elementos que no producen valores efectivos en la mente del alumno, como lo es el abigarramiento de detalles minuciosos o de datos innecesarios, y donde se fije una orientación fundamental, con unidad de interpretación de los grandes fenómenos históricos cubanos, a la que deberán ajustar se los autores de libros de texto y los profesores, aunque conservando unos y otros toda libertad para la exposición histórica y los juicios sobre hechos y personajes en particular.

Tercero: Que se emplee un método o programa único dentro de las orientaciones modernas de la metodología de esta disciplina para el estudio de la Historia de Cuba en todas las escuelas públicas y privadas.

Cuarto: Que para la enseñanza de la Historia de Cuba se emplee la técnica de la escuela renovada, intuitiva y activa, suprimiendo el verbalismo memorista que hoy predomina.

Quinto: Que el uso de los libros de texto en la enseñanza de la Historia de Cuba no sea, como hasta ahora, el único procedimiento empleado por el maestro, sino que se utilice solamente como fuente adicional de información.

Sexto: Que se establezca el estudio objetivo de la historia de Cuba y la obligación, para las escuelas públicas y privadas, de complementarlo con visitas a bibliotecas, museos y archivos, así como a los lugares históricos más cercanos, seleccionado, además, a los alumnos que demuestren mayor capacidad para los estudios históricos, en cada provincia, los que serán premiados con un viaje a la capital de la República, o a un lugar histórico del interior de la Isla si residen en La Habana.

Séptimo: Que se nombre una comisión integrada por personas competentes, para que revise los libros de texto de Historia de Cuba actualmente en uso en todas las escuelas públicas y privadas, desde la enseñanza primaria a la Universidad, y haga rectificar los innumerables errores históricos que contienen.

Octavo: que se ensayen cursillos de preparación especial para la enseñanza de la Historia de Cuba a los maestros en ejercicio, teniendo en cuenta la necesidad de intensificar el adiestramiento de los mismos en dicha asignatura.

Noveno: Que considerando insuficiente el tiempo que se concede a la enseñanza de la Historia de Cuba en los Institutos de Segunda Enseñanza y en las Escuelas Normales, de Comercio y especiales, se reco-

mienda reajustar el Plan de Estudios en forma adecuada para que se le consagre por lo menos un curso completo o dos medios cursos.

Décimo: Que se separen las cátedras de Geografía y de Historia en todas las escuelas de enseñanza secundaria o especial, disponiendo que los actuales profesores de dichas cátedras puedan optar por la enseñanza de una u otra materia.

Undécimo: Que se propicie la redacción de textos de historias locales y la inclusión del estudio de la historia de la localidad en las escuelas respectivas, como primer paso en la enseñanza de la Historia.

Duodécimo: Que se disponga que en todas las escuelas de Segunda Enseñanza de la República, tanto oficiales como privadas, se dedique no menos de una hora a la semana, al estudio de la vida y la obra de José Martí.

23

Designar una comisión integrada por los Sres. Herminio Portell Vilá, Roberto Pérez de Acevedo, Manuel I. Mesa Rodríguez, Leonardo T. Mármol, Pedro García Valdés, Fernando Portuondo y Efraim Entralgo, para que en el transcurso de un año realice una selección bibliográfica que constituya un cuerpo completo de textos y fuentes de conocimiento de la historia nacional, con arreglo a los criterios modernos, y que comprenda las distintas etapas históricas de Cuba. Esta Comisión rendirá el informe de su labor ante el Segundo Congreso Nacional de Historia.

CUBA PRECOLOMBINA

24

Recomendar la formación de colecciones privadas de los restos de las diversas culturas indocubanas, sin que en ningún caso puedan ser cedidas a museos extranjeros

25

Solicitar de la Junta Nacional de Arqueología que todo objeto único aborígen sea declarado de pertenencia nacional, debiendo dejarse su custodia a cargo del investigador que lo haya encontrado.

26

Solicitar de la Universidad de La Habana que propicie la continuación de los estudios antropológicos comenzados por los Dres. F. Royo Guardia y R. Herrera Fritot, sobre cráneo indocubano, con objeto de determinar los índices correspondientes a nuestros aborígenes.

27

Solicitar de los Poderes Públicos que se preste mayor atención y cooperación a la Junta Nacional de Arqueología, en los estudios e investigaciones que realiza con objeto de determinar la diferenciación de cada una de las culturas indígenas antillanas y de establecer las relaciones etnológicas con las afines continentales.

28

Recomendar a la Junta Nacional de Arqueología se interese por que se salven aquellos errores manifiestos consignados en libros de textos de nuestras escuelas, en relación con las culturas aborígenes cubanas.

29

Solicitar que se envíen a la Comisión Organizadora del Primer Congreso Histórico Municipal Interamericano, y a la Junta Nacional de Arqueología, para su consideración y estudio, copias de los trabajos presentados a esta subsección de Prehistoria de Cuba, teniendo en cuenta la importancia de los mismos, sobre todo en relación con la existencia de una nueva cultura aborigen en Cuba.

30

Reconocer al Dr. Felipe Pichardo Moya el mérito de ser el iniciador de los estudios relacionados con la existencia de una nueva cultura aborigen en Cuba.

31

Recomendar a los Poderes de la República que por los diversos medios a su alcance perpetúe el recuerdo de la actitud digna, viril y muchas veces heroica, de los indígenas cubanos frente a los conquistadores españoles.

32

Recomendar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que realice los estudios necesarios para aclarar definitivamente quién fué el primer indio que en Cuba hizo activa resistencia a los invasores españoles.

CUBA COLONIAL

33

Declarar que, de acuerdo con los documentos presentados ante este Congreso, ha podido comprobarse que fué en La Habana, y no en la ciudad de Cárdenas, donde se erigió en Cuba el primer monumento a Cristóbal Colón.

34

Recomendar al Ministerio de Educación de la República la realización de un homenaje perdurable a la memoria del intendente don Alejandro Ramírez como benefactor de la educación en Cuba, dando su nombre a una Escuela Pública de la ciudad de La Habana, y colocando en dicha escuela una lápida que perpetúe su nombre para las generaciones venideras.

35

Pedir al gobierno de la República que, con motivo de celebrarse el 9 de enero de 1943 el tercer cincuentenario de la fundación de la So-

ciudad Económica de Amigos del País, se imprima y se haga circular una emisión de sellos conmemorativos de aquel trascendente hecho histórico.

LA LUCHA POR LA INDEPENDENCIA

36

Expresar el reconocimiento de este Congreso a los educadores forjadores de la conciencia cubana cuya vida estuvo de acuerdo con su conducta personal al través de los acontecimientos que tuvieron lugar durante el ejercicio de su sagrado ministerio.

37

Proclamar que la Masonería cubana ha sido en todos los tiempos, desde su fundación, la institución que más elementos ha aportado a la independencia, la libertad, la cultura y el progreso de Cuba, tanto desde el punto de vista ideológico como por el ejemplo de sacrificio, heroísmo y perseverancia ofrecido por sus afiliados a fin de dar a Cuba una vida de decoro humano, de igualdad y fraternidad social y un régimen de sana democracia.

38

Dirigirse a la Gran Logia de la Isla de Cuba, organismo supremo de la Masonería simbólica en nuestra República, para darle cuenta del acuerdo anterior, y para pedirle que designe "beneméritas de la Masonería cubana" a la logia *El Templo de las Virtudes Teologales* y a la *Gran Logia Española del Rito de York*, y que perpetúe sus nombres en la forma que estime oportuna, por haber sido los primeros organismos masonónicos cubanos que trabajaron en nuestra patria.

39

Proclamar que, a pesar de la disparidad de criterio existente entre la Junta Revolucionaria constituida en los Estados Unidos para auxiliar a los combatientes de la Guerra de los Diez Años y otros cubanos que también trabajaban con el mismo fin, tanto los llamados "aldamistas" como los denominados "quesadistas" fueron amantes sinceros de la independencia de Cuba.

40

Pedir a la Cámara Municipal de La Habana la aprobación del proyecto que ante ella se ha presentado sobre remoción de la estatua de Fernando VII de la Plaza de Armas y su sustitución por la de Carlos Manuel de Céspedes, primer Presidente de la República en armas, así como que dicha estatua de Fernando VII sea enviada al Museo de la Ciudad de La Habana.

41

Pedir a la Cámara Municipal de la ciudad de Matanzas que sea retirada del Paseo de Martí de aquella población, y enviada a un museo, la estatua de Fernando VII allí existente.

42

Recomendar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que nombre una comisión que se encargue de examinar el expediente enviado por la Gran Logia de la Isla de Cuba, sobre el proyecto del monumento de homenaje en recuerdo de los masones caídos en las luchas por la independencia patria, y que dictamine en la polémica que ha surgido con la Academia de la Historia acerca del sitio adecuado para la erección de dicho monumento.

43

Rendir homenaje a la memoria de las víctimas de la reconcentración de 1896 y de todos los mártires anónimos e indefensos de nuestras guerras de independencia.

44

Rendir un homenaje a Martí como hacedor de Historia y como excelsa exponente de sus enseñanzas, que por su poder de síntesis y de evocación elevó el mejor monumento a las grandes figuras históricas cubanas.

45

Recoger el acuerdo adoptado por la Segunda Reunión Interamericana del Caribe, por el que se resolvió gestionar del Gobierno de la República la adquisición—en caso de que no pudiera lograrse su cesión por parte del actual propietario—de la casa donde fué redactado por José Martí y firmado por él y por Máximo Gómez el "Manifiesto de Montecristi", en la ciudad de ese nombre, de la República Dominicana, a fin de que en ella se instale una escuela pública que se denominará "República de Cuba", y se coloque, en la habitación en que se firmó dicho Manifiesto, una tarja conmemorativa de tan importante hecho de la historia patria.

CUBA REPUBLICANA

46

Recomendar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales la creación de una Comisión que se encargue de seleccionar y disponer para su publicación ordenada los documentos más importantes para la Historia de Cuba que todavía se hallen inéditos; y solicitar del Alcalde y de la Cámara Municipal de La Habana la concesión de los créditos que permitan publicar cada año, por lo menos dos tomos de dichos documentos inéditos, consagrándose un tomo a los de carácter económico-social y otro a los políticos, como parte de la Colección de Documentos Inéditos que edita la Oficina del Historiador de la Ciudad.

47

Dirigirse al Ministerio de Educación y al Rector de la Universidad de La Habana para solicitar que en los altos centros educativos de la República se estimulen las investigaciones científicas y los estudios especiales referentes a la evolución étnica del pueblo cubano, a la significación de todas las culturas aportadas a su formación y a los

elementos básicos de su desarrollo social y económico en todas las etapas históricas, desde la época india a la republicana, concediéndose así importancia mucho mayor a la evolución integral de Cuba que a los hechos meramente políticos, personales o episódicos de nuestra historia; y solicitar asimismo que esta atención a tal concepto de la enseñanza de la Historia por parte de las altas autoridades de la República en materia de educación se traduzca, a la mayor brevedad posible, en la redacción de nuevos programas y textos, y en el establecimiento de nuevos cursos, seminarios, cátedras y concursos consagrados a este fin.

48

Declarar que considera perfectamente terminantes y decisivas las pruebas públicamente realizadas, tanto por los organismos científicos nacionales como por investigadores y publicistas particulares, ya de carácter documental, ya experimental o testifical, que llevan a la conclusión de que el doctor Carlos J. Finlay es el único descubridor de la teoría que sustenta que el mosquito es el agente transmisor de la fiebre amarilla, y que cuanto se diga en contrario se aleja de la verdad histórica; y declarar asimismo que considera como un deber patriótico y de reafirmación de la fe en la capacidad cubana y en los destinos de Cuba, hacer esta declaración precisamente en su primera reunión.

49

Hace constar un voto de gracias al Hon. Sr Sol Bloom, presidente del Comité de Asuntos Exteriores de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos de América, por haber reivindicado ante ese organismo oficial la gloria del descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla para el sabio cubano Dr. Carlos J. Finlay.

50

Solicitar del Gobierno y del Congreso de la República que presten su más eficaz apoyo y cooperación al Instituto Finlay de La Habana, progenitor del Instituto Finlay de las Américas, para que a la vez que realice una obra científica y humanitaria, honre de manera efectiva la memoria del sabio descubridor cubano Carlos J. Finlay, para lo que fué creado.

51

Felicitar al doctor Emilio Reig de Leuchsenring por los trabajos que ha efectuado en relación con la vida y la obra del sabio investigador cubano, doctor Carlos J. Finlay.

52

Tributar un homenaje de reconocimiento a la memoria de los doctores Jorge Le-Roy y Cassá y Francisco Domínguez Roldán por los esfuerzos que dedicaron al través de largos años de su vida a lograr el restablecimiento de la verdad del descubrimiento del agente transmisor de la fiebre amarilla por el sabio cubano doctor Carlos J. Finlay, realizando una obra que a la vez tiene un alto sentido patriótico, constituye una valiosa rectificación de errores históricos.

53

Recomendar a los Poderes de la República la designación de una comisión integrada por compositores cubanos calificados, a la que se encargue la revisión cuidadosa y definitiva del Himno Nacional, la cual se editará por el Gobierno con carácter oficial, procediéndose inmediatamente por las autoridades a recoger cuantas otras versiones fraudulentas circulen y se expandan en el mercado librero.

54

Recomendar a los Poderes de la República que vigilen el uso estricto del himno y del escudo nacionales.

55

Recomendar a los Poderes Públicos que se cree un Patronato de Museos y Lugares Históricos, y a la vez se señale un impuesto o contribución a los centros educativos privados para la conservación y mejoramiento de esos organismos culturales.

56

Felicitar al Gobierno de la República por el interés que ha demostrado en dar cumplimiento a la ley que ha salvado de una pérdida segura al Archivo Nacional, dotándolo de edificio propio y dictando otras medidas tendientes a su mejoramiento; y rogar a cuantos posean documentos de algún interés histórico se ajusten a lo preceptuado en la ley número 6, promulgada por el Gobierno en mayo 7 de 1942 sobre custodia y conservación de dichos documentos, de modo que todos los que se encuentren en museos o bibliotecas oficiales, o en poder de particulares sean conservados con la debida atención, o si ésta no pudiera garantizarse, pasen para su custodia y seguridad plena al Archivo Nacional.

57

Recomendar al Gobierno de la República que organice un servicio especial de investigadores técnicos, adscripto al Servicio Diplomático, para que realicen la búsqueda de todos los documentos de valor histórico referentes a Cuba que se encuentren en archivos extranjeros, y, previa la autorización correspondiente, remitan copias autorizadas de sus hallazgos al Archivo Nacional.

58

Pedir al Gobierno de Cuba que se cumplan las disposiciones dictadas por el Sr. Presidente de la República y otras autoridades para que sean retirados el busto y el pedestal que forman el monumento a Frank S. Steinhart en la Plaza de la Fraternidad Americana, y que esos materiales sean devueltos a sus propietarios.

59

Pedir al Gobierno de Cuba que vele por que ninguna autoridad otorgue permiso para la construcción de monumento público en ningún lugar del territorio nacional sin atenerse estrictamente al cumplimiento de las disposiciones establecidas por el decreto de fecha 31 de diciembre de 1941 del Sr. Presidente de la República.

60

Solicitar del Gobierno de la República, y en particular del Ministerio de Educación, el cumplimiento del acuerdo del extinguido Consejo Corporativo, de 29 de octubre de 1940, según lo ordenado en el decreto de incorporación de las instituciones cívicomilitares al Ministerio de Educación, sobre publicación del trabajo *Índice Martiano*, compuesto de unas seis mil fichas, con cerca de veinte mil citas de bibliografía de José Martí, y original del profesor Manuel I. Mesa Rodríguez, a fin de que pueda ser repartido al pueblo el próximo 28 de enero, nonagésimo aniversario del nacimiento del Apóstol.

61

Recomendar a los Poderes de la República la implantación del estudio de la música cubana en todos los centros docentes, públicos o privados, en todas sus posibilidades críticas, históricas y morfológicas, asentando dicho estudio sobre bases reales de investigación, y disponiendo que la profesión de dicha enseñanza corresponda exclusivamente a maestros cubanos por nacimiento, así como que, por medio del Ministerio de Educación, se adopten las medidas pertinentes para la provisión de textos adecuados para la enseñanza de dicha materia, de los cuales hoy se carece en absoluto.

62

Recomendar al Ministerio de Educación que la Dirección de Cultura de dicho Ministerio imparta el más alto sentido cubano a su labor, dando preferencia en su *Revista Cubana* a la publicación de trabajos tendientes al mejor conocimiento y divulgación de la Historia de Cuba.

63

Recomendar al Ministerio de Educación que vele por que en los libros de texto no se empleen indebidamente, con referencia a la Historia de Cuba, los términos de "revoluciones racistas" o "rebeliones de negros", y otros análogos, como aplicables a las conspiraciones del pasado siglo y del presente que, según está demostrado, tuvieron siempre un carácter político y no de raza.

64

Recomendar al Ministerio de Educación que antes de llevar a cabo una emisión de sellos de correos conmemorativos de hechos históricos, se consulte a las instituciones nacionales dedicadas al estudio de la Historia, a fin de que éstas emitan informes sobre los acontecimientos que en esa forma se quiera recordar.

65

Recomendar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales que al convocar el Segundo Congreso Nacional de Historia, que ha de celebrarse el año 1943, sin impedir la libre admisión de toda clase de trabajos, señale, con tiempo suficiente, algunos temas concretos a estudiar y discutir, y entre éstos, la revaloración de las luchas de Cuba por su libertad y su independencia.

66

Recomendar a la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales la inclusión de la *Historia del Tabaco* entre los temas concretos que habrán de tratarse en el Segundo Congreso Nacional de Historia.

Votos de Gracias y Felicitaciones

67

Hacer constar un voto de gracias:

Al Presidente de la República, señor Fulgencio Batista y Zaldívar; al Ministro de Estado, doctor José Agustín Martínez; al Ministro de Educación, senador Ramón Vasconcelos; al Ministro de Obras Públicas, ingeniero Evelio Govantes Fuertes; al Ministro de Defensa Nacional, coronel Aristides Sosa de Quesada; al Secretario de la Presidencia, doctor Andrés Domingo Morales del Castillo; y al Alcalde Municipal de La Habana, doctor Raúl G. Menocal, por la cooperación que desde los altos cargos que ocupan han prestado a la celebración y el éxito del Congreso.

Al Director del Centro Superior Tecnológico de Ceiba del Agua, doctor Gustavo A. Bock, por los agasajos que brindó a los miembros del Congreso en su visita a esa institución.

Al Jefe de los Exploradores Nacionales, señor Néstor Nodarse de Armas, por la cooperación que prestaron los miembros de dicha institución al éxito del Congreso.

A la compañía Ron Bacardí, por el coctel de honor que ofreció a los congresistas en su edificio social.

A la Sociedad Colombista Panamericana, por haber puesto el peso de su autoridad interamericana y la valía de sus miembros al servicio del mejor éxito del Congreso.

68

Hacer constar un efusivo voto de gracias a la Prensa de tierra y aire por la atención que ha dispensado a los trabajos del Congreso, y por su efecacísimá labor de divulgación de nuestras discusiones y resoluciones.

69

Felicitar a todos los periódicos cubanos que mantienen secciones fijas dedicadas a asuntos históricos, y expresar su deseo de que el resto de la Prensa dé a la Historia el valor informativo y de interés actual que realmente tiene, y coopere cada vez más a la obra cultural y social de divulgación de nuestro glorioso pasado.

70

Felicitar al Dr. Emilio Roig de Leuchsenring por la excelente e insuperable labor que ha realizado en pro de todos los empeños de carácter cultural, y muy especialmente en el sector histórico, así como por el éxito de todas sus iniciativas y gestiones tendientes a la conservación, exhibición y divulgación de documentos y objetos relativos a la Historia de Cuba.

71

Hacer constar una felicitación al Comité Organizador del Congreso, a todos los que han trabajado en el despacho de los asuntos tratados en el mismo, y al cuerpo de taquígrafos que ha actuado durante su celebración, por haber entregado siempre al día las copias de los extractos de actas de las sesiones.

72

En homenaje a la provincia de Matanzas, y para cooperar a la conmemoración del quinto cincuentenario de la creación del Municipio de Matanzas, que se celebrará solemnemente en 1943, se acordó designar para sede del Segundo Congreso Nacional de Historia a la ciudad de Matanzas, capital de la provincia de su nombre, y que la sesión de clausura de dicho Congreso se efectúe en la ciudad de Cárdenas, de la misma provincia.

La Habana, octubre 12, 1942.

Presidente:

Fernando Ortiz.

Secretario General:

Emilio Roig de Leuchsenring.

APENDICES

HOMENAJE A JUAREZ

OFRECIDO ANTE SU MONUMENTO EN LA PLAZA DE LA FRATERNIDAD, EL 16 DE SEPTIEMBRE, 132º. ANIVERSARIO DEL GRITO DE DOLORES, POR LA SOCIEDAD CUBANA DE ESTUDIOS HISTORICOS E INTERNACIONALES, LA COMISION OFICIAL INTERAMERICANA DEL IX CINCUENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMERICA, LA SOCIEDAD COLOMBISTA PANAMERICANA Y EL GRUPO BOLIVARIANO DE CUBA.

THE

NEW YORK

LIBRARY

OF THE

CITY OF NEW YORK

AND

LIBRARY OF THE

ALBANY

AND

LIBRARY OF THE

ALBANY

AND

LIBRARY OF THE

ALBANY

AND

LIBRARY OF THE

ALBANY

AND

LIBRARY OF THE

ALBANY

AND

LIBRARY OF THE

ALBANY

AND

LIBRARY OF THE

ALBANY

DISCURSO

Por Juan Marinello,

De la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Un aniversario de la Independencia de México, es para quien ame profundamente al gran país americano, una emoción más que un recuento. México es espectáculo y entraña; espectáculo asombrador por la variedad y la grandeza; entraña inquieta e inquietadora por las esencias pugnaces que la animan y desgarran. Y tan pronto toma el mando la sensibilidad de los sentidos o el latido cordial, el enjuiciamiento que debe ser una fecha nacional padece en su obligada objetividad. La crítica se vuelve adhesión y el juicio temblor de identidad.

Pero yo veo el camino de solución del conflicto; lo toco en el bronce obstinado de la frente de Juárez que es la mejor síntesis, yo diría la síntesis única, de la pasión revuelta y superadora que es México en lo primordial. Acierto singular el de los organizadores de este acto el de venir a rendir homenaje a México en el Grito de Dolores al pie de esta estatua. En verdad que no tiene pueblo alguno una cifra más plena de su ser que México en este hombre que vive por encima del tiempo y de los tiempos, porque arrancó de lo más hondo y llegó a lo más alto.

José Martí, gran entendedor de México porque fué grande amante de lo mexicano, dijo cosa de muchísima cuantía al afirmar: *todo indio puede ser Benito Juárez*. Martí revenciaba en Juárez, como nosotros, la más alta calidad humana; veía en el mandatario impasible a toda su América dolorosa saliendo de sus limitaciones y retrasos por el ímpetu y el derramamiento de su propia sangre. Juárez era para nuestro Libertador el ejemplo vivo, por ello trascendente, de la transformación positiva de los pueblos americanos, ya que México fué siempre para Martí la señal y el futuro de estos pueblos. Todo indio puede ser Benito Juárez quiere decir: todo hombre del pueblo puede crecer; pero quiere decir algo más: en todo hombre del pueblo duerme la posibilidad de lo más alto; porque en verdad nadie más alto que Benito Juárez.

No puede darse afirmación de mayor profundidad democrática. En ella están superadas todas las falsas distancias: la de la raza, porque es el indio, el hombre despreciado por su piel, el que puede encabezar un pueblo y tener a raya, en asombrada admiración, a las grandes naciones conquistadoras; la de la economía, porque es el desvalido de dinero el que asciende al mando real de los poderosos; la de la casta, porque el indio —hombre pueblo— domina por sus aptitudes a los que propagaron su inferioridad.

Sólo Benito Juárez tiene fuerzas bastantes—prueba de su enorme estatura— para centrar lo mexicano en su difícil concreción. Y la razón está en que en él pelean y triunfan todos los elementos del gran

pueblo. Esos ojos, que sólo están bien en el bronce moreno venciendo lluvias y ventiscas, sólo pueden existir, ver, hechos por la distancia incalculable, por la montaña, madre severa y firme, por los vientos inalterables que esculpen la paciencia, por la espera de los caminos que duran una vida, por el imperio de las piedras que duran para siempre. Es cierto aquí, una vez más, que sólo el que es de fuego puede entender el fuego. Yo he imaginado a Juárez como el hombre impar hecho de firmezas, entendimientos y ternuras, que tuvo fuerzas para sentir en lo íntimo las ligaduras de las viejas preocupaciones, el escozor del recelo obligado, el encontronazo de los impulsos primarios cada instante provocados; pero que señoreó de tal modo su mundo de contradicciones seculares, que todo lo puso a quemar en su ancho afán de mexicanismo universal. Enternece, al que es capaz de entender estas cosas, leerle a este hombre inmedible una carta serena y penetradora, circunstanciada y cortés. Por debajo de la expresión política, eficaz se sienten las tormentas enfrenadas las violencias al paso, las impaciencias usadas para esperar mejor.

Como México es Juárez —y no podía darse hombre tal sino en pueblo capaz de rezumar esta medida de hombre—, hacemos bien en saludar en su gran día la realización futura de su ímpetu. Como quería Martí, como quería Juárez, la América toda debe sobreponerse a la preocupación de la raza, de la casta y del poder económico. América debe, con fuerza de Juárez, con fuerza de México, franquear los caminos para que el hombre de todo color y de todo nacimiento llegue a donde lo conduzcan sus calidades. El Continente debe infundir en cada hombre y en cada mujer, como gran riqueza común, esa virtud juarina de entender y sufrir el pasado y el presente como el modo único de entender el porvenir.

De esta guerra terrible en que bregamos y en que México y Cuba, como tantas veces, se encuentran en el campo de la justicia, ha de salir el caso de Juárez como señal colectiva, o nada se ha logrado para América. Juárez es lo más contradictorio a una barbarie tecnificada que marca a los hombres por el color, los acorralla por la dignidad y les mata en flor la llama del limpio servicio a sus semejantes. Por ello Juárez sigue siendo una bandera vigente. Porque su sentido esencial sigue sin cumplimiento en América, y porque América posee, soterrada pero presente, la virtud de su liberación por el camino de su necesidad como en Juárez.

Esta fecha ilustre une de veras, por encima de gestos rituales y cortesías gentiles, a nuestros dos pueblos, tan distintos y tan iguales, tan fundidos en el contraste acercador. El Grito de Dolores es como una fecha común en que se dan la mano Juárez y Martí. De nuestras realidades, apasionadas de distinta pasión, pero exaltadas en los mismos anhelos primordiales, viene este grito que vive porque aún tiene que hacer milagros, que nos conmueve, porque todavía pide, como los muertos que no duermen del todo, la realización de su mandato.

Este día abre para México y para Cuba un año de responsabilidades insuperables. Al señalar con nuestra identificación cordial y ética el próximo Día de México estaremos festejando o el triunfo del crimen, o el inicio de una era en que Juárez y Martí—no importan las formas concretas de la vida social,—hayan impuesto su raigal credo igualitario;

en que todo indio y todo negro y todo blanco y todo mestizo encuentre el camino ancho a su ambición de servir. Yo sé que cumpliremos nuestra cuota de deber a través de la defensa de lo nuestro. El próximo Grito de Dolores, esta frente, terca de amorosas comprensiones sobrias, tendrá, como la de Martí, una luz nueva. ¡Que en esa luz esté nuestro esfuerzo firme y unido, amigos mexicanos, compañeros cubanos! ¡Salud!

DISCURSO

Por S. S. José Gorostiza,

Encargado de Negocios ad-interim de México en Cuba.

El Comité Interamericano del IX Cincuentenario del Descubrimiento de América ha tenido a bien organizar este sentido homenaje a México, en el 132º aniversario de su independencia, que se festeja hoy

El Grupo Bolivariano de Cuba, la Sociedad Colombista Panamericana y la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, beneméritas instituciones que acreditan el fervor americanista de Cuba, prestan su inestimable concurso a este acto.

Como Encargado de Negocios ad-interim de México en Cuba, agradezco, en nombre del gobierno y del pueblo mexicanos, el puro sentimiento de fraternidad que inspira este homenaje y que felizmente informa el comercio de ideas, de personas y de bienes que se lleva a cabo cotidianamente entre México y Cuba, al amparo de una amistad antigua, profunda y jamás ensombrecida por el menor desacuerdo.

Como mexicano que, al igual de muchos otros, disfruta en Cuba de la munificencia de su tierra y del trato generoso de su pueblo, tan generoso que produce en nuestros ánimos la sensación de estar en nuestra casa propia, agradezco también, en mi nombre y en el de ellos, los mexicanos residentes en Cuba, esta manifestación de cariño por una patria que aquí, menos que en nación alguna, se podría concebir como lejana, porque está presente en todos nuestros corazones.

La amistad de México y Cuba, que se refrenda hoy aquí, solemnemente, bajo la estatua de Benito Juárez—como todos los días en el menor de nuestros contactos habituales—tiene mucho de singular, de único, en la historia de la amistad de las naciones. No nos une un común destino geográfico. El mar está de por medio, y aunque en su honor puede ser dicho que parece estrecharse en el Canal de Yucatán para acercarnos, no deja de ser verdad que treinta millas marinas han bastado en la Historia para dividir, por ejemplo, el destino insular de Inglaterra y el destino continental de Europa, o para desviar, como en el otoño de 1940, todo el curso de la tragedia mundial que estamos viendo.

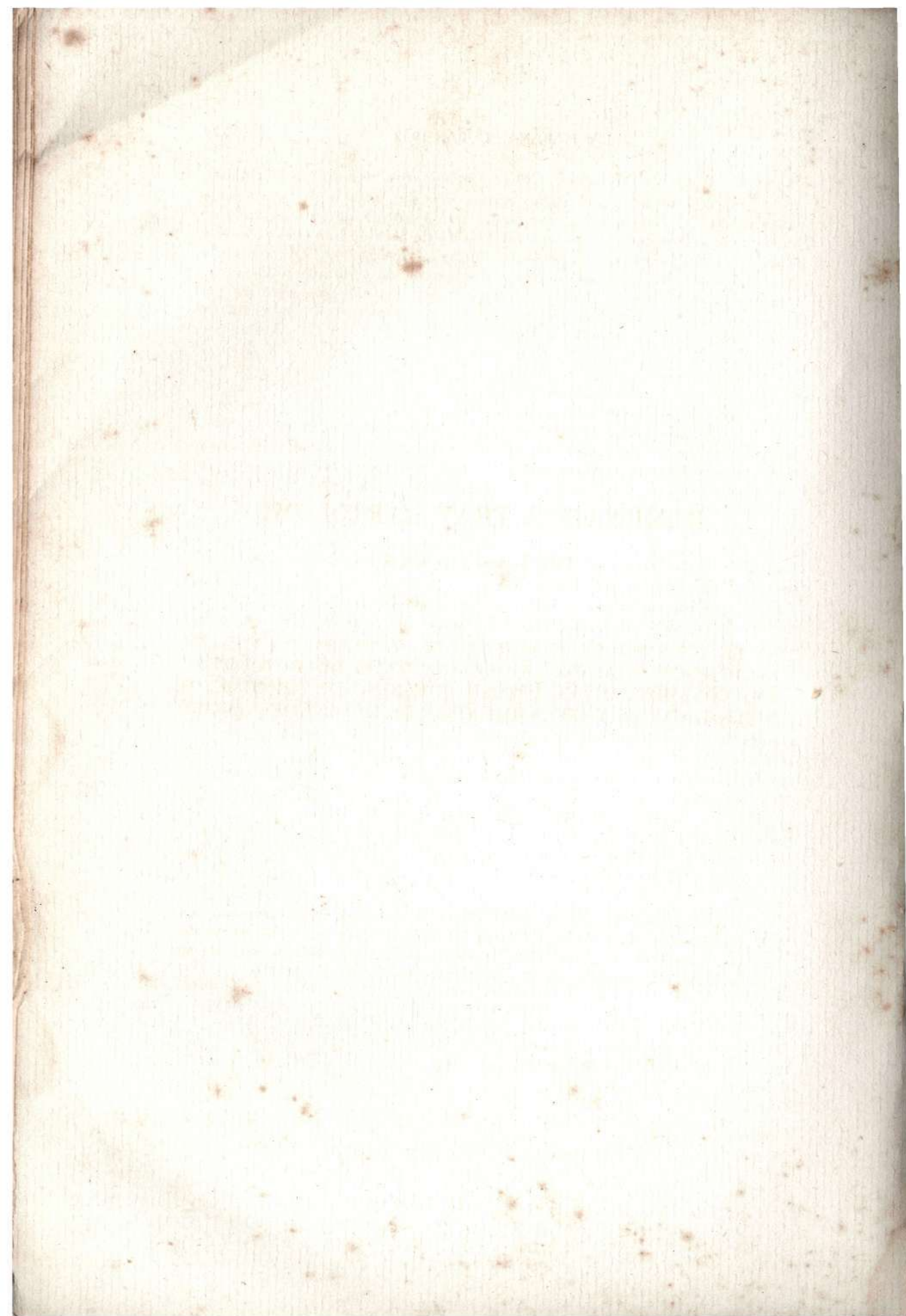
No, no es la cercanía la que nos vincula con tanta fuerza, ni nuestros comunes intereses materiales, que con ser muchos, no han sido nunca tantos ni tan intensos como para crear una relación de interdependencia de nuestras economías. Más bien la amistad de México y Cuba se funda en otros factores: en el origen idéntico, en la unidad de sangre, cultura, lengua y carácter, y, sobre todo, en el paralelismo de nuestro crecimiento nacional, o sea en los factores mismos de toda auténtica fraternidad humana. De pocas naciones puede decirse con más

exactitud, como de México y Cuba, que son dos repúblicas hermanas.

Como hermanas se enfrentan juntas hoy día, unidas por un mismo sentimiento del honor, a las vicisitudes de la mayor de las guerras que ha conocido el mundo. Las aguas del Golfo de México han sido ya varias veces manchadas por la sangre de nuestros marineros. En su fondo yacen, destrozados por los torpedos, los cascos de embarcaciones nuestras que eran trabajo y riqueza fatigosamente acumulados para las generaciones por venir. Privación y sacrificio constituyen la regla de nuestra sencilla vida actual. Estamos orgullosos de todo ello, y estamos orgullosos de nuestro orgullo, que rechaza toda intimidación y desprecia toda alevosía. Sabemos que nuestro esfuerzo, mayor o menor, pero positivo, sumado al esfuerzo de las repúblicas americanas y al de todas las naciones unidas contra la agresión, se resolverá en la conservación y en el perfeccionamiento de nuestros derechos de pueblos libres, independientes y soberanos. Si, además, como es de esperar, la general aspiración del hombre numérico, el "hombre de la calle", a tener un hogar, sustentar una fe, adquirir una educación y percibir la justa recompensa de su trabajo, surge nuevamente consagrada de esta lucha, de suerte que todas las naciones disfruten sin desventaja de los bienes de la tierra, no podremos afirmar que nuestros actuales sacrificios sean un precio excesivamente elevado para costear semejante apogeo de la dignidad del hombre en el mundo.

Es en sumo grado reconfortante que el pensamiento de la independencia de México nos conduzca, en las horas amargas que vivimos, a la idea de la solidaridad tradicional de México y Cuba en la paz de otros días y en la guerra de hoy. En México amamos nuestra independencia por encima de todas las cosas, y no osaríamos, sin ella, volver a mirar la luz. Reconocemos, sin embargo, que no es enteramente nuestra, por más que haya nacido del esfuerzo de los mejores mexicanos, sino que resulta, en gran parte, de la existencia de un derecho y una moral internacionales. En el mundo moderno no existe, ni puede materialmente existir, una heterogeneidad de naciones, unas independientes y otras subyugadas, pacíficas unas y belicosas otras, unas ricas y otras miserables. Todo es hoy día indivisible en la comunidad internacional. La independencia de México es parte integrante de la independencia cubana, y ésta de aquélla, y ambas de la independencia de nuestros vecinos.

Por eso, al recordar hoy el gesto creador de Hidalgo, que instituyó un México libre—aquí, junto a la sombra de Juárez, el constructor de su personalidad internacional—os ofrecemos el fruto más preciado de la historia de México, nuestra independencia, como algo que es vuestro también, que debe mucho a vuestro amor, a vuestro respeto, a vuestra actitud de nación amante de su libertad y celosa del cumplimiento de de sus deberes. Unidos en el peligro—como lo hemos estado en la seguridad—, os exhortamos a conservarla y defenderla con nosotros, porque no es distinta de la vuestra propia, que nosotros contribuimos a conservar y defender con nuestro amor, nuestro respeto y nuestra actitud de nación amante de su libertad y celosa del cumplimiento de sus deberes.



HOMENAJE A FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

EN EL ACTO DEL DEVELAMIENTO DE SU RETRATO EN EL PALACIO PROVINCIAL DE LA HABANA, EL 15 DE OCTUBRE DE 1942 CON MOTIVO DEL PRIMER CONGRESO DE ARCHIVEROS, BIBLIOTECARIOS Y CONSERVADORES DE MUSEOS DEL CARIBE.

Por constituir la reivindicación histórica de esta gran figura americana uno de los empeños de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales, y haber propiciado la misma dicho homenaje, damos cabida en la presente Memoria a los discursos que en el referido acto fueron leídos.

DISCURSO

Por Rafael Guas Inclán,

Gobernador de la Provincia de La Habana.

El Gobierno de esta Provincia, al recibiros en su casa y al dároslo por sede del Congreso, no puede silenciar su alborozo, un alborozo tan hondo y tan cabal, que malamente encontrará expresión en mi palabra, por más que la tenga en mi sentimiento y en mi mente. Y es que en días de negación y de muerte, como son los que sufre la humanidad, esta reunión de estudiosos y hombres ilustres, que vienen de muchos parajes a ocuparse del libro, el archivo y el museo, tiene tan singular significación, una proyección moral de tanto alcance, que aún las propias paredes de este edificio quedarán impregnadas e infiltradas del perfume de humanidad y de la fuerza de creación y perpetuidad que este congreso y estos hombres nos traen por regalo y por honor. ¡Cómo no he de dar, pues, al viento mis palabras de alegría, y cómo no ha de ser acogedor y cordial el saludo con que os recibo, si traéis a nuestra vida sin relieve y a nuestra actividad de poca monta, un sabor de eternidad, un hábito de fundación, una fuerza de creación! Por eso no son palabras de cortesía que se queda en la periferia, éstas que os digo cuando en nombre de la Provincia que me honra con su representación, ponga esta casa a vuestro albedrío para que la uséis como propia y para que veáis, en el Gobernador y en el más humilde de sus empleados, amigos y servidores que sienten la emoción de esta comparecencia y este concierto de corazones y mentalidades.

En la hora sombría en que el hombre desencadena contra el hombre todas las fuerzas de la destrucción; cuando, lanzada desde lo alto, la bomba que cae sobre las ciudades no respeta la piedra milenaria, ni la arquitectura gloriosa, ni se detiene ante las maravillas del arte, y arrasa por igual en su insania bibliotecas, archivos, museos, hospitales, escuelas, iglesias, ¡cuán alentador es que la Unión Interamericana del Caribe reúna en La Habana sus bibliotecarios, archiveros y conservadores de museos, en un gesto de afirmación que le diga al hombre en su vesania, que más allá de la guerra, cuando la humareda de la metralla haya desaparecido, seremos todos a una, vencedores y vencidos, totalitarios y demócratas, a llorar la pérdida irreparable de lo que el hombre había realizado en sus contados momentos felices de inspiración genial!

Sois los antípodas de los hombres en boga en la hora actual. El fusil y el uniforme mandan y deciden en la guerra. Ella destruye; vosotros creáis. Ella divide y distancia; vosotros acercáis y unís. Ella representa el imperio de la fuerza horrenda; vosotros representáis el señorío del pensamiento y de la idea, en el libro; el valor de la tradi-

ción y la historia, en el archivo; el sedimento de las civilizaciones y las costumbres, en el museo. Y por eso mismo, por lo que sois y por lo que representáis, soldados del pensamiento y el arte, esta casa os recibe con bandera blanca y el jefe de sus moradores sienta plaza de soldado en vuestra cruzada.

No podía permitir el Gobierno de La Habana que de vuestro paso por nuestra casa no quedara un recuerdo afirmativo, una expresión simbólica adoptada por cuenta propia, una actividad concordante con vuestra reunión. Por eso hemos dictado un decreto abriendo nuestra biblioteca, que desde su origen tuvo otro carácter, al servicio público, como lo que comienza, en verdad, a ser biblioteca. Hemos dictado otro, creando la biblioteca de asuntos patrios, exclusivamente destinada a reunir libros y documentos de contenido cubano, en lo cual, si bien no hay desdén a lo extranjero, hay el culto a lo propio, que es una de las fuerzas que conservan a las nacionalidades. Y, en fin, hemos aprovechando esta feliz coyuntura, este culto al libro y a la historia, para poner en ejecución una iniciativa nuestra, que mereció la aprobación del Consejo, y que, si por un lado dará al acervo de los estudios históricos algunos libros y trabajos interesantes, por el otro salvará del olvido injusto la figura de uno de los "mambises" de más recia envergadura, de personalidad muy propia, arquetipo del arrojo y el valor ilimitados: el general José Maceo, un tanto opacado por el brillo fulgurante de su hermano Antonio, ese sol de libertadores y próceres. La figura de José se conoce, un tanto, bien poco, a través de estudios generales. Convocamos con esta fecha un concurso especial, con premios adecuados, a las tres mejores obras originales y monográficas sobre el indomable oriental, que, por el sonido, en la negrura de la noche, hacía blanco en el enemigo, y que fué, con los relieves de su carácter impetuoso, bravío y aún indisciplinado, una figura que pide vía libre en el estadio de los inmortales.

Pero aún hemos querido más. Celebráis el noveno cincuentenario del descubrimiento de América, y este congreso es hijo legítimo de la Sociedad Colombista Panamericana. De la civilización colonizadora que nos trajo el arrojado navegante que llegó por la vereda equivocada a un Nuevo Mundo, debía quedar en nuestra casa, en nuestras paredes, un símbolo y una síntesis, que fuesen al mismo tiempo un homenaje espiritual que rindiéramos a los visitantes. No sé si he acertado en la selección. Puede haber pensado en Colón, el iniciador; pero creí que la gran figura, por ser de todos, es un poco de nadie y no expresa a plenitud mi propósito. Pude haber escogido alguno de los fieros conquistadores, de espada al cinto, que impusieron por la tremenda su civilización y sus ideas. Pasaron por mi mente, en desfile, Velázquez, Narváez, Ocampo, y los dejé perdese en la lejanía para parar la mente y estacionar la admiración en un hombre que nació contra la corriente de la época, y fué dulce cuando todos eran fieros, y el valor y el heroísmo los desplegó, no para someter, conquistar y aniquilar al indio, sino para encararse contra los mandones, polemizar con los soberanos, atravesar doce veces el océano que nos separa de España, y hacerlo en el siglo XVI —o sea, ser doce veces Colón—, para defender frente a todos, los de idea y los de espada no sé cuál más peligroso en aquel entonces, el derecho del indio cubano a ser considerado un seme-

jante, un sér racional, con libertad de conciencia y de religión y con derechos políticos y de soberanía sobre su tierra.

Ese colonizador que honra la estirpe y la raza estará de hoy en adelante, desde lo alto de esa pared, diciéndole al cubano que los hombres de ahora sentimos la causa del indio, y por eso para representar el origen, para representar a España, para simbolizar la colonización, fray Bartolomé de las Casas ha sido escogido por el Gobernador de La Habana, en gesto sereno y responsable, que rinde homenaje, pero hace justicia también y proclama la solidaridad con las ideas políticas del valeroso sacerdote que le negó a los monarcas el derecho a imponerse por la fuerza y practicó el proselitismo religioso por las vías de la persuasión, la dulzura, la templanza y el ejemplo.

No haremos esta tarde incursión por los predios que le están reservados al doctor Gay-Calbó, a cuyo cargo, para suerte de todos, está el discurso sobre el Padre Las Casas. Pero no me tengan a mal, puesto que mía es la iniciativa de glorificarlo, el explicar, en síntesis, por qué estará desde hoy para siempre con nosotros la efigie del sacerdote que no se arredró frente a Velázquez, ni a Narváez, y discutió, en Valladolid, encarándose con Sepúlveda, el historiografo de Carlos V, el derecho del indio a un trato justo, y proclamó, en plena España, que para ejercer dominio sobre las colonias y sobre los indios no había más camino que ganarse su voluntad por medio de un pacto político, donde entrara la libre voluntad, porque todo lo demás, era, para decirlo con palabras de Las Casas, "oneroso injusto, tiránico y horrible".

El sacerdote que dedicó sesenta y un años, de los noventa y dos de su existencia, a la defensa del indio cubano, que proclamó sus derechos, que protestó contra los atropellos y los abusos, que condenó la encomienda y el repartimiento y la esclavitud, y lo hizo desde el púlpito y desde la tribuna polémica, en Cuba y en España, por el discurso y por el libro, bien merece que los descendientes de los libertadores lo proclamemos, con Fernando Ortiz y con Roig de Leuchsenring, el primero de los Libertadores de América, y que haciéndonos eco de la queja adolorida de ambos historiadores, le rindamos este homenaje público y oficial, bien pobre y pálido frente al que ellos reclaman, y al que yo me sumo, o sea, la estatua en la plaza donde figura, indebidamente para España y para Cuba, la de Fernando VII, que no merece representar a España, ni le trae al cubano otros recuerdos que dolor e injusticia.

Bartolomé de las Casas no es el primer defensor de los indios, que tan cimero honor cabele a otro sacerdote, el dominico fray Antonio de Montesinos; pero porque la hazaña de Las Casas es cubana, se produjo en nuestro suelo, porque su apostolado rebasó más de medio siglo, porque lo encendido de su argumentación le trajo la antipatía y la difamación, lo colocó en el entredichó y lo tuvo por fanático y por loco, bien ganado se tiene el derecho a ser el arquetipo de una raza, el símbolo de una época, el héroe de la colonización.

Para que el honor sea más cabal y más cubano hemos escogido, y no a capricho, un pintor muy nuestro de piel oscura. El arte no tiene pigmentos en la piel, como no los tiene la cultura. El pintor Ramón Loy, que suma a sus laureles esta feliz interpretación de Las Casas, por sí mismo, por sus merecimientos pictóricos, por su valía in-

trínseca se tenía ganado el galardón de acompañarnos a rendir este homenaje. Pero la coincidencia de su piel oscura quiero destacarla esta tarde como parte del homenaje mismo, porque los hombres públicos, especialmente los constituyentes del cuarenta, no podemos desperdiciar oportunidad alguna de proclamar con nuestra conducta, no con nuestra prédica, la abominación discriminatoria y racial, de la que es pionero en el tiempo este padre Las Casas que negó el derecho de superioridad del blanco español sobre el indio cobrizo, para cimentar en esa falsa superioridad de las razas—la locura actual del megalómano nazi—el derecho a todos los abusos y el reinado de la arbitrariedad.

El padre Las Casas se creyó, con dolor, haber propiciado con la defensa del indio, el advenimiento de otro gran crimen y otra gran vergüenza: el tráfico negrero y la esclavitud de otros hombres, que siguió en el orden histórico, a la desaparición y aniquilamiento del indio. De esta propia inculpación, que también le han hecho otros, han defendido victoriosamente a Las Casas mentalidades tan altas y esclarecidas como Saco, Ortiz, Roig, Chacón y Calvo, que documentalmente han probado lo contrario. Por eso, el pincel de un pintor cubano de piel oscura se suma esta tarde a ese esclarecimiento histórico y a ese desagravio, y con la feliz interpretación del adalid de los indios, abraza y mezcla este día el blanco, el indio y el negro, los tres ingredientes que, como ya he dicho alguna vez, batidos en la cotelera del trópico durante más de cuatro siglos, han dado como resultante el cubano, ni blanco, ni negro, ni indio; cubano, simplemente, si no queremos incidir en los mismos errores y torpezas contra los cuales Las Casas opuso la fuerza de su dulzura y el poder de su palabra, y cuando también fué necesario, el temple acerado de su espíritu y la gruesa artillería de su argumentación.

Bibliotecarios, archiveros, conservadores de museos, delegados extranjeros y cubanos, huéspedes, en fin, de esta casa, no lo soís en verdad, sino señores y dueños dentro de ella, por el camino que señaló Fray Bartolomé: por el de nuestro consentimiento alegre y nuestra voluntad enorgullecida.

¡Salud!

DISCURSO

Por Enrique Gay-Calbó,

de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales

La comprensión del Gobernador de la Provincia de La Habana, doctor Rafael Guas Inclán, ha hecho posible un acto que tiene honda espiritualidad y significación, precisamente en estos días de guerra, de exterminio y de odios. Quedará desde hoy a la vista de todos, en este salón del Palacio Provincial, un retrato que simboliza a Fray Bartolomé de Las Casas, Protector de los Indios.

Hombre de razón, de altos y fuertes propósitos humanitarios, fué el fraile dominico, él solo, la representación de España, en los más inciertos años del proceso de la conquista. Con el alma combativa de la época, hizo por el nombre de España, en proyección hacia el futuro, más que los guerreros y los gobernantes, que los ideólogos y los marinos, alborotados actores en la gran aventura del descubrimiento y de la incipiente colonización. Acaecido el hecho entre hombres que tenían lejanas tradiciones de cultura, pero apenas despertados de la Edad Media, multidivididos los pueblos en regiones sin cohesión, los nuevos argonautas hicieron lo que le aconsejaba el instinto. Así, realizaban la incorporación de América a Europa, como ellos la concebían.

Sin embargo, los modos de llevar la empresa provocaron tantas violencias como la obra en sí. De los más activos y eficaces en aquellas contiendas fue el padre Bartolomé de las Casas. Para él, como lo expresó en uno de sus trabajos especulativos más importantes, el *De unico vocationis modo*, publicado recientemente, no había más que un medio posible de convertir a los infieles, y ese medio era la razón. Varias veces cruzó el mar para hacer entender al rey Fernando y a su nieto Carlos V que los indios eran también hombres. No lo comprendían así algunos de los consejeros de los monarcas, como Juan Ginés de Sepúlveda, eminente jurista y teólogo, contradictor temible de Las Casas y victorioso al fin en el ánimo de los reyes y de sus ministros. La calidad de hombres de los indígenas, reconocida luego por un papa, Paulo III, en lo que respecta al bautismo, cuando ya no era oportuno ni útil, parecía a Las Casas el principal fundamento de una política de conversión.

De la pugna de ambas concepciones nació el criticismo, que tiene una honda raíz biológica en el derecho. Sepúlveda negó justificación a las ardientes admoniciones de Las Casas, y opuso a ellas, con argumentos de Aristóteles, el derecho natural, sobre el cual debía pesar todo el andamiaje jurídico del esfuerzo conquistador.

Carlos V, el promulgador de las Leyes de Indias, ese monumento legal en que no falta un derecho, pero que fue acatado y no cumplido, oyó a Las Casas, y también escuchó a Sepúlveda, que era su cronista y preceptor luego de Felipe II.

Desde La Española y Cuba llegaban quejas contra el fraile y sus compañeros, porque impedían con sus sermones y repulsas el libre desarrollo de la conquista. El aventurero español venía siempre acompañado del sacerdote, y levantaba la iglesia al lado del cuartel, de la casa gubernativa y del mercado. Oía con devoción sus misas y rezaba sus oraciones. Lo estremecía el terror a un anuncio de condenación del alma. Para su inferioridad y su ambición era un estorbo el verbo acusatorio del inerte dominico, enérgico, insobornable e invencible, fuerte con sus razones y tenaz e impertérrito frente al rey y a sus teólogos. En una escala ascendente, o descendente, el aventurero y el monarca, pasando por los dignatarios, los capitanes y los obispos, sentían como importunos los alegatos de Las Casas, como una complicación molesta en el negocio de los nuevos mundos entregados a España por la bula pontificia, en el que se podía hacer la guerra a los infieles porque éstos carecen de cultura y leyes escritas, son antropófagos, y cobardes, y se desangran continuamente en luchas intestinas. (Manuel García-Pelayo: *Juan Ginés de Sepúlveda y los problemas jurídicos de la conquista de América*, p. 30).

Todo descansaba, al parecer, en una cuestión de derecho. Los hechos nada significaban, si tendían al cumplimiento del derecho. Esto era válido para unos, con Carlos V, con Sepúlveda, Nicolás de Ovando, Diego Velázquez, el obispo Fonseca y los demás usufructuarios de las Indias. Para Bartolomé de las Casas no era discutible el derecho, ni para Francisco de Vitoria, aunque sí el hecho, el modo.

Nicolás de Ovando en La Española y Velázquez en Cuba iniciaron el procedimiento de la colonización. Los dominicos de aquella isla y Las Casas en la nuestra les oponen el derecho, interpretado en forma diferente a la de los soldados. Los repartimientos y las encomiendas les sirven para asentarse en los nuevos dominios y para obtener de los vasallos el trabajo y la riqueza. Así lo justifica luego Sepúlveda en su obra *Democrates alter*, desenterrada de los archivos en 1892 por Menéndez Pelayo:

"Los que exceden a los demás en prudencia e ingenio, aunque no en fuerzas corporales, éstos son por naturaleza los señores; por el contrario, los tardos y perezosos de entendimiento, aunque tengan fuerzas corporales para cumplir todas las obligaciones necesarias, son por naturaleza siervos, y es justo y útil que lo sean, y aun lo vemos sancionado en la misma ley divina. Porque escrito está en el libro de los Proverbios." ¡El que es necio servirá al sabio! Tales son las gentes bárbaras e inhumanas, ajenas a la vida civil y a las costumbres pacíficas."—*Democrates alter*, p. 885.

"Téngase, pues, por cierto e inconcuso, puesto que lo afirman sapientísimos autores, que es justo y natural que los hombres prudentes, probos y humanos dominen sobre los que no lo son."—*Id.*, p. 101.

"...con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo e islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos y a las mujeres a los varones, habiendo entre ellos tantas diferencias como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes a los continentos y templados, y estoy por decir que de monos a hombres".—*Id.* p. 101.

El *Democrates alter* fue escrito para el marqués de Mondéjar, presidente del Consejo Real y uno de los personajes más influyentes en la Corte. Sepúlveda le dice estas palabras: "Hay otras causas de justa guerra menos claras y menos frecuentes, pero no por eso menos justas ni menos fundadas en el derecho natural y divino; y una de ellas es el someter con las armas, si por otro camino no es posible, a aquellos que por condición natural deben obedecer a otros y rehusan su imperio. Los filósofos más grandes declaran que esta guerra es justa por ley de naturaleza." —*Id.*, p. 81.

Unas páginas atrás le había dicho: "Porque el fin de la guerra justa es el llegar a vivir en paz y tranquilidad, en justicia y práctica de la virtud, quitando a los hombres malos la facultad de dañar y de ofender. En suma, la guerra no ha de hacerse más que por el bien público, que es el fin de todas las leyes constituidas, recta y naturalmente, en una república." —*Id.*, p. 73.

La guerra a los indígenas americanos que Sepúlveda propala y justifica, tiene, según él, "por fin el cumplimiento de la ley natural para gran bien de los vencidos, para que aprendan de los cristianos la humanidad, para que se acostumbren a la virtud, para que con sana doctrina y piadosas enseñanzas preparen sus ánimos a recibir gustosamente la religión cristiana; y como eso no puede hacerse sino después de sometidos a nuestro imperio, los bárbaros deben obedecer a los españoles, y cuando rehusen pueden ser compelidos a la justicia y a la probidad." — *Id.*, p. 93-95.

Esos "bárbaros" eran notificados por el capitán o el pregonero español quien les leía el famoso *requerimiento*, escrito por el juriscónsulto doctor Palacios Rubios. El documento, leído en castellano, comunicaba a los indios que eran súbditos del rey de España, monarca cristiano que les ordenaba convertirse a la religión católica para seguir así el camino de la verdad. Y los conminaba a ello, co pena de ser sometidos por la fuerza. Con palabras distintas, ahí queda sintetizado el *requerimiento*. Los indios oían la extraña peroración, precedida y seguida de tambores y de aprestos militares, y no comprendían ni la ceremonia ni el discurso. Pero ya eran esclavos, porque la ley del conquistador disponía que una vez *requeridos* se les podía obligar a servir, y no antes.

Contra ese modo de *convencer* se alzó Las Casas, quien en nombre del derecho natural, precisamente, planteó el problema de la injusticia de una guerra cruel y abominable cubierta por una religión de paz, de mansedumbre, de caridad. Porque si "es justo y natural aquello que estiman así los hombres sanos y virtuosos", no podía serlo el procedimiento de sojuzgar a "gentes tan mansas, tan obedientes, tan buenas, que si entre ellas entraran predicadores sólo sin las fuerzas y violencias de estos malaventurados cristianos, pienso que se pudiera fundar con ellos casi tan excelente Iglesia como la primitiva". J. M. Chocón y Calvo: *Cartas censorias de la Conquista*, en *Revista Cubana*, t. X, p. 110-111.

Tales son las manifestaciones hechas en una carta al rey Carlos V por el vice-provincial de los dominios de la Española, Fray Pedro de Córdoba, enviada por los años de 1517.

Sepúlveda, en cambio, elogia a los españoles por sus "dotes de pru-

dencia, ingenio, magnanimidad, templanza, humanidad y religión", y compara esas dotes "con las que tienen esos hombrecillos en los cuales apenas encontrarás vestigios de humanidad; que no sólo no poseen ciencia alguna, sino que ni siquiera conocen las letras ni conservan ningún monumento de su historia sino cierta obscura y vaga reminiscencia de algunas cosas consignadas en ciertas pinturas, y tampoco tienen leyes escritas, sino instituciones y costumbres bárbaras. Pues si tratamos de las virtudes, ¿qué templanza ni qué mansedumbre vas a esperar de hombres que estaban entregados a todo género de intemperancia y de nefandas liviandades, y comían carne humana?"—Ob. cit., p. 105.

Las Casas empezó a sentir horror por el sistema colonizador en La Española, durante los años de gobierno de Fray Nicolás de Ovando, quien fue implacable explotador de los indios, excesivo en la severidad y en la persecución. Vino Las Casas a Cuba y recibió encomiendas otorgadas por su amigo Diego Velázquez. Espantado de la continuidad progresiva y contumaz dada por los españoles a la forma de conquista, renunció a sus encomiendas para consagrarse al apostolado de liberación.

Es preciso fijar bien la fecha. Acaeció tal decisión histórica en 1515. En el mismo año volvió a España para informar al rey Fernando de Aragón sobre el trato que en nombre de él daban sus capitanes y soldados a los indios. Por ese tiempo llegaron a la Corte los primeros procuradores de los encomenderos, Pánfilo de Narváez y Antonio Velázquez, para oponerse a las pretensiones de Las Casas. Este no se detenía ante la gravedad de las acusaciones que necesitaba formular. Por ello declaró en uno de sus memoriales que "a varios elevados personajes y funcionarios de la Corte le habían sido adjudicadas encomiendas numerosas y tierras productivas, para comprar su silencio o su parcialidad a favor del sistema."—Ramiro Guerra, *Historia de Cuba*, t. I, p. 221.

"Era cierto, según documentos publicados, procedentes de los propios archivos españoles. Entre los trabajos que realizaron los indígenas, se halla comprendido el cultivo de varias haciendas separadas por Velázquez como pertenecientes al Rey, y a varios personajes influyentes de la Corte y de La Española. El Gobernador tenía ya una larga experiencia en los asuntos de Indias, y no se descuidaba en adoptar las medidas necesarias para conquistarse y asegurarse el apoyo de los poderosos funcionarios que manejaban dichos asuntos. Además, esperaba interesarlos en los repartimientos de tierras e indios, como medio eficaz de obtener el cargo de repartidor que tenía solicitado y la sanción favorable del procedimiento".—*Id.*, p. 191-192.

Muerto el rey Fernando, Las Casas acudió al Regente del Reino, cardenal Cisneros, y al cardenal Adriano de Utrecht, representante del futuro Carlos V. Los cardenales oyeron también a los procuradores Velázquez y Narváez, quienes acusaron a Las Casas de "hombre liviano, de poca autoridad y crédito, desconocedor de los asuntos de que trata y de que se color de proteger a los indios, ambicionaba "prelacia e mando... creyendo que le darían la reformación de los daños que manifiesta". Los procuradores pedían además que se solicitase el testimonio de otras personas autorizadas, manifestaban que la Isla se despoblaría, de prevalecer las pretensiones de Las Casas, y agregaban que Cuba era muy diferente de todas las demás islas, por cuya razón de-

bían ser tratados sus asuntos de una manera especial".—*Id.*, p. 222-223.

Las Casas mantuvo con energía sus protestas, y logró el nombramiento de una comisión de letrados y religiosos, la cual informó que los indios eran súbditos libres y debían ser tratados como tales. El cardenal Cisneros, entonces, mandó a cuatro frailes jerónimos para que con amplios poderes fueran a La Española, centro del gobierno colonial, y allí dispusieran la abolición de las encomiendas o resolvieran sobre el terreno lo que estimaran más practicable, "partiendo del principio de que los indios eran súbditos libres y nadie se hallaba facultado para reducirlos a la servidumbre ni compelerlos al trabajo sin la debida remuneración".—*Id.*, 223.

"Las instrucciones escritas acordadas en Consejo con la colaboración de Las Casas, que el Cardenal transmitió a la comisión, constituían un vasto plan de colonización, en el cual se prescribía el respeto a la organización social de los indios, que se tomaba como base del plan, la distribución de tierras entre ellos, la fundación de pueblos y la manera de administrarlos, el establecimiento de hospitales y asilos de ancianos, la instrucción religiosa y policía de las costumbres, la enseñanza de algunos oficios a los indios, la instrucción en las cosas de la fe, lectura y escritura a los niños hasta la edad de nueve años, así como los diversos medios de indemnizar a los españoles que se hallasen en posesión de las encomiendas al implantarse el nuevo sistema"—*Id.*, p. 223-224.

"Varios influyentes personajes de la Corte fueron privados de los indios que tenían encomendados y desde entonces, según el testimonio de Las Casas, nunca los miembros del Consejo tuvieron indios, al menos públicamente."—*Id.*, p. 224.

El buen fraile hace, a pesar de su candor, esa oportuna salvedad. Consta que, al menos públicamente, los miembros del Consejo no tenían indios encomendados. Eran esos consejeros los que debían influir en el ánimo del rey de turno para mantener o cambiar la forma de la colonización. Tan lejanos súbditos, tan distantes intereses que producían un "interés" substancioso y apetecible, trajeron la interminable sucesión de graves quejas que al través de cuatrocientos años acumuló la población colonial. En los miembros del Consejo prevalecerían a la larga las razones de Sepúlveda, que sabía servir a su señor y darle argumentos jurídicos y teológicos que tranquilizaran su conciencia, ya de suyo bien ancha y limpia de escrúpulos. Más tarde, y aún en este siglo, esas razones fueron saludadas con respeto y aquiescencia por hombres de estudio, escritores y gobernantes.

Causan asombro las reiteradas exhortaciones de los reyes a un buen trato para los indios; cómo no se cansaban de recomendar que se les cuidara y enseñara, y a la vez cómo llenaban de honores repetidamente a los capitanes acusados de atropellar, expoliar y exterminar a los indígenas. Con alguna preocupación recibirían los gobernadores las cartas reales y las Leyes de Indias, temerosos de que pudiera caerles encima el justo furor de la majestad lejana. Tímidamente continuarían su obra y mandarían "la parte del león" al monarca. Volvían las cartas y las recomendaciones, pero muy pocas veces el castigo. Así se convirtió en sistema acatar las órdenes, respetarlas, y no hablar siquiera de ellas en los menesteres de la administración de las colonias. La

fórmula sirvió, en unos casos, para el progreso, y en todos para el despotismo tradicional de los virreyes absolutos e inapelables por la complicidad cuidadosamente comprada entre los cortesanos del rey, y según éste se refocilara también con sus ganancias.

El apostolado de Fray Bartolomé de las Casas es una genuina gloria española, que algunos han querido atenuar. No fué el autor de la leyenda negra, porque ésta resulta de los documentos ya publicados y de los que en gran número todavía quedan en los archivos españoles y americanos. No fué iniciador de la trata y de la esclavitud negras, porque desde 1510 se hallaba establecido el tráfico negrero con todas características y circunstancias de los posteriores siglos. En cambio, salvó para siempre el nombre de España.

Lo estimamos así cuantos en este mundo, que ya no es tan nuevo, pensamos por cuenta propia y nos atrevemos a discutir afirmaciones de maestros insignes, como Menéndez Pelayo, Bonilla San Martín y otros muchos, sobre la hispanidad negativa de Las Casas y sobre el modo de entender la hispanidad. El polígrafo español derramó entre sus discípulos la doctrina de una revisión histórica a la que no se ha opuesto aún la debida argumentación. Nosotros, americanos descendientes de españoles, aunque no lo seamos del todo por la cultura—y esto nos permite cierta independencia para razonar y sentir—, creemos que la verdadera España no es la de Sepúlveda y Carlos V, sino la de Las Casas y Vitoria. España no fué cómplice de los capitanes de la conquista precisamente por la feliz intervención humanitaria de Las Casas, y a pesar de que el Consejo Real permitió en lo sucesivo las encomiendas y los repartimientos y levantó con su antiespañola conducta la gran armazón de los agravios de América, tanto en la Península como en las antiguas colonias debe ser el tenaz Protector de los Indios el intérprete más caracterizado de la España que todos llevamos dentro, rodeada de amor, de respeto, de comprensión.

Porque comprendemos esa España y deseamos su triunfo, queremos el más grande esplendor para ella, en todos los sentidos. Es la España de la verdad, de la justicia, que en las diferentes épocas ha tenido siempre representación y voz arteramente extinguidas y acalladas. Con nosotros piensan casi todos los españoles de la hora actual, que con alto sentido crítico han ido más allá de la leyenda negra y han vuelto iluminados por la razón y la fe. Ellos saben apreciar nuestra posición histórica de ayer y de hoy. Creímos, antes, que Las Casas amó a los indios como hubiera amado y defendido a los colonos de América, y seguimos creyendo en él como en el verdadero español.

Parece bien a los cubanos que en un edificio público sea instalado un retrato de Fray Bartolomé de las Casas, íntegra y ejemplarmente español.

HOMENAJE A ENRIQUE JOSE VARONA

**EN EL ACTO DE LA INAUGURACION DE SU MONUMENTO
EN EL PARQUE DE SU NOMBRE, EN LA HABANA, EL 16 DE OC-
TUBRE DE 1942, CON OCASION DEL PRIMER CONGRESO DE BI-
BLIOTECARIOS, ARCHIVEROS Y CONSERVADORES DE MUSEOS
DEL CARIBE.**

Por haber figurado como iniciadores de este homenaje muchos miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales y propiciado la misma su realización, incluimos en la presente Memoria los discursos pronunciados en el referido acto.

DISCURSO

Por Julio Villoldo,

de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

La tarea que me ha sido encomendada por la Sociedad Colombiana Panamericana, iniciadora de los actos públicos que se realizan en conmemoración de IX cincuentenario del Descubrimiento de América, entre los que se destacan la celebración del Primer Congreso de Archiveros, Bibliotecarios y Conservadores de Museos del Caribe y la de honrar la memoria de hombres ilustres del continente americano, no es la de presentar ante vosotros la figura prócer de Enrique José Varona, cuyo busto en bronce se descubre en la mañana de hoy. Esa magna labor intelectual, ese ingente esfuerzo de la inteligencia, quedan a cargo del doctor Medardo Vitier, distinguidísimo escritor, erudito conferenciante y elocuente orador que, según hubo de decir el mismo Varona a Francisco González del Valle, ha sido el mejor intérprete de su pensamiento filosófico, afirmación que ha quedado comprobada, de manera concluyente, en las últimas producciones de Vitier sobre la excelsa personalidad de Varona como literato y pensador.

Afirman muchos autores y aficionados a los estudios históricos—entre los que se encuentra también el doctor Varona—, que el documento es la parte más importante, más esencial, para llegar al conocimiento, a la interpretación de la Historia.

Lamento disentir de tal afirmación, si se hace en sentido absoluto, pues siendo la Historia “la ciencia de los hechos importantes que en su vida progresiva ha realizado la humanidad en cumplimiento de su destino”, según definición que leí hace muchos años y que quedó profundamente grabada en mi mente, son los hechos los que hay que exponer, en primer lugar; comprobando después, de ser posible, con el documento escrito—que no siempre se redacta con fidelidad—la certeza de lo acaecido.

Por eso, ciñéndome estrictamente a la realidad, quiero relatar en este día, siquiera sea en síntesis, cómo se originó y qué desenvolvimiento ha tenido el proyecto de erigir un busto a Varona, en los dieciocho años transcurridos desde la fecha en que se inició hasta el acto que tiene lugar en esta mañana de gloria, en recuerdo del ilustre prócer cubano.

En el verano de 1898—año fecundo y pródigo en hechos de gran trascendencia histórica para la independencia de Cuba—, un jovenzuelo, que frisaría entonces en los diecisiete años, acostumbraba concurrir por las mañanas, montado en modesta bicicleta, a dar vueltas por uno de los llamados “círculos” en el Parque Central de la ciudad de New York, delicioso y apacible lugar de la grandiosa urbe norteamer-

ricana. Allí, en aquel mismo sitio, sentado en uno de los numerosos bancos de madera que lo circundan, solía verse solo, completamente solo, a un hombre de edad madura, de espeso bigote entrecano, de aspecto distinguido y señorial, pulcramente vestido de negro, invariablemente con un libro o periódico en la mano, que a veces dejaba de leer para fijar su mirada de miope en el despreocupado adolescente que osaba perturbar con sus vertiginosas vueltas—sin percatarse de ello—la soledad del hombre de pensamiento que, huyendo “al mundanal ruido” de la bulliciosa ciudad, buscaba asilo y reposo en la umbría del solitario y amplio parque, que tal vez traía a su memoria de triste y solitario emigrado cubano, recuerdos de sus años mozos, en los que, montando briosa cabalgadura criolla, recorría la fértil y soleada campiña camagüeyana.

Años más tarde, en octubre de 1902, ya libertada Cuba de la dominación española, el ciclista del parque neoyorquino y el respetable hombre de letras,—que allí concurrían, sin conocerse, para ejercitar, el más joven, el deporte; el de mayor edad, la lectura y la meditación—volvían a encontrarse, una vez más, y ahora en las aulas de la antigua Universidad Pontificia de San Cristóbal de La Habana centro docente que acababa, cual nuevo Fausto, de ser remozado por trascendentales transformaciones, no sólo en sus edificios, sino en sus vetustos programas de enseñanza. El hombre de cátedra, era el Dr. Enrique José Varona, autor, precisamente, en su carácter de Secretario de Instrucción Pública, de las reformas universitarias ya mencionadas, y en aquella fecha profesor universitario; el mozuelo deportista era el autor de estas líneas, que se matriculaba en su primer curso de Derecho y concurría a la clase del docto maestro de los Fundamentos o Filosofía, de la Moral; y, en cursos posteriores, a las de Sociología y Psicología. Tres años de casi diaria convivencia con el admirado profesor engendraron en su juvenil espíritu la amistad, el cariño y la profunda admiración que sintió, a partir de aquella lejana fecha, por el orientador de la juventud, de la conciencia cubana.

Diez años después, en agosto de 1912, acompañado de Carlos de Velasco, Mario Guiral Moreno, José Sixto de Sola, Ricardo Sarabasa y Max Henríquez Ureña, visitaba a Varona en su domicilio de entonces, sito en un piso alto de la calle de Lealtad, en esta ciudad, con el fin de anunciarle la próxima publicación de *Cuba Contemporánea*, y solicitar del brillante publicista su consejo y valiosísima cooperación espiritual. La acogida que nos dispensó Varona en aquella memorable tarde fué calurosísima; su concurso intelectual duró lo que la publicación que, más que tribuna nuestra, lo fué suya.

A fines de 1923 o principios de 1924, una nutrida representación del llamado *Grupo Minorista*, tocaba a las puertas de *Cuba Contemporánea* instalada en la casa marcada con el número 52 de la calle de Cuba, hoy 202, y entrevistándose conmigo, que en aquella oportunidad ostentaba el cargo de jefe de redacción de la revista, me decía, por boca de José Antonio Fernández de Castro, lo que sigue:

—El grupo en cuyo nombre os hablo ha concebido el proyecto de erigir un busto en bronce al insigne Manuel Sanguily. ¿Querría usted ser el Tesorero de la comisión que se organiza para llevar a vías de hecho nuestro proyecto?

Profundamente conmovido contesté, poco más o menos, en esta forma:

—Doy a ustedes, mis queridos y jóvenes amigos, las más expresivas gracias por la distinción y la prueba de confianza de que me hacéis objeto. Quiero y admiro a Sanguily, no sólo por su actuación patriótica y literaria, sino porque he sido testigo de su brillante actuación como Director del Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana. Acepto, por tanto, el cargo que me ofrecéis; pero con una enmienda o adición.

—¿Cuál es?—interrogó Fernández de Castro.

—Que se le rinda igual homenaje a Enrique José Varona; que se le haga un busto semejante al que va a modelarse en honor de Sanguily.—fué mi respuesta en aquella memorable ocasión.

—¡Aceptado!—exclamó gozoso el grupo de jóvenes visitantes.

Y así fué, señores y señoras, cómo nació la idea, el proyecto de erigirles, en esta ciudad, sendos bustos a Sanguily y Varona, unidos en la gloria, una vez más, por el amor, el respeto y la admiración de sus conciudadanos.

Días después, Juan Marinello, con galana y vibrante pluma, redactó el manifiesto cuyos párrafos más salientes dicen así:

“Cuando tantos valores han caído al peso de responsabilidades superiores a sus fuerzas reales, es un deber, en quienes estén preocupados del mejoramiento colectivo y convencidos de la necesidad imprescindible de orientaciones morales en las sociedades nuevas, honrar con premio a la altura de sus merecimientos a los que, consagrando por entero una larga vida a la patria, contribuyeron a su constitución en sus años juveniles; diéronle, una vez constituida, su labor desinteresada y su austeridad ejemplar; y honráronla de modo eminente, en todo tiempo, con las producciones de sus inteligencias privilegiadas.

“Sin negar, en modo alguno, méritos relevantes y excepcionales dotes en otros cubanos vivos, no puede ponerse en duda que Manuel Sanguily y Enrique José Varona son en nuestro medio y a la hora actual la encarnación viviente de los ideales de la Revolución Cubana: rebeldía perenne contra la opresión y el peculado; respeto nunca desmentido a la Ley de la República; ininterrumpida labor por nuestra completa independencia; y que a esta ejecutoria patriótica intachable, y por nadie puesta en entredicho, se une el alto valer intelectual que les ha hecho, durante largos años, objeto de general admiración, no sólo en nuestra república, sino en tierras extranjeras, en donde más de una vez se ha pensado con respeto en Cuba, al través de la crítica brillante y erudita de Sanguily o de la profundidad del pensamiento filosófico de Varona.

“Por estos méritos, que no necesitan encarecerse con inútiles diti-rambos, estiman los que suscriben que es labor de justicia erigir en lugar público y por pública cuestación los bustos de Enrique José Varona y Manuel Sanguily, no tanto para expresar amplia y desinteresadamente a su pueblo el justo reconocimiento de todos, como para recordar de modo tangible a las generaciones que vienen, virtudes insignes que deben imitarse.

“A la justicia del homenaje se une hoy la circunstancia no despreciable de encontrarse entre nosotros Alejandro Sambougnac, escultor ilustre, que ya ha puesto de manifiesto a través de una extensa labor

admirables dotes artísticas, en alto grado recomendables para llevar a la práctica el empeño que nos mueve. Con ello se dotaría a La Habana de dos obras que la prestigiarían, redimiéndola, en cierta medida, de los lamentables desaciertos artísticos que son la mayoría de sus monumentos..."

Este manifiesto firmado por destacados miembros del citado *Grupo Minorista* y por los redactores de la revista *Cuba Contemporánea*, así como por otras conocidas personalidades cubanas, es el documento que confirma, que prueba, la veracidad de los hechos relatados anteriormente.

Pocas semanas después quedó integrada la Comisión Organizadora, presidida por el Dr. Antonio Sánchez de Bustamante, teniendo como Vicepresidentes a los doctores Rafael Montoro y Enrique Hernández Cartaya; actuando de Secretario y Tesorero, respectivamente, los doctores Juan Marinello y Julio Villoldo, y ostentando el cargo de Vocales numerosas personas de alta representación intelectual y social, encontrándose entre ellas, afortunadamente, el Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, a quien se debe, por su actuación posterior, el definitivo emplazamiento del busto de Varona, como tendré ocasión de exponer en el curso de esta disertación.

Narrar aquí todas y cada una de las peripecias, por decirlo así, ocurridas durante el lapso de dieciocho años transcurridos desde que se firmó el contrato y se inició—en 1924—la cuestación pública, hasta la ceremonia refinitiva que nos reúne en la brumosa y desapacible mañana de este día, en este bello e histórico lugar, sería tarea, más que larga y enojosa, un tanto ingrata...

Me limitaré a decir, sin entrar en detalles y pormenores, que el busto de Manuel Sanguily quedó definitivamente colocado, hace años, en los jardines del Capitolio; que al dejar de reunirse la Comisión Organizadora antes mencionada, debido a una serie de obstáculos y dificultades creados por la situación política imperante en el país en aquellos trágicos y luctuosos años de 1930-1935, Emilio Roig, miembro de la Comisión, como ya queda dicho, rescató, por decirlo así, con amoroso empeño, el busto del prócer, depositándolo bajo su custodia en el Departamento de Fomento del Municipio de La Habana, luego de fracasar, por motivos que no son del caso recordar, en su tentativa de crear el *rincón de Varona*, en un parquecito situado a la vera de la Universidad de La Habana. A sus constantes y reiterados esfuerzos y gestiones cerca de las autoridades municipales y del Ejecutivo Nacional, así como de las entidades culturales, en particular de la Sociedad Colombista Panamericana, siempre patrocinadora de ideales nobles y levantados, y a la cooperación técnica y artística del distinguido escultor Juan José Sicre, se debe que en la fecha de hoy, de alegría y gloria para la urbe habanera y para todos los cubanos, quede permanentemente colocado el busto del insigne ciudadano, del excelso Enrique José Varona, que, como tuve oportunidad de apuntar en otra ocasión, "fué poeta, brillante estilista, conferenciante elocuente, educador, publicista, filósofo y, por encima de todo, maestro y orientador de la juventud cubana, que lo reverencia y ve en él su mejor norte y guía".

Interpretando el sentir de la antigua y disuelta Comisión, hago llegar hasta Emilio Roig y sus colaboradores del Ministerio de Obras Públicas la más honda expresión de nuestra gratitud; a la que sin

duda se unirá la de los familiares del homenajeado—muchos de ellos aquí presentes—, que ya empezaban a dudar si este acto de glorificación nacional llegaría a realizarse, habida cuenta de la para ellos inexplicable tardanza en darle esplendorosa cima a este homenaje. Quiero, al propio tiempo, en mi carácter de Tesorero de la extinguida Comisión Organizadora, hacer llegar la muestra de nuestro reconocimiento a todos aquellos que nos ayudaron, en el pasado, con su óbolo, o con su cooperación o ayuda espiritual o material, en otra forma; y en particular, a la prensa de aquella lejana fecha, que de manera gráfica o impresa cooperó a la difusión de nuestro noble empeño. Y en esta larga lista de cooperadores, sólo me limitaré, en aras de la brevedad, a citar por sus nombres a tres personas: a Eusebio Mazquiarán, ya fallecido, ilustre hijo de Manzanillo, quien, con un desinterés sin límites, nos ayudó a recaudar gran parte del dinero de los contribuyentes a la cuestación pública iniciada, sin exigir comisión o retribución de ninguna clase, pese a su precaria, casi angustiosa situación económica en aquellos días; a un agente de aduanas llamado José D. Alvarez que, con su generosa intervención, nos ayudó a rescatar los bustos, casi perdidos en aquella oficina fiscal, por la tardanza o incuria de la Cámara de Representantes en no secundar una ley, proveniente del Senado, a iniciativa del senador Manuel Varona, pidiendo la exención de derechos aduanales para los expresados bustos; y, por último, al Dr. Carlos Miguel de Céspedes, Secretario de Obras Públicas en aquella oportunidad, quien hizo entrega a los doctores Sánchez de Bustamante, Juan Marinello y al que os habla, de una importante suma de dinero, con la que quedó saldado nuestro adeudo a Sambougnac, esto es, al escultor que, con tanta maestría modeló las efigies de Sangüily y Varona.

Y ahora, Maestro insigne, para terminar:

Tú que fuiste entre nosotros el pontífice máximo de la cultura, cuyo vehículo de transmisión es el Libro, permite que riegue al pie de este monumento erigido a tu augusta memoria estas flores espirituales—las materiales aparecen en la ofrenda floral que te ofrece el grupo de *Cuba Contemporánea*—de otro homónimo tuyo, José Enrique Rodó, cumbre, como tú, del pensamiento americano que, al referirse al Libro lo hace de esta guisa:

“¡Qué inmensa y varia vida, qué inmensa y varia fuerza, en ese mundo de papel liviano, subido sobre el mundo real, como sobre el caballo el jinete!

“Hay el libro movedor de revoluciones; el libro conductor de multitudes; el debelador de tiranías; el evocador y restaurador de cosas muertas; el que publica miserias ignoradas; el que constituye o resucita naciones; el que desentraña recónditos tesoros; el que aventaja fantasmas y melancolías; el que levanta sobre las aras dioses nuevos. Hay el libro que, hundido, como gigante en sopor, bajo el polvo de los siglos, se alza un día a la luz y con el golpe de su pie estremece el mundo. Hay el libro donde está presente el porvenir, la idea de lo que ha de trocarse en vida humana, en movimiento, en color, en piedra. Hay el libro que se transforma a la par de las generaciones, inmortalmente eficaz, mas nunca igual a sí mismo: el libro de que se puede preguntar: ¿Qué sentirán, leyéndolo, los hombres de los tiempos futuros?, como se puede decir: ¿Qué sentirán, aún no sentido por nosotros—.

ante una puesta de sol, o ante la sublimidad de la montaña? Hay el libro cuyo nombre permanece, significativo y arrebatador, como una bandera que ondea en las alturas, cuando ya pocos leen en él otra cosa que el nombre. Hay el que salva un pueblo del olvido, o de ver rota su unidad en el tiempo, o de que le sea quitada su libertad; y el que multiplica, en la red del miserable, los peces; y el que apacienta los dulces sueños, gratos al alma del trabajador y a la del príncipe: suave, balsámico elemento del que necesita también el orden del mundo.

"Pero aún hay otro género de libros, por el cual lo que ese frágil y maravilloso objeto tiene de instrumento de acción, de energía manifiesta en lo real, obra en los más hondos talleres de la vida; y es el libro modelador de caracteres, artífice de la voluntad, propagador de cierto tipo de hombres, aquel que toma, como un montón de cera una o varias generaciones, humanas, y con fuerza plasmante las maneja, entregándolas a las guías del mundo marcadas de su sello invisible y perdurable..."

Y por fin, con el título de *Lecturas*, agrega Rodó, en admirables versos, lo que sigue:

De la dichosa edad en los albores
amó a Perrault mi ingenua fantasía,
mago que en torno de mi sien tendía
gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores,
fué Lamartine mi cariñoso guía;
Jocelyn propició, bajo la umbría
fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoniano arma y escuda
al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío,

amé a Cervantes. Sensación más ruda
busqué luego en Balzac... y hoy ¡cosa extraña!
vuelvo a Perrault, me reconcentro, y río...

Varona, más que reír, sonrió amarga, irónicamente, en sus *Eslabones* que, cual gotas preciosas de su poderosa mente, rezuma, deja caer, lentamente, en las postreras páginas de su rica y valiosísima producción literaria y filosófica, magna labor que le hace ocupar un puesto distinguido, en esta avenida, digna de su nombre y fama, entre sus ilustres maestros y predecesores: Félix Varela, José de la Luz Caballero y José Antonio Saco, quienes, en unión de Martí, constituyen la cumbre del pensamiento cubano.

DISCURSO

Por Medardo Vitier,

de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales

Debo a una amable indicación del Dr. Emilio Roig de Leuchsenring, Historiador de la Ciudad y animador constante de propósitos culturales, el honor de hablar en este acto.

Enrique José Varona es ya un clásico en las letras cubanas. Pertenece a los grandes hombres que han formado nuestra conciencia de pueblo libre, y se le cuenta, además, entre los Maestros de Hispanoamérica.

Desde principios y a mediados del siglo XIX hubo en la vieja ciudad de Santa María de Puerto Príncipe pequeñas bibliotecas privadas. Allí leyeron, de mozos, la Avellaneda y Varona, los clásicos españoles. Allí leyó D. Enrique José los primeros libros de Filosofía, que lo iniciaron en las doctrinas europeas de esa disciplina. Tanto en aquel comienzo como después en La Habana, fué hombre de dirección mental propia; se formó por los caminos docentes del autodidacta.

Sus conferencias filosóficas, en tres series, Lógica, Psicología y Moral, datan de 1880. Las pronunció en la Academia de Ciencias. Nadie en Cuba ha realizado una síntesis tan lúcida y vigorosa. Tampoco la hay superior ni quizás en lengua española, entre los contemporáneos de Varona.

No puedo, en el corto espacio de tiempo que dedicamos a este acto, puntualizar los lineamientos de su filosofía, estudio que tengo hecho, aunque no completo, en dos de mis trabajos. Algo muy personal hay para mí en los textos filosóficos de Varona. Este recuerdo me lleva a los años en que salía de mi adolescencia. Las lecciones de Psicología, en efecto, cayeron en mis manos. La claridad, la densidad, la mesura, me impresionaron. Sin embargo, echaba yo de menos ciertos contenidos, según iba conociendo los otros estudios del Maestro. Más tarde, cuando entré por modo más amplio en el cuerpo de materias que integran la Filosofía, me percaté de lo que antes había notado sin acertar a comprenderlo. Era la omisión de toda Metafísica y la ausencia de lo histórico en la enseñanza de Varona. ¿Por qué se abstuvo de tratar, al menos en sus cursos, las eternas cuestiones ontológicas, por ejemplo? Porque, fiel al positivismo, en la dirección científica de esta escuela (no en la social y religiosa), se limitó a los fenómenos observables y de experimentación. Claro que esa actitud filosófica suprime todo lo que sea aventura especulativa. De ahí que Varona, a pesar de sus magistrales cursos, (hoy, desde luego, superados en parte), no avivara en Cuba el interés por la Filosofía, pues su Psicología y su Mo-

ral se desenvuelven en marco de ciencias particulares. El nexo metafísico lo evita o lo desvía nuestro filósofo.

No hay que reducir, sin embargo, la importancia de su obra. No sólo introdujo en Cuba orientaciones que ya se habían adoptado en Europa, sino que dejó un ejemplo de método en la exposición y en el estilo didáctico. Por lo demás, si se concretó a esferas positivas, rehuyendo la vinculación con los sistemas, debemos atribuirlo a la índole de su intelecto, mucho más aristotélico que platónico. Pero en Aristóteles hay metafísica. De modo que Varona no es en eso aristotélico.

No obstante el marco que ciñe los cursos de 1880 y la actitud fenomenalista en que se movió siempre el pensamiento del autor, hay que buscar en trabajos sueltos sobre la metafísica en la Universidad y la teoría de la evolución, etc., publicados en la *Revista de Cuba*, las raíces de su doctrina.

Pero la significación del hombre en nuestra cultura se extiende a varias ramas del conocimiento. Hizo estudios humanísticos. Conocía lenguas y literaturas extranjeras. Orientó la crítica literaria. En efecto, su conferencia sobre Cervantes (1883) se separa de los modos seguidos hasta entonces para estimar las grandes producciones del espíritu. Situó al autor del *Quijote* en el medio histórico y en el ambiente intelectual del último cuarto del siglo XVI, cuando las savias del Renacimiento cuajaban en Italia, donde Cervantes pasó algunos años.

Los trabajos de método, publicados en España, sobre el *Quijote*, son posteriores a esa pieza del crítico cubano. El discurso académico de Menéndez y Pelayo, *Interpretaciones del Quijote*, es de 1904; el titulado *La cultura literaria de Cervantes*, es de 1905, con motivo del tercer centenario de la famosa novela. Mucho después (1925) Américo Castro publica su fuerte libro *El pensamiento de Cervantes*. Este filólogo, discípulo de D. Ramón Menéndez y Pidal, atribuye más concreta y resueltamente que Varona la concepción novelística de Cervantes a su asimilación de las ideas que los tratadistas italianos pusieron en boga al traducir y comentar la *Poética* de Aristóteles.

Varona rebasa la crítica académica, limitada a normas gramaticales y teoría de géneros literarios. Va más allá de lo formal y plantea la interpretación de la obra artística como brote humano condicionado por las ideas de la época del autor, por la individualidad de éste y por su experiencia del mundo. Otros escritos sueltos, como el artículo sobre Heredia el francés y el discurso sobre la Avellaneda—para no citar más—, reflejan el procedimiento crítico que siguió al enjuiciar figuras y libros. No llega a ser un crítico profesional como Enrique Piñeyro, pero lo supera en el arte de desentrañar las obras y en la profundidad de sus juicios.

Desde otro punto de vista, Varona deja también alta lección en Cuba. Me refiero a su preocupación social, a su austera vigilancia ciudadana, a su estudio de la realidad pública, a sus advertencias, en fin, al contemplar con ánimo entristecido los desalentadores altibajos de la República.

Tiene trabajos de Sociología aplicada, como *El fracaso colonial de España*, y el discurso sobre el *Imperialismo*.

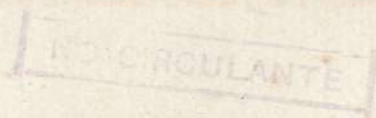
He llamado la atención, no hace mucho, sobre la importancia de un artículo de 1886, sobre *Los grandes hombres*, para conocer el criterio

social de Varona. ¿Qué más? Su conferencia sobre el sufragio (1905) escruta los tejidos de la sociedad recién salida del régimen colonial. No podía, desde luego, prevalecer su tesis del sufragio restringido, pero contribuyó a esclarecer no pocos aspectos de nuestras deficiencias.

En el referido artículo *Los grandes hombres*, ya se anticipa, mucho antes de consumarse la Independencia, a combatir la idea de hombres mesiánicos, que vivificó Carlyle. La defendió el Dr. Rodríguez Lendián en *La Caridad del Cerro*. El artículo de Varona refuta la tesis del joven profesor, amigo suyo. Es uno de los escritos más indicadores en el estudio de su ideario social. Empieza irónicamente con el *I want a hero* del *Don Juan*, de Byron. Prefiere el trabajo sordo, de acumulación que aportan millares de obreros, aunque alguien—héroe o guiador—ponga las piedras últimas en el remate de la obra. Textualmente: "La idea que todos los labios repiten y que todos los coraones reciben es la que transforma al mundo".

Cerca estamos aquí de la estatua de José de la Luz; cerca está el seminario donde el P. Varela orientó el espíritu cubano en métodos de pensamiento y en principios de Derecho Público. Y al otro lado de ese mar, testigo de tantas vicisitudes nacionales, levantó José Martí su tribuna de organizador errante en medio de colonias de desterrados. Al juntarnos esta mañana en torno de la figura de D. Enrique José, podemos evocar esos tres maestros y decirles:

Este que recordamos en fervoroso tributo, pertenece, como vosotros, a una raza inmortal: la de los hombres puros.



INDICE

INDEX

T R A B A J O S P R E P A R A T O R I O S

Acuerdos de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales sobre el Primer Congreso Nacional de Historia..	9
Comité Organizador..	13
Comité de Admisión de Trabajos..	14
Comité de Programa..	14
Reglamento..	15
Mesa Ejecutiva..	18
Circular de invitación..	20
Tarjeta de congresista..	21
Relación de congresistas..	22
Instituciones inscriptas..	31
Historiadores y profesores de América que enviaron mensajes de adhesión y simpatía..	32
Universidades e instituciones de América que enviaron mensajes de adhesión y simpatía..	34
Trabajos presentados..	35

A C T O S

Programa..	41
------------	----

HOMENAJE A MARTI

Discurso por Manuel Bisbé..	47
-----------------------------	----

SESION INAUGURAL

Saludo a los congresistas por el Dr. Raúl G. Menocal, Alcalde de La Habana..	53
Discurso por Emilio Roig de Leuchsenring, Secretario General del Congreso..	55
Address, by Prof. Duvon Clough Corbitt..	63
Discurso por Duvon C. Corbitt (Versión castellana)..	66
Address by Prof. George Kubler..	69
Discurso por George Kubler (Versión castellana)..	73
Discurso por Fernando Ortiz, Presidente del Congreso..	77

HOMENAJE A TODOS LOS CAIDOS EN DEFENSA DE LAS LIBERTADES CUBANAS

Discurso por José Antonio Portuondo..	87
---------------------------------------	----

VISITA DE LOS CONGRESISTAS AL CENTRO SUPERIOR TECNOLOGICO DE CEIBA DEL AGUA.

Saludo por Ramón Vasconcelos, Ministro de Educación	91
Respuesta por Alicia de Jongh.	94
Palabras escritas en el álbum de visitantes del Centro Superior Tecnológico, por Fernando Ortiz, Presidente del Congreso.	96

HOMENAJE A LINCOLN

Discurso por Herminio Portell Vilá.	99
Discurso por el Excmo. Sr. Spruille Braden, Embajador de los Estados Unidos de América.	108
Discurso por José Agustín Martínez, Ministro de Estado.	111

SESION DE CLAUSURA

Discurso por Rodolfo Méndez Peñate, Rector de la Universidad	117
Discurso por José A. Encinas.	119
Palabras de gratitud por José A. Treserra.	134
Discurso de clausura, por Emilio Roig de Leuchsenring, Secretario General del Congreso.	136

MOCIONES

Sobre declaraciones de principios.	147
Sobre Historia General.	149
Sobre Historia de América.	150
Sobre Historia de Cuba.	159
Sobre votos de gracias y felicitaciones.	192

ACUERDOS

Acta final.	199
---------------------	-----

APENDICES

HOMENAJE A JUAREZ

Discurso por Juan Marinello.	219
Discurso por S. S. José Gorostiza, Encargado de Negocios de Mé- xico.	222

HOMENAJE A FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

Discurso por Rafael Guas Inclán, Gobernador de la Provincia de La Habana.	227
Discurso por Enrique Gay-Calbó.	231

HOMENAJE A ENRIQUE JOSE VARONA

Discurso por Julio Villoldo.	239
Discurso por Medardo Vitier.	245